



HAL
open science

Aníbal Echeverría y Reyes. Vida y obra de un coleccionista de objetos precolombinos del desierto de Atacama

Benjamin Ballester

► **To cite this version:**

Benjamin Ballester. Aníbal Echeverría y Reyes. Vida y obra de un coleccionista de objetos precolombinos del desierto de Atacama. Ediciones de la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, VI, 2023, Cultura y Patrimonio, 978-956-244-576-4. hal-04664997

HAL Id: hal-04664997

<https://hal.science/hal-04664997v1>

Submitted on 30 Jul 2024

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

COLECCIÓN CULTURA Y PATRIMONIO



Aníbal Echeverría y Reyes

Vida y obra de un coleccionista de objetos precolombinos
del desierto de Atacama

Editor
BENJAMÍN BALLESTER

ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES

VIDA Y OBRA DE UN COLECCIONISTA DE OBJETOS PRECOLOMBINOS DEL DESIERTO DE ATACAMA

Colección Cultura y Patrimonio

Volumen VI

©Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Colección Cultura y Patrimonio
Aníbal Echeverría y Reyes

Vida y obra de un coleccionista de objetos precolombinos del desierto de Atacama

Inscripción N° 2023-A-5489
ISBN 978-956-244-576-4

Ministro de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Jaime de Aguirre Hoffa

Subsecretaria del Patrimonio Cultural
Carolina Pérez Dattari

Directora Nacional del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural
Nélida Pozo Kudo

Subdirectora de Investigación y Directora Responsable
Susana Herrera Rodríguez

Editor
Benjamín Ballester

Diseño de portada y diagramación
Leticia Martínez Vergara

Diseño de portada basado en una idea original de Arturo Molina Burgos

Ediciones de la Subdirección de Investigación
Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 651
Teléfono: 56-229979764
www.investigacion.patrimoniocultural.gob.cl
Santiago, Chile

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE
2023

ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES

VIDA Y OBRA DE UN COLECCIONISTA DE OBJETOS PRECOLOMBINOS
DEL DESIERTO DE ATACAMA

EDITOR
BENJAMÍN BALLESTER



ÍNDICE

PRESENTACIÓN

9

HOMENAJE A NIEVES ACEVEDO

MIGUEL ÁNGEL AZÓCAR

11

INTRODUCCIÓN

DIÁSPORA, COLECCIONISMO Y GENEALOGÍA

BENJAMÍN BALLESTER

15

EL COLECCIONISTA

Biografía de una colección y su coleccionista

BENJAMÍN BALLESTER

27

ESTUDIOS DE SUS COLECCIONES

Las calabazas pirograbadas de Calama

AURELIANO OYARZÚN

61

Instrumentos de caza y guerra en los antiguos atacameños

AURELIANO OYARZÚN

77

Colores del desierto de Atacama a través de la Colección Aníbal Echeverría
y Reyes del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago

MARCELA SEPÚLVEDA

89

A la sombra de los árboles. Tallas y usos de la madera en Atacama a partir
de la Colección Echeverría y Reyes

MARCELA SEPÚLVEDA Y EMILY GODOY

115

CATÁLOGO DE SUS COLECCIONES

Textiles del norte de Chile en la colección Echeverría y Reyes del Museo
Etnográfico Juan B. Ambrosetti y del Instituto Interdisciplinario de Tilcara
de la Universidad de Buenos Aires

ISABEL IRIARTE Y SUSANA RENARD

149

ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES ESCRIBE SOBRE EL MUNDO
PRECOLOMBINO DE ATACAMA

Los aborígenes atacameños

ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES

189

EPISTOLARIO DE ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES

José Manuel Balmaceda (1889-1891)

Pedro Montt (1891-1892)

Nicanor Molinare (1910)

Robert Lehmann-Nitsche y Juliana Dillenius (1911-1927)

Juan Ambrosetti (1912-1916)

Domingo Amunátegui Solar (1914)

Ramón Laval (1914)

Rómulo Casal (1915)

Joaquín Figueroa (1918)

Director del Museo Militar (1918)

Augusto Capdeville Rojas (1919-1925)

Guillermo Feliú Cruz (1926)

Ricardo Latcham (1928)

Mercedes Ibáñez de Medina (1931)

Carlos Oliver Schneider (1935)

195

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

243

PRESENTACIÓN

Los coleccionistas son personajes complejos y sus actividades han sido evaluadas por la gente desde distintos puntos de vista; algunos, los menos, en forma positiva y los más, de manera muy negativa; sobre todo se hicieron muchas críticas sobre aquellos que coleccionan objetos arqueológicos. La mayoría alude al origen presuntamente ilícito de algunos objetos, a la falta de información de contexto de las colecciones reunidas, y otros al lucro que implica su comercio. Es interesante considerar, en esta línea, la distinción que introduce el arqueólogo argentino Milcíades Alejo Vignati entre “coleccionistas” y “saqueadores”, caracterizados estos últimos por coleccionar con fines lucrativos, a diferencia de los primeros, que lo hacen para adquirir conocimientos y trabajaban en estrecha colaboración con los arqueólogos (Vignati, 1931). Sin duda, los coleccionistas son una parte relevante en la historia de la arqueología, sobre todo de sus épocas más tempranas, pero hay que estudiar para descubrir el sentido de su relevancia. Este trabajo es un camino riguroso hacia ese reconocimiento en el caso de un personaje tan caleidoscópico como Aníbal Echeverría y Reyes.

En palabras del filósofo alemán Walter Benjamin, “el factor decisivo en el coleccionismo es despojar al objeto de todas sus funciones originales para que entable con sus semejantes la relación más estrecha imaginable (...); ese es el hechizo más profundo del coleccionista: encerrar algo único dentro de un círculo mágico, en el que queda fijado mientras lo recorre un último escalofrío (el escalofrío de ser adquirido)” (Benjamin, 2022, p. 98). Benjamin, él mismo “un coleccionista genuino”, nos ha enseñado que el coleccionismo permanece siempre incompleto, porque el trabajo del pasado y sobre el pasado no ha concluido (Benjamin, 2022, p. 43).

Aníbal Echeverría y Reyes, personaje complejo y gran coleccionista de objetos arqueológicos, no juntaba solo ese tipo de “piezas”. Como muy bien lo señala Benjamin Ballester en este libro, Echeverría y Reyes “vivía obsesionado por registrar y describir las lenguas que oía y descubría a su paso. Era un colector de palabras y modismos exóticos, de expresiones verbales y formas lingüísticas poco comunes; un verdadero coleccionista

de la lengua” (Ballester, 2023, p. 35, en este libro). Es lo que podríamos llamar, en términos benjaminianos, “un coleccionista de conocimientos”.

La Subdirección de Investigación del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural está particularmente complacida en presentar el Volumen VI de su Colección Cultura y Patrimonio, que incursiona en el universo de un coleccionista de gran importancia para el país. Cabe señalar que una parte importante de su colección, reunida con gran preocupación y mucha dedicación y esmero, se encuentra depositada en el Museo Nacional de Historia Natural, la institución museológica más antigua del país. Los invitamos a descubrir, en estas páginas, las facetas de Aníbal Echeverría y Reyes (al menos, algunas de ellas).

Daniel Quiroz

Subdirección de Investigación
Servicio Nacional del Patrimonio Cultural
Linderos, 10 de abril de 2023

HOMENAJE A NIEVES ACEVEDO

BREVE RECUERDO

No es fácil escribir de una persona con la que se compartieron tantos años de trabajo, pues siempre quedarán muchos recuerdos omitidos u olvidados. Eso es lo que me pasa con Nieves Acevedo Contreras, colega a quien conocí cuando, junto con otros alumnos del último año de Museología, fuimos a realizar nuestra práctica a la antigua Sección Antropología y fue Nieves quien nos recibió, orientó y supervisó nuestra estancia. Más tarde tuve la suerte de realizar un trabajo museográfico que me encomendó Eliana Durán, investigadora jefe del área, lo cual me permitió prolongar mi estadía allí. Trabajamos los tres codo a codo remodelando la Sala Americana, realizando las cédulas, seleccionando los objetos que se exhibirían y hasta pintando las vitrinas, ya que en esa época el museo carecía de recursos, lo cual era suplido con el trabajo entusiasta de sus funcionarios.

Esa experiencia me permitió conocer más la labor que se realizaba allí y por sobre todo conocer el trabajo de Nieves y la forma como lo asumía, con gran vocación, dedicación y entrega. Admirable era verla dedicada a sus trabajos de restauración, buscando con porfía alcanzar el mejor resultado y dejar la pieza protegida y bien conservada. Admirable era también su preocupación por las personas a su cargo, a veces dura y estricta, pero siempre dispuesta a ayudar, rebuscando en la biblioteca los libros solicitados o en los depósitos las colecciones que se necesitaban.

Conocí la Colección Echeverría y Reyes por Nieves, cuando llegaba buscando algún dato, una información que complementara o aumentara lo que ella ya había recogido en sus indagaciones o cuando enseñaba, con entusiasmo, alguno de los objetos que tanto le apasionaban. No obstante, no fueron solo los objetos los que motivaron la preocupación de Nieves, sino también la persona que había tras ellos y se empeñó en conocer más de ese señor, de encontrar algún retrato, una foto y, así, el nombre de don Aníbal Echeverría y Reyes frecuentemente llenaba sus conversaciones. Nieves asumió con esa obstinación que la caracterizaba y como un compromiso personal

el recuperar, clasificar y conservar cada pieza de dicha colección. Más de una vez decaía su entusiasmo ante las dificultades que encontraba y que le complicaban el avance para terminar su trabajo y, aunque yo le recordaba las palabras que nos dijera la Dra. Mostny cuando le comentamos con Arturo Rodríguez que teníamos la intención de reordenar los depósitos y documentar las colecciones, “ese es un trabajo que no terminará nunca” —cosa que con los años lo comprendimos así—, Nieves nunca se daba por vencida y pronto la veíamos nuevamente entusiasmada por un dato de alguna pieza.

Qué motivó a Nieves a dedicar tanto empeño y tiempo a la Colección de Aníbal Echeverría y Reyes solo se explica por su carácter perseverante, a veces casi obsesivo con que se entregaba a su trabajo; a su vocación, profesionalismo y a su formación valórica, que la llevaba a honrar sus compromisos, aunque aquello le significara pasar malos ratos. Sin embargo, su preocupación no fue solo esa colección, pues estoy seguro de que Nieves, ya como estudiante del Centro Nacional de Museología, asumió como un compromiso personal la defensa y la conservación del patrimonio nacional, compromiso que mantuvo hasta el fin de sus días.

Miguel Ángel Azócar
Quicaví, otoño de 2023

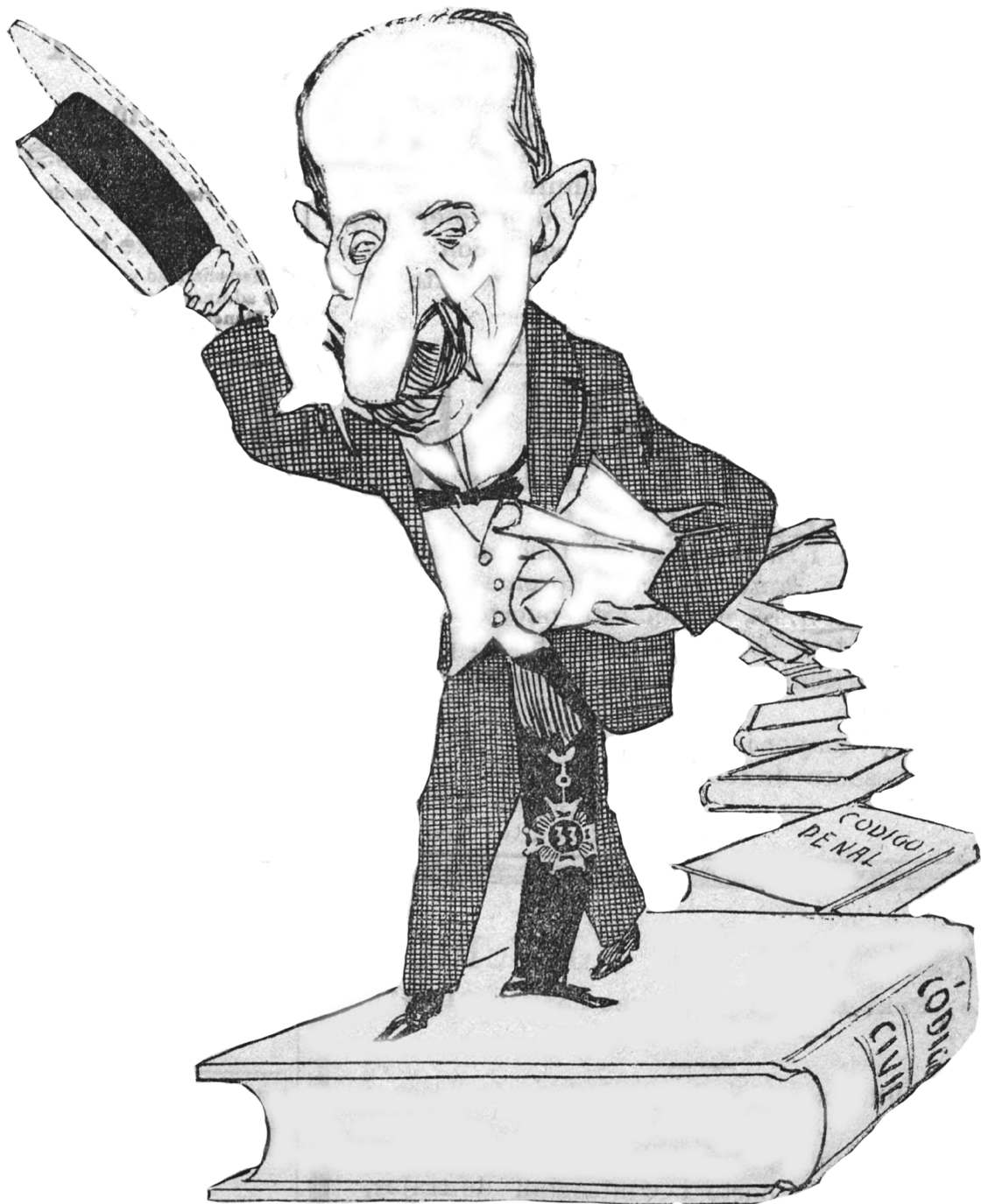


Ilustración de Aníbal Echeverría y Reyes. La leyenda de la imagen dice “Conoce tan a fondo, i con tal tino trabaja las leyes, que se tutéa con ellas, Dn Aníbal Echeverría i Reyes” (*La Prensa Ilustrada*, 17 de noviembre de 1912, p. 9).

INTRODUCCIÓN

DIÁSPORA, COLECCIONISMO Y GENEALOGÍA

Benjamín Ballester

El presente libro surge de una iniciativa del programa Bajo la Lupa, del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio del Gobierno de Chile. En 2021 el equipo de Bajo la Lupa me invitó a escribir un artículo sobre la colección de Aníbal Echeverría y Reyes, depositada en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, a lo que accedí con gusto, pues desde hace años seguía la pista de este desconocido pero renombrado coleccionista de obras precolombinas del desierto de Atacama. Justo ese año había comenzado a ejecutar el proyecto *La diáspora de Atacama. Red global de objetos precolombinos, coleccionistas y museos entre 1850 y 1950* (ANID-FONDECYT 1210046), uno de cuyos objetivos es estudiar la vida y obra de estos coleccionistas anónimos de objetos antiguos. Todo calzó perfecto y el resultado fue un texto que sintetiza lo que hasta ese entonces se conocía de este personaje a través del análisis de fuentes escritas, colecciones de museos y la historia oral de Antofagasta. Hoy, y gracias al apoyo y el financiamiento de las Ediciones de la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional de Patrimonio Cultural del mismo ministerio, dicha iniciativa se convierte en un libro, que ahora reúne más material documental sobre Echeverría y Reyes, gran parte de él inédito. Un especial reconocimiento merecen Daniel Quiroz y Susana Herrera, por la confianza depositada en este libro, pero en particular por crear y construir un espacio tan valioso como esta editorial para la investigación de la cultura, la historia y las ciencias en Chile.

El proyecto *La diáspora de Atacama* es un intento por comprender los objetos precolombinos de este desierto desde una perspectiva diferente a la habitual, ya no respecto de su vida previa al contacto con Occidente y a la colonización europea, en el contexto nativo que los vio nacer de manos de las comunidades indígenas, sino más bien en relación con su rol y posición en nuestra propia realidad contemporánea, tanto presente como del pasado

reciente. No hay que olvidar que, aunque confeccionados hace cientos o miles de años, estos objetos siguen teniendo agencia en la realidad social en la que nos desenvolvemos hoy. No son ruinas o vestigios inertes de otra época. Muy por el contrario, siguen vivos, activos y presentes en nuestro mundo. Basta observar cómo y con qué materiales se construyen nuestros museos, universidades, institutos, libros, revistas, catálogos, magazines, películas, juguetes, adornos e, incluso, la prensa, para darnos cuenta de que, de una u otra manera, estos objetos de otra época siempre están ahí, por sutil e imperceptible que parezca su presencia.

Lo cierto es que por alguna razón damos cabida y un papel especial a estos objetos antiguos, exóticos y/o extraños en el montaje de nuestras vidas, en las narraciones de lo que somos como sociedad y colectivos, en la identidad nacional y local, pero también en nuestra mentalidad e imaginario sobre aquellos pueblos que los elaboraron a la distancia temporal y física. Estos objetos cumplen, a la vez, una función de identificación y de distinción: identificación con una historia y cierta raigambre cultural para hacernos copartícipes de algo común; y distinción porque a veces se refieren a lo que propiamente no somos o queremos ser, sino a otra era, cultura o modos de vida. Como sea, están ahí y son parte del entorno material, y han conquistado un lugar distintivo y un notorio protagonismo en ciertos campos de nuestra cultura. Es así como estudiar estos objetos precolombinos no solo nos faculta a adentrarnos en el misterioso y recóndito mundo amerindio, sino también, y tal vez de manera incluso más certera, a nuestra propia relación con estos objetos y a lo que ellos significan para nosotras y nosotros; en pocas palabras, el sentido que tienen en nuestra cultura. Esta mirada apela a una suerte de psicoanálisis de la cultura material en la que convivimos, una retrospectiva a la forma en que estos objetos antiguos, exóticos y/o extraños marcan nuestro ser, pero a expensas de decisiones que no nos son ajenas.

La arqueología en Chile se aboca principalmente a hacer prehistoria. Así ha sido desde sus orígenes y, cuando logra superarla, se embarca en proyectos reflexivos de orden teórico sobre su propio quehacer actual, en búsqueda de mayor profundidad e impacto social. Poco ha querido, sin embargo, someterse a este indispensable psicoanálisis para juzgar su propia historia, raíces y trayectorias disciplinares, y las veces que lo ha intentado, queda estancada

en una historiografía lineal, llena de eventos y periodos, protagonizada siempre por ciertos héroes que indican el compás de su desarrollo científico (por ejemplo, Cornejo, 1997; Orellana, 1982, 1991, 1996; Urbina, 2020). Pero los procesos históricos no fueron gestados únicamente gracias a ciertos sujetos —*los elegidos*, todos similares entre sí en términos de clase, origen, género y condición social—, sino que son más bien consecuencia de la acción múltiple de colectivos amplios y complejos, a veces diversos, que conviven a la manera de redes, en las que se coparticipa y coconstruye simétricamente la realidad vivida. Todos quienes participan de estos procesos y trayectorias han sido relevantes en lo que se ha ido configurando a lo largo de las generaciones, y el constante acento en singulares héroes omnipresentes no es más que el resultado de una escritura histórica demasiado selectiva y algo tendenciosa, que invisibiliza a ciertas agencias en desmedro de la sobrerrepresentación de otras (Ballester, 2020a). Una mirada crítica a estas historias debiese comprometerse con develar y revalorar estas agencias olvidadas para darles también una figura, un movimiento, una acción y una motivación en aquellas por reescribir. El ímpetu es materializar a las arqueólogas fantasmas y los arqueólogos espectrales; qué decir de otros géneros no binarios, siquiera imaginados todavía por la disciplina.

Todas las generaciones pasadas, querámoslo o no, han marcado la senda de los proyectos presentes, sea replicando una longeva tradición o criticando duramente lo precedente, incluso a través de una conciliadora mezcla de ambas alternativas. Como sea, el pasado se inscribe en el presente y encuadra el futuro. A este fenómeno se refería Karl Marx (1972, p. 15) cuando escribió que “la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” en el *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Radica aquí la necesidad de estudiar la manera en que se hacía y pensaba la arqueología en el pasado, dado que sus inscripciones siguen vigentes, de una u otra manera, en el presente. Pensarlas significa entonces pensarnos a nosotras y nosotros, lo que somos y hacemos, al igual que pensar nuestras relaciones sociales, y no solo aquellas que involucran a los seres humanos, sino también las que entablamos con los propios objetos precolombinos que estudiamos, resguardamos y exhibimos públicamente en museos, catálogos y artículos.

Una genealogía de la arqueología se vuelve, por lo tanto, cada vez más imprescindible hoy en día, en tanto análisis y escrutinio de las circunstancias en que se ha producido —y sigue produciendo— el discurso arqueológico, considerando sus especificidades históricas (Foucault, 1992). Análisis genealógico que apela a comprender el contexto en que se producen estos discursos, mediante el descubrimiento —en el sentido de quitar aquello que les cubre— de las personas que yacen ocultas detrás de ellos, en especial de su figura, personalidad, condición social, creencias, percepciones, motivaciones, intereses y circunstancias en las que se vieron inmersas, sumado a sus redes y relaciones, acciones y contradicciones. No se trata tanto de reconocer los orígenes —tarea a la que suele abocarse la arqueología tradicional— como de entender el largo y continuo proceso de génesis histórica, contemplando sus accidentes, rupturas y detalles. Un proyecto que se sostiene en una única y primordial premisa: que el discurso arqueológico es una obra humana más, al igual que cualquier otra obra que podría estudiar la arqueología. Es aquí donde una arqueología de la arqueología deviene posible y la célebre *Arqueología del saber* de Michel Foucault (1970) se hace realidad en el seno de la disciplina, en tanto hermenéutica de nuestro propio discurso.

Pero este vacío, consecuencia de la despreocupación, no es fatal si se piensa en el futuro, pues en realidad puede encarnar un poderoso catalizador en aras de la creación de nuevos y diversos conocimientos. En ciencia, la ignorancia es también belleza, dado que constituye el combustible de un potencial inagotable de inquietud por el saber. La ciencia en tanto búsqueda y estampa de la verdad es bastión de otras formas de pensar y ser. A mi manera de ver, lo que debe estremecer nuestros cuerpos y mentes es más bien crear más y diferentes interrogantes que expandan las esferas de comprensión y reflexión, pero en ningún caso que las limiten y compriman, menos aún que las encierren o apacigüen. La omisión de algunas personas y acontecimientos puede ser la chispa en la pradera de otras, la semilla de su investigación. De ahí que el análisis hermenéutico del discurso disciplinar y genealógico del quehacer arqueológico sea tan prometedor y a su vez provocador, dado que pone en jaque los monólogos y las verdades establecidas, entendiendo que son también obras humanas, tal como cualquier vasija cerámica o bifaz de piedra

que ha estudiado la arqueología tradicional a lo largo de generaciones. Hoy, nuestra principal deuda histórica como disciplina se convierte en una de nuestras más atractivas ambiciones y desafíos.

El objetivo de este libro es poner en valor la figura de un coleccionista de objetos precolombinos —así como de muchas otras clases objetos— del desierto de Atacama, para mostrar el papel que personas como él tuvieron en la construcción de las disciplinas científicas modernas, en este caso, en las ciencias sociales y humanidades, una de las cuales es la arqueología. Una tarea fundamental, pues la presencia de los y las coleccionistas continúa en gran medida invisibilizada en la historia de la arqueología chilena. Un ocultamiento y postergación que tiene sus raíces en el discurso hegemónico de la arqueología universitaria y científicista, implantado en las décadas de 1960 y 1970 tras la creación de las primeras carreras universitarias de Arqueología en el país (Cornejo, 1997; Orellana, 1982, 1991, 1993, 1996; Urbina, 2020). Desde ese momento, cualquier modo de acercamiento a los restos arqueológicos que no proviniera de una formación universitaria y con un análisis de corte científico era considerado, abiertamente, amateur y poco calificado, y se desvaloraba y caricaturizaba como un mecanismo de legitimación disciplinaria.

Las páginas que siguen representan un ejercicio por exponer, justamente, todo lo contrario. El —ahora— flamante protagonista de esta historia tuvo por nombre Aníbal Echeverría y Reyes, una figura intelectual y multifacética que vivió durante la primera mitad del siglo xx en la ciudad de Antofagasta, en el norte de Chile. En la arqueología nacional su nombre es un misterio. Probablemente la gran mayoría jamás lo habrá escuchado y quienes sí, seguro no recuerdan en qué contexto o situación. Puede decirse, incluso, que es algo más conocido en el campo de la lingüística y la antropología, ya que escribió varios libros y monografías acerca de las voces de los habitantes del desierto de Atacama (nativos, nortinos, pampinos y delincuentes). La paradoja, sin embargo, es que Echeverría y Reyes excavó decenas de sitios arqueológicos y amasó una enorme colección de objetos precolombinos y, lo que es más relevante aún, sus colecciones han tenido un profundo impacto en el

presente, ya que se han convertido con el paso del tiempo en pilares fundacionales del discurso arqueológico y de la prehistoria del norte de Chile. Algunos objetos de sus colecciones devinieron, incluso, en obras y piezas emblemáticas de las que todas y todos hablan en sus investigaciones, que han sido estudiadas en decenas de oportunidades, reproducidas una y otra vez en libros y revistas (Figura 1).

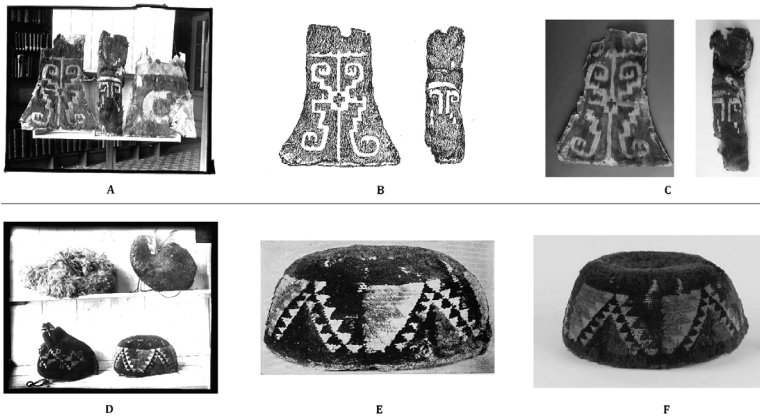


Figura 1: Biografía visual de algunos de los objetos emblemáticos de la colección precolombina de Aníbal Echeverría y Reyes. Arriba: coraza y carcaj de cuero decorado: (a) Archivo del Ibero Amerikanisches Institut zu Berlin, *circa* 1920; (b) Aureliano Oyarzún (1948, figs. 30 y 34); (c) proyecto Bajo la Lupa 2020-2021, SNPC, Chile (MNHN). Abajo: gorro policromo con decoración geométrica: (d) Archivo del Ibero Amerikanisches Institut zu Berlin, Alemania, *circa* 1920; (e) Aureliano Oyarzún (1931b, lám. 4); (f) proyecto Bajo la Lupa 2020-2021, SNPC, Chile (MNHN).

Es increíble que la arqueología preste tanta atención al contexto y que en ciertas ocasiones considere de manera tan superflua el contexto de las propias colecciones que estudia. Suele escucharse en los círculos de la arqueología que es un problema estudiar colecciones privadas y de museos debido a la falta de contexto, pero lo cierto es que este en realidad se construye, se crea y escribe, no es estático ni inmutable, menos aún inherente a la pieza material. El contexto de un objeto se puede trazar con la ayuda de cuadernos de campo, cartas, fotografías, dibujos, notas de prensa e historia oral, entre muchas otras fuentes. Sin duda, la capacidad de reconstruir este contexto

limita el potencial interpretativo del objeto, pero de más está recordar que no existe el contexto perfecto o total, la versión ideal del contexto de algún artefacto, pues, incluso tras la labor de registro minucioso de personas profesionales del campo de la arqueología y con las tecnologías más avanzadas de la época, siempre habrá aspectos de su contexto que quedarán marginados o desconsiderados.

La cuestión contextual, no obstante, no es relevante únicamente desde el punto de vista del potencial de interpretación de la realidad precolombina de un objeto, sino también en términos de su vida tras haber sido extraído de su sitio arqueológico de origen. Inmerso en una colección, sea en manos de privados o en un museo público, el objeto también se desenvuelve en un contexto particular, junto a otros objetos, en espacios físicos determinados, moviéndose y vinculándose a una infinidad de seres de distinta naturaleza. Este contexto marca al objeto y es crucial a la hora de entenderlo como parte de una colección, ya que esta última constituye el supraorganismo del primero, y, tal como nos costaría pensar al corazón fuera del sistema circulatorio y del cuerpo humano, lejos estaríamos de comprender bien a un objeto sin examinar su posición, rol y trayectoria dentro de la colección, considerando que es también un organismo u aparato dinámico, complejo y cambiante.

La colección debe ser entendida como una obra humana creada a partir de la agrupación de objetos de distintas procedencias (Pomian, 1990). Es una obra en sí misma porque está influida por decisiones e intereses de quien la formó, en especial en lo que respecta a la selección de las piezas que la componen, su distribución interna y orden, las jerarquías e importancias relativas, pero también sus destinos y futuros (Pearce, 1994). La vida de la colección está en manos del coleccionista; y si la primera es una obra, el segundo es claramente su autor. Fue Walter Benjamin (2004) quien puso el acento en concebir al autor como productor, inmerso en una economía política de la producción cultural. Observada de esta manera, la cuestión contextual deviene aún más relevante, pues ¿cómo entender una obra o una parte de una obra sin conocer a cabalidad a su autor? La autoría es uno de los aspectos clave del campo contextual de una colección no solo en relación con el sujeto-colector, sino también con su tiempo, condiciones sociales, relaciones de producción y redes de vínculos en las que se desenvuelve.

Si la colección es la obra del coleccionista en tanto autor, las colecciones pueden ser también un insumo para comprender a su productor (Akin, 1996; Parezo, 1987). Estas obras son la expresión material de los gustos e intereses de la persona, colectivo o institución que las creó (Elsner y Cardinale, 1994). Tras ellas existe una autoría que marca su condición actual y, con ello, también todas las ideas, narrativas y miradas que se han construido a partir de las colecciones. No son entidades neutras, sino obras cargadas de sentidos e historias que permean todo lo que se edifica a través de ellas. Yace aquí, sin duda alguna, la principal motivación y el fundamento central de este libro: dotar de sentido a una serie de colecciones de objetos hoy en día depositados en distintos museos de Chile y el extranjero para, a través de este gesto, comprender su rol en la construcción del conocimiento arqueológico actual y con ello intentar juzgar sus consecuencias en el presente.

Para cumplir con estos propósitos, el libro se ha diseñado como una obra que integra en su seno a distintas obras, tal como si fuera un ensamblaje o un collage. Es, por lo tanto, también una pequeña colección, con todo lo que ello implica: gestos de selección, procesamiento, orden, jerarquización y exhibición de sus unidades constitutivas (Pomian, 1990). En tanto colección, el volumen intenta expresar la vida y obra de este personaje desde distintos ángulos, para lo cual se divide en cinco secciones generales, cada una compuesta de textos y obras de distinta naturaleza, pero todas relacionadas, de una u otra manera, con Aníbal Echeverría y Reyes como coleccionista de objetos precolombinos.

La primera parte corresponde a una biografía densa de la vida de Aníbal Echeverría y Reyes, desde su infancia hasta su deceso. Un relato marcado por su formación profesional, su trabajo, sus pasatiempos y sus experiencias, así como las redes y círculos en los que se desenvolvía. Aunque la biografía es general y completa, al pasar las páginas se va ciñendo poco a poco al campo de la arqueología, los temas americanistas y su coleccionismo. Se aborda también su producción intelectual y el papel que cumplió en la escena nacional e internacional de los estudios culturales de la época. Finalmente, se desenredan los nudos e incógnitas respecto de la trayectoria y del destino de sus colecciones de objetos precolombinos, como veremos, hoy dispersas en diferentes museos de Chile y el extranjero.

En la segunda sección se incluyen algunos de los más importantes estudios arqueológicos llevados a cabo a partir de las colecciones de Aníbal Echeverría y Reyes. No son todos, sino una selección realizada en función de la diversidad de materiales analizados y de escritos publicados en distintas épocas. El primer texto fue redactado por Aureliano Oyarzún en 1929 y su foco central son las calabazas pirograbadas que formaban parte de la colección que Max Uhle entregó al Museo de Etnología y Antropología de Chile luego de sus excavaciones en Chunchurí, Calama, donde además estaba incluido un conjunto importante de objetos que el propio Echeverría y Reyes había donado al alemán tras su paso por Antofagasta. El segundo texto también es de Aureliano Oyarzún —probablemente una de las personas que más observó y estudió la Colección Echeverría y Reyes junto a Nieves Acevedo— y trata sobre los instrumentos de caza y guerra de los antiguos atacameños, para lo cual utiliza como ejemplo algunas de las piezas más emblemáticas de la colección, a las que con el paso de las décadas se ha vuelto una y otra vez, sin parar, lo que demuestra la fuerza de estos objetos en la disciplina y en los relatos que a través de ella se construyen. Finalmente, la sección se completa con dos textos recientemente publicados en el marco del proyecto *Bajo la Lupa*, de la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional de Patrimonio Cultural. Ambos se enfocan en la Colección Echeverría y Reyes del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago, uno de ellos en los pigmentos y colorantes minerales, mientras que el otro profundiza en los artefactos de madera, escritos en el primer caso por Marcela Sepúlveda y en el segundo por la misma autora junto a Emily Godoy.

En el tercer acápite se presenta el catálogo de una de las colecciones menos conocidas y accesibles en Chile de la colección original de Aníbal Echeverría y Reyes, depositada hoy, tras su venta y donación, en el Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti y en el Instituto Interdisciplinario de Tilcara, ambas instituciones de la Universidad de Buenos Aires. El catálogo fue elaborado y escrito por Isabel Iriarte y Susana Renard, y editado y ordenado por mí. Una versión preliminar de este texto, que considera solo la fracción de la colección del Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti, se publicó en 1998, por lo cual ahora se incorporaron los materiales que actualmente se encuentran en Tilcara.

La cuarta sección posee solo un texto, correspondiente a la única obra escrita por Aníbal Echeverría y Reyes en que describe sus propias excavaciones y colecta de objetos precolombinos desde los cementerios que intervinieron en la región de Antofagasta, al norte de Chile. Un documento muy poco conocido que fue publicado en 1929 en la revista *Acronal* de Antofagasta, pero que resulta de suma relevancia dado que constituye uno de los pocos escritos a través de los cuales es posible conocer de su propio puño y letra su trabajo en arqueología y en la formación de colecciones.

Finalmente, la quinta y última parte reúne toda la correspondencia de Aníbal Echeverría y Reyes que ha podido ser recolectada en el marco del proyecto ANID-FONDECYT 1210046, encontrada en diferentes instituciones, como la Biblioteca Nacional de Chile, el Museo Histórico Nacional de Chile, el Museo Nacional de Historia Natural de Chile, el Museo de Historia Natural de Concepción en Chile, el Ibero Amerikanisches Institut zu Berlin en Alemania y el Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Argentina. Se trata de cartas y telegramas dirigidas a quince personas e instituciones diferentes, datadas entre 1889 y 1935. Prácticamente toda la correspondencia es inédita, salvo por las cartas publicadas por Grete Mostny (1964) en su epistolario con Augusto Capdeville.

En suma, la idea de este libro es crear un contexto para cientos de objetos, varias colecciones, un autor y una época de la historia de la arqueología chilena. La ambición es plantear una reflexión genealógica que permita juzgar y reescribir los relatos y discursos que hoy le dan vida a esta actividad científica en nuestro país. Ojalá sea un impulso entre muchos, un ejemplo entre cientos, por poner en valor figuras olvidadas y colecciones instrumentalizadas, carentes de contexto e historias asociadas. El propósito último es que la colección, en tanto obra de una o varias autorías —la gran mayoría de ellas hoy invisibles—, sea considerada también un objeto de estudio por la arqueología. Como corolario, una pequeña recomendación: nunca olviden a los muertos que ha dejado la arqueología.

EL COLECCIONISTA

BIOGRAFÍA DE UNA COLECCIÓN Y SU COLECCIONISTA¹

Benjamín Ballester

En Chile, la arqueología nace gracias a coleccionistas —colectores y coleccionadores— de objetos y cuerpos precolombinos a lo largo y ancho del país (Orellana, 1982, 1991, 1996; Urbina, 2020). En desiertos, bosques, cordilleras, fiordos e islas, las excavaciones de tumbas y la colecta de antigüedades han sido recurrentes desde la época del primer contacto entre el mundo nativo y los forasteros europeos. Este fenómeno se acentuó a mediados del siglo XIX, en la llamada “Era de los Museos” (Cole, 1982, 1985), producto de la alta demanda nacional y extranjera de parte de casas de subasta, galerías de arte, museos, universidades y coleccionistas privados. Una realidad que continúa vigente —aunque a otra escala— en la actualidad.

Sin embargo, en Chile se sabe poco sobre la historia y naturaleza del coleccionismo de piezas arqueológicas (p. e., Ayala, 2017; Ballester, 2019, 2020b, 2021a; Ballester y San Francisco, 2018; Ballester *et al.*, 2019; Cabello, 2007; Gallardo, 1999; Gänger, 2014; Garrido y Valenzuela, 2022; González, 2010, 2017; Martinic, 1993-1994; Pavez, 2015; Quiroz y Olivares, 1990, 2008; San Francisco *et al.*, 2020; Valenzuela y Silva, 2021). Las reflexiones acerca de su rol en la construcción del actual estado de conocimiento arqueológico son todavía insuficientes y se requieren aún de enormes esfuerzos de investigación. No obstante, basta simplemente con mirar atrás, hacia el pasado de nuestra disciplina, para identificar decenas de actores clave en la historia de la arqueología chilena, cuyo trabajo estuvo íntimamente ligado al coleccionismo de obras precolombinas, debido a que ellos mismos coleccionaban piezas o porque sus investigaciones giraban en torno a objetos en propiedad de otros coleccionistas.

Se podría afirmar, entonces, que el castillo interpretativo de la arqueología y de la prehistoria de Chile —así como el de otras naciones— reposa

¹ Versión actualizada del artículo publicado originalmente en Ballester (2021b).

sobre algunos fundamentos del coleccionismo. De ser correcta esta aseveración, resulta preocupante que no se estudie ni reflexione de manera adecuada en torno al trabajo de los coleccionistas y la naturaleza de sus colecciones, junto a los objetos que la componen, pues lo lógico sería asegurar la fiabilidad del castillo antes de continuar construyendo sobre él (Ballester, 2020b; Ballester y Cabello, 2022; Ballester y San Francisco, 2017). Por eso adquieren valor las líneas de investigación orientadas a comprender la biografía de los objetos, las colecciones y sus coleccionistas (Alberti, 2005; Byrne *et al.*, 2011; Gosden y Marshall, 1999; Hoskins, 2006; Pearce, 1994), ya que a través de ellas es posible juzgar sus trayectorias y relaciones, las circunstancias que los rodearon y las motivaciones que llevaron a su formación, así como los contextos y mecanismos que dieron cuerpo a los discursos que se refieren a ellos. Esta genealogía del conocimiento arqueológico es trascendental a la hora de reflexionar acerca de cómo llegamos a saber lo que sabemos hoy, logrando así poner a prueba desde la arquitectura hasta los materiales del castillo.

El presente texto se enmarca en este enfoque y busca contribuir al conocimiento del coleccionismo de objetos precolombinos en la escena nacional, andina y latinoamericana a partir de un caso de estudio particular: el señor Aníbal Echeverría y Reyes, y su colección, hoy depositada en el Museo Nacional de Historia Natural (MNHN) de Santiago. Una historia que transcurre a fines del siglo XIX y, especialmente, durante la primera mitad del siglo XX, mucho antes de que se formaran las carreras universitarias de Arqueología en las décadas de 1960 y 1970. En esa época las percepciones sociales sobre la excavación de sitios arqueológicos y el coleccionismo precolombino eran otras, así como era otra la legislación sobre el trato de estos lugares, objetos y cuerpos. Por eso, es un despropósito anacrónico juzgar apresuradamente los hechos y prácticas del pasado sin situarlos justamente en su contexto histórico, social, simbólico y cultural.

Estudiar las biografías de Aníbal Echeverría y Reyes y sus colecciones es relevante por diversas razones. Una de las más importantes es que los objetos de esta colección se han convertido en cimientos de la arqueología y prehistoria del norte de Chile y, en particular, de la región de Antofagasta (p. e., Berenguer y Acevedo, 2015; Horta, 2011; Latcham, 1938; Looser,

1930; Oyarzún, 1929, 1931a, 1931b, 1948, 1981, en este libro; Uhle, 1912a, 1912b, 1913a, 1913b, 1913c, 1915). En segundo lugar, porque las referencias a la colección y sus objetos obvian su proveniencia, su proceso de formación en tanto colección, las motivaciones y circunstancias en las que fueron colectados, seleccionados y acumulados por su coleccionista; en pocas palabras, ignoran su contexto y biografía una vez extraídos desde los sitios arqueológicos. Finalmente, porque estudiar el coleccionismo obliga a reflexionar acerca de la manera en que nosotros mismos nos relacionamos con estos objetos precolombinos y el rol que les hemos otorgado en nuestras vidas —p. e., museos, cine, historietas, literatura, periódicos, turismo, publicidad, discursos científicos, imaginarios, etc.—, e invita a pensar cómo nuestra sociedad se relaciona con otras sociedades a través de la cultura material.

VIDA Y OBRA DE ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES

El 18 de julio de 1864 nace en la ciudad de Santiago de Chile Aníbal Echeverría y Reyes. Su madre fue Pastora Reyes Guajardo y su padre José Echeverría Lazo, este último un reconocido coronel y héroe militar que participó en las campañas de La Araucanía, en la guerra contra España y en la del Pacífico (Feliú, 1969; Figueroa, 1928). El legado militar de su padre y los sucesos de guerra influenciaron fuertemente en su patriotismo (Figura 1). Cursó Humanidades en los Padres Franceses de Santiago y Leyes en la Universidad de Chile, carrera de la cual se recibió a los 21 años, el 15 de junio de 1886. Con tan solo 19 años, en 1883 ingresó al servicio público como jefe de Sección de Correos y Telégrafos del Ministerio del Interior (Feliú, 1969). En 1890 fue nombrado juez letrado de Talcahuano, en 1891 de San Bernardo, en 1895 promotor fiscal de Magallanes, en 1896 juez letrado de Putaendo y en 1901 de Cauquenes (Feliú, 1969; Figueroa, 1928).

Al poco andar decide dejar el servicio público para continuar con su labor de abogado de manera independiente, para lo cual se establece en Antofagasta. En sus propias palabras,

el 18 de Julio de 1903, entré como abogado, a la ex-Compañía de Salitres de Antofagasta, y en ella permanecí, sin interrupción, hasta

el 26 de Junio de 1925, fecha en que adquirió sus bienes la Sociedad The Lautaro Nitrate Company Limited, en la que he continuado en iguales condiciones (Echeverría y Reyes, 1934b, p. 5).



Figura 1: Fotografía de Anibal Echeverría y Reyes de niño, vestido de militar y cargando un fusil.
(Archivo Patricio Espejo)

Su labor profesional lo llevó a ocupar el cargo de presidente del Colegio de Abogados en 1926. Asimismo, se desempeñó como cónsul de la República Mayor de Centro América en Valparaíso (1893), de Guatemala en Antofagasta, en 1905, y en 1928 es nombrado decano del cuerpo consular (Feliú, 1969; Figueroa, 1928). En paralelo al ámbito profesional, participó a lo largo de su vida de diversas instituciones sociales y de beneficencia en el puerto nortino, tales como el lazareto (1905) y la Sociedad de Instrucción Primaria (1908). Fue fundador y miembro de la Asociación de Boys Scouts (1913) y presidente honorario de la Cruz Roja (1927) (Arce, 1997[1930]; Núñez, 2006). Además, colaboró en el proceso de construcción del Nuevo Hospital y del Club Hípico de la ciudad (Arce, 1997[1930]; *El Industrial*, 31 de julio de 1907; *El Mercurio de Antofagasta*, agosto de 1907).

Previo a su llegada a Antofagasta ya era miembro de la masonería. En 1894 se afilió a la Logia N°. 1 de Valparaíso y fue elegido gran secretario general de la Gran Logia de Chile (Carter, 2013; Gaytán, 2017). Años más tarde, ya asentado en el puerto, contribuyó de manera activa en la masonería local, especialmente en la reinstalación de la Logia Unión y Cultura N°. 14 (Romo, 2016). Sus actividades allí se concentraron en el campo de la cultura, las artes y el conocimiento, lo que lo llevó a escribir varios textos en sus revistas y publicaciones.

La revista *La Llamarada* (segunda quincena de 1924), editada por la Federación de Juventudes Comunistas de Antofagasta, publicó en 1924 una semblanza inigualable acerca de la figura de “don” Aníbal Echeverría y Reyes, como se le conocía en el puerto:

Un viejito chico, de barba afeitada y delgadito como un tallarín. Desde que llegó a Antofagasta le ha gustado usar sombreros de paja negra y muy brillante, costumbre que ha adquirido —según dicen las malas lenguas— desde el día fatal que una simpática morena le cortó redondamente el cuarenta (...). Usa, generalmente, traje negro minuciosamente cepillado (...). Una de las características más notables de “don” Aníbal, es sin duda ninguna, el magnífico y soberbio cuello que lleva en su pescuezo. Alto, colosalmente almidonado y de una blancura impecable. Diríase al verlo, que ha sido hecho exprofeso para dar cumplimento, de una manera cruelmente

sagrada, a la promesa ofrecida a alguna milagrosa santa de la Corte Celestial (...) “don” Aníbal, antes de todo, es el más “monomaniático” de todos los abogados que pisan tierra antofagastina. Él no tiene reparo en sacarse el sombrero para saludar a cualquier hijo de vecino, aunque este sea el más humilde de los humildes y el más infeliz de nuestros hermanos (...). En resumidas cuentas, “don” Aníbal Echeverría y Reyes es un abogado que, a pesar de ser defensor de una institución inmensamente rica y poderosa, explotadora de tierra y pulmones chilenos, no tiene impregnada en su espíritu esa orgullosidad fatua que se ha apoderado de la mayoría de la jente profesional y burguesa (Figura 2).



Figura 2: Ilustración de Aníbal Echeverría y Reyes. Gentileza de Claudio Galeno. (Panades y González, 1998)

Como se aprecia, era un personaje popular, conocido por todos y todas quienes habitaban en Antofagasta. Andrés Sabella, uno de los escritores y literatos más importantes de la ciudad y del norte de Chile, ilustra la figura de Echeverría y Reyes en su andar por el puerto, “fumando sus habanos, fragantísimos, pasaba por las calles, sin darse cuenta, al parecer, de cuánta fortuna interior ocultaba debajo de su atuendo siempre impecable” (*El Mercurio de Calama*, 15 de febrero de 1980) (Figura 3).



Figura 3: Aníbal con su terno y puro en Antofagasta. (Archivo Patricio Espejo)

Investido de esta imagen pública, Aníbal Echeverría y Reyes ocupó un rol protagónico en la escena cultural y artística de Antofagasta (Ardiles, 2010, 2014). En su calidad de filántropo y mecenas apoyó todo tipo de concursos e iniciativas en estas áreas. Fue además uno de los principales responsables de la fundación del Ateneo de esa ciudad (Figura 4), una institución que, tal como en otros países, estaba destinada a fomentar el desarrollo de las artes, las letras y el mundo intelectual (*El Fénix Gráfico*, 17 de febrero de 1918).

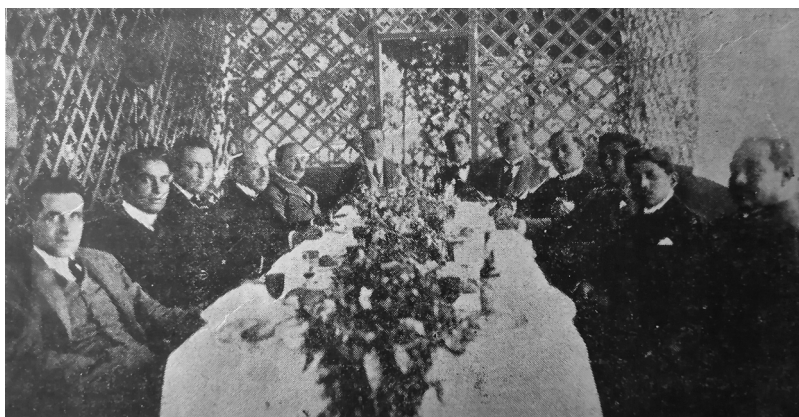


Figura 4: Aníbal Echeverría y Reyes —cuarto de izquierda a derecha— en El Ateneo de Antofagasta. *La Ilustración*, 4 de noviembre de 1923. (Gentileza de Patricio Espejo)

Firmados con su nombre de pila o con su seudónimo (Doctor d’Alaer), escribió decenas de libros en distintos formatos y publicó en los más importantes periódicos y revistas de su época. Destacan *El Mercurio* (de Antofagasta y Santiago), los *Anales de la Universidad de Chile*, la *Revista Chilena*, la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, la *Revista de Artes y Letras* y el *Boletín de la Academia Chilena de la Lengua*, entre otras (Anónimo, 1938; Ardiles, 2010; Feliú, 1969; Figueroa, 1928; Núñez, 2006). Como relata la crónica de una revista antofagastina, “sus conocimientos abarcan muchos ramos del saber humano. En primer lugar, cultiva su especialidad profesional, la jurisprudencia. Es un profundo conocedor del castellano. Enseguida se ha distinguido

por sus estudios históricos, i es considerado como un americanista sobresaliente. Es muy versado en etnología, rama que cultiva con grande éxito gracias a sus frecuentes viajes a las capitales de los países vecinos” (*Cinema Social*, 28 de junio de 1919).



Figura 5: Despacho de Aníbal Echeverría y Reyes en Antofagasta. (Archivo Patricio Espejo)

Uno de los campos donde más destacó Aníbal Echeverría y Reyes fue en la filología americana (Feliú, 1969; Núñez, 1986). Vivía obsesionado por registrar y describir las lenguas que oía y descubría a su paso. Era un colector de palabras y modismos exóticos, de expresiones verbales y formas lingüísticas poco comunes; un verdadero coleccionista de la lengua. Fiel reflejo de aquello son sus publicaciones acerca de la lengua kunza o atacameña (1890, 1912b; Vaïsse *et al.*, 1896), la lengua araucana (1889) y sobre las voces usadas en Chile (1900), de los delincuentes nortinos (1934a) y del mundo salitrero (1929a, 1934b).

La pasión por la escritura y el conocimiento lo llevaron a integrar un sinnúmero de sociedades científicas, académicas y literarias tanto en Chile como en el extranjero (Feliú, 1969; Figueroa, 1928). Solo para

enlistar las más destacadas, cabe señalar que fue miembro de la Academia Chilena de la Lengua, de la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia de Madrid, de Medicina Legal de Nueva York, de Derecho Jurídico Internacional de Berlín, de la Sociedad de Legislación Comparada de París, de los Institutos Geográficos de Lima, La Paz, Sucre y Buenos Aires, además de miembro fundador de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

Estos abultados antecedentes académicos y culturales hicieron que en la escena local y nacional se le considerara como un verdadero “intelectual”, pues concibe una obra, crea un libro, i refunde en él una experiencia larga de trabajo científico sistemático. Es el verdadero estudioso, que lee con un lápiz, dejando en los libros el rastro de su criterio en la apreciación del asunto, i acumulando materiales para usarlos acertadamente en el momento preciso (*Cinema Social*, 28 de junio de 1919).

Pero su relación con los libros excedía el simple fervor por la escritura. Padecía de una “superior afición a los libros que pocos comprenden, vive rodeado de ellos, se interesa por el papel impreso, i es uno de los pocos compradores de libros en Antofagasta” (*Cinema Social*, 28 de junio de 1919). Era un verdadero bibliófilo, cazador de primeras ediciones y ejemplares raros, un coleccionista de libros y folletos de toda clase, obsesionado por su materialidad y distribución, experto de la tinta, el papel, las tipografías y los tirajes. Literalmente habitaba inmerso en una biblioteca (Figura 5), y estudiaba la historia de ciertas obras y temas para crear desde ellos detallados catálogos bibliográficos. Compraba, atesoraba, intercambiaba, analizaba y producía obras escritas.

Quienes tuvieron la posibilidad de visitar su casa en Antofagasta aseguran que tenía un ataúd apoyado de pie en una de las salas. Ante las preguntas por tan inusual mobiliario, Echeverría y Reyes respondía que “lo había comprado en vida por si se moría de repente no fueran a enterrarlo en cualquier cosa”². ¿Qué habrá gatillado un raciocinio tan particular? ¿Será acaso

² Información entregada por Patricio Espejo, quien a su vez la escuchó de su tío abuelo Percy Eaglehurst Ramos.

consecuencia de su experiencia exhumando tumbas y muertos desde los cementerios precolombinos a lo largo y ancho del desierto de Atacama, actividades en donde pudo ver de cerca decenas de cadáveres y sepulturas?

COLECTA, COMPOSICIÓN Y FLUJO DE COLECCIONES DE OBJETOS PRECOLOMBINOS

Los primeros registros conocidos de Aníbal Echeverría y Reyes en el mundo de la arqueología se remontan a 1910, es decir, a sus 46 años de edad. Entre el 17 y el 23 de mayo de ese año asistió como secretario de la comisión delegada por el gobierno de Chile al XVII Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Buenos Aires, Argentina (Anónimo, 1910; Lehmann-Nitsche, 1912). En el evento ocupó el rol de secretario junto a Max Uhle, quien era presidente, en una de las sesiones de la sección de Arqueología y Etnología de Perú, Bolivia y Chile. Presentó allí comunicaciones sobre los jeroglíficos de la Isla de Pascua (1912a) y la influencia incaica en el norte de Chile (1910), junto a otra acerca de la extinguida lengua kunza (1912b) en la sección de Lingüística.

La presentación relativa a la influencia incaica es especialmente relevante para trazar la proveniencia de parte de las piezas que componían la colección de Echeverría y Reyes (1910, p. 885), pues en ella afirma que él mismo excavó “en varios jentilares, o sea cementerios de indios, en el antiguo Litoral, hoy provincia de Antofagasta”. Las otras dos comunicaciones del autor, por su parte, desarrollaron temas que le apasionaban profundamente: en primer lugar, las lenguas indígenas y populares, y, en segundo, la búsqueda de posibles formas precolombinas de escritura, comunes entre distintos pueblos.

En la sección de Arqueología y Etnología compartió con investigadores de renombre como Rodolfo Lenz, Arthur Posnansky, Juan Ambrosetti, Aureliano Oyarzún, Tomás Guevara, Robert Lehmann-Nitsche, Salvador Debenedetti, José Salgado, Hermann von Ihering, Florentino Ameghino, Samuel Lafone Quevedo, Aleš Hrdlička, Eduard Seler y Max Schmidt, entre otros. Esto significa que Echeverría y Reyes integró un selecto grupo junto a algunos de los principales exponentes del tema para Sudamérica, el área andina y Chile, hecho que lo situaba a un mismo nivel de importancia en la escena intelectual y académica de la época. Ya el hecho de haber sido elegido

por el gobierno de Chile como parte de la delegación es un reconocimiento y demuestra la importancia que tuvo en el país.

Durante su estadía en la capital argentina, aprovechó de visitar los principales museos, galerías particulares y bibliotecas de Buenos Aires y La Plata (Anónimo, 1910, p. 903). Un recorrido que le permitió descubrir las sorprendentes semejanzas que existen entre los objetos precolombinos del noroeste argentino y aquellos que él mismo había extraído de los jentilares de la región de Antofagasta, situación que lo llevó a plantear varias hipótesis acerca de sus orígenes comunes, relaciones y filiaciones culturales, para entender su pasado desde una mirada más amplia y comparativa (Echeverría y Reyes, 1929b; en este libro).

Meses más tarde, ya de vuelta en Antofagasta en septiembre de ese mismo año, Aníbal Echeverría y Reyes decide llevar una selección de objetos encontrados por él en “los cementerios indígenas de Chiuchiu”³ para participar de la Exposición Histórica del Centenario⁴ en la ciudad de Santiago, la iniciativa patrimonial más importante organizada en torno a estos festejos y liderada por Luis Montt (Alegría, 2007; Alegría y Núñez, 2007). Convince también de asistir a su amigo el doctor Galvarino Ponce⁵, quien poseía en aquellos años una importante colección de antigüedades de Quillagua. Entre ambos llevaron desde Antofagasta hacia Santiago, por vía marítima, alrededor de doscientos “ejemplares de curiosidades indígenas”⁶, para lo cual solicitaron al secretario de la Exposición, el compositor Nicanor Molinare, “una vitrina de unos dos metros, por uno cincuenta, i de quince centímetros de alto, para

³ Carta de Aníbal Echeverría y Reyes a Nicanor Molinare, 6 de septiembre de 1910. Archivo del Museo Histórico Nacional. Ver sección de correspondencias, p. 204.

⁴ Toda la información relativa a la participación de Echeverría y Reyes en la Exposición Histórica del Centenario fue cordialmente facilitada por la investigadora Daniela Silva Jara.

⁵ Galvarino Ponce fue un dentista antofagastino fundador de la logia masónica Espíritu Libre N°. 39 (Casanueva 2015). Es probable que la amistad con Echeverría y Reyes estuviera vinculada al mundo de la masonería. Junto a su hermano Lautaro publicaron una famosa obra, titulada *Los obreros del salitre* (1911). Lautaro Ponce fue también fundador del Ateneo de Antofagasta junto a Aníbal Echeverría y Reyes (*El Fénix Gráfico*, 17 de febrero de 1918).

⁶ Telegrama del Estado, 3 de septiembre de 1910. Archivo del Museo Histórico Nacional.

colocar sobre caballetes”⁷ y así presentar de manera adecuada sus colecciones al público capitalino. Sin embargo, Echeverría y Reyes no quedó conforme con el desdibujado protagonismo que se les dio a los objetos precolombinos en el marco de la Exposición. Así lo declara abiertamente en un periódico antofagastino: “Es sensible, se nos dice que sus directores no hayan dado la debida importancia a esta rama de las ciencias arqueológicas que sin disputa merecía haber ocupado un lugar preferente” (Alegría y Núñez, 2007, p. 79).

Se desconoce qué sucedió con estas colecciones una vez terminada la Exposición. Aunque Luis Alegría y Gloria Paz Núñez (2007) aseguran que la mayoría de las piezas fueron devueltas a sus propietarios, Martin Gusinde (1916, p. 31) atestigua que al momento de la fundación del Museo Histórico Nacional (MHN) “se contaba con una parte de la exposición histórica exhibida en el año del Centenario en el palacio Urmeneta”. Asimismo, en uno de los últimos escritos en vida de Aureliano Oyarzún (1947, p. 28), este agradece expresamente a “Echeverría y Ponce, de Antofagasta, que con sus escritos y obsequios al Museo Histórico Nacional de Chile han aportado un valioso patrimonio cultural”. Aunque Echeverría y Reyes efectivamente donó otra colección años más tarde al museo, la referencia expresa a Ponce abre interrogantes sobre una posible donación conjunta posterior a la Exposición. Solo nuevas investigaciones permitirán ahondar en torno a esta hipótesis.

Entre julio y agosto de 1912, Max Uhle realiza sus temporadas de campo en los alrededores de la ciudad de Calama (Dauelsberg, 1995; Uhle, 1912c, 1913a, 1913b). Durante su paso por el puerto de Antofagasta se reencuentra con Aníbal Echeverría y Reyes tras su colaboración previa en el Congreso de Americanistas de Buenos Aires. En esa oportunidad, el abogado le entrega a Uhle una donación de “unos cien objetos de su valiosa colección de antigüedades de Chuquicamata y San Pedro de Atacama” para que sean depositados en el Museo de Etnología y Antropología (MEA) de Santiago (Uhle, 1913b, p. 110). Es muy probable que tanto el encuentro como la donación no hayan sido casuales, sino concertadas, pues Uhle conocía bien las piezas que poseía

⁷ Carta de Aníbal Echeverría y Reyes a Nicanor Molinare, 6 de septiembre de 1910. Archivo del Museo Histórico Nacional. Ver sección de correspondencias, p. 204.

Echeverría y Reyes y constantemente las mencionaba en sus propias publicaciones para destacar su notable calidad (Uhle, 1912a, 1912b).

Poco antes de la visita de Uhle a la región, Echeverría y Reyes había comenzado a negociar para enviar especímenes arqueológicos a otro conocido del Congreso de Americanistas, el argentino Juan Ambrosetti, con la finalidad de que fueran depositados en el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Así lo prueba un archivo de correspondencias entre el abogado chileno, dos cónsules argentinos, el decano de la facultad bonaerense y el propio arqueólogo trasandino, cartas datadas entre 1912 y 1916 (ver artículo de Iriarte y Renard, en este libro). En ellas se detalla la encomienda efectiva de al menos tres remesas de piezas desde Antofagasta hacia Buenos Aires por vía marítima, junto a una cuarta tentativa que se desconoce si se concretó o no (ver sección de correspondencias, pp. 218-223).

El primer despacho ocurrió a fines de 1911, por intermedio del cónsul argentino en Antofagasta, el señor Horacio Bossi Cáceres, y el decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad. En dicha oportunidad, Echeverría y Reyes remitió un cajón que contenía una momia para ser donada al museo etnográfico, “extraída”, según su propio relato, “en el antiquísimo cementerio indígena que hay a menos de dos leguas al oriente de San Pedro de Atacama” (Iriarte y Renard, 1998, p. 82). Este cuerpo fue fotografiado y publicado al año siguiente por Juan Ambrosetti (1912, p. 46) en las memorias del museo (Figura 6), acompañado de la siguiente descripción: “Una momia envuelta en un poncho y cubierta con un curioso gorro de cuero, procedente de un cementerio indio situado cerca de San Pedro de Atacama, región de la Puna”.

El segundo envío se llevó a cabo en 1912 e involucró otra momia, también de San Pedro de Atacama, que aparentemente provenía del mismo cementerio que la anterior. El cajón fue expedido por intermedio del cónsul Bossi a través de la empresa Transportes Unidos, establecida en la ciudad de Montevideo, encomienda que lamentablemente jamás llegó a destino y que probablemente se extravió en el puerto uruguayo. En medio de la confusión por el paquete perdido, Echeverría y Reyes le comenta a Ambrosetti que tiene tres momias más comprometidas para él (ver artículo de Iriarte y Renard en este libro y sección de correspondencias).



Figura 6: Cuerpo humano enviado por Echeverría y Reyes al Museo Etnográfico de Buenos Aires proveniente de un cementerio en San Pedro de Atacama. (Ambrosetti, 1912, p. 31)

A fines de 1915, Echeverría y Reyes coordina junto al cónsul argentino, el señor Casal, la venta de una nueva remesa, esta vez de tres cajones “cerrados i retobados”, repletos de objetos por un total de mil trescientos

ochenta nacionales argentinos (ver sección de correspondencias, p. 227). La colección se componía de objetos recuperados “en la Quebrada de Chunchuri cerca de Calama; los objetos menudos, en San Pedro de Atacama; la alfarería, tejidos y piezas grandes, en los gentiles hoy agotados de esos puntos” (ver sección de correspondencias, p. 227). Los materiales llegaron intactos a destino.

Echeverría y Reyes no tardó en ofrecer a Ambrosetti y al museo una nueva venta de objetos, esta vez una colección de 260 piezas de Chunchuri y Chiu-Chiu, a cambio de “£250, oro, bien embalado i retobado”, puesto en su casa (ver sección final de correspondencias, p. 230). Como su propuesta no tuvo réplica desde Argentina, al poco tiempo envió una nueva carta para presionar a su contraparte, dado que tenía “pendiente una propuesta del Dr. Pastor de Barcelona”, pero también porque temía que se dictara “una lei prohibiendo la exportación de objetos etnográficos u arqueológicos” (ver sección de correspondencias, p. 224). Todo parece indicar que este cuarto envío a Buenos Aires jamás se concretó, y no existe registro alguno de una posible venta al coleccionista europeo. Finalmente, la totalidad de la colección ingresó formalmente al Museo de Etnografía de la Universidad de Buenos Aires en 1916, compuesta de un total de 426 obras registradas genéricamente como provenientes de San Pedro de Atacama (Iriarte y Renard, en este libro). Décadas después, en 1968, una fracción de la colección fue enviada al recién inaugurado Museo Eduardo Casanova de Tilcara, en la provincia de Jujuy, dependiente de la misma casa universitaria, donde continúan depositados hasta la actualidad (Iriarte y Renard, en este libro).

Años más tarde, en enero de 1919, Echeverría y Reyes respondió a una carta previa escrita por Augusto Capdeville desde Taltal (ver sección de correspondencias, pp. 235-237), donde asegura que él se considera “un simple aficionado en el tema de la arqueología del norte de Chile” y, más interesante aún, que ha

realizado numerosas expediciones en los cementerios indígenas de Chiuchiu, Chunchuri, cerca de Calama y en San Pedro de Atacama, y todos los objetos que extraje yo mismo, los he repartido en los Museos de Santiago, Buenos Aires, Lima y La Paz. Fueron más de tres mil entre

todos. He dejado para mí unos 500 objetos de madera, como vasos, platos, campanillas, ídolos, escarificadores, tabletas, cajitas, tubos, etc. (Mostny, 1964; en este libro, p. 235).

Ofreció a Capdeville sus objetos para que pudiera estudiarlos si pasaba por Antofagasta, “lo mismo que una buena colección de libros en francés, inglés, alemán y castellano que he logrado reunir con toda paciencia, exclusivamente, sobre estas materias del norte de Chile” (Mostny, 1964, p. 220). Esto último corrobora dos aspectos relevantes acerca de la personalidad de Echeverría y Reyes: su pasión bibliófila y el coleccionismo de libros; y, la segunda, el valor que para él tenía el conocimiento sobre temas arqueológicos y americanistas.

En la misma carta, Echeverría y Reyes afirmaba que a Capdeville “lo conocía y lo respetaba mucho, por referencias de mi querido profesor el Dr. Uhle, por el Dr. Oyarzún y por el Sr. Eberhardt; alabo y admiro su entusiasmo, pero lamento no poder seguir su ejemplo” (Mostny, 1964; en este libro, p. 236). Se despidió firmando como “su servidor muy adicto, Aníbal Echeverría y Reyes”, palabras todas que demuestran su profunda pasión por el coleccionismo y los anhelos inconclusos de dedicarle más tiempo a esta actividad.

Echeverría y Reyes publica una década más tarde un interesante artículo, titulado “Los aborígenes atacameños” (1929b; en este libro), donde detalla sus excavaciones y parte del material que colectó, la que es tal vez su obra más completa sobre el tema.

El 20 de mayo de 1935, Echeverría y Reyes envía una carta a Carlos Oliver Schneider, en ese entonces conservador del Museo de Concepción⁸ (ver sección de correspondencias, p. 241), en respuesta a una misiva que, lamentablemente, no ha podido ser todavía encontrada. En ella, el abogado y coleccionista antofagastino señala:

⁸ Archivo documental del Museo de Historia Natural de Concepción.

Respecto de cráneos de atacameños, para conseguirlos, sería indispensable preparar una expedición a los jentilares del interior, especialmente, en serranías de la laguna de Chiu Chiu, en los que quedan muchas tumbas sin abrir, y se encontrarán numerosos objetos de interés, además de cadáveres.

Esto significa que, casi quince años después de sus contactos con Capdeville y a más de dos décadas de la donación de parte de su colección a Max Uhle, Echeverría y Reyes seguía al corriente del estado de los cementerios del desierto y de la manera más adecuada de obtener cuerpos y objetos precolombinos desde ellos.

Es muy probable que tras su fallecimiento en 1938 en la ciudad de Santiago, una fracción de su colección haya quedado en manos de sus herederos, ya que el 15 de octubre de 1949 el MHN⁹ compró una pequeña colección compuesta de 29 objetos precolombinos al señor Aníbal Echeverría y Bari, uno de los hijos del abogado, junto a su esposa Virginia Bari y Lopehandia (Figueroa, 1928). Dentro de la colección se enlistan en su mayoría piezas provenientes de Chiu-Chiu, Chuquicamata, Isla de Pascua, Pisagua y Paposo, entre las cuales destacan las mismas clases de objetos que febrilmente coleccionaba su padre.

BIOGRAFÍA DE LA COLECCIÓN DE ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES DEL MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO

La colección Aníbal Echeverría y Reyes que actualmente se encuentra depositada en el MNHN de Santiago es el resultado de distintas instancias de donación y/o venta de objetos por parte de su coleccionista. Todas estas donaciones se efectuaron inicialmente al MEA, institución que correspondía a la Sección de Prehistoria del MHN, fundado en 1911, pero que en 1912 adquiere un rango propio de museo de la mano de Max Uhle (Alegría, 2004; Gusinde, 1916; Polanco y Martínez, 2021). El MEA cambió de locación en varias oportunidades debido a la falta de espacio y la precariedad de sus instalaciones. En 1916, tras el término de contrato de Uhle, asume

⁹ Inventario de la Sección de Prehistoria del MHN, pp. 181-183, inv. N°12934-12961.

la dirección del museo Aureliano Oyarzún. Luego de más de una década de funcionamiento, en 1929, al crearse la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, el MEA pasa nuevamente a conformar la Sección de Prehistoria del MHN (Alegria, 2004; Polanco y Martínez, 2021).

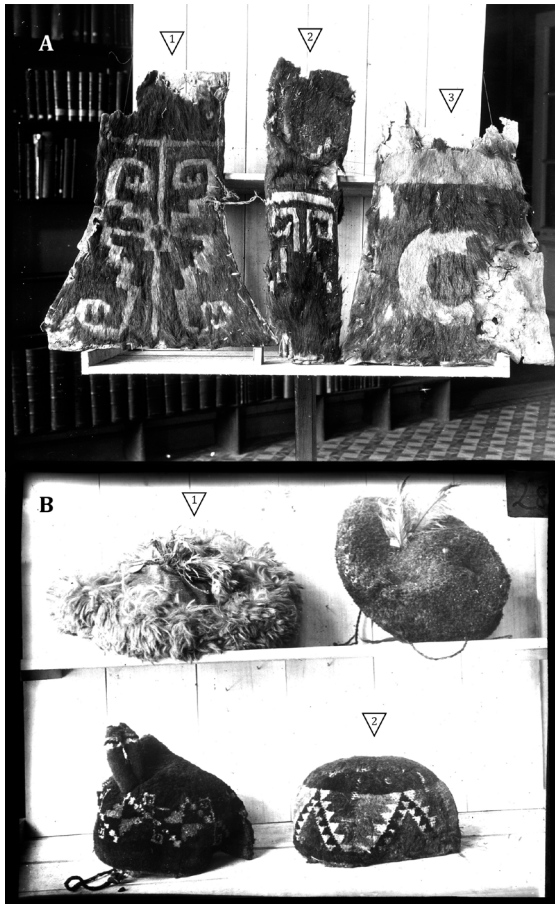


Figura 7: Fotografías de objetos precolombinos de la colección Anibal Echeverría y Reyes en el MEA tomadas por Max Uhle, circa 1916-1919: (A) corazas de cuero, (B) gorros. Algunos de estos objetos se encuentran hoy en la Colección Anibal Echeverría y Reyes del Museo Nacional de Historia Natural: (A1) N°. 2017.1.497; (A2) N°. 2017.1.589; (A3) N°. 2017.1.498; (B1) N°. 2017.1.284; (B2) N°. 2017.1.283. (Archivo Max Uhle del Ibero-Amerikanisches Institut zu Berlin)

De acuerdo con los inventarios del MEA y de la Sección de Prehistoria del MHN¹⁰, Anibal Echeverría y Reyes realizó al menos cuatro donaciones a la institución: la primera en agosto de 1912, compuesta de 91 objetos provenientes de Chuquicamata (nº. = 2) y de San Pedro de Atacama (nº. = 89); la segunda, de gran volumen, en enero de 1913, que suma un total de 505 objetos de Chiu-Chiu (nº. = 492), San Pedro de Atacama (nº. = 10), el norte de Perú (nº. = 2) y de Topater en Calama (nº. = 1); la tercera en octubre de 1924, conformada por 78 objetos de Calama (nº. = 58), Linares (nº. = 9), Bolivia (nº. = 6), Antofagasta (nº. = 1), Chile central (nº. = 1) y Llay-Llay (nº. = 1); y finalmente la cuarta en mayo de 1925, de solo 4 objetos de Calama. La colección total se componía de 678 objetos.

De estas cuatro entregas de material arqueológico existen detalles únicamente de la primera, aquella de agosto de 1912, donada por intermedio de Max Uhle durante su paso por Antofagasta en el marco de su expedición a Calama. El alemán señala expresamente que en dicha oportunidad recibió “unos cien objetos de su valiosa colección de antigüedades de Chuquicamata y San Pedro de Atacama” (Uhle, 1913b, p. 110), cantidad y proveniencia que se corresponde a la perfección con los inventarios del MHN y del MEA.

Del resto de las entregas de objetos, sin embargo, no existe información. Se desconoce bajo qué circunstancias llegaron, si hubo o no agencias intermedias y la naturaleza del traspaso (donaciones o compras). Ahora bien, Echeverría y Reyes (1929b; en este libro, p. 189) señala en una de sus publicaciones que “lo mejor que obtuve —más de mil piezas— me di el agrado de obsequiarlo al Museo de Etnografía de Santiago”, lo cual resuelve esta última incógnita. Pero el volumen de piezas a las que se refiere excede con creces y casi duplica el número de objetos que se encuentran registrados en los inventarios del MEA y del MHN bajo su nombre. Esta diferencia podría deberse a distintas razones: que la cifra entregada por Echeverría y Reyes no sea la correcta, que parte de la colección no haya sido registrada en los inventarios, que falten inventarios en el museo o que una fracción de las

¹⁰ Los inventarios ocupados en esta investigación fueron cordialmente facilitados por Marcela Covarrubias y por Daniela Silva Jara, ambos depositados hoy en el Archivo del Museo Histórico Nacional.

piezas haya ingresado bajo otro nombre; interrogantes que quedarán abiertas para futuras investigaciones.

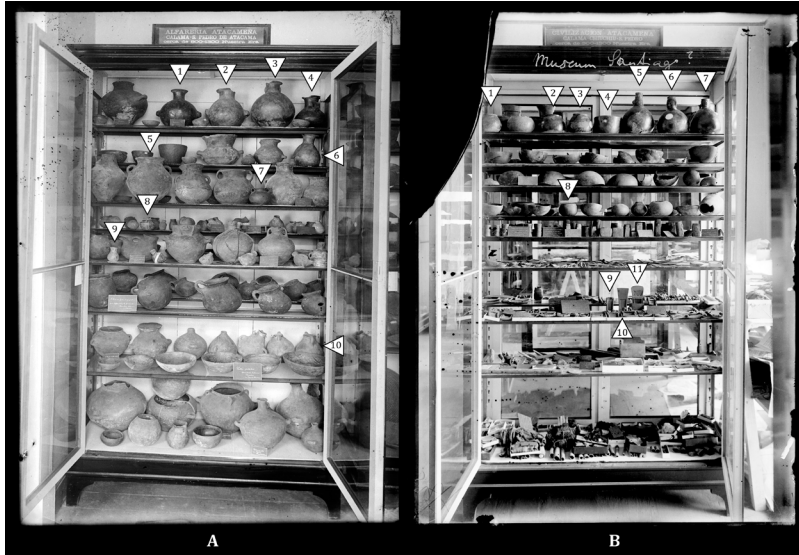


Figura 8: Vitrinas de exhibición de piezas arqueológicas del norte de Chile del MEA, *circa* 1916-1919. En ambas fotografías se aprecian algunos de los objetos que hoy componen la colección Aníbal Echeverría y Reyes del Museo Nacional de Historia Natural: (A1) N°. 2017.1.10; (A2) N°. 2017.1.68; (A3) N°. 2017.1.67; (A4) N°. 2017.1.69; (A5) N°. 2017.1.73; (A6) N°. 2017.1.70; (A7) N°. 2017.1.2; (A8) N°. 2017.1.3; (A9) N°. 2017.1.8; (A10) N°. 2017.1.72; (B1) N°. 2017.1.61; (B2) N°. 2017.1.60; (B3) N°. 2017.1.59; (B4) N°. 2017.1.15; (B5) N°. 2017.1.12; (B6) N°. 2017.1.11; (B7) N°. 2017.1.56; (B8) N°. 2017.1.174; (B9) N°. 2017.1.353; (B10) N°. 2017.1.350; (B11) N°. 2017.1.351. (Archivo Max Uhle del Ibero-Amerikanisches Institut zu Berlin).

Durante su estada en el MEA, algunas de las piezas de la colección de Aníbal Echeverría y Reyes fueron expuestas públicamente a los visitantes de la capital. El Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín, en Alemania, posee un archivo documental de Max Uhle que resguarda una serie de fotografías tomadas por dicho investigador entre 1916 y 1919, algunas de las cuales muestran las vitrinas de exhibición del MEA y primeros planos de objetos específicos. Entre estas últimas se distinguen piezas que todavía forman parte de la colección Aníbal Echeverría y Reyes, tales como las famosas corazas, pecheras o escudos de cuero

decoradas provenientes de Chiu-Chiu (Figura 7A) o algunos de los gorros prehispánicos de San Pedro de Atacama (Figura 7B), todas ellas publicadas también por Aureliano Oyarzún (1931b, 1948, en este libro).

Las fotografías de las vitrinas de la exhibición son especialmente relevantes para esta investigación, pues a partir de ellas ha sido posible identificar un número importante de objetos que serían parte de la colección Aníbal Echeverría y Reyes, junto a otras piezas que fueron recuperadas por el mismo Uhle en su expedición a Calama, específicamente desde el cementerio de Chunchuri. Los objetos más sencillos de identificar fueron las vasijas decoradas y otras cerámicas distinguibles por su singular forma, pero también tabletas de madera, contenedores de calabazas y cestos (Figura 8).

En 1916, Enrique Conrado Eberhardt publicó otra serie fotográfica de las vitrinas del MEA, probablemente anteriores a las de Uhle, en su libro *Historia de Santiago de Chile*. En ellas es posible reconocer sin problemas algunos de los objetos de la colección Aníbal Echeverría y Reyes (Figura 9), y en ciertos casos incluso los mismos ejemplares exhibidos en las fotografías de Uhle, pero esta vez dispuestos en otro orden, inmersos en una combinación diferente y dentro de unas vitrinas completamente distintas. De acuerdo con la carta dirigida a Augusto Capdeville en 1919 (Mostny, 1964), Echeverría y Reyes conocía bien a Eberhardt, y se refiere a él junto a Max Uhle y Aureliano Oyarzún, todos parte de un mismo círculo ligado al MEA y al MHN.

Los inventarios de la Sección de Prehistoria del MHN¹¹ registran, asimismo, la donación de algunos de los objetos que componían la colección de Aníbal Echeverría y Reyes, junto a piezas de otras colecciones, a una institución no identificada de la ciudad de Linares. El traspaso comprende 14 obras cuya proveniencia sería Chile central, Llay-Llay, Antofagasta, Linares y dos ejemplares de origen indeterminado. Las piezas fueron enviadas como préstamo para la fundación del Museo de Arte y Artesanía de Linares a fines de la década de 1960, algunas de las cuales fueron reclamadas décadas más tarde por el MHN y yacen hoy de nuevo en sus depósitos¹².

¹¹ Páginas 247, 259 y 268 del inventario. Archivo del Museo Histórico Nacional.

¹² Información entregada por Margarita Valenzuela, del Museo de Arte y Artesanía de Linares.

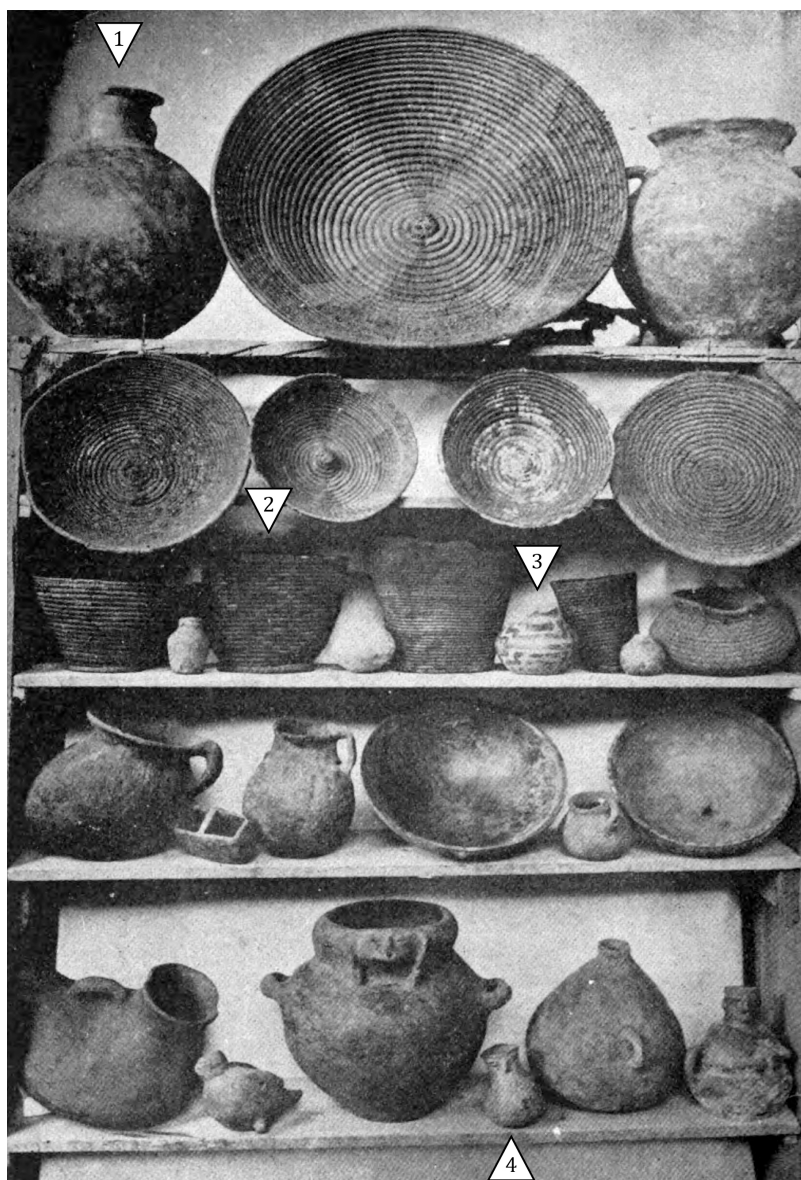


Figura 9: Fotografía publicada por Enrique Eberhardt de una de las vitrinas del MEA antes de 1916. Algunos de estos objetos forman parte de la Colección Anibal Echeverría y Reyes del Museo Nacional de Historia Natural. (1) N°. 2017.1.67; (2) N°. 2017.1.191; (3) N°. 2017.1.3; (4) N°. 2017.1.8.

En 1968 prácticamente la totalidad de la Sección de Prehistoria del MHN fue trasladada a la Sección de Antropología del MNHN (Anónimo, 1979, p. 6). De acuerdo con Ximena Novoa *et al.* (1997, p. 3), dicho traspaso se oficializó recién en 1974 e incluyó la Colección Aníbal Echeverría y Reyes, “compuesta por alrededor de seiscientas piezas arqueológicas y etnográficas, la mayoría provenientes de la región de Antofagasta (Chiu-Chiu, Chuquicamata, Calama y San Pedro de Atacama) y en una mínima proporción de Bolivia y Perú”.

Entre 2014 y 2016, el MNHN emprendió un proceso propio de inventario de la colección Aníbal Echeverría y Reyes, pues jamás tuvo acceso a los antiguos inventarios del MEA ni del MHN. El resultado fue una base de datos y un catálogo de fichas para cada objeto de la colección, elaborado por Nieves Acevedo (2017). A cada uno de los ejemplares se le asignó un código nuevo que sigue la nomenclatura usada en el MNHN. El registro arrojó un total de 602 objetos ingresados en 659 entradas de la base de datos, diferencia dada porque algunas obras fueron subdivididas en unidades con entradas propias, como los carcaj y sus flechas, o algunos contenedores de calabaza fracturados.

Al momento de fichar las piezas se consignó también el antiguo número de inventario del MHN, lo que permite comparar el estado de la colección en ambos momentos de su biografía: durante su estadía en el MHN (1912-1968) y luego en el MNHN (2017). En los inventarios del MHN, el primer número de ingreso era el 1134 y el último el 5636, con discontinuidades intermedias, una numeración que se repite en el inventario del MNHN. Ahora bien, existe una diferencia respecto del número de piezas que componía la colección en ambos momentos, pues durante su estadía en el MHN poseía 678 objetos de los cuales 14 fueron trasladados a Linares, quedando un total de 664 piezas, mientras que el inventario del MNHN consigna solo 602 objetos. Esto arroja una diferencia de 62 ejemplares desde su paso por el MHN hasta su realidad actual en el MNHN¹³.

¹³ Cálculo realizado comparando los inventarios del MEA, MHN y MNHN relativos a la colección de Aníbal Echeverría y Reyes.

DESENREDANDO LA TRAMA DE LA COLECCIÓN

Si se recolectan desde sus escritos y cartas todos los pequeños fragmentos en que Echeverría y Reyes se refiere al origen de los objetos que componían su colección, el resultado es que, al menos, intervino sitios arqueológicos en el litoral de Antofagasta, Calama (Chunchuri y Topater), Chuquicamata, Chiu-Chiu, San Pedro de Atacama y Quillagua. En algunos pasajes su relato es incluso más específico, al punto de señalar el lugar y el propietario del terreno desde donde los obtuvo: “En Chunchuri, cerca de Calama, de propiedad de don Ismael Núñez¹⁴, en las vecindades de la laguna de Chiuchiu, en solares de los señores Krepich Hermanos, y en San Pedro de Atacama, en potreros de los señores Abaroa”¹⁵ (Echeverría y Reyes, 1929b, p. 2, en este libro, p. 190).

No es de extrañar el gran número de localidades de donde provienen sus hallazgos, ya que por su trabajo Echeverría y Reyes recorrió constantemente toda la región de Antofagasta y conocía a la perfección cada uno de los pueblos de donde los obtuvo. Ejemplo de ello es su detallado artículo acerca del estado de la agricultura en Antofagasta (1914) o sus publicaciones sobre la lengua kunza (1890, 1912b; Vaïsse *et al.*, 1896). Es claro, además, que fue un estudioso de la arqueología regional y que estuvo en contacto con los más destacados investigadores del tema. Es en este sentido que a Echeverría y Reyes se le puede considerar un conocedor y un referente de su época en el campo de la arqueología del desierto de Atacama, un entendido que lamentablemente escribió muy poco para todo lo que sabía. Fue por esta condición que llegó a ser comisionado por el gobierno de Chile para asistir al Congreso de Americanistas de Buenos Aires y que participó de la Exposición Histórica del Centenario en Santiago.

Sus textos son claros al afirmar que su colección se componía de objetos que fueron en su gran mayoría obtenidos por él mismo. Hay, sin embargo,

¹⁴ Max Uhle hace también referencia al señor Ismael Núñez como propietario de los potreros de Chunchurí al momento de su excavación (Dauelsberg, 1995).

¹⁵ La familia Abaroa era dueña de los terrenos de la mayor parte de San Pedro de Atacama y el cementerio en cuestión, por su referencia, podría corresponder a Solcor 3 (Gonzalo Pimentel, comunicación personal, 20 de mayo de 2021).

algunos objetos que incitan a pensar en la posibilidad de agentes mediadores o de su adquisición a otros coleccionistas, como el caso de las dos vasijas del norte del Perú. Por esta razón, su colección puede definirse como una colección personal, en la cual la búsqueda, selección y descarte de objetos estuvo totalmente definida por sus propios criterios, creando un ensamblaje de piezas moldeado exclusivamente por sus gustos más íntimos. Sus criterios personales quedaron impresos en sus colecciones: atesoraba obras completas de clases de objetos conocidos que dieran cuenta del estereotipo de la época de la cultura atacameña, piezas vistosas y de cualidades estéticas que permitieran exhibirlas y ser apreciadas.

Si bien Echeverría y Reyes no alardeaba en sus conversaciones epistolares con Capdeville, por sus manos y como parte de su colección habían pasado ya más de tres mil objetos precolombinos en 1919. Esto significa que la colección que hoy se encuentra depositada en el MNHN no constituye sino un quinto del total conocido de piezas que este personaje tuvo en su poder. Asimismo, 426 objetos terminaron en Argentina, dispersos entre Buenos Aires y Tilcara. Del resto de la colección se desconoce de momento su paradero, en especial de las obras que habría entregado en Lima y La Paz, o de la última remesa de 260 piezas que ofreció a Ambrosetti y que probablemente vendió al doctor Pastor de Barcelona. Tampoco hay claridad acerca del destino de los 500 objetos que había guardado para sí en 1919, aunque es muy probable que una parte haya quedado en manos de su hijo, tal como lo demuestra la venta al MHN de 1949.

Quedan otras dudas por desenredar en la trama de esta colección, inquietudes que no podrán ser resueltas por ahora. ¿Qué pasó, por ejemplo, con los objetos que Echeverría y Reyes recuperó de los jentilares del litoral de Antofagasta y de Quillagua? El destino de ninguno de ellos aparece registrado en sus textos, cartas, telegramas e inventarios de los museos estudiados; podrían haber partido a Lima o La Paz, difícil saberlo. Sin embargo, entre las piezas que componen la colección del MNHN hay una serie de artefactos de hueso identificados como arpones (*sensu* Acevedo, 2017) que efectivamente son vástagos de arpones, dispositivos comunes en los sitios costeros de la región, pero prácticamente inexistentes en los del interior de Antofagasta (p. e., Ballester, 2018a). Extrañamente, según el inventario estos artefactos

provenirían de Chiu-Chiu, algo muy poco probable considerando que, aunque es una de las zonas más trabajadas y excavadas del norte de Chile, no existe un solo registro de arpones en la localidad. Es posible, aunque es muy difícil de probar, que haya algunos registros errados en las actuales colecciones y que eso pueda explicar la ausencia de piezas de estas otras localidades. No olvidemos que en el Museo Etnográfico de Buenos Aires, por ejemplo, todas las piezas ingresaron genéricamente como provenientes de San Pedro de Atacama, siendo que las correspondencias afirman que vendrían de lugares distintos (Iriarte y Renard, en este libro).

EL VALOR DEL COLECCIONISMO

Toda colección se compone de objetos¹⁶, y en algunos casos incluso de sujetos convertidos en objetos. Una colección es un ensamblaje, un collage, un montaje de unidades de naturaleza y origen variable, de constitución dinámica, formada a ritmos propios de adición y escisión (Akin, 1996). Siempre el todo/colección será más que la simple suma de sus partes/objetos (Pearce, 1994), pues sus relaciones y vivencias marcan en ellos una nueva identidad, ahora colectiva, que los hace copartícipes de una realidad común que sobrepasa a su singularidad material.

La vida de una colección está afectada a un sinnúmero de factores, circunstancias, trayectorias y desenlaces (Akin, 1996; Pearce, 1994). Su biografía es el resultado de una compleja cadena de eventos de ensamblaje y de fragmentación en los que influye el coleccionista principal, así como otros agentes responsables de la sumatoria de nuevas colecciones o al escindir algunas ramas tras su fragmentación. Cada colección nace de elecciones y descartes, en un proceso de composición orquestado por el gusto personal, el de una época, el estatus social y el alcance de los conocimientos de su coleccionista (Coquet, 1999), sea este un humano o una institución como un museo, el Estado, una casa de subasta o una galería de arte.

¹⁶ En su sentido más amplio, en cuanto a objetivo, sean materiales o inmateriales. Según la RAE un objeto es “1. M. Todo lo que puede ser materia de conocimiento o sensibilidad de parte del sujeto, incluso este mismo”.

La colección es, por lo tanto, un excelente reflejo de su coleccionista y, al mismo tiempo, el coleccionista constituye una imagen nítida de su colección (Elsner y Cardinale, 1994). Entre colección y coleccionista, entre el ensamblaje de objetos y los humanos que los coleccionan, existe una relación dialéctica, de mutua sujeción e influencia, de coconstrucción de sus respectivas identidades y formas de vida (Ballester, 2021a). Este estrecho vínculo entre materia y sujeto es clave a la hora de llevar a cabo investigaciones sobre el coleccionismo, ya que admite abordar los problemas desde aristas paralelas pero complementarias: por un lado, para reflexionar sobre la biografía, el perfil, la personalidad y el contexto histórico, político, económico y social del coleccionista; y, por el otro, en torno a las trayectorias, características materiales, valores, proveniencias y destinos de las colecciones y sus componentes objetuales.

Los coleccionistas —sean humanos o no humanos— por lo general no atesoran una sola clase de objetos. Su afición por coleccionar, ordenar, clasificar, intercambiar y acumular supera las fronteras de una única categoría de obra, puesto que la manía interna y visceral del coleccionismo trasciende toda norma y límite establecido (Akin, 1996; Benjamin, 2015; Calvino, 2012; Pomian, 1990). Por eso, la afición de Anibal Echeverría y Reyes se expresaba casi con igual magnitud hacia los objetos precolombinos como hacia los libros y las palabras: estas tres clases de objetos él las cazaba, coleccionaba, compraba, desempolvaba, ordenaba, estudiaba, acumulaba, exhibía y sobre ellas hablaba, leía, aprendía y escribía. Las tres eran igualmente para él objetos de su más profundo apego y pasión.

Todo indica que una fuerza profunda e inexplicable unía a Echeverría y Reyes con estos elementos, lo que lo incitaba a buscarlos y le impedía separarse de ellos. Los conectaba una suerte de magnetismo o una gravedad entre cuerpos terrenales. Lo interesante es que, llegado un momento de su vida, el coleccionista decide escindir de estos cuerpos materiales y hablados, contrarrestar las fuerzas que los atraían, para así vender, donar, difundir o intercambiar la colección completa o una parte de ella, tanto de piezas arqueológicas como de libros y folletos, y, en el caso de las palabras, deshacerse de ellas mediante la escritura. El pulso magnético tuvo entonces un ritmo, un ciclo, un vaivén de intensidad (Pearce, 1994). Esta oscilación

marcó la vida y trayectoria de los elementos que coleccionaba, pues los llevó primero a anclarse reciamente a este sujeto y luego a trasladarse hacia otras manos e instituciones, a fluir entre cuerpos. Es así como la vida del objeto coleccionable marca a su coleccionista y el coleccionista marca la vida del objeto y de su colección; un fenómeno de mutua inscripción (Benjamin, 2015).

En esta biografía de flujos y agencias enredadas en torno a una compleja trama llamada coleccionismo se forjaron redes. Redes que en este caso ligaron al desierto de Atacama, lugar de origen de las piezas arqueológicas, con un sinnúmero de personas, instituciones y ciudades en Chile, Perú, Bolivia, Argentina y, posiblemente, Uruguay, Europa y quién sabe si no también en otros países (Figura 10). La diáspora de objetos precolombinos desde Atacama terminó encadenando paisajes, personas, objetos, instituciones, edificios, empresas, máquinas y Estados, toda una inmensa maquinaria anclada, levantada y movida por el coleccionismo.

Hoy, la colección conformada por Aníbal Echeverría y Reyes yace dispersa en distintos lugares y en manos de diversas personas e instituciones. En este sentido, la colección Aníbal Echeverría y Reyes del MNHN no es sino la fracción de una unidad mayor, de momento imposible de estimar en volumen y composición. Una fracción que es, a su vez, un ensamblaje de distintas pequeñas colecciones que fueron donadas en diferentes épocas y en variadas circunstancias. Este carácter mutacional y dinámico de las colecciones debe ser tomado siempre en cuenta a la hora de interpretar los objetos que las componen y sus relaciones, pues tras ellas puede haber una historia tanto o más misteriosa y compleja que aquella que los marcó durante su era prehispánica.

Investigar en torno al coleccionismo de objetos precolombinos es significativo por varias razones. Una de ellas corresponde a una cuestión que podría definirse como netamente disciplinar, pues estos coleccionistas y sus colecciones son fundacionales del actual estado del arte de la arqueología y la prehistoria chilena, andina y sudamericana. Por esta razón, resulta imperativo avanzar hacia una genealogía del conocimiento arqueológico que nos lleve no solo a entender de manera más clara cómo llegamos a saber lo que sabemos hoy, sino, más importante aún, quién, cómo y en qué condiciones se ha ido construyendo todo aquello.

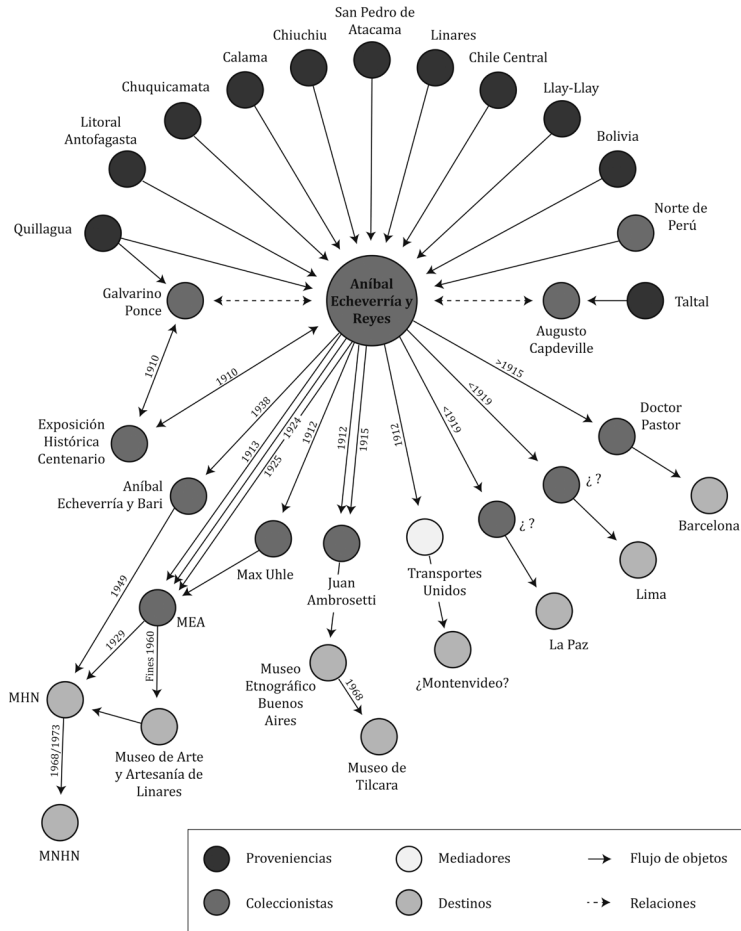


Figura 10: Esquema de la red formada por el coleccionismo de Aníbal Echeverría y Reyes.

Una segunda razón, tal vez la más trascendente, tiene que ver con el hecho de que investigar el coleccionismo de objetos precolombinos nos faculta a reflexionar acerca del papel que estas milenarias obras ocupan en nuestra realidad contemporánea y en su pasado reciente. Habla de nosotros y de nuestro vínculo con el mundo prehispánico, a través de los restos materiales

de ese mundo. Estudiar el coleccionismo es entonces un método excepcional para entender también a nuestra sociedad en su relación con otras sociedades, sean pasadas o contemporáneas.

AGRADECIMIENTOS

Al proyecto ANID-FONDECYT 1210046. Agradezco a Daniela Silva Jara, por todas nuestras conversaciones y la información acerca de la Exposición Histórica del Centenario; a Patricio Espejo, por los documentos y fantásticas fotografías de Antofagasta; a Marcela Covarrubias, por su colaboración con los archivos del MHN; a Carolina Suaznábar, por la búsqueda fotográfica en el MHN; a Álex San Francisco, por su apoyo desde Buenos Aires; a Margarita Valenzuela, del Museo de Arte y Artesanía de Linares; a Gonzalo Pimentel, por las referencias de San Pedro de Atacama; a Francisco Gallardo, por sus comentarios, y a Claudio Galeno, por su ayuda con el origen del dibujo de Echeverría y Reyes. Finalmente, al MNHN, al MHN, a Bajo la Lupa y al Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, por su confianza, invitación, trabajo editorial y gestión.

ESTUDIOS DE SUS COLECCIONES

LAS CALABAZAS PIROGRABADAS DE CALAMA¹

Aureliano Oyarzún

La sección de prehistoria del Museo Histórico Nacional de Chile posee una numerosa colección de calabazas pirograbadas sacadas por el señor Max Uhle de los cementerios vecinos del pequeño caserío de Calama, situado en la margen derecha del río Loa, en la provincia de Antofagasta.

Forman también parte de esta colección varios ejemplares obsequiados al señor Uhle por el abogado de la misma provincia, señor Aníbal Echeverría y Reyes, y por fin, una tercera colección, más numerosa todavía, de calabazas de la misma calidad compradas años atrás por el señor Joaquín Figueroa al ex-mayor de ejército, don Roberto Wegemann, residente entonces en Tacna, y que se cree proveniente de los antiguos cementerios de Pisagua. Es importante anotar esta última circunstancia, porque de ser esto efectivo, habríamos dado un gran paso en nuestros estudios, asegurando que las culturas de Calama y Pisagua son iguales, hecho que no tendría, por lo demás, nada de extraño, ya que sabemos que ambas pertenecen, en cierto período, a un mismo pueblo, al atacameño. Pero, para no falsear nuestro aserto histórico, nos ocuparemos aquí únicamente de las calabazas de Calama, cuya legítima procedencia queda justificada por los trabajos de excavación que, por disposición de nuestro Gobierno, ejecutó el señor Uhle en la costa Norte del país en el año de 1902 y cuyas colecciones se guardan en el Museo Histórico Nacional de Chile.

La cultura de Atacama floreció, según Uhle (1922), entre los años 900 y 1100, hasta 1350 de la era cristiana. A pesar de haber pertenecido a este largo período de tiempo y principalmente al segundo la industria del pirograbado de la calabaza, ha surgido la cuestión de saber si la planta que produce la calabaza es verdaderamente chilena o, mejor dicho, americana, o si la introdujeron los españoles en tiempo de la conquista.

¹ Publicado originalmente en Oyarzún (1929). Referencias, figuras y leyendas modificadas por el editor. Se ha mantenido la ortografía del original.

Si nos atenemos solo a que la calabaza data de esta cultura, queda resuelto de por sí el problema, pero, a pesar de esto, ha sucedido que algunos naturalistas del siglo pasado han sostenido opiniones contrarias, llegándose a creer que la calabaza habría sido traída a América de Europa.

Vale, pues, la pena de estudiar este asunto y dar a conocer las manifestaciones del arte indígena antiguo en el fruto de esta planta que prestó tan valiosos servicios a los aborígenes del norte del país. Creemos que, con el conocimiento de la verdadera patria de la calabaza, pasa lo mismo que con la banana o plátano, o sea la *Musa paradisiaca* y la *Musa sapientium*, pues a pesar de las afirmaciones de Humboldt en el sentido de que los españoles la encontraron en América, hay una fuerte corriente de opinión que sostiene que fué importada de las Canarias, inmediatamente después del descubrimiento de Colón.

Sabemos que el cultivo de la calabaza en América es anterior a la conquista, pero, ¿quiere decir esto que es americana esta planta, o endémica, o traída de otro continente por el hombre? Desgraciadamente, debe quedar todavía en el misterio esta cuestión, privándonos de aclarar por este medio un punto importante de las relaciones de los pueblos antiguos de la tierra.

La calabaza, o sea, el fruto de la planta conocida en botánica con el nombre de *Cucúrbita Lagenaria*. *Lagenaria vulgaris* Seringue y que, según Leunis (1885), es originaria de las Indias orientales, crece muy bien en Senegambia, donde se usa en forma de canasto, botella, cuchara, formando una parte muy importante del ajuar doméstico de los naturales de ese país. Luego agrega que su uso está también muy repartido en América, donde sirve, además, de embudo, sombrero, etc.

Como carecemos de datos precisos sobre la existencia de esta planta y del uso de su fruto en la América prehistórica, en general, voy a referirme en este estudio únicamente a lo que toca e interesa a Chile. Desde luego, Molina (1788), el único naturalista de la Colonia de nuestro país, es el primero que estudió esta planta en su conocida obra política y de historia natural. Según él, hai dos especies de calabazas en Chile, una de flores blancas y otra de flores amarillas, o calabaza indiana.

Los chilenos llaman *Guada* a la primera especie, y cultivan veinte y tres variedades de ella, que producen constantemente, las unas fruta dulce y comestible y las otras amargas; siendo dignas de particular mención entre las últimas la gran calabaza para sidra, *Cucúrbita siceraria* (cucúrbita fol. angulato - sublobatis, tomentosis, pomis lignosis globosis), llamada así, causa de que los indios acostumbraban, preparándolas con sahumeros, poner a fermentar en ella su sidra, porque es de, figura redonda, y de capacidad enorme. Sírvense también de ellas para cestos, cortándolas, circularmente, formando ángulos salientes y entrantes para que así, dentelladas, el fondo y la corbeta encaxen bien entre sí y se cierren perfectamente.

La calabaza indiana llamada *Penca* en lengua chilena es de dos especies, conviene a saber, la *común* y la *Mamadera* (Cucúrbita fol. multi-partitis, pomis sphaeroideis mammosis), que se parece a la otra en las flores, pero que se distingue de ella en la fruta, que siempre es esferoidal, remata en una gran mamila redonda, y tiene la pulpa sólida y de un sabor dulce muy parecido al de la batata llamada *Camote* (Molina, 1788, p. 139).

Al hacer esta descripción recuerda Molina a Joseph de Acosta (1894, pp. 368-369), que dice:

Pues las calabazas de Indias es otra monstruosidad de su grandeza y vicio con que crían, especialmente las que son propias de la tierra, que allá llaman Zapallos, cuya carne sirve para comer, especialmente en Cuaresma, cocida o guisada. Hay de este género de calabazas mil diferencias; y algunas son tan disformes de grandes, que dejándolas secar, hacen de su corteza, cortada por medio, y limpia, como canastos en que ponen todo el aderezo para una comida: de otras pequeñas hacen vasos para comer ó beber, y labrados graciosamente para diversos usos.

Claudio Gay, hablando de las cucurbitáceas de Chile, dice: “Este género incluye especies casi todas peculiares de Oriente, y varias de ellas cultivadas desde una época muy remota; todas son ajenas de Chile, aunque Molina haya descrito dos como peculiares del país y estén admitidas por casi todos los autores” (1846, p. 403).

Luego, refiriéndose a la *Cucúrbita máxima*, incluye en esta especie a las *C. sicerata* y *mammeata* de Molina, o sea, a los zapallos y no a las calabazas, agregando que se cultivan mucho en Chile... y que

sería muy difícil designar la especie a que pertenecen, pues la planta y flor sin el fruto no bastan para aclararlo. Bertero mismo no pudo decidir esta cuestión, puesto que sólo dijo que se referían a una de las tres especies más comunes, *C. máxima*, *pepo*, y *melopepo*. Molina fué más audaz, y las miró como especies nuevas, llamándolas *C. sicerata* y *mammeata*; pero es constante que estas legumbres son ajenas a Chile y que fueron introducidas por los españoles, a pesar de que los araucanos les hubiesen dado un nombre propio. Lo mismo sucede con la Acayota, que, aunque se come poco, sirve para hacer confituras; también Bertero dice que pertenece a una de las tres especies indicadas, pero sin poderlo afirmar, aunque estuviese en el país cuando escribió su memoria. La colocamos pues en la especie que Duchesne llamó *C. máxima*, aguardando que se presente la ocasión en que algún naturalista estudie el fruto bajo un punto de vista comparativo, o que se pruebe que estas tres plantas, completamente idénticas en el principio, deben sólo su diferencia a la cultura o a la manía que tienen muchos botánicos de multiplicar las especies (Gay, 1846, p. 403).

Pasando a la *Cucúrbita lagenaria* o *vulgaris*, que es la verdadera calabaza que, según Gay (1846, p. 405), no es originaria de Chile, y que, por lo tanto, no tuvo razón Molina para atribuirle a su país agrega que

estas calabazas son muy comunes en los jardines de Chile, y sus frutos, que varían al infinito, sirven de recipiente, cuando maduros y secos, para conservar varios productos de la agricultura; las chicas están principalmente destinadas para encerrar el ají molido o las semillas de hortaliza. Hay algunas variedades que se comen, aunque sean muy poco nutritivas y de gusto algo insípido; todas son enteramente exóticas a Chile, pero hoy día abundan tanto que se suele encontrarlas en estado enteramente silvestre.

El Dr. R. A. Philippi (1889, p. 150), terciando en esta cuestión, empieza por citar a Alphonse de Candolle (1883, p. 203), quien, a propósito de las calabazas de Chile, dice en su magnífica obra sobre el origen de las plantas cultivadas: “Es imposible saber a qué se refería Molina con los nombres *Cucúrbita sicerata* y *C. mammeata*”². Esto, agrega Philippi, no es imposible y, al contrario, muy fácil para un botánico de Chile. Gay acepta, sin mayor estudio, que las dos especies de Molina pertenecen a la *Cucúrbita máxima*, lo que es un gran error. ¿Qué son las plantas de Molina? ¿Se cultivaban ya en América cuando llegaron los españoles, o las introdujeron ellos y precisamente a Chile?

Philippi recuerda que la orden de los jesuitas, a que perteneció Molina fué espulsada de Chile en el año de 1768 y que Molina vivió en la ciudad italiana de Bolonia. Agrega que las especies de cucúrbitas que enumera en su obra son de Chile. Se sabe, además, que eran desconocidas en Italia cuando escribió su *Historia Natural de Chile* en ese país. Por consiguiente, no han sido importadas de Italia, tal vez de España. Tampoco, pues, el conocido botánico español Calmeiro en su *Curso de Botánica*, considera a las especies *C. siceraria* y *C. mammeata* de Molina como especies cultivadas en Chile.

Analizando detalladamente Philippi la especie llamada *Cucúrbita siceraria* por Molina, llega a la conclusión de que basta solo la explicación que da este autor, de que los frutos de esta planta son leñosos, para separar esta especie del género *Cucúrbita* y trasladarla al de la calabaza verdadera o *Lagenaria*. Tiene razón, pues, Molina al decir que esta calabaza era del país y que no vino de Europa. Tuvo asimismo razón Acosta cuando habló de las calabazas indígenas. Por lo demás, sabemos también que los antiguos peruanos hacían balsas de calabazas para trasladarse de una orilla a otra de ríos de aguas mansas.

De Candolle demuestra que la calabaza de botella, o sea, la *Lagenaria vulgaris*, proviene de la India y que, tanto en este país como en la China, es conocida desde los tiempos primitivos. Si existía en América cuando llegaron los españoles, ¿cómo se explicaría esto? No hay más que tres hipótesis. Primero, la calabaza de botella ha sido endémica en los dos continentes. Segundo, los emigrantes de Asia la trajeron consigo cuando llegaron

² La traducción es del editor.

a América, lo que estaría todavía por probarse. Tercero, la calabaza sudamericana de botella, o sea la *Cucúrbita siceraria* de Molina es una especie diversa de la *Lagenaria vulgaris*. Esto es lo que parece más probable a Philippi, agregando que Seringue, que ha descrito las cucurbitáceas en el Prodrómus de De Candolle de las cinco variedades de *Lagenaria vulgaris* que menciona, ninguna tiene frutos redondos.

Por lo que respecta a la *Cucúrbita mammilata* de Molina, su descripción basta para reconocer al zapallo que no viene, por cierto, de España. Willkom y Lange no lo nombran en su *Flora hispánica*, pues no conocieron el fruto de esta planta. Calmeiro dice espresamente que los chinos cultivan esta planta y Buenaventura Arago agrega en su tratado completo del *Cultivo de la Huerta*, publicado en 1873, pag. 279: “El zapallo viene de Sud-América y se ha aclimatado muy bien en Galicia, pero se cultiva poco”. Según el mismo autor, fue don José de Villamil, hacendado de Mondoñedo, el primero que lo cultivó en sus tierras. Cree Philippi que estos datos demuestran claramente el origen sudamericano, no asiático, del Zapallo, o sea de la *Cucúrbita mammilata*, con lo que no se quiere decir tampoco que las otras clases de cucúrbitas provienen también de América y no de Asia como hasta ahora se ha creído.

¿Por qué llamamos ahora a la *C. mammilata*, zapallo, y no penca que es su nombre araucano y tampoco calabaza, que es su nombre español? Se nota ya desde los tiempos de Molina que una serie de nombres de plantas chilenas, como el de caven (*Acacia cavenia*), chequen (*Eugenia chequen*), guevín (*Guevinia avellana*), voighe (*Drymis chilensis*), queghen (*Fragaria chilensis*), se han transformado en espino, arrayán, avellano, canelo, frutilla.

No es raro, pues, que se haya perdido el nombre de penca para el zapallo. Por lo demás, la palabra zapallo no ha existido jamás en la lengua de Arauco, que no posee los sonidos *s* o *ts*. La palabra es peruana, y es aquí donde los españoles encontraron esta legumbre en tiempo de la Conquista. Perú, es, pues, la patria del zapallo, a no ser que en los tiempos más antiguos haya venido de México o América Central.

Concluye Philippi su monografía sobre las cucúrbitas (ahora *Lagenaria*) *siceraria* y *C mammilata*, agregando la opinión de que estas dos plantas se encontraron en Sud-América a la llegada de los españoles.

En las *Relaciones Geográficas de Indias* (Ministerio de Fomento, 1885, p. 171), figura la relación de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra de Juan de Zurita, gobernador que fué de ella en 1571, que suministró Francisco Vidal Gormaz, a Philippi. En ella se dice:

El maíz se dá bien, sale de ordinario a cien fanegas de una y de ahí arriba. Dánse muy bien los frisóles y maní y Zapallos en cantidad. Dánse en los indios Baicones, 20 leguas de la ciudad, unas calabazas o mates muy hermosas a la vista, y hacen algunas de ellas a botija y media y a dos botijas de agua; sirven de tener ropa en ellas.

Creemos que con estas explicaciones de Philippi queda definitivamente dirimida la cuestión, si no de la verdadera patria y origen de la calabaza y del zapallo, al menos de la existencia de la calabaza en Chile antes de la Conquista y de la patria del zapallo en el antiguo Perú.

Debemos, por tanto, a Molina el verdadero conocimiento de estas plantas tan útiles a la economía doméstica de Chile y a su perspicacia científica la descripción de ellas y el conocimiento de la patria americana del zapallo, a lo menos.

Ahora, si la calabaza es originaria del Asia o de América, es, por el momento, cosa difícil de resolver.

Por nuestra parte, con el apoyo de Molina y Phillippi, vamos a demostrar que las calabazas, si no se cultivaban en toda la América, lo que nos parece improbable, se conocían muchos siglos antes de la llegada de los conquistadores en el Norte de Chile, a lo menos, y los antiguos habitantes de Atacama se servían de ellas, adornándolas con hermosos grabados, para los usos de la vida ordinaria y como vasos de ofrendas para sus muertos.

Damos a conocer en seguida, algunas de las piezas pirograbadas encontradas en los cementerios de Calama provenientes de la cultura atacameña de esa región. Como los aborígenes de esos lugares trabajaron el cobre, no es difícil comprender que se valieron de punzones finos de este metal para ejecutar sus bien delineados trabajos de ornamento. Hemos copiado con tinta negra los modelos originales, a fin de hacerlos resaltar mejor del fondo amarillo oscuro primitivo de la calabaza que dificulta las copias fotográficas.

Doy aquí las gracias a la profesora de Estado, señorita D. Gianani, por su inteligente cooperación en este trabajo. Pero antes de pasar adelante, será conveniente dar una ligera idea sobre lo que fué el pueblo que en la historia llamamos de Atacama y cuyo conocimiento debemos a Uhle (1922), Schuller (1894), Boman (1908) y G. de Créqui de Montfort (1906) principalmente. Este pueblo habitó el norte de Chile y floreció entre los años 900 a 1100 con una cultura propia que Uhle ha clasificado de indígena, y desde esta fecha hasta 1350 con la influencia peruana del valle de Chíncha, que se le agregó después, formando lo que llamamos hoy cultura chíncha-atacameña. Se formó por la reunión de los pueblos primitivos llamados atacameños, uros, changos y chinchas después.

Los uros salieron de Bolivia, donde existen hoy todavía, y los changos, casi seguramente del mismo origen, habían ocupado la costa del mar donde quedan restos todavía de ellos.

Los atacameños, propiamente tales, fueron originarios del Salar de Atacama y del Arízaro. Poseyeron grandes cantidades de llamas con las que se trasladaban a grandes distancias, llevando consigo su cultura de origen.

Parece que así se explican sus emigraciones a regiones lejanas del Norte. Llenaron todas las provincias de los Chinchas y de Lipez, la región situada entre los grandes salares del Oeste de Bolivia y de la cordillera del Oeste, extendiéndose por toda la provincia de Carangas y los distritos al este del río Desaguadero. Se posesionaron evidentemente de una gran parte del Lago Titicaca y de las llanuras del Norte. Denominaron todos los picos más altos del Sur de Bolivia y de la Cordillera del Oeste, como el Chorolque, Tulumá, Asanaque, Tapaquilcha, Oyagua, Isluga, Tarapacá, Arintica, Puquintica Sajorna, Tomerape, Capurata, Chuquiananta, Toapaca, Tacora, Tutupaca y el Cerro Copira, quedando en duda si los nombres Illampu e Illimaní muestran igualmente las influencias de esta lengua. Extendieronse por toda la región de la costa, sin parar en Tacna o en Arica. Sus migraciones las llevaron por Moquegua y la región de Arequipa, por el Norte hasta lea; de la misma manera se aglomeraron en los valles del curso superior del río Apurímac y de sus afluentes, en los departamentos de Apurímac y Ayacucho, incluyendo algunas partes del valle Vilcanota y la cabecera del río Paucartambo (Uhle, 1922, p. 17).

Según la toponimia del mismo Uhle y Schuller, llegaron también al N. O. argentino, a Jujui, y aun más allá del valle central de Chile, como lo demuestran los nombres de Putaendo, Limache, Llay-Llay, Pomaire, Mauco, Tomé, Iloca, etc.

Imprimieron el sello de su cultura en todas las regiones que habitaron, dejando una base que aprovecharon los pueblos que vinieron después de ellos y así es como se explica el tipo de su ornamento incorporado después a la cultura incaica.

Por otra parte, el agregado de la cultura del valle Chincha nos explica la presencia en el estilo atacameño de las volutas, los triángulos dentados, los rombos, las serpientes y muchos otros motivos parecidos que encontramos en las calabazas pirograbadas de Calama.

No estará demás añadir que la cultura chincha-atacameña fué tan característica, que justifica, tanto la observación de Uhle como la de Boman, en lo que respecta a la extensión de sus pueblos. Así, por ej., encontramos en ellos la costumbre de deformar la cabeza y de aspirar rapé, los modelos de ornamento de sus tejidos, cerámica e instrumentos; grabaron petroglifos, trabajaron las minas de cobre, confeccionando con este metal instrumentos de guerra y utensilios de uso doméstico; usaron instrumentos agrícolas, canastos en aduja adornados con los motivos propios de su cultura, iguales en Calama, Pisagua y Tacna, etc., mantuvieron rebaños de llamas que equiparon con sogas y maderos especiales para llevar la carga, el agua, etc., dotando con campanas de madera a las “madrinas” que debían guiar las recuas por el largo camino del desierto, etc., etc.

Por lo que toca a las calabazas mismas, corresponden a la mitad del fruto hemisférico primitivo, más o menos conservado por la acción del tiempo, por lo cual, ha tenido que reconstruir el dibujante muchos de los pirograbados que reproducimos a continuación.

El diámetro de estas vasijas varía entre ocho y quince centímetros, más o menos. Algunas contienen todavía restos alimenticios, bien conservados, en forma de pasta con semillas de la misma planta o de otras legumbres.

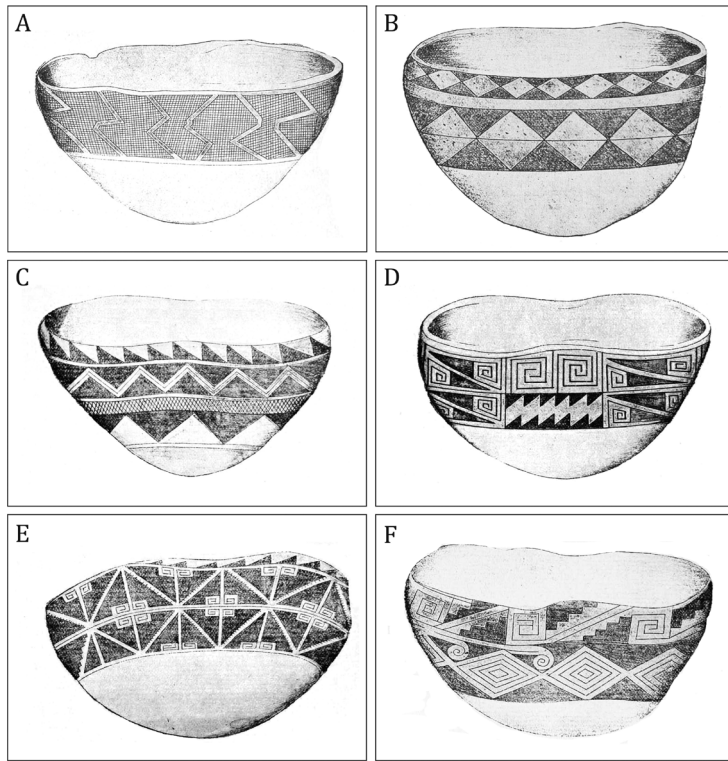


Figura 1: a) N°. 877; b) N°. 1193; c) N°. 1193; d) N°. 1190; e) N°. 876; f) N°. 865.

Analizando la serie de figuras que hemos encontrado en estas calabazas, se ve que aparecen y se repiten las pirámides con escalones y grecas puras o estilizadas, hasta formar dibujos que, a primera vista, nos parecen extraños, como pasa con los de las Figuras 2b³ y 3c⁴, por ejemplo. Estas pirámides,

³ Figura 2b (figura 8 original): dibujo formado en las dos fajas por las pirámides y la greca, pero en el que el artista, colocando la greca en forma de voluta entre una pirámide sencilla y otra con la escalera en forma de dientes, ha conseguido darnos un dibujo nuevo de hermoso aspecto. En el lado izquierdo se encuentra un colgajo de triángulos que se desarrollan de menor a mayor, llevando pestañas el último (N°. 1189).

⁴ Figura 3c (figura 15 original): trozo de calabaza dibujada esquemáticamente por haberse encontrado bastante destruida. Las secciones pirograbadas representan pirámides dobles o triples de vértice en forma de gancho y grecas de volutas, cuando las hay. El espacio libre sin grabar forma una hermosa figura (N°. 4536).

que se encuentran en las paredes de los antiguos templos de México y Centro América, las llamaban antiguamente en esos pueblos xicalcolihqui y se repiten con una frecuencia asombrosa en los ornamentos de la cerámica y los tejidos de toda la costa occidental de América, desde México, como hemos dicho, hasta el país de los araucanos. Este signo de la cultura atacameña revela claramente su origen.

Las Figuras 1d⁵, 1e⁶, 1f⁷, 2a⁸ y 2b⁹ nos muestran la misma figura que, a pesar de las modificaciones que le ha impreso el artista, dándole una nueva fisonomía, descubre la misma composición. La Figura 1a¹⁰, sencilla, muestra la inclinación por las líneas quebradas de la cultura atacameña. En la Figura 2a se intercala una pirámide sin meandros que siguen la línea de la que está completa con el objeto manifiesto de hacer aparecer un dibujo dentado.

La figura dentada es, sin duda, la más característica de la cultura chincha-atacameña. Está formada por triángulos rectos e isósceles. Aparece casi en todos los grabados. Son frecuentes también los ganchos en forma de escaleras, como

⁵ En las siguientes notas al pie se incluyen las leyendas originales del texto de Oyarzún. Figura 1d (figura 4 original): dos fajas: la superior con las grecas de la figura de pirámide con escaleras; a los lados las pirámides completas con sus rombos. La faja inferior, con dos series de dientes de serrucho en el centro y las mismas pirámides de arriba a los lados (Nº. 1190).

⁶ Figura 1e (figura 5 original): la faja superior angosta y formada de triángulos tendidos, especie de serrucho. La inferior, muy ancha, consta de dos secciones de dibujos opuestos del xicalcolihqui, advirtiéndose sólo en la parte baja del lado izquierdo las gradas de una de las pirámides y en todas las demás sólo pestañas en lugar de estas mismas gradas. Este dibujo lo encontramos a menudo en los vasos del tipo chincha-atacameño de Tacna. La especie de T de la parte superior e inferior de la faja se debe únicamente a que es allí donde se juntan, opuestas, las grecas de las pirámides (Nº. 876).

⁷ Figura 1f (figura 6 original): dos fajas. La superior, con la figura de la pirámide con gradas y sus respectivas grecas, formando figuras alternas. La inferior, adornada con dos pirámides con grecas de volutos y figuras romboidales concéntricas (Nº. 865).

⁸ Figura 2a (figura 7 original): dos fajas de igual ancho con pirámides y grecas redondeadas. Un diente triangular entre las pirámides, da, a cada una de las dos fajas, la figura de zig-zag (Nº. 51682).

⁹ Figura 1c (figura 3 original): calabaza con cuatro fajas: la superior en forma de serrucho, de dientes inclinados; la media con dientes en ángulos rectos, alternos, entrantes, separados por una cinta delgada, clara, con una línea oscura en su eje; la tercera, cuadrículada; y la cuarta, de dientes grandes oscuros, que alternan con otros claros. Está limitada hacia abajo por dos rayitas finas (Nº. 1193).

¹⁰ Figura 1a (figura 1 original): calabaza restaurada de un fragmento, presenta una franja ancha de cuadrículas entrecortadas a regular distancia por líneas en forma de zigzag (Nº. 877).

en la Figura 2e¹¹ y las escaleras mismas de la Figura 2f¹². Se encuentran los rosarios de la Figura 2c¹³, los rombos de la 1b¹⁴, las volutas, las cruces, los círculos con un punto o una cruz en el centro de la Figura 2d¹⁵. Una particularidad de los ornamentos de esta cultura son los grabados zoomorfos de avestruces, reptiles, etc. representados en las Figuras 3d¹⁶, 3e¹⁷ y 4¹⁸, como así mismo las representaciones de figuras humanas de la Figura 3d. En la Figura 3f¹⁹ aparece el sol, que va a desempeñar después un papel tan importante en la cultura incaica.

Del estudio que precede se deduce que, si no conocemos la verdadera patria de la calabaza, o sea de la *Cucúrbita lagenaria* o *vulgaris* (Seringe), sabemos que la cultivaban los americanos desde antes de la llegada de Colón, especialmente en Atacama, donde los aborígenes se sirvieron de ella para sus usos domésticos y aún la adornaron con los atributos ornamentales de su cultura, por medio de pirograbados que ejecutaban con punzones finos de cobre.

Si llegáramos alguna vez a saber que la patria de la calabaza es el Asia, tendríamos una prueba histórica de que fue importada a América por el hombre primitivo.

¹¹ Figura 2e (figura 11 original): fragmento restaurado. Fajas verticales con grabados, en forma de pequeñas pirámides. Los espacios libres, no grabados parecen ganchos en escalera. En la base se distinguen figuras indeterminadas, probablemente de avestruces (Nº. 1583).

¹² Figura 2f (figura 12 original): figuras onduladas, paralelas, dispuestas en cuatro líneas que forman una ancha faja. Pende de ellas una pequeña faja vertical con dos de estas mismas figuras verticales (Nº. 5171).

¹³ Figura 2c (figura 9 original): volutas y rosarios característicos de la cultura chincha atacameña (Nº. 868).

¹⁴ Figura 1b (figura 2 original): calabaza con dos fajas de ancho desigual, de figuras triangulares en forma de dientes, que forman rombos entre sus espacios (Nº. 1193).

¹⁵ Figura 2d (figura 10 original): la faja superior en forma de serrucho, la inferior, muy ancha, con un gran medallón o voluta formado de líneas espirales concéntricas; a los lados cruces, círculos de distintos tamaños con un punto o una cruz en el medio, cruces helvéticas solas, fajas triangulares verticales, a modo de escaleras (Nº. 898).

¹⁶ Figura 3d (figura 16 original): de dos franjas, la superior con caras humanas, la inferior con las pirámides de escaleras, grecas y otras figuras caprichosas (Nº. 858).

¹⁷ Figura 3e (figura 17 original): faja con un pato y rombos cuadrículados (Nº. 1192).

¹⁸ Figura 4 (figura 19 original): dos reptiles de cabezas triangulares en cada uno de sus extremos. El uno al frente del otro. Dibujos de la señorita Lola Riedel (Nº. 853).

¹⁹ Figura 3f (figura 18 original): faja con una escala de dos tramos y plataforma, dibujos de pirámides y cuellos de ave al lado de cada escalera. Un sol (Nº. 4536).

Molina tuvo razón para describir y señalar ya en su tiempo a la calabaza como una planta originaria de Chile, donde la conoció y seguramente no supo que se cultivaba en otras partes de América, anteponiéndose con justa razón a Gay, que creyó aún muchos años después de este autor que era de origen europeo.

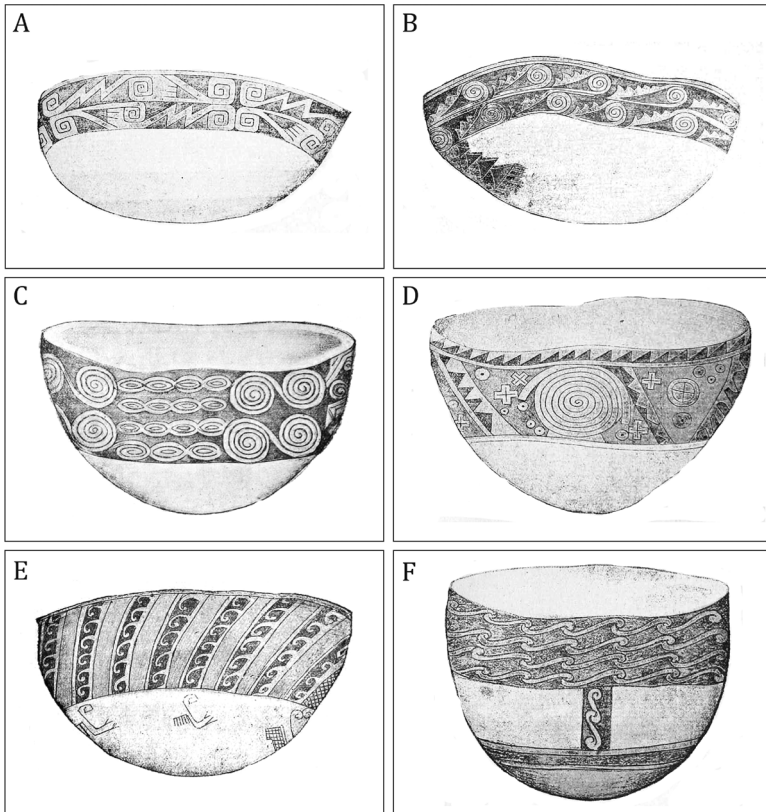


Figura 2: a) N°. 51682; b) N°. 1189; c) N°. 868; d) N°. 898; e) N°. 1583; f) N°. 5171.

Las investigaciones posteriores de Philippi nos enseñan que los europeos no conocían la calabaza en tiempo de la Conquista y que, al contrario, la cultivaron en España sólo cuando la llevaron a su patria de América.

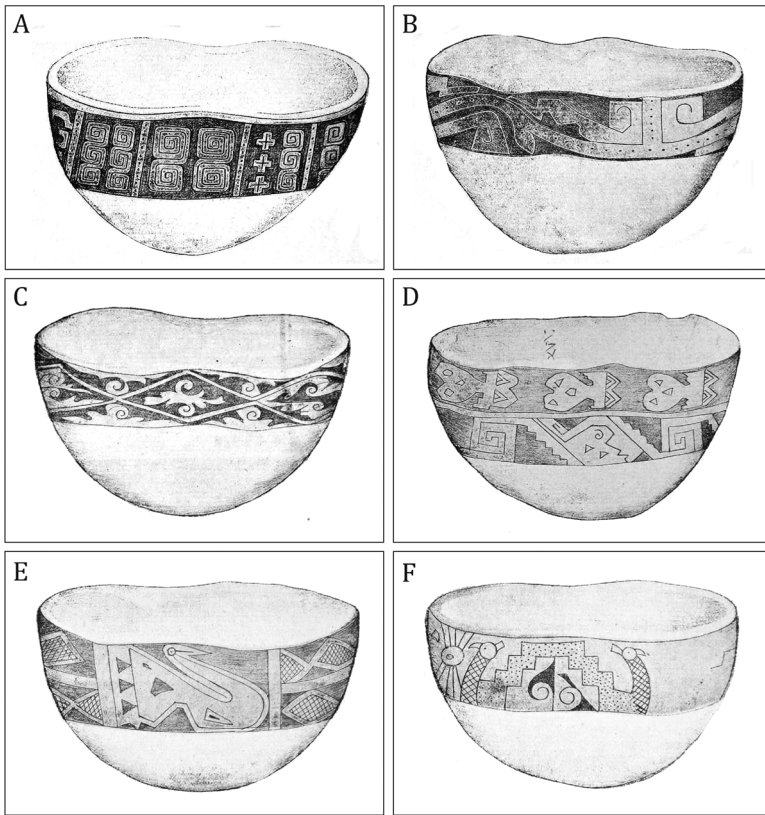


Figura 3: a) N°. 873²⁰; b) N°. 859²¹; c) N°. 4536; d) N°. 858; e) N°. 1192; f) N°. 4536.

Habiéndose extinguido la cultura de Atacama cuando aparecieron los incas, o sea en los siglos XII, XIII y XIV, podemos decir que hace ya más de mil años que se cultivaba esta planta en el norte de Chile y que hubo,

²⁰ Figura 3a (figura 13 original): una sola faja ancha dividida en campos verticales separados por líneas de puntos, que contienen columnas de grecas dobles, dispuestas verticalmente, dos de a tres y dos, más grandes, de a dos; una columna de tres cruces dispuestas de la misma manera acompañada de otra de tres grecas, etc., formando un conjunto armónico agradable (N°. 873).

²¹ Figura 3b (figura 14 original): una faja de figuras irregulares en la que se ven pirámides con y sin grecas, figuras dentadas, formando en sus intervalos una línea gruesa de división irregular adornada con puntos (N°. 859).

por consiguiente, razón para haber sostenido que era originaria de nuestro país. La industria de los pirograbados de Calama demuestra el grado de perfección a que había llegado la cultura atacameña en este ramo.



Figura 4: N°. 853.

La Figura 4, en que aparecen dos figuras de reptiles, expresan un rasgo de las creencias de los antiguos atacameños, ya que el pueblo araucano nos enseña que representan el diluvio universal, como ya lo hemos explicado, interpretando estos mismos dibujos en un vaso de Elqui (Oyarzún, 1922). Debemos considerar esta circunstancia tan especial como una influencia de la cultura del norte en los aborígenes del sur de nuestro país.

INSTRUMENTOS DE CAZA Y GUERRA EN LOS ANTIGUOS ATACAMEÑOS¹

Aureliano Oyarzún

El país prehistórico de Atacama comprendía, como se sabe, una gran extensión. Estuvo limitado por las provincias actuales del sur el Perú y parte del oeste de Bolivia por el norte, por el río Limarí de Chile en el sur, el Océano Pacífico por el oeste, y las montañas de Jujuy, en la tierra de los juríes de la Argentina, por el este. Las punas de Atacama y Jujuy y las provincias de Salta, Catamarca y La Rioja, donde se encuentran los calchaquíes, que también extendieron su influencia a este lado de los Andes, en la provincia de Coquimbo, quedan comprendidas en esta misma región.

Voy a ocuparme aquí únicamente de los utensilios de caza y guerra de los pueblos de Calama, Chiu-Chiu, Lasana, etc., de las márgenes del río Loa, situados al occidente de la cordillera de los Andes, por el lado del Pacífico. Han sido extraídos en los cementerios de esos lugares por Max Uhle, Aníbal Echevarría y Reyes y otros, y se conservan en la Sección de Prehistoria del Museo Histórico Nacional de Chile.

I. Arcos - Son de madera de algarrobo, planos en su cara externa, redondeados en la interna, con extremidades lisas terminadas en punta (Figura 1). Algunos conservan restos de sus cuerdas formadas por hilos de tendones de animales, enrollados en sus extremidades, donde se ajustan por medio de un nudo de una o varias vueltas. Otros están envueltos todavía, de trecho en trecho, en la parte más gruesa de su cuerpo por manojos de cuerdas de tendones, para dar más firmeza a la mano que los maneja. Estos mismos envoltorios son a veces de trozos de cueros crudos, cosidos con hilos de tendones de animales y enrollados en sus extremos. Pero encontramos también arcos de corte transversal redondo, con puntas como los anteriores.

¹ Publicado originalmente en Oyarzún (1948). Figuras y leyendas modificadas por el editor. Se mantuvo la ortografía del original.

La mayor parte mide más de un metro de largo y hasta ocho centímetros de grueso en su parte media. La primera forma recuerda al arco de la cultura de derecho materno, con la particularidad de que sus extremos no terminan ni en muescas ni en anillos para fijar la cuerda.



Figura 1: Ilustración de un arco atacameño.

II. Flechas - Constan del asta, astil o varilla hecha de las ramas del arbusto conocido en Chile con el nombre de brea, peril o chilca (especie de baccharis) que crece abundantemente en el lecho del río Loa y sus afluentes, y de una pieza de ajuste que se encaja en su extremo anterior. El largo de estos astiles es siempre de 50 cm. Unos llevan plumas en su extremo posterior y otros sólo adornos de anillos de colores o signos de puntos o líneas de color negro. Los con plumas (Figura 2a) se disponen de tal manera que, partidas por su eje, una mitad de las barbillas mira al frente y la otra al lado opuesto del observador, consultando con esta disposición un movimiento de rotación y mejor dirección del vuelo de la flecha. La disposición de las medias plumas es radial, fijada con hilos de tendones y resina a la vez o de resina solamente. Es sabido que la chilca produce una resina llamada cerote, que usaron los zapateros de la colonia para encerar los hilos del calzado, sustancia que sirvió también a los aborígenes para auherir los bordes rasgados de las plumas al cuerpo de la parte posterior de los astiles de sus flechas. Además, siendo frágiles de por sí las paredes huecas de las ramas de la chilca, las reforzaron con hilos de tendones, formando anillos de uno o dos centímetros de ancho, teñidos a veces con ocre en ambos extremos de las varillas.

Las puntas de ajuste son de varias clases:

- a) Cilíndricas, puntiagudas, de madera (Figura 2b).
- b) De madera también, pero más dura, en forma de lanza (Figura 2d).
- c) De una espina de algarrobo (*Prosopis Siliquastrum*), adherida al extremo anterior de un trozo cilíndrico de madera por medio de resina e hilos de tendones (Figura 2c).
- d) De una punta de pedernal fijada de la misma manera que la anterior (Figura 2e).

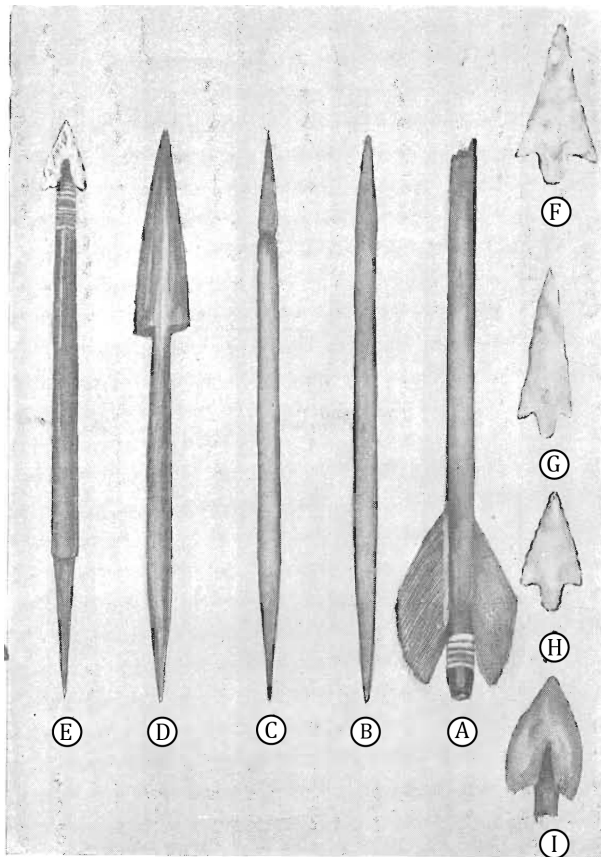


Figura 2: Flechas atacameñas.

El encaje sencillo de madera mide 19 cm de largo. El de lanza, 17 cm, es de madera muy dura. El armado con la espina de algarrobo, 118 cm, de los que corresponden cuatro a la espina misma. El de punta de sílice es del mismo largo que el anterior. La pieza de sílice misma es pequeña, dentada y pedunculada, con bordes salientes de los ángulos de las bases (Figuras 2e, 2f, 2g, 2h y 2i). Miden más o menos, 30-35 mm de largo y 15-18 mm de ancho en la base. El pedúnculo, 8 mm. Todas las puntas de ajuste se encajan 4-8 mm en la parte anterior hueca del astil, que, por ser de madera de chilca, abundante en médula blanda, desaparece casi al secarse, dejando una cavidad hueca, fácil de agrandar, que hace de ella un instrumento liviano y apto para una flecha.

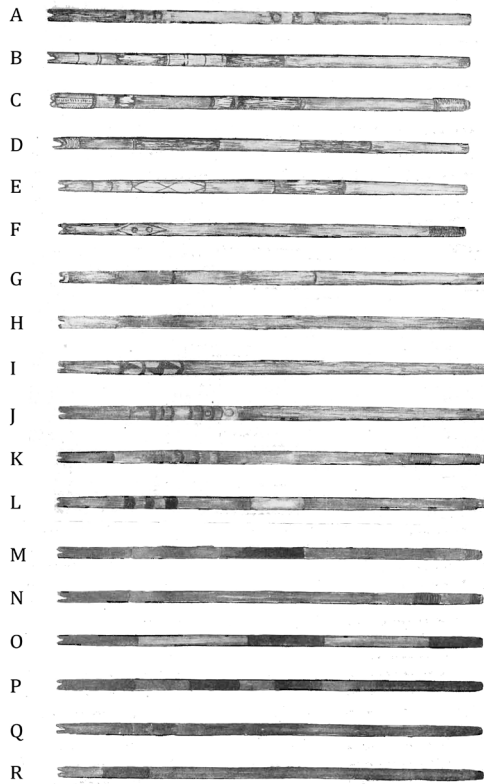


Figura 3: Flechas atacameñas decoradas.

Hemos dicho que los astiles de las flechas que carecen de plumas (Figuras 3a-3p) están siempre pintados de colores rojo, negro, blanco o verde y aun de figuras en forma losange, con puntos interiores, etc. ¿Qué fin persiguieron los aborígenes para señalarlas de esta manera? Si consideramos que a las flechas que carecen de plumas o, como quien dice, de dirección para el vuelo, se les priva intencionalmente del oficio para que fueron hechas, debemos pensar que se destinaron para cualquier otra cosa que no fuera la caza o la guerra.

En efecto, E. Nordenskiöld nos da la clave de este enigma y nos explica que la influencia cultural atacameña se extendió hasta El Chaco, o viceversa, influencia que se conserva todavía en esta curiosa región de la América del Sur, que hasta hoy presenta centros de varias culturas, o de lo que llaman los etnólogos alemanes de *Acculturation* (Nordenskiöld, 1924). Refiere este autor que los niños chiriguano del río Pilcomayo se ejercitan en la práctica de la caza con el juego que llaman del “sipepe”, para el que usan las mismas flechas pintadas de Atacama que facilitan el juego, como las firmas de las cartas del naipe o los números del dominó, y la devolución a sus dueños una vez terminado el juego, ya que cada uno conoce sus colores.

Por fin, no estará de más recordar aquí que también se encuentran en Punta de Pichalo (Pisagua) los arcos de Calama. Los hay pequeños para los niños y grandes, rotos, para el ritual fúnebre. Algunos son de corte redondo y otros plano-convexos. Se encuentran también en este lugar flechas iguales a las de Calama, aun a las pintadas, lo que demuestra la correspondencia de cultura entre estos pueblos tan lejanos y su gran extensión por este lado de las costas del Pacífico.

III. Carcajes - Forman sacos de cuero de llama de 48 cm de largo y 10 de ancho, destinados a llevar las flechas. Son de una sola pieza (Figura 4a) y también compuestos de trozos de cuero blanco y negro que forman las tan conocidas pirámides con escaleras y ganchos, como era costumbre en el estilo de Atacama (Figura 4b). Cada saco contiene una gran cantidad de flechas. Encontramos estas mismas bolsas de cuero en Punta de Pichalo; lo que demuestra una vez más la mancomunidad de la cultura atacameña en dos sitios tan distantes. Fuera de estos sacos de cuero, llevaron también los atacameños en sus expediciones manojos de flechas envueltas en simples paquetes de lana.

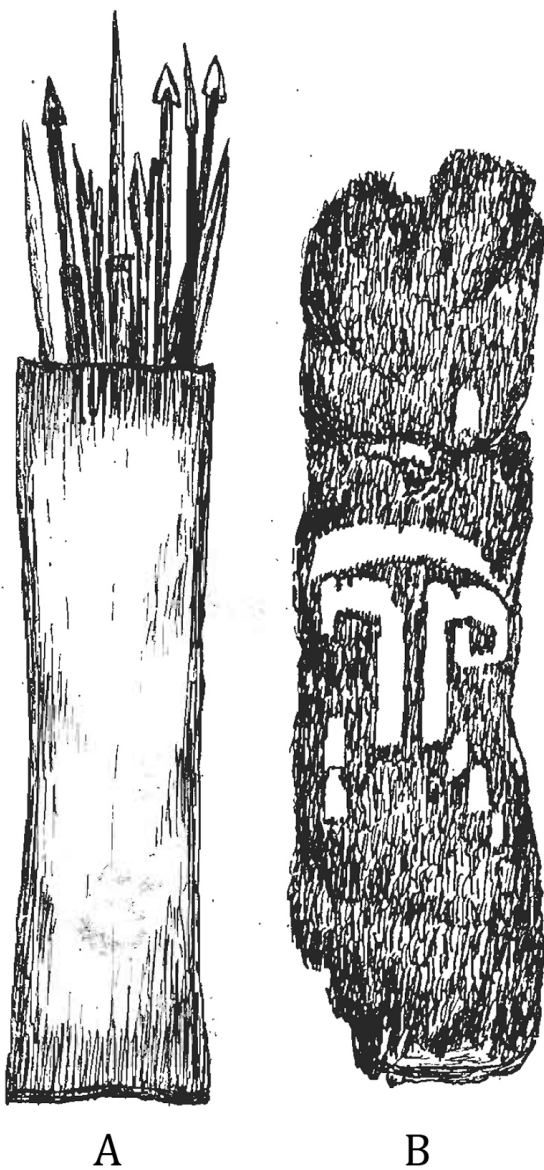


Figura 4: Carcajes de cuero.

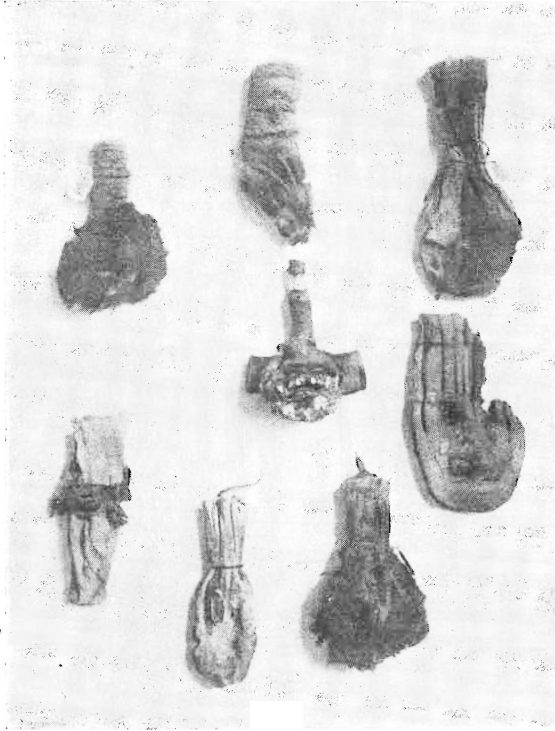


Figura 5: Bolsitas de cuero.

IV. Bolsitas de Cuero (Figura 5) - Se han encontrado en distintos lugares de los alrededores de Calama. Miden 10 cm de alto, más o menos, con un vientre correspondiente a esta altura. Constan de un trozo de cuero recogido en sus bordes y sujeto a un tubo cilíndrico de madera que hace de boquilla por medio de hilos de tendones. Cada uno de estos cilindros lleva una tapa de madera y aun de malaquita verde sujeta al cuello por su cordón. Una de estas bolsitas representa la cabeza de un roedor o de un pequeño puma, tal vez. ¿Para qué sirvieron estas bolsitas? En vista de su pequeño porte y de la prolijidad de su manufactura, creemos que pudieron haber sido destinadas a guardar sustancias venenosas para impregnar las puntas de las flechas. Estas sustancias habrían sido de origen vegetal o importadas de las selvas del Brasil, naturalmente.

V. Hondas - Forman trenzas tejidas de varios cordones de lana de colores. Más anchas en su parte media, donde llevan un dibujo que representa la pirámide con escaleras en blanco y negro. Una análoga a ésta, de Pisagua, correspondiente a la cultura de Tiahuanaco y Atacama, presenta el mismo dibujo en rojo y azul. El examen microscópico de la lana demuestra la estructura de la de los camélidos de la América del Sur.

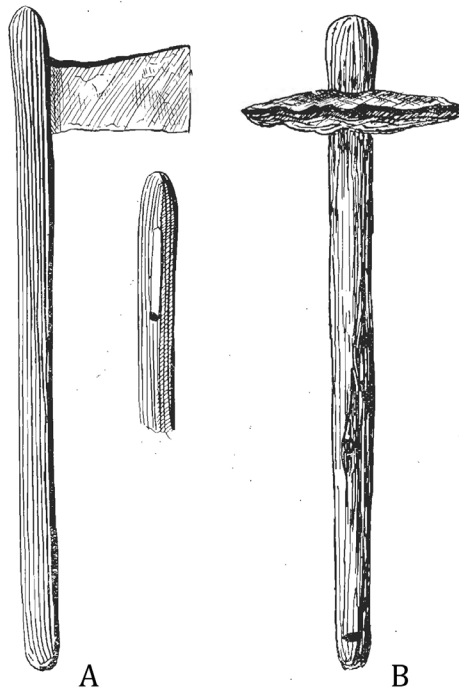


Figura 6: Armas atacameñas: a) hacha; b) porra o maza.

VI. Hachas de cobre y porras de piedra - Sabemos que los atacameños pulieron algunas piedras de valor y fundieron el oro, la plata y el cobre. No es raro entonces que usaran este último metal en la confección de sus armas. Y, efectivamente, guarda el museo (Figura 6a) un hacha de Chunchurí, compuesta

de un fuerte astil de madera de algarrobo, en uno de cuyos extremos se encuentra una escoriación alargada donde se introduce el canto de una gruesa lámina de cobre para su fijación. Mide este astil 54 cm de largo y 9,5 de circunferencia. El hacha misma, 12 cm de largo y 4,5 de ancho. Pesa 200 gr.

Se usó también allí una especie de maza o porra (Figura 6b), compuesta de un astil como el precedente y un disco de piedra adaptado o uno de sus extremos. Mide este último 11 cm de diámetro y 2 cm de grueso. Se adelgaza en sus bordes, donde presenta numerosas fallas provenientes de golpes seguramente. El agujero de adaptación al astil mide 35 cm de diámetro.

VII. Escudos de cuero - Pero los atacameños se defendieron también de sus enemigos usando escudos de cuero de pelo oscuro, adornados con trozos de piel de pelo blanco, formando así los signos de las pirámides escalonadas con grecas y una cruz en el centro. Uno de Chiu-Chiu mide 34 cm de largo y 28 y 34 cm de ancho. Está compuesto de siete capas de cuero crudo, cosidas con tiras finas del mismo material (Figura 7). La forma especial de esta pieza, modelada para cubrir el pecho y el vientre del guerrero, revela el objeto de su uso. Posee el museo varios ejemplares más o menos bien conservados de estos escudos.

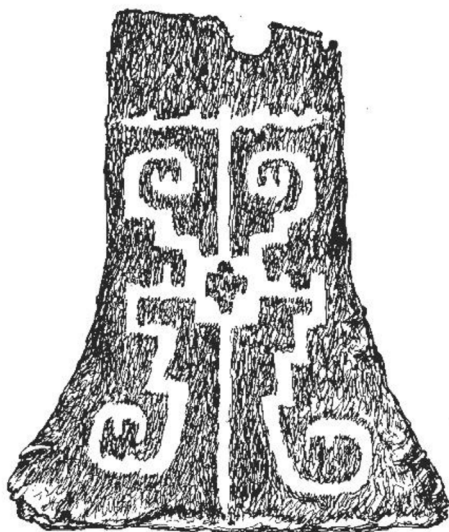


Figura 7: Coraza de cuero.

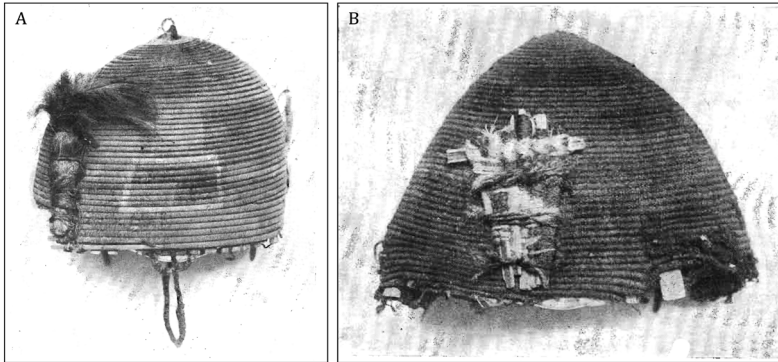


Figura 8: Cascos atacameños.

VIII. Cascos - Por fin, encontramos en esta área de cultura cascos para cubrir la cabeza, uno de los cuales, de Chunchurí, reproducimos aquí, visto de lado (Figura 8a). Están hechos de capas de trocitos de madera de algarrobo, una interna, en forma de tablitas de un centímetro de ancho y dos milímetros de grueso cada una, dispuestas verticalmente desde el vértice hasta la base formando una especie de campanario, y otra externa, de varillas adujadas, que cubren toda la superficie del casco desde el vértice hasta la base. Tanto las tablitas internas como las varillas externas están forradas con hilos de algodón de colores rojo, blanco y negro y adornadas con dibujos y hechura igual a los de los canastos en aduja de esta misma cultura. El correspondiente a la oreja izquierda de nuestra figura presenta un rectángulo dividido en cuatro campos, negros y rojos, con un borde blanco en su contorno externo. Se observa este mismo dibujo en el lado correspondiente de la oreja derecha. En el resto de la superficie los hay todavía de cuadrados en negro y rojo y fajas de colores. Se sujeta este casco en la cabeza por medio de un barbuquejo de hilo torcido que se acomoda por debajo del mentón. Sus dimensiones son: diámetro de la base, 20 cm; alto, 16 cm; largo sacado que deja libre la frente, 15 cm; alto del mismo, 3,5 cm. En cada uno de los dos extremos de este sacado se encuentran penachos de crines de colores. En la parte posterior otro de plumas, del que no se ven en la Figura 8b más que los restos. Este casco es sólido, calculado para proteger la cabeza del guerrero que se guarnecía con él.

Resumen: los instrumentos descritos nos revelan claramente el grado de cultura del pueblo que estudiamos, a saber: el del matriarcado, representado por la existencia del arco plano por fuera y redondeado por dentro y las armas contundentes. Esto aparece corroborado, además, por el adelanto a que haber llegado la agricultura entre el pueblo atacameño por otros factores que no hemos tenido necesidad de mencionar en el presente trabajo.

COLORES DEL DESIERTO DE ATACAMA A TRAVÉS DE LA
COLECCIÓN ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES
DEL MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO¹

Marcela Sepúlveda

*El mundo que habitamos está lleno de color, pero tendemos
a olvidarlo cuando estudiamos el pasado*
(Jones y Bradley, 1999, p. 112; la traducción es mía)

La omisión del color acompañó durante muchas décadas la imagen recreada del mundo griego de la Antigüedad, para convertirse inclusive en una visión paradigmática de un pasado idealizado, blanco y puro (Jockey, 2013). Sin embargo, recientes estudios interdisciplinarios han permitido revertir la imagen de ese pasado clásico caracterizado por esculturas y edificios monocromos, que desconocían las evidencias empíricas previas existentes, para revestir finalmente estas obras y construcciones monumentales con su original policromía (Brinckman *et al.*, 2008, 2010). Una amplia paleta de colores utilizada sobre muros o diferentes soportes materiales, el desarrollo de una cosmética sin precedentes conocidos y el uso de minerales aplicados como incrustaciones en objetos suntuosos en Egipto demuestran que desde la Antigüedad en el Viejo Mundo se ampliaron progresivamente las prácticas socioculturales y las formas de interacción relacionadas con las materias colorantes (Blom-Boer, 2019; Brons, 2019; Schotsmans *et al.*, 2020). Por ende, junto a nuevos conocimientos se instauraron variadas formas de consumo según su relevancia, significado y valor.

Al referirnos al color en arqueología o en contextos socioculturales diversos, se suelen enfatizar las cualidades visuales o externas de los objetos para de ahí derivar en interpretaciones relacionadas con su valor funcional, simbólico, decorativo y/o estético (Ball, 2005; Boivin, 2004; Cereceda, 1990;

¹ Publicado originalmente en Sepúlveda (2021b).

Feeser *et al.*, 2016; Gage, 1993, 1999; Gallardo, 1993; Martínez, 1992; Saunders, B. 1998; Saunders, N., 2004). Otros estudios, en cambio, se interesan mayoritariamente por sus efectos sociales, discuten, entre otros asuntos, la distinción de estatus, roles, géneros o identidades para individuos o colectivos en sus diversas y complejas dinámicas sociales, evidenciadas a través del color (Ávila, 2011; Barber, 1999; Boivin, 2004; Fiore, 2006, 2016; Jones y MacGregor, 2002; Young, 2006). Lo que olvidamos es que ambas visiones resultan de la herencia directa de los planteamientos de Goethe (2000) y su acento puesto en la percepción humana de los colores, en sus efectos y sensaciones entre quienes los visualizan, perciben e interpretan, preámbulo de una posterior visión y análisis fenomenológico de la realidad. Una herencia que fue también ampliamente replicada por antropólogos y lingüistas, quienes usaron las categorías definidas y empleadas en distintas sociedades para clasificarlos, por un lado, y para comprender ritos o prácticas simbólicas, por otro (Berlin y Kay, 1999; Gage, 1999; Turner, 1967). Sin embargo, más allá de su percepción, interpretación y significado, resulta relevante rescatar las dimensiones materiales del color, pues estas otorgan información para identificar, entre otros aspectos, las materias primas empleadas y comprender así los conocimientos manejados para su obtención, producción y propiedades, como también sobre sus distintas formas de uso en el caso de recursos con colores naturales diferentes y combinados intencionalmente. Con ello buscamos interpretar las prácticas sociales relacionadas con el color precisando su valorización y relevancia en contextos socioculturales diversos (Ávila, 2011; Boivin, 2008; Jones y MacGregor, 1999; Waburton, 2019; Young, 2006).

Hoy, la importancia dada al uso de colorantes durante el pasado es tal que se le identifica como uno de los principales testimonios materiales vinculados con el surgimiento de las capacidades simbólicas entre los homínidos. Más y más trabajos se esfuerzan en precisar el origen antrópico de minerales pigmentarios hallados en contextos arqueológicos, como una forma de retrotraer cada vez más su antigüedad y, de paso, el origen de las expresiones simbólicas (Barham, 1998; D'Errico *et al.*, 2012; Henshilwood *et al.*, 2011; Hodgskiss, 2020; Hovers *et al.*, 2003; Pitarch *et al.*, 2021; Rifkin, 2012; Roebroeks *et al.*, 2012; Taçon, 1999; Wadley, 2010; Watts *et al.*, 2016). Su relevancia radica no solo en su antigüedad y relación con prácticas

significantes particulares, sino también en que, si bien el uso de materias colorantes pudo cumplir múltiples funciones estéticas o decorativas, estudios realizados en otras regiones del mundo o en contextos etnográficos evidencian empleos mucho más variados, relacionados con sus propiedades químicas, tales como ser un material astringente, secante, antibacteriológico, cubriente, entre muchos otros. De ahí que se analice su uso en relación con el tratamiento de cueros (Badenhorst, 2009; Rifkin, 2011; Watts, 2002), la fabricación de instrumentos al mezclarse, por ejemplo, con adhesivos empleados en su enmangado (Lombard, 2007; Wadley *et al.*, 2004), en las prácticas medicinales, pintura corporal (Brown, 2001; Fiore, 2006) o cosmética (Mai *et al.*, 2016; Rifkin *et al.*, 2015; Vásquez de Agredo *et al.*, 2016). Finalmente, Browman (2004) también rescata el consumo de minerales en Bolivia como tierras comestibles, dadas sus propiedades medicinales.

En Sudamérica, numerosos vestigios materiales testimonian de una rica policromía en el uso de pigmentos minerales procesados y preparados, como lo demuestra la extensa tradición de pintura mural en diversos sitios de la costa e interior en los Andes Centrales (Bonavia, 1985; Trever, 2017; Wright *et al.*, 2015), junto con el arte rupestre registrado en distintas regiones del continente (Motta y Romero, 2020; Troncoso *et al.*, 2017). En el norte de Chile, el uso de materias colorantes se encuentra tempranamente asociado a contextos relacionados con los primeros poblamientos desde fines del Pleistoceno (ca. 11.000 años a.C.), volviéndose más comunes durante el Arcaico (9000-1500 a.C.) en asociación a contextos de cazadores recolectores altoandinos (Sepúlveda *et al.*, 2013a), y cazadores-recolectores y pescadores costeros (Arriaza *et al.*, 2008; Costa-Junqueira, 2001; Salazar *et al.*, 2015; Sepúlveda *et al.*, 2014a, 2015a, 2015b). Con el advenimiento de sociedades agromarítimas y agroalfareras asentadas en la costa, valles y tierras altas interiores, en paralelo a la permanencia de sociedades de cazadores-recolectores y pescadores en la costa Pacífico, el consumo de pigmento se amplía, hallándose a modo de ofrenda o contenido al interior de pequeñas bolsas tejidas y cajitas de madera, encontrados tanto en contextos domésticos como ceremoniales y funerarios (Agüero *et al.*, 1999; Ballester, 2018b; Ballester y Crisóstomo, 2017; Ballester *et al.*, 2014; Berenguer, 2004; Boman, 1908; Créqui-Montfort, 1906; Latcham, 1910; Montell, 1926; Mostny, 1952, 1964;

Núñez *et al.*, 2017; Ogalde *et al.*, 2014; Rydén, 1944; Sarmiento y Castillo, 2017; Sepúlveda *et al.*, 2019; Sepúlveda *et al.*, 2021a; Spahni, 1967; Tarragó, 1989; Thomas *et al.*, 1995; Uhle, 1913a; entre otros). Mezclado con otros componentes, el pigmento fue aplicado sobre una variada gama de soportes tales como cerámica, textil, metal, madera, como también en el arte rupestre (Sepúlveda, 2021a; Sepúlveda *et al.*, 2013a, 2013b, 2014b).

En paralelo al desarrollo de los pigmentos de origen mineral, los tintes de origen orgánico aplicados sobre textiles se evidencian en los Andes Centrales desde hace al menos 7.800 años (Splitstoser *et al.*, 2016), para con el tiempo ampliar significativamente la paleta de colores disponible (Antúnez de Mayolo, 1989; Fester y Cruellas, 1934; Phipps, 2021; Roquero, 2008; entre otros). Aunque más reducida, en el norte de Chile la gama de colores visible desde el Formativo, hace alrededor de 3.500 años, demuestra no obstante que se usaba una gran variedad de tintes (Sepúlveda *et al.*, 2021b), que reemplazaron la aplicación de pigmentos minerales rojo y negro sobre esteras vegetales tejidas durante el Arcaico (9000-1500 a.C.). Si bien desconocemos cuándo se empezaron a seleccionar ciertas materias por su color para su uso, no es posible descartar que esto haya ocurrido desde el Arcaico, cuando se empleaban rocas de colores específicos para la talla, y plumas o pieles para la confección de vestimentas.

Este trabajo busca evidenciar y discutir aspectos relativos al uso del color por parte de los antiguos habitantes del desierto de Atacama tanto en lo que respecta a su elaboración a partir de pigmentos minerales como con materias colorantes de origen orgánico, vegetal o animal. Indagaremos también en el uso de materiales con colores naturales, empleados de tal manera que generaron composiciones específicas a través del contraste entre ellos, además de examinar los objetos relacionados con el almacenamiento o transporte de materias colorantes. En síntesis, deseamos evidenciar y analizar variadas dimensiones materiales del color en estas sociedades, a partir del análisis de la colección arqueológica de Aníbal Echeverría y Reyes, compuesta por una gran diversidad de objetos provenientes de diferentes localidades del norte del país, que nos permiten, justamente, identificar una gran variabilidad de formas de interacción entre estas poblaciones y el color, además de destacar su eventual rol en sus dinámicas sociales.

COLORES DEL DESIERTO

Resulta muy común que, al pensar en el desierto de Atacama, imaginemos o recordemos un espacio más bien llano, inhabitado, inhóspito y seco, aunque de colores variados, con tonalidades desde pálidas a anaranjadas, a otras más rojizas y púrpuras, según sea la luz del día y el año. Al ser reconocido y caracterizado como uno de los ambientes más áridos del mundo por la escasez de precipitaciones que caen en esta región, pareciera haberse superpuesto la imagen de un espacio natural definido por sus particularidades ambientales más que una concepción humanizada de los paisajes. En este sentido, la arqueología confirma la existencia y construcción de una realidad que contrasta mucho con esta visión desoladora, al revelar, por ejemplo, que distintos grupos humanos compuestos por mujeres, hombres, niñas y niños habitaron y se desplazaron por estos parajes desde hace ya 13.000 años, superando cualquier condición aparentemente adversa. Poblaciones que con el tiempo y progresivamente fueron asentándose de forma cada vez más permanente en los distintos espacios que conforman el desierto (costa, valle, valles intercordilleranos, altiplano).

Para lograrlo, desarrollaron un sinfín de tecnologías que les permitieron habitar esos múltiples paisajes para, por ejemplo, asegurar su subsistencia cotidiana, el manejo del agua, el cultivo de la tierra y almacenar también recursos alimenticios para su consumo o intercambio, usando para ello materiales vegetales (madera, fibra vegetal, algodón), minerales (líticos, pigmentos, metales, cerámica) o animales (cueros, huesos, lanas, grasa, plumas), entre otros. Estas mismas materias primas fueron empleadas no solo para producir artefactos relacionados con su subsistencia, sino también para confeccionar indumentaria, vestimenta o elementos ornamentales personales como sandalias, corazas de cuero, cuentas de collar, tocados u otros usados cotidianamente. Sumados a los asentamientos y cementerios donde se encuentran estos numerosos testimonios materiales, rastros de rutas que atraviesan a lo ancho y largo el desierto indican que, superando cualquier límite impuesto por su aridez, los habitantes de distintas localidades sortearon tempranamente las distancias que los separaban para intercambiar recursos alimenticios, materias primas, productos manufacturados e ideas (Gallardo *et al.*,

2022), además de entretejer una compleja trama social a través de lazos familiares (Ballester y Gallardo, 2017; Martínez, 1998).

En la costa del desierto de Atacama, específicamente aquella situada en la actual región de Antofagasta, desde inicios del Arcaico se evidencia que grupos de cazadores, pescadores y recolectores asentados principalmente en el borde del litoral Pacífico usaban pigmentos rojos sobre instrumentos asociados a la pesca o a la recolección de recursos provenientes del mar (Ballester, 2018b). Se ha identificado que estas comunidades explotaban óxidos de hierro en la mina San Ramón, con fechas situadas entre 12.000 y 10.500 años atrás, lo que demuestra que su utilización fue discontinua hasta fines del Arcaico, hace alrededor de 4.300 años (Salazar *et al.*, 2011). En el interior no existen testimonios claros hasta la fecha de que grupos cazadores recolectores arcaicos hayan usado pigmentos (+/- 11.000 a 1.500 a.C.). Si bien en la costa los testimonios materiales disponibles indican que solo se usaban materias colorantes pigmentarias de color rojo, desde fines del Arcaico aparecen piedras azules o de minerales de cobre utilizadas para la producción de cuentas, las que fueron más comunes en el interior (Soto, 2006).

Desde los inicios del Formativo, hace alrededor de 3.500 años, las poblaciones del interior del desierto amplían su paleta de colores, sus formas de producción y aplicación sobre diversos soportes, e integran distintos contextos socioculturales. Así, a la variedad de minerales previamente mencionada se suman rocas pigmentarias de color amarillo, blanco y azul. Su uso se observa, por ejemplo, en el arte rupestre pintado en los estilos Confluencia y Cueva Blanca, en los cuales la policromía contribuye a exacerbar la indumentaria y ornamentos de figuras humanas (Cabello *et al.*, 2022). Los pigmentos son obtenidos a partir de óxidos de hierro, sulfato de calcio (yeso) y minerales de cobre (Sepúlveda *et al.*, 2010, 2013b, 2014b). También se identificó oropimente de color ocre rojizo (Ogalde *et al.*, 2014), aunque constituye por ahora una excepción, ya que es un material poco usual en el registro arqueológico de la región. Una paleta similar surge en algunos contextos de la costa, aunque sin la profusión del interior.

Además de representaciones sobre paredes rocosas, se encuentran también pigmentos en espacios ceremoniales y fúnebres. Se hallaron, por ejemplo, residuos al interior de contenedores empleados tanto para su preparación como

para su almacenamiento o transporte (Ayala *et al.*, 1999; Créqui-Montfort, 1906; Durán *et al.*, 2000; Gili *et al.*, 2016; Hermosilla, 2001; Horta, 2012; Horta *et al.*, 2020; Latcham, 1933, 1938, 1939; Llagostera *et al.*, 1988; Montell, 1926; Ryden, 1944; Tarragó, 1989). Así, desde alrededor de 1.500 años a.C. y hasta tiempos tardíos previos a la conquista en el siglo XVI, progresivamente las poblaciones del desierto van disponiendo no solo de una gama de colores y tonalidades cada vez más amplia, sino que diversifican también su aplicación sobre diferentes soportes (madera, cuero, lana, entre otros). A los obtenidos artificial e intencionalmente se suma el uso de materiales tales como la lana, pelo o vellón y plumas, cuyos colores y tonos naturales son empleados por contraste para la confección de objetos diversos, otorgándoles entonces una configuración cromática particular, sin necesidad de emplear materias colorantes adicionales. Junto con el desarrollo de la textilería, se amplía la paleta de colores obtenida a partir de tintes vegetales y animales, logrando paulatinamente una mayor policromía en la indumentaria textil, la que adquiere relevancia en términos identitarios (Agüero, 1998; Agüero *et al.*, 1997; Gallardo, 1993; Oakland, 1992).

En síntesis, superando los límites impuestos por la búsqueda o interpretación de su significado desde un enfoque basado en su materialidad, es posible distinguir muchas formas de analizar el uso del color. Primero, podemos precisar y diferenciar si se trata de colores originales intrínsecos a cada material, de otros cuyo color original fue modificado mediante la aplicación de pigmentos (inorgánicos, minerales), pinturas (mezcla de pigmentos con otros compuestos aglutinantes o que mejoren ciertas propiedades) o tintes (orgánicos obtenidos a partir de plantas o insectos) producidos intencionalmente. Luego, la fabricación de objetos pudo contemplar el uso de estos materiales separada o conjuntamente. En su combinación se pudo a su vez seguir reglas de composición variadas, singulares o repetidas, de modo de incidir en la percepción del color y, en definitiva, en la aprehensión de los objetos siguiendo pautas culturales específicas (Ávila, 2011). De esta forma, integran contextos múltiples que interactúan con otros objetos y personas, contemplando una serie de relaciones con consecuencias sociales (Ávila, 2011; Gell, 1998). Se puede destacar también otra serie de objetos que, si bien no participan de estos usos y composiciones cromáticas, contribuyen a que estas sean

posibles, es decir, una serie de objetos u artefactos relacionados con el almacenamiento o producción de materiales colorantes o pigmentos, como los ovillos de lana, los contenedores de madera o hueso, las bolsitas de cuero u otro material, entre muchos otros. En este trabajo ilustraremos las distinciones acá establecidas a partir de la descripción de una selección de objetos de la colección Aníbal Echeverría y Reyes, de modo de evidenciar la compleja trama tejida desde la materialidad del color, para así comprender aspectos hasta ahora poco discutidos sobre las poblaciones tardías del desierto de Atacama.

LA COLECCIÓN ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES

El conjunto de objetos que conforman actualmente la colección es el fruto de al menos cuatro donaciones realizadas por Aníbal Echeverría y Reyes desde 1911, además de varios traslados (1912, 1968 y 1974) por diversas instituciones, entre las que se encuentran el Museo de Etnología y Antropología, el Museo Histórico Nacional y el Museo Nacional de Historia Natural, donde, entre fines de la década de 1960 e inicios de 1970, se incorpora a la sección de Antropología (Ballester, en este libro). Dados estos múltiples recorridos, se desconoce la cantidad exacta de piezas que integraron originalmente estas donaciones. Se sabe que una parte habría sido derivada a un museo en la ciudad de Linares por la Sección de Prehistoria del Museo Histórico Nacional, pero no se conoce su localización precisa (Ballester, en este libro). Así, para efectos de este trabajo consideramos el acucioso registro efectuado por Nieves Acevedo, quien identificó 659 objetos, los que redujimos a 602, ya que varios corresponden a fragmentos o partes de un mismo objeto, los que habían sido consignados o subdivididos en unidades con ingresos propios al momento de confeccionarse este primer inventario.

La colección está conformada por objetos recogidos esencialmente en yacimientos arqueológicos de la región de Antofagasta (Tabla 1). La mayoría proviene de la localidad de Chiu-Chiu, seguida de San Pedro y Calama (Figura 1). De acuerdo con relatos del propio Echeverría y Reyes, algunos de los objetos de Chiu-Chiu provienen de las vecindades de la laguna homónima y los de Calama de Chunchuri (Ballester, en este libro). Otros provienen de la región de Antofagasta, pero no se abunda en detalles. Pese a estas

imprecisiones, su importancia es tal que han constituido la base que sustenta la narrativa conocida como prehistoria del norte del país (p. e., Berenguer y Acevedo, 2015; Horta, 2011; Latcham, 1938; Looser, 1930; Oyarzún, 1929, 1931a, 1948, en este libro; Uhle, 1913a, 1913b, 1913c, 1915; entre otros). Finalmente, se indica que cinco piezas son originarias de Bolivia y Perú, mientras otro tanto definitivamente tiene un origen no precisado (nº. = 18).



Figura 1: Mapa de las localidades de proveniencia de la colección, región de Antofagasta, norte de Chile.

TABLA 1. ORIGEN DE PIEZAS ARQUEOLÓGICAS QUE COMPONEN LA COLECCIÓN DE ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES

Origen	Cantidad (n=)
Il región de Antofagasta	18
Calama	52
Chuquicamata	2
Chiu-Chiu	447
San Pedro de Atacama	60
Norte del Perú	1
Bolivia	4
Sin procedencia conocida	18

Si bien para varios objetos se señala la localidad y sitio de origen, resulta complejo en algunos casos precisar su adscripción cronológica, más aún porque provienen de sitios multicomponentes. En la colección se observan piezas adscritas a los periodos Formativo y Medio de San Pedro de Atacama (100-700 d.C.), como las vasijas cerámicas de tipo San Pedro Negro Pulido (Figura 2a) (Stovel y Echeñique, 2015), mientras que las formas y tratamiento de superficie de otras presentan características de tiempos tardíos (1.450-1.600 d.C.). Entre ellas distinguimos una vasija cerámica en forma de aríbalo, de base curva y engobe rojo exterior, atribuida a una tradición Inca, aunque de manufactura local (Figura 2b) (Uribe, 2002). En suma, la colección incluye piezas arqueológicas asociadas a un lapso temporal muy amplio, situado entre al menos 100 y 1.600 años d.C. Completan este conjunto piezas etnográficas de Bolivia, tales como una cuchara de madera y bolsas textiles de un gran colorido, paleta cromática distinta a la observada para tiempos prehispánicos.

La colección se compone, además, de objetos referidos a una gran amplitud temporal de piezas elaboradas con materiales igualmente muy diversos, que podemos clasificar por la naturaleza de las materias primas (Tabla 2). No obstante, muchos fueron producidos a partir de su combinación, pudiendo ser en ciertos casos procesados antes y separadamente. Es el caso, por ejemplo, de las palas empleadas para labrar la tierra de los campos

de cultivo, confeccionadas a partir de material lítico, madera y cuero para la producción de amarras. En síntesis, se encuentran objetos fabricados a partir de materiales vegetales, animales y minerales (Tabla 2). Entre los recursos vegetales empleados se encuentran calabazas, semillas, fibras vegetales, cactus y madera para fabricar, entre otros, contenedores con y sin decoración, cucharas, ganchos de atalaje, cencerros, cuchillón, figurinas antropomorfas, azuelas, husos, torteras, instrumentos para tejer, tableta de rapé, yesquero, arco y astiles. Los materiales de origen animal manifiestan también una gran variabilidad. Se distinguen objetos confeccionados con restos óseos, otros elaborados a partir de cuero o lana, además de un gran conjunto de bivalvos, material comúnmente denominado malacológico. Además de los contenedores hechos con fragmentos de hueso, la lana fue empleada para confeccionar textiles, hilados o cordeles. El cuero sirvió para producir prendas de vestir y sandalias, además de carcajes para transportar flechas. Las conchas, en cambio, funcionaron como contenedores o materia prima para la elaboración de cuentas de collar. Estas últimas fueron, sin embargo, elaboradas principalmente a partir de minerales (lítico o cerámica). Entre estos materiales, se encuentra también la arcilla, que, mezclada con otros componentes, permitió confeccionar vasijas cerámicas de formas abiertas o cerradas. También se encuentran los metales, manufacturados a partir de minerales fundidos y trabajados. Finalmente, se integran en este grupo las rocas talladas para la obtención de diversos implementos, entre los cuales se encuentran palas, cuchillos y puntas de proyectil.

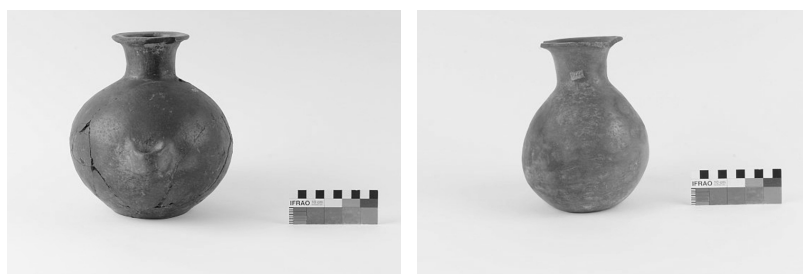


Figura 2: Izquierda (a): Cerámica negra pulida, borde levemente evertido, base ligeramente redondeada. San Pedro de Atacama, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.11 o 1214 MH, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. Derecha (b): Botella San Pedro Rojo Pulido, de forma globular, base curva y borde evertido de color rojo. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.70 o 1660, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografía de Felipe Infante)

TABLA 2. NATURALEZA DE MATERIALES QUE COMPONEN LAS PIEZAS ARQUEOLÓGICAS DE LA COLECCIÓN DE ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES

Material	Subcategoría	Comentario
Vegetal	Calabaza	Calabazas pirograbadas completas o fragmentos
	Fibra vegetal	Piezas de cestería de distintas morfologías
	Semillas	Uno corresponde a collar de semillas
	Cactus	Tubo o contenedores (¿?)
	Cactus	Conjuntos de espinas de cactus
	Mixto (madera y espinas de cactus)	Peines
	Caña	Contenedores (¿?)
	Mazorca maíz	
	Penacho	Adornos para adherir a tocados textiles
	Madera	Cucharas, mangos de palas o azada, ganchos de atalaje, cuchillón, figurinas antropomorfas, azuelas, husos, torteras, instrumentos para tejer, tableta de rapé, yesquero, tubo o boquillas, astiles, cajitas o contenedores, arco.
Animal	Óseo	
	Pico ave	
	Garra	
	Textil (lana)	Gorros, bolsas, cordeles, ovillos de lana
	Cuero	Carcaj, sandalias, petos, bolsas (una con cabeza animal; combinada con amarradas de lanas y en un caso con además una cuenta de mineral azul)
	Malacológico	Fragmentos de concha y cuentas
	Pinzas y cola alacrán	Collar (¿?)
Mineral	Cerámica	Vasijas
	Pigmentos (¿?)	
	Piedras horadadas	Cuentas para adorno. En un caso asociado a un colgante de metal y otro a cuentas de semilla
	Metal	Dos tupus y otros dos adornos
	Escoria	
	Piedra pulida	Tembetá
	Lítica tallada	Palas, puntas de proyectil, desechos, dos martillos que presentan empuñadura de madera y amarres
Humano	Pelo	Conjunto de fibras de pelo humano

En esta ocasión no describiremos la colección en su totalidad, sino que nos enfocaremos en el color, por lo que nos referiremos a una selección de piezas, como un modo de ilustrar sus variadas formas de uso y concepción, para luego discutir sus implicancias en las sociedades prehispánicas del desierto de Atacama.

COLOR: MATERIALES Y COMPOSICIONES

Por su naturaleza, forma y material, todos los objetos que conforman la colección Aníbal Echeverría y Reyes tienen al menos un color, sea este natural o artificial (es decir, modificado intencionalmente), que genera un contraste con su entorno. Los objetos tallados en madera, por ejemplo —cucharas, ganchos de atalaje o cuchillón—, poseen su color original, que va de tonos más claros a más oscuros, sin que podamos confirmar que el uso del color sea deliberado. Por ello, para no caer en interpretaciones demasiado especulativas, nos referiremos en esta instancia a un conjunto de piezas de las cuales podemos revelar una intencionalidad particular, definida por la modificación del color original de los materiales, por la combinación o por el juego de colores. Finalmente, describiremos aquellos objetos que reafirman esta intencionalidad porque están referidos a diferentes etapas relacionadas con el procesamiento o almacenamiento de materias colorantes, ampliando inclusive la posibilidad de usos a otros soportes no representados entre los objetos de la colección, como el arte rupestre, el cuerpo, el tratamiento del cuero, entre muchos.

DE COLORES Y COMPOSICIONES

Múltiples ejemplos nos muestran cómo, a través de la combinación de materiales que preservaron su color original o fueron modificados, se confeccionaron piezas que destacan por su manufactura y la destreza con la que fueron concebidas.

Los dos primeros ejemplos muestran la combinación de materiales cuyos colores naturales fueron preservados para ser combinados en un mismo objeto y así obtener piezas cuya composición de colores fuera lograda

por mero contraste. Por ejemplo, los cordones de lana se elaboraron mediante la torsión de hilos de dos tonalidades contrastadas: uno beige y otro marrón, que al entrelazarse intencionalmente lograron un efecto particular construido sobre la base de colores opuestos (Figura 3a). De forma similar, varias piezas de cuero, entre ellas una coraza, presentan motivos geométricos generados por simetría, con grecas o líneas en zigzag y volutas obtenidas a partir de dos tonalidades del pelaje: beige y marrón (Figura 3b).

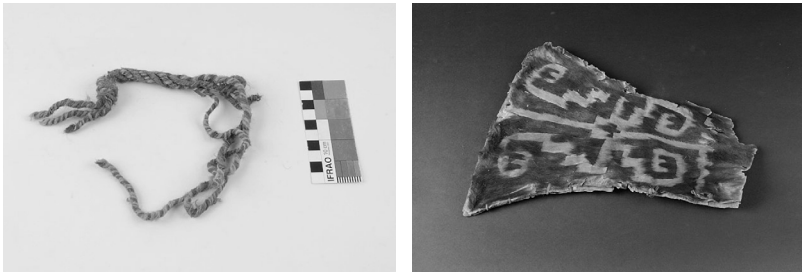


Figura 3: Izquierda (a): Cordel bicolor formado a partir de la torsión de lanas de color beige y marrón. Región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.297 o 1318, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. Derecha (b): Coraza de cuero bicolor, decorada con figuras geométricas. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.497 o 1340, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografía de Felipe Infante)



Figura 4: Gorro tipo corona compuesto de piel y penacho con plumas amarillas. El casquete está decorado con figuras geométricas. San Pedro de Atacama, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.284 o 1138, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografía de Felipe Infante)

En otro registro se observan tocados con fibras con diferentes texturas, tejidas o afelpadas, que confieren a las piezas otros tonos y brillos particulares. En un caso, resulta interesante que, sobre la sección central superior del tocado – en la porción tejida con hilos de lana con colores naturales y que presenta campos cromáticos contrastados– se hayan dispuesto intencionalmente plumas de color amarillo, amarradas a cordones de fibras vegetales torcidas, lo que les otorga soltura y movimiento, además de un particular y sutil juego cromático (Figura 4).

Los collares y brazaletes ilustran cómo, a través de la combinación de piedras de colores con diversas tonalidades, se crean ornamentos corporales de gran colorido, los que debieron además contrastar con el cuerpo y vestimentas de sus portadores (Figuras 5a-5d).

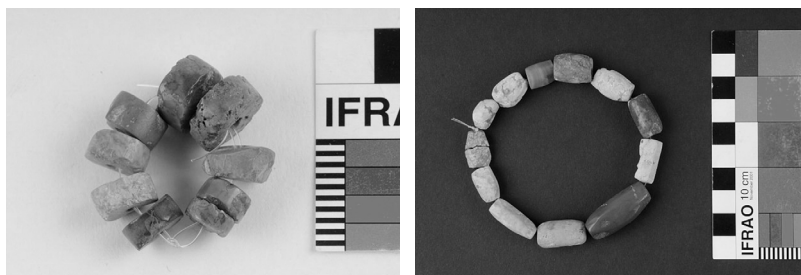


Figura 5 (a-b): Izquierda (a): Nueve cuentas líticas de forma circular de color verde. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.478 o 1387, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. Derecha (b): Fragmento de collar con doce cuentas líticas tubulares de diversos tamaños y colores. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.480 o 1389, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografía de Felipe Infante)

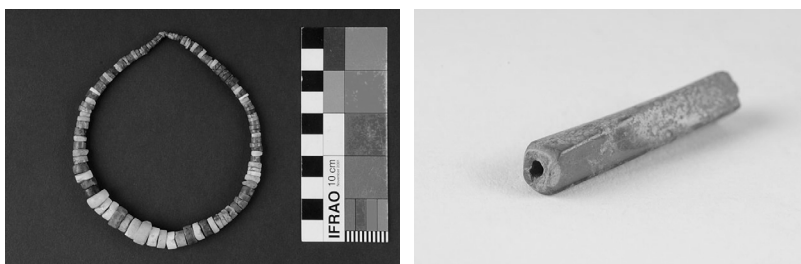


Figura 5(c-d). Izquierda (c): Collar de 112 cuentas líticas circulares de diversos tamaños y colores. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.483 o 1392, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. Derecha (d): Cuenta lítica de piedra azul, tubular y alargada. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.486, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografía de Felipe Infante)

Otros casos interesantes de composiciones basadas en colores contrastados se lograron gracias a la aplicación de tonos producidos intencionalmente y aplicados sobre materiales de diferente naturaleza. Entre ellos, varias piezas de cestería muestran motivos geométricos diseñados a partir de pintura roja y negra aplicada sobre campos delimitados, a su vez, por secciones sin pintar, lo que permitía aprovechar el tono natural de la fibra vegetal como un tercer color y ampliar con ello las posibilidades de combinación y contraste (Figuras 6a y 6b). Lo relevante es que en estas construcciones no solo intervinieron conocimientos relacionados con el tejido del cesto, sino también con el origen de las dos mezclas de pintura (negra y roja), aplicadas luego sobre la fibra. En los tres casos se requiere obtener los materiales (fibras o pigmentos minerales y eventuales otros compuestos), procesarlos y luego combinarlos. Resulta interesante también destacar, por un lado, los conocimientos relativos a los materiales involucrados en estos ejemplos y, por otro, los inmateriales, vinculados en este caso con los patrones cognitivos tras la construcción visual de los motivos.



Figura 6: Izquierda (a): Detalle de escudilla de cestería decorada con motivos geométricos pintados. Región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.187, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. Derecha (b): Detalle de escudilla de cestería decorada con motivos geométricos pintados. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.195, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografía de Felipe Infante)

Una particular destreza que también debemos subrayar emana de la técnica de pirograbado, la que, aplicada a contenedores de calabaza, posibilitó la ejecución de motivos geométricos de diversas formas mediante la intervención del material original entonces “quemado”, contrastando el color negro obtenido con el tono anaranjado natural de los recipientes.

LA EXACERBACIÓN DEL COLOR

Existen ejemplos que extienden no solo el registro cromático, sino además las opciones de combinación, a partir del uso de una mayor diversidad de colores, es decir, del manejo de una paleta cromática más amplia. Las piezas textiles ocupan un lugar privilegiado en este sentido, pues algunas pueden ostentar hasta seis colores. Diversos tocados y bolsas tejidas de la colección Echeverría y Reyes destacan por su particular policromía, llamando especialmente la atención un tocado proveniente de San Pedro de Atacama que presenta una textura afelpada con fibras de colores beige, marrón-rojizo, rojo, ocre, verde y azul (Figura 7). Resulta interesante registrar entre los otros objetos ovillos de lana de diferentes colores y tonalidades, fibra teñida almacenada para luego ser empleada en el tejido. Su valor se exagera al integrar las ofrendas mortuorias de ciertos individuos.



Figura 7: Detalle de gorro afelpado policromo con decoración geométrica. San Pedro de Atacama, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.283, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografía de Felipe Infante)

Junto con los textiles, en los astiles de madera de flechas se aprecian, pese a su mala preservación, motivos realizados con al menos tres colores: rojo, negro y blanco. Si bien no observamos el uso del verde en esta colección, este sí fue identificado en otros astiles, también provenientes de Chiu-Chiu, pero albergados en museos en el extranjero. Pese a que estos artefactos aparecen mencionados tempranamente por Latcham (1938), Oyarzún (1948, en este libro) y Mostny (1952), entre otros, al referirse a las ofrendas funerarias que acompañan a los difuntos en Atacama, sorprende que los colores y esta particular policromía no hayan sido destacados por aportar una dimensión material diferenciadora a los astiles respecto de otros objetos de madera. Lo interesante es que en estos artefactos no se aprecia una correlación entre color y tipo de motivo (línea delgada o gruesa que cubre todo el contorno de la pieza, en círculos pequeños). Tampoco se observa la misma cantidad de colores en todos los astiles. Finalmente, el conjunto de astiles asociados a un carcaj presenta comúnmente diferentes tipos de decoraciones y colores, por lo que descartamos que estos elementos fueran identificatorios de un individuo en particular.

Si estos colores y tonos fueron obtenidos a partir de la aplicación de pigmentos de origen mineralógico, de tintes producidos a partir de plantas o insectos, o bien, ostentados originalmente por diversos tipos de materiales, resulta relevante examinar su manejo intencionado en la elaboración de artefactos usados cotidianamente. Muchos de ellos acompañaron a los difuntos en su ajuar funerario, lo que demuestra la relevancia, significado y valor de esos objetos para los habitantes del desierto de Atacama. La diversidad de piezas coloridas y soportes materiales evidencia, además, que el color se integró en varias esferas de su vida, más allá de la vestimenta, los tocados o los ornamentos más comúnmente referidos cuando pensamos en color.

HISTORIAS DE PIGMENTOS

Junto con las diferentes formas de uso del color descritas previamente, otros materiales testimonian también de modo complementario la importancia y valor del color. Se trata de los objetos vinculados a distintas etapas del procesamiento y/o almacenamiento de pigmentos, que se refieren, por ende, a otras etapas de la historia de estos materiales. Ya mencionamos previamente

a los ovillos de lana teñidos, pero en la colección identificamos asimismo fragmentos minerales de pigmentos brutos como resultado de un proceso de extracción o colecta que fueron igualmente integrados al ajuar funerario (Figura 8). Tratándose de un material sin modificación alguna, su depósito como ofrenda demuestra aún más su relevancia: no fueron descartados como simples rocas, sino que fueron apreciados por algunas de sus propiedades, entre ellas, por su color. En la colección conformada por Aníbal Echeverría y Reyes, los fragmentos minerales no procesados y depositados expresamente entre las ofrendas provienen de Chiu-Chiu.



Figura 8: Fragmento de pigmento rojizo. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.606, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografía de Felipe Infante)

Son populares también los contenedores de pequeño tamaño y formas generalmente estandarizadas (Sepúlveda *et al.*, 2021a; Tarragó, 1989), con restos de pigmentos adheridos en sus paredes interiores, lo que indica que fueron preciadamente almacenados. Además de las bolsitas de cuero u otro material orgánico, se encuentran más comúnmente envases de hueso (Figuras

9a y 9b) y madera (Figuras 10c y 10d), los que han sido llamados en trabajos previos morteros, cubiletes, cubiletes, estuches o cajitas de colores (Latcham, 1910, 1938; Sepúlveda *et al.*, 2021a).

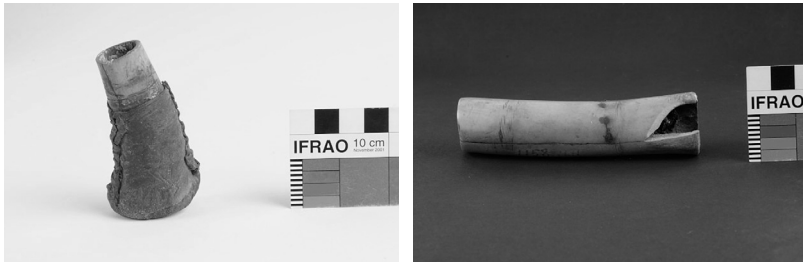


Figura 9: Izquierda (a): Contenedor de hueso parcialmente envuelto en un fragmento de cuero amarrado. Datos de la pieza: tubo de hueso, sin tapa. Presenta una envoltura de cuero con costuras y tiene una forma cóncava-convexa. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.430, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. Derecha (b): Contenedor de hueso. Datos de la pieza: tubo de hueso, sin tapa. Presenta incisiones en su contorno y tiene restos de contenido compacto de color café. San Pedro de Atacama, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.411, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografías de Felipe Infante)

Como indicó Ricardo Latcham, estos contenedores son comunes en los cementerios tardíos del desierto de Atacama, y fueron fabricados en una gran diversidad de materias primas, pero sin perder su función compartida:

En las sepulturas de todas las épocas de la cultura atacameña (...) se encuentran cajitas o estuches de hueso, de caña o de madera, empleados para guardar tierras de color. Los más antiguos son de hueso, usándose para ellos un trozo del fémur de un lobo marino o bien de llama o huanaco. (...) Raras veces pasan de 10 ó 12 cm de largo (1938, p. 143).

Latcham otorga además información sobre la gama de pigmentos almacenados en su interior:

Son comunes las cajitas de madera en que guardaban sus colores; i frecuentemente se las hallan con restos de las tierras que usaban: Los colores de estas tierras eran casi siempre rojo, amarillo o blanco (...) los colores

molidos y amasados en bolas, también se encuentran, a veces y con frecuencia los estuches o cajitas de hueso o de madera de que hemos hablado contienen todavía dichas pinturas. Los colores son siempre minerales siendo los más comunes los ocreos o hidratos y óxidos de hierro, tiza o caolín, óxidos de manganeso, carbonatos de cobre, óxidos de arsénico y a veces, el cinabrio (1910, p. 43).



Figura 10: Izquierda (a): Contenedor de madera con motivo antropomorfo. Datos de la pieza: caja de madera de forma rectangular, sin tapa y con decoración sobre relieve. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.404, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. Derecha (b): Detalle de contenedor de madera con dos compartimentos y restos de pigmentos en su interior. Datos de la pieza: caja de madera de forma rectangular, sin tapa, con dos divisiones internas y restos de pigmento rojo adherido en su interior. Sin decoración. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. N°. 2017.1.406, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografías de Felipe Infante)

Estos pigmentos pudieron ser aplicados sobre ciertos objetos, como se observa en algunos cencerros de madera pintados de rojo, en las vasijas cerámicas (Figura 2b) o en la cestería (Figuras 6a y 6b). Sin embargo, el pequeño tamaño de los contenedores de “microcargas” y el hecho de que fueran envases muchas veces cerrados con tapa de cuero o envueltos en textiles o pieles, nos hace pensar que, además de ser transportados, su contenido debió ser protegido, preservado y separado de su entorno y, por ende, altamente valorado y usado solo en ciertas ocasiones o para soportes específicos (Sepúlveda *et al.*, 2021a).

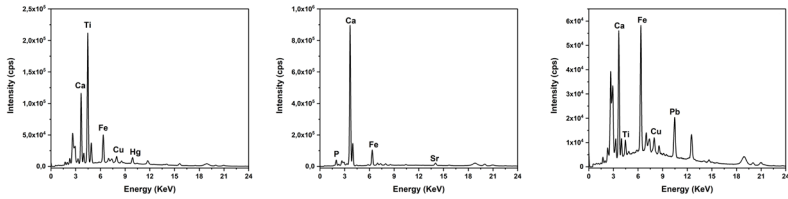


Figura 11: Izquierda (a): Espectros elementales obtenidos mediante fluorescencia de rayos X sobre pigmento de color beige. Datos de la pieza: tubo de hueso, sin tapa. N°. 2017.1.414. Centro (b): Espectros elementales obtenidos mediante fluorescencia de rayos X sobre pigmento de color rojo. Datos de la pieza: tubo de hueso, sin tapa. N°. 2017.1.425. Derecha (c): Espectros elementales obtenidos mediante fluorescencia de rayos X sobre pigmento de color rojo. Datos de la pieza: cajita de madera de forma rectangular con dos divisiones internas y restos de pigmento rojo adherido en su interior. N°. 2017.1.399.

Los análisis de varios residuos ubicados en el interior de diferentes contenedores de hueso y madera permitieron identificar la naturaleza de estos pigmentos. Específicamente, una caracterización química elemental obtenida mediante fluorescencia de rayos X portátil contribuyó a precisar, por un lado, pigmentos blancos compuestos esencialmente de dióxido de titanio (Figuras 11a y 11c) (ver también Sepúlveda *et al.*, 2021a) y, por otro, restos de color rojo a base de óxidos de hierro (Figura 11b).

Si bien el uso de óxidos de hierro es común, el titanio en cambio no ha sido hasta ahora identificado en la región o en el arte rupestre local del desierto de Atacama, que ha sido más ampliamente analizado desde el punto de vista químico (Sepúlveda, 2021a). No obstante, se le conoce como pigmento en otras regiones y soportes, como en varias pinturas aplicadas sobre cerámicas prehispánicas del sur del Perú (Kriss *et al.*, 2018) y de Argentina (Freire *et al.*, 2016), qeros de madera pintados de la época colonial (s. XVI) (Howe *et al.*, 2018), así como en el arte rupestre de la Patagonia (Rousaki *et al.*, 2014). Por ser un mineral insoluble, opaco, liviano, cubriente y reflectante, sospechamos que pudo también haber sido aplicado sobre la piel, sin que de momento podamos comprobarlo fehacientemente (Sepúlveda *et al.*, 2021a).

COLORES PARA LA VIDA EN EL DESIERTO

Las materias colorantes o pigmentos como sustento material o materialización del color (Young, 2006) permiten abordar otras dimensiones de la vida y de las prácticas humanas en el ámbito del consumo, pero también de la producción (Boivin, 2004; Jones y Mac Gregor, 2002). Prácticas que, a su vez, se han insertado a lo largo de la historia en complejas relaciones sociales y distintas esferas, como las económicas, políticas e ideológicas (Ball, 2005; Gage, 1993; Young, 2006). La obtención directa o indirecta de pigmento como parte de la economía de sus consumidores pudo además tomar una función política al generar valores disímiles, jerarquizaciones y negociaciones dentro de las relaciones de intercambio y sus obligaciones sociales (Appadurai, 1991).

Analizando el gran conjunto de objetos que conforman la Colección Echeverría y Reyes del Museo Nacional de Historia Natural es posible reconocer variadas dimensiones materiales del color desarrolladas por las poblaciones sedentarias, agropastoralistas y alfareras del desierto de Atacama. En efecto, son numerosas las piezas que ostentan colores o su combinación, sean estos originales o modificados, siguiendo diferentes soluciones de composición y contraste, logrando con ello generar múltiples estrategias visuales que afectaron sin duda su percepción. Además de usar el color natural de muchos materiales, ampliaron la paleta cromática mediante nuevas producciones pigmentarias o tintóreas aplicadas a diferentes soportes, lo que demuestra un profundo conocimiento de las materias primas minerales, vegetales y otras útiles para la producción de colores, ya sea que se encontraran en su entorno o fueran obtenidas vía intercambio con otros grupos vecinos. La policromía que ostentan ciertas piezas demuestra que no solo produjeron y combinaron diversos colores, sino también que manejaron una particular comprensión y vínculo con los materiales y objetos durante su confección y, por ende, de lo necesario para ella, además de pensar en su uso una vez acabado el proceso. Así fue como existió un sinfín de formas formas de consumo del color entre los habitantes del desierto de Atacama.

El color tuvo un rol destacado no solo en los objetos producidos específicamente para formar parte de las ofrendas funerarias, sino también en aquellos empleados en la vida cotidiana, como la cerámica usada en el ámbito culinario, cencerros pintados y amarrados a animales durante el pastoreo o traslado

de caravanas, o astiles de madera decorados para cazar. El color integró muchas dimensiones de la vida y la muerte de quienes habitaron el desierto. Dada la poca información contextual específica de cada objeto, resulta difícil explorar, no obstante, si hubo una utilización diferencial de ciertos colores —solos o siguiendo determinada composición—, o bien, si las preparaciones variaban según el género, edad o rol de los individuos.

En vida, el color contribuyó a visibilizar, a marcar diferencias con el entorno y entre los elementos constitutivos de un artefacto, además de entre el objeto y su portador. En este marco, es altamente probable que la exacerbación del color o policromía manifiesta en ciertas prendas textiles, ornamentales y astiles contribuyera a afirmar o reafirmar la identidad de ciertos individuos, a diferenciarlos y/o distinguirlos en su comunidad, como también de otros habitantes de localidades vecinas.

Los materiales de color descritos a través de diversas piezas de la colección Echeverría y Reyes provienen del entorno y paisaje que habitaron los pobladores de las localidades del desierto, por lo que a partir de ellos podemos también comprender ciertas formas de interacción entre los humanos y su medio, entendido como su paisaje circundante. Los colores del desierto confirieron un sentido a estas poblaciones para ser en el mundo. Así, contrariamente a la imagen desolada de estos espacios, el análisis aquí esbozado nos permite dar cuenta de su riqueza, la que fue aprovechada en las expresiones materiales que lo conforman.

Sin embargo, las plumas de colores agregan otra dimensión significativa, económica, pero a la vez social. Al provenir de regiones distantes, este tipo de elementos permite comprender que quienes los usaron se desplazaron o bien entretejieron una compleja red de relaciones sociales e intercambios para su obtención. Al margen de cuál fuera la forma, lo interesante radica en que su uso y ostentación otorgó sin duda un particular valor a su portador. En síntesis, el valor del objeto se traspa al sujeto, lo que le permite diferenciarse de los miembros de su comunidad y de las localidades foráneas. Lo mismo puede plantearse respecto de aquellos ornamentos que combinaban diferentes materiales y colores, en los que incidían también, por ejemplo, la cantidad de elementos constitutivos, como en las pulseras o collares compuestos por múltiples cuentas y/o adornos. A mayor cantidad

y diversidad objetos perforados, aumenta valor y prestigio para su portador. Así, por su propiedad y cualidad visual, el color permite evidenciar también a través de ciertas formas de consumo otros modos de interacción y reflexión sobre el valor de estos elementos y objetos en su sociedad. El consumo, como práctica relacionada con el uso de los objetos (Dietler, 2010), es entendido como una construcción social, como un modo activo de relaciones que puede variar en el tiempo (Dietler, 2010; Miller, 2006). En esta dinámica, el objeto o un conjunto de ellos materializa un orden cultural producto de un *habitus* en el que se cristalizan identidades individuales y grupales que contribuyen a reforzar interacciones humanas (Bourdieu, 2000[1972]).

Dado que la colección de objetos analizada se constituye a partir del gusto y selección de Aníbal Echeverría y Reyes (Ballester, en este libro), es complejo abordar la relevancia de estas prácticas. En efecto, por tratarse de una muestra no exhaustiva para los diferentes sitios intervenidos, no podemos en esta instancia evaluar cuantitativa y estadísticamente si los objetos con color en sus diferentes expresiones materiales son significativos o no. Entre ellos, la cerámica constituye sin duda uno de los objetos con mayor uso de pigmento. Aun así, no todas las vasijas están pintadas o decoradas.

Más allá de estas limitantes, el color fue un elemento destacado de las interacciones y relaciones sociales establecidas entre sujetos y colectivos del desierto, probablemente un elemento de distinción e identidad, ya que propiciaba ciertas formas de contraste y composiciones particulares.

Este trabajo es también una invitación a reflexionar sobre aspectos apenas estudiados por la arqueología y que, no obstante, pueden otorgar información significativa sobre diferentes prácticas, formas de interacción y dimensiones sociales de las sociedades prehispánicas que habitaron el desierto de Atacama.

AGRADECIMIENTOS²

Dedicamos este trabajo a Nieves Acevedo, quien nos dejó al momento en que este manuscrito emprendía su escritura. Sin su labor y dedicación

² Trabajo realizado con el apoyo del proyecto ANID-FONDECYT 1190263.

a estas colecciones, este simplemente no habría sido posible. Agradecemos profundamente el apoyo y confianza de Cristián Becker y Francisco Garrido, por impulsar este trabajo, por su recibimiento en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago y por permitirnos revisar sus colecciones.

A LA SOMBRA DE LOS ÁRBOLES.
TALLAS Y USOS DE LA MADERA EN ATACAMA A PARTIR DE LA
COLECCIÓN ECHEVERRÍA Y REYES¹

Marcela Sepúlveda y Emily Godoy

Aunque el desierto de Atacama se caracteriza por su extrema aridez, en el pasado había esporádicas lluvias tanto en el interior como en la costa (Betancourt *et al.*, 2000; De Porras *et al.*, 2017; Gayó *et al.*, 2012; Latorre *et al.*, 2005; Maldonado *et al.*, 2016; entre otros). Así, y tal como ocurre aún en la actualidad ciertos años, es altamente probable que el paisaje fuera distinto al que se observa comúnmente, exhibiendo lagunas, oasis y cursos de agua de flujos y tamaños variables. Pese a ello, el norte de Chile nunca dejó de ser un desierto en el que cualquier afloramiento de agua adquiriría relevancia no solo para la vida humana, sino también para la vegetación y la fauna a su alrededor. Junto a dichos afloramientos destacaban bosques con distintas especies de cactus y árboles, entre los cuales se distinguían *Prosopis* spp. (algarrobo, tamarugo) y *Geoffroea* spp. (chañar), que proporcionaban no solo frutos, resina y madera, sino también sombra para cobijarse del calor y de la radiación solar (Figura 1).

No obstante, información reciente indica que, al menos, los bosques de *Prosopis*, sección Algarobia, no son nativos, sino producto de una arboricultura posiblemente ligada a una economía silvopastoralista desarrollada por los grupos culturales del desierto (McRostie, 2014). En efecto, datos biogeográficos, arqueológicos y paleoecológicos coinciden en que el algarrobo apareció en Atacama a fines del Holoceno (ca. 3700 años AP) debido a la acción e intención humana (Besega *et al.*, 2021; McRostie *et al.*, 2017), y que se integraron desde entonces y de manera significativa a diferentes ámbitos de la vida cotidiana de las poblaciones del desierto (Ugalde *et al.*, 2020). Lo mismo ocurrió en la costa, donde ciertas especies arbóreas habrían sido introducidas tras la llegada de europeos a la zona (Ballester y Grimberg, 2018; Grimberg *et al.*, 2022).

¹Versión extendida y actualizada del artículo publicado originalmente en Sepúlveda y Godoy (2022).



Figura 1: Bosque de *Prosopis*, localidad de Quillagua, región de Antofagasta, agosto de 2021. (Fotografía de Marcela Sepúlveda)



Figura 2: Canal de regadío en sector de Quillagua, 1918. (Nº. AF-43-77, Museo Histórico Nacional)

Pese a no existir claridad sobre su origen, la impronta de los bosques en el paisaje sustentó la imagen ampliamente reproducida por cronistas e historiadores en sus relatos sobre la región (Figuras 2 y 3) (Martínez, 1998). Por ejemplo, en 1912, tras su visita a distintas localidades del interior del desierto, Max Uhle señalaba: “Una parte extensa de los terrenos, ocupada también por chacras ahora, estaba cubierta por centenares y millares de árboles, algarrobos y chañares, de cuyos frutos se mantenían también en gran parte los habitantes antiguos” (1913a, p. 106).



Figura 3: Plaza de San Pedro de Atacama, 1920. (Nº. FB-845, Museo Histórico Nacional)

Así, los bosques constituyeron un sello distintivo de las poblaciones del interior del desierto de Atacama. Algunas llegaron incluso a ser denominadas “pueblos del chañar y del algarrobo” (Martínez, 1998), lo que no solo da cuenta de los distintos usos que dieron a los árboles, sino también de sus estrechos vínculos con las mencionadas especies desde tiempos prehispánicos

y hasta épocas históricas². Tal como lo indicara Max Uhle, dicho lazo se sustenta, sin duda, en la relevancia alimenticia de los frutos para las comunidades del desierto (McRostie, 2014; Ugalde *et al.*, 2020), aunque otros trabajos dan cuenta también del frecuente uso de la madera para la fabricación de una gran variedad de artefactos empleados en actividades cotidianas o que acompañaban a los difuntos en los cementerios de la región (Ballester y Grimberg, 2018; Cabello y Estévez, 2017; Créqui-Montfort, 1906; Durán *et al.*, 2000; Figueroa, 2014; Gallardo y Mege, 2012; Grimberg, 2019; Grimberg *et al.*, 2022; Horta, 2012, 2014; Latcham, 1938; Núñez, 1962; Spahni, 1967; Tarragó, 1989; entre otros)³.

Llama la atención, sin embargo, que, frente a la gran cantidad de investigaciones referidas al material lítico, cerámico e, incluso, bioarqueológico en el desierto de Atacama, los objetos de madera suelen aparecer de manera puramente anecdótica en los estudios, muchas veces sin descripciones detalladas y agrupados en categorías como “otros” o “misceláneos”. Esta limitación se relaciona, sin duda, con una dimensión casi paradigmática de la disciplina arqueológica, cuyas interpretaciones se sustentan principalmente en la cerámica y la lítica (García *et al.*, 2012). A ello se suma el hecho de que la madera —orgánica y, por ende, perecible— suele no conservarse en buenas condiciones, lo que dificulta su estudio.

El presente trabajo se enfoca en un conjunto de artefactos de madera de la Colección Echeverría y Reyes, hoy en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago (Ballester, en este libro). Si bien dicho acervo integra piezas tanto etnográficas como de periodos previos y posteriores (Sepúlveda, 2021b), este artículo se refiere, en particular, a objetos provenientes de contextos funerarios del desierto de Atacama. Su análisis preliminar permite asociar a la mayoría al Periodo Intermedio Tardío (1000-1450 d.C.), en tanto que la variedad de tamaños, formas y funciones demuestra que no solo se produjeron para

² Lo mismo ocurrió en la costa, donde, sin embargo, la mirada se ha enfocado más comúnmente en los recursos provenientes del mar y del litoral (Grimberg *et al.*, 2022).

³ Mención aparte merecen las tabletas de rapé y tubos para insuflar, ampliamente descritos en la literatura (Durán *et al.*, 2000; Horta, 2012, 2014; Núñez, 1962; Sepúlveda, 2006; Torres, 1986; Uhle, 1913c, 1915; entre otros).

finés utilitarios, aunque haya entre ellos artefactos para labrar la tierra, manejar los rebaños de camélidos, cazar, hilar, contener sustancias, servir y comer, consumir sustancias alucinógenas, así como para encender fuego⁴. Por medio de su estudio y sistematización, se ahonda en algunos aspectos propios de su materialidad, lo que permite discutir su valor tanto en la vida cotidiana como en la muerte, es decir, en el entramado social y simbólico que significó habitar el desierto. A falta de datos completos sobre la totalidad de los contextos funerarios, se esbozan aquí hipótesis sobre las redes asociadas a este gran y diverso ensamblaje de objetos a partir de la información disponible.

CONSIDERACIONES BIOLÓGICAS Y CULTURALES

El análisis arqueológico de la madera incluye muchas dimensiones. Como se trata de una materia vegetal, su estudio puede implicar la identificación taxonómica, para lo que se requiere de cortes histológicos comparables con las referencias locales existentes. Además, dado que sus restos pueden presentar distintos grados de quema, podrían ser sometidos a un análisis antracológico, el cual exigiría la combustión experimental de fragmentos de madera de especies conocidas a fin de conformar una colección de referencia comparable, documentación arqueobotánica que, hasta hace poco, no existía para el norte de Chile, como lo advirtiera Lautaro Núñez (1974).

Por otro lado, el estudio de objetos arqueológicos de madera puede contribuir a establecer y precisar reconstrucciones paleoambientales (García *et al.*, 2014; Rivera y Dodd, 2013), además de dataciones mediante el cruce de muestras arqueológicas y secuencias dendrocronológicas (Rivera *et al.*, 2010). Una de las técnicas más recurrentes para determinar la antigüedad de dicho material es la medición radiocarbono 14-AMS, que, si bien resulta más compleja, puede contribuir al desarrollo de protocolos específicos menos invasivos (Richardin *et al.*, 2015).

⁴ Con el fin de complementar la visión comúnmente establecida de estos objetos de madera, se omitirán en esta ocasión los artículos para almacenaje (cajitas y tubitos), para el servicio (cucharas, cucharitas, espátulas), para la textilera (husos, torteras y cuchillones), para el consumo de sustancias alucinógenas (tabletas y tubos) y para el arreglo del cabello, más recurrentemente mencionados y descritos en la literatura.

A estas consideraciones biológicas se agregan otras culturales relacionadas con el análisis tipológico y la clasificación de diversos objetos elaborados en madera. Adicionalmente, es posible incorporar la dimensión tecnológica de las piezas, incluyendo el estudio de las técnicas, gestos y destrezas involucradas en su producción (Ballester, 2018a, 2020c; Figueroa, 2014; García *et al.*, 2012, 2014; Ugarte, 2004; Ugarte *et al.*, 2010). Esta tecnología de la madera debió involucrar una serie de conocimientos sobre sus cualidades, propiedades, estacionalidad y disponibilidad, determinando así los movimientos o acciones necesarios para su obtención y almacenaje (Gallardo y Mege, 2012). Cruzadas con la información contextual y con los resultados del análisis taxonómico, dichas inferencias de orden cultural contribuyen a una visión más completa del uso y valor de este material. En efecto, una sucinta revisión permite proponer que la familiaridad entre la madera y las personas que la trabajaron solo fue posible “en el contexto de una tradición tecnológica” (Gallardo y Mege, 2012, p. 44) basada en conocimientos, destrezas y habilidades. Sin embargo, en la línea de lo sugerido recientemente por Troncoso *et al.*, es posible coincidir en que

toda tecnología tiene también un particular modo de existencia tecnológico (...) refiere no solo a los conocimientos, gestos y pasos técnicos que se despliegan a través de una forma de hacer, sino que abarca también al conjunto de relaciones (prácticas, materiales, espaciales, experienciales, corporales) y afectividades que emergen a través de ese hacer (2022, p. 89).

Se sabe que, en el pasado, en los Andes se procuró desarrollar una tecnología orientada a optimizar el uso de metales preciosos (oro y plata) (Lechtman, 1977) y que ciertos objetos o materiales fueron particularmente apreciados por su brillo; tanto este como los colores y las texturas fueron no solo dimensiones visuales, sino también propiedades significativas de la materialidad andina (Cereceda, 1990; Dransart, 2016; Saunders, 2003). Al ofrecer una gran gama de posibilidades de manejo en virtud de su propia naturaleza como material blando, la madera no escapa a estas complejas relaciones. Su carácter maleable ofrece diferentes grados de resistencia (Gallardo y Mege, 2012) o densidad (Niemeyer, 2013; Niemeyer

et al., 2013), lo que permite emplearla sin modificarla, o bien, formatearla, tallarla —dejándola con una textura áspera y un color opaco— o pulirla para volverla suave y brillante. Ciertos objetos pudieron ser pintados o quemados y, en algunos casos, se observan huellas de las técnicas de talla o, incluso, rastros del trabajo de la madera; preformas y desechos tales como virutas o astillas con o sin corteza (Ballester, 2018a; García *et al.*, 2012, 2014) cuya observación puede ofrecer nuevas miradas sobre las relaciones establecidas con el material.

Entre los artefactos de madera arbórea figuran mangos de palas o martillos, arcos y astiles de flecha, arpones y mangos de cuchillos, cuchillones y torteras, contenedores, cucharas, tabletas de rapé, qeros y postes tallados (Ballester, 2018a; Ballester y Clarot, 2014; Cabello y Estévez, 2017; Durán *et al.*, 2000; Espouveys, 1972-73, 1974; Focacci, 1960; Gallardo y Mege, 2012; Gallardo y Odone, 2019; García *et al.*, 2012, 2014; Horta, 2012, 2013, 2014; Latcham, 1938; Mostny, 1958; Núñez, 1962, 1963; Oyarzún, 1931a, 1948, en este libro; Sepúlveda *et al.*, 2019; Tarragó, 1989; Torres, 1984; Uhle, 1913c, 1915).

Aunque sin una función precisa, la madera arbustiva encontrada como rama, con o sin follaje, también pudo emplearse para la combustión (Ballester y Grimberg, 2018) o ser descartada como desecho de la limpieza de trozos más grandes usados previamente como matrices (García *et al.*, 2012) u ofrendas (Gallardo y Mege, 2012).

El cactus es más conocido por el empleo de sus espinas tanto para la confección de anzuelos como para las costuras de las balsas de cuero de lobo marino en la costa (Cabello y Estévez, 2017; Looser, 1960), aunque con ellas también se fabricaron peines con la adición de madera y lana (Arriaza *et al.*, 2014). Al igual que la madera de árbol, sin embargo, la de cactus fue utilizada para la construcción de postes, puertas o techumbres de viviendas (Adán *et al.*, 2013; Urbina *et al.*, 2011), así como para la elaboración de remos en la costa (Ballester *et al.*, 2015). Rivera (2018) indica el uso de *Prosopis* sp. para la producción de postes en el sitio de Ramaditas, región de Tarapacá. Tampoco se debe olvidar el uso de este material como combustible y el del carbón como pigmento, identificado, por ejemplo, en el arte rupestre (Sepúlveda, 2021b). En síntesis, la madera se insertó en múltiples prácticas y relaciones espaciales,

pues, como bien lo indican Grimberg *et al.* (2022), entre otros, las poblaciones costeras pudieron recorrer varias decenas de kilómetros para obtenerla, lo que generó relaciones dinámicas con el paisaje distante más allá de su cotidianeidad.

A lo anterior se suma que, ya fuera de cactus o de árbol, el material en cuestión pudo ser empleado solo o combinado con lana, resinas y piedras para fabricar artefactos compuestos, como arpones de caza marina (Ballester, 2018a, 2020c), astiles para flechas, mangos para cuchillos, palas agrícolas o martillos mineros (Figuroa *et al.*, 2013). En síntesis, la madera ofrece en un sinnúmero de soluciones tecnológicas que varían en relación tanto con la habilidad, gusto y destreza del artífice como con la función del objeto. Por lo demás, para trabajarla se requirió de instrumentos de metales y de piedra, entre otros materiales, con sus propias cadenas operativas y tecnológicas.

En el desierto de Atacama, la explotación de la madera, la fabricación de los diversos artefactos y todos los aspectos materiales y técnicos antes mencionados se involucraron en un sinnúmero de actividades como la caza, la pesca, el pastoreo, la agricultura, la minería, la textilera, el transporte, la construcción y las prácticas rituales. El conjunto de objetos analizados en el presente trabajo ofrece una gran oportunidad para explorar diferentes aspectos y dimensiones de este material, así como de las complejas relaciones entre los pobladores y los bosques del desierto.

TIPOS DE OBJETOS Y RELACIÓN CON LA VIDA COTIDIANA

Para abordar el estudio del conjunto de artefactos de madera se respetó el fichaje previo de Nieves Acevedo, el que se complementó con el análisis de algunos objetos realizado en el marco del proyecto ANID-Fondecyt 1190263. Al revisar la base de datos se aprovechó de examinar algunas descripciones y asignaciones para unificar criterios de clasificación sobre la base de un ordenamiento tipológico-funcional. Así, se buscó categorizar cada objeto de acuerdo con su función probable y no según su uso, que pudo ser diferente del que se identifica en la actualidad. Una vez definida dicha función, se precisaron variaciones, sobre todo de forma y tamaño, y, en algunos casos, se registraron detalles relativos a la fabricación de los artefactos que denotan decisiones tecnológicas independientes de su función.

La colección a la que pertenecen las piezas abordadas en este texto es fruto de, al menos, cuatro donaciones efectuadas por Aníbal Echeverría y Reyes desde 1911, a las cuales se sumaron otros objetos durante los traslados del conjunto al Museo de Etnología y Antropología, al Museo Histórico Nacional y al Museo Nacional de Historia Natural⁵ en 1912, 1968 y 1974, respectivamente. Consta de 626 artefactos de origen principalmente animal (hueso, concha, cuero y lana), mineral (cerámica, piedra, mineral de cobre y metal) o vegetal (calabazas, semillas, cactus, madera y fibra vegetal) (Sepúlveda, en este libro). Dentro de esta última categoría destaca el amplio conjunto de artículos de madera (al menos n°. = 258⁶, es decir, 41,2 %) empleados para contenedores con o sin decoración, ganchos de atalaje, cencerros, cuchillones, arpones, husos, torteras, tabletas de rapé, yesquero, arco y astiles, peinetas, entre muchos otros (Tabla 1).

TABLA 1. TIPOS DE OBJETOS DE MADERA DE LA COLECCIÓN ECHEVERRÍA Y REYES

Tipo de objeto	Cantidad
Contenedor	12
Contenedor tubular de caña	6
Cuchara, cucharilla, espátula	23
Ganchos de atalaje	30
Cencerro	12
Cuchillón	12
Paletas	7
Maderos (mangos o palos sin función precisa conocida)	8
Pala	1
Mango de cuchillo	1
Huso	9

⁵ Se incorporaron a la Sección de Antropología del Museo Nacional de Historia Natural entre fines de la década de 1960 e inicios de 1970.

⁶ En el caso del casco, se consideraron 25 fragmentos de madera como unidades separadas, pues cada uno fue tallado específicamente.

Torteras	10
Vichuña	9
Tableta de rapé	5
Tubos para insuflar	2
Boquillas	5
Estuche (¿portaplumas?)	6
Yesquero	1
Astil (flecha)	55
Arco	3
Figuras humanas de madera	2
Casco	25
Instrumentos indeterminados	7
Peinetas	6
Tubo de madera de cactus	1

La mayoría de los objetos proviene de Chiu-Chiu y, en mucha menor medida, se registran piezas procedentes de San Pedro de Atacama y de Calama (Tabla 2 y Figura 4). De esta última localidad se identificaron exclusivamente astiles, mientras que de San Pedro de Atacama provienen las cuatro tabletas de rapé, el único yesquero de la colección, y algunos contenedores y cucharillas, entre otros.

TABLA 2. PROCEDENCIA DE LAS PIEZAS DE MADERA QUE COMPONEN LA COLECCIÓN ECHEVERRÍA Y REYES

Origen	Cantidad (n°.)
Región de Antofagasta	2
Calama	13
Chiu-Chiu	223
San Pedro de Atacama	15
Sin procedencia conocida	5



Figura 4: Mapa de las localidades de proveniencia de las colecciones, región de Antofagasta, norte de Chile.

ARTEFACTOS PARA LABRAR LA TIERRA

Junto con la ganadería, la agricultura constituye, sin duda, una de las prácticas cotidianas más importantes de los pueblos del interior del desierto (Castro *et al.*, 2016; Núñez, 1973). Su adopción e implementación resulta tan significativa para estas poblaciones, que el cambio hacia una economía basada en la producción de alimentos es considerado uno de los hitos paradigmáticos del inicio del Periodo Formativo, si bien hoy se sabe que la caza y la recolección nunca fueron abandonadas. Para el desarrollo de la agricultura no solo debieron domesticar las especies vegetales, sino también aplicar conocimientos acerca de su ciclo de crecimiento, del manejo y gestión

del agua, del trabajo y fertilización de suelos, y de la construcción de terrazas y canales, entre otros (Alliende *et al.*, 1993; Parcero-Oubiña *et al.*, 2016; Sandor *et al.*, 2021).



Figura 5: a) Pala de madera tallada con rasgadura en un extremo, Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile; b) Cuchillón de madera tallada con varias agrietaduras pequeñas, Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. Museo Nacional de Historia Natural de Santiago; c) Vitrina con objetos de madera, palas y cuchillones, Museo de Etnología y Antropología de Santiago (1917).

También fabricaron una serie de artefactos para trabajar y labrar la tierra, tales como palas y cuchillones, de los cuales la Colección Echeverría y Reyes posee una y doce unidades, respectivamente (Figura 5). La primera se encuentra más o menos desgastada y, al parecer, levemente deformada (Figura 5b). Las dimensiones de los cuchillones varían entre 35 y 45 cm de largo y 4 a 7 cm de ancho. Resaltan entre dichas piezas las empuñaduras, algunas delgadas y bastante definidas en el cuerpo del objeto, y otras con una separación menos clara respecto de aquel (Figura 5c). También destacan las hojas, que presentan diversas regularidades —pulidas o más ásperas—, un aspecto más o menos angosto hacia la punta y, en algunos casos, deformidades atribuibles al uso.

Pese a estas variaciones, la combinación de la empuñadura y la hoja siempre forma un ángulo obtuso con el punto de inflexión en la hoja⁷, no obstante lo cual cada pieza posee un tamaño, una forma y un peso particulares, asociados probablemente a su funcionalidad relacionada con la actividad agrícola y con el gesto que debió acompañar su empleo. Así, es posible concluir que estos objetos resultan más complejos de lo que se piensa, pues, como parte de la vida social y económica de quienes los hicieron y los utilizaron, se confeccionaron atendiendo a la especificidad de los suelos en los que se usaron.

OBJETOS PARA EL MANEJO DE REBAÑOS

La importancia de los camélidos —tanto de las especies salvajes como de las domésticas— para las comunidades andinas es bien conocida (Bonavia, 1996). Una vez amansadas la llama y la alpaca, la ganadería se convirtió en una de las principales actividades económicas desarrolladas por las poblaciones del desierto de Atacama. Los grandes rebaños sirvieron, incluso, para el transporte de carga entre las diferentes localidades del desierto, aun más allá de las cumbres de los Andes (Nielsen *et al.*, 2019). El arte rupestre testimonia su relevancia simbólica con la representación de numerosas caravanas pintadas, grabadas y dibujadas mediante geoglifos en distintos sectores de la región asociados a rutas y a otras evidencias materiales y sitios arqueológicos tales como apachetas, jaras y sitios de muros-y-cajas, entre muchos otros (Berenguer, 2004; Nielsen, 1997).

Ahora bien, la importancia de estos animales no se limita a las poblaciones del interior: a falta de representaciones de caravanas, en la costa se observan paneles pintados con escenas de caza de camélidos, lo que demuestra que también fueron apreciados por las comunidades litorales, pese a que su subsistencia se basó principalmente en los recursos marinos (Berenguer, 2009; Ballester, 2018b). Por otra parte, la presencia abundante en sitios costeros de productos

⁷ Se diferencian así de las wichuñas empleadas en la textilería, más rectas, suaves, brillantes y elaboradas comúnmente de hueso.

y bienes provenientes de localidades interiores —cerámica, entre otros— permite plantear que las caravanas pudieron ocasionalmente transportarlos hasta el litoral (Gallardo *et al.*, 2022).

Precisamente, a las caravanas se asocian dos tipos de artefactos de la colección: por un lado, los cencerros o campanas de madera (Figuras 6a, 6b y 6c) (Boman, 1908; Durán *et al.*, 2000; Latcham, 1938) y, por otro, los ganchos de atalaje, también llamados tarabitas (Capparelli, 2021; Durán *et al.*, 2000; Raviña *et al.*, 2007), empleados por pastores altoandinos para transportar e intercambiar productos (Lecoq y Fidel, 1997; Nielsen, 2001) en trayectos largos (Figuras 6d, 6e y 6f)⁸.

Totalmente ahuecados en su interior para lograr una apertura ovoidal, los cencerros de madera de la colección miden entre 3,5 y 11 cm de alto, y entre 4,3 y 22 cm de ancho, y los más grandes son notoriamente más pesados. Pese a sus diferentes tamaños, todos son campanuliformes, con la parte superior plana, lados curvos que se ensanchan hacia la base y dos orificios para amarrar el cencerro al cuello del animal. Solo una de las piezas presenta los colgantes originales (fragmentos alargados de ramas pequeñas en su interior), que generan un sonido característico al golpearse con el movimiento. En todas se observan otros dos pequeños orificios dispuestos de manera encontrada en los lados más angostos de la campana, y uno de los cencerros conserva los nudos de un hilo que pasaba a través de dichos agujeros cruzando el interior de la pieza de lado a lado para amarrarla al cuello del animal (Figura 6c).

En general, estas campanas fueron confeccionadas con madera de color marrón y de textura más bien opaca. Su exterior se observa más liso y tratado que su interior, donde, al contrario, aún se aprecian huellas del tallado. Por el color y la textura, se infiere que se emplearon diferentes tipos de árbol en cada cencerro, pues algunos son duros y compactos, mientras que otros son de una madera más blanda. De tono levemente rojizo, dos piezas presentan huellas de haber sido pintadas (Figuras 6a y

⁸ Tanto cencerros como tarabitas seguían siendo usados hasta hace algunas décadas, aunque fabricados con metal.

6b), una de las cuales exhibe, además, un motivo en zigzag dispuesto horizontalmente en medio de una de sus caras más anchas (Figura 6b).

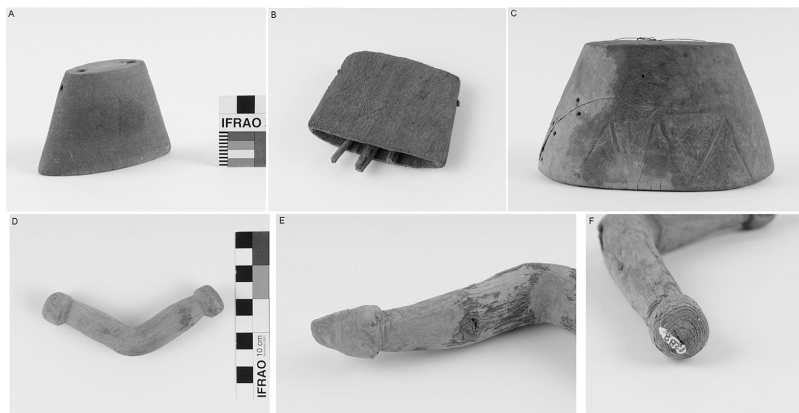


Figura 6: a) Cencerro de forma campanuliforme. En la parte superior tiene dos orificios grandes y otros dos orificios en los lados. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile; b) cencerro de forma campanuliforme. En la parte superior tiene dos orificios cuadrados grandes y otros dos en los lados, por los que pasa un hilo amarrado. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile; c) detalle de un cencerro de forma campanuliforme con decoración en zigzag. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile; d) Gancho de atalaje. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile; e) detalle del rebaje de gancho de atalaje. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile; f) Detalle de anillos de crecimiento en gancho de atalaje. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. Museo Nacional de Historia Natural, Chile. (Fotografías de Felipe Infante)

En los costados más anchos de algunos cencerros son particularmente relevantes los anillos del tronco del cual fueron fabricados, que permiten precisar el espesor de las porciones recortadas, indudablemente mayores que el ancho menor de la cavidad de la campana, que posteriormente fueron talladas para extraer material. Otras piezas presentan testigos de nudos, lo que es evidencia de que, junto con el tronco, emplearon las ramas anchas cercanas a este.

Por su parte, los ganchos de atalaje tienen forma en *V*, cuyo ángulo puede ser recto o más bien curvo. Con tamaños relativamente homogéneos, de entre 10 y 12 cm de largo y 2 cm de diámetro, se adelgazan hacia cada extremo antes de llegar a la porción final, que aparece entonces más abultada para un mejor agarre de sogas o cordeles al lomo de los animales, tal como aún se observa

en un caso (Figura 6e). Las extremidades de algunos ganchos muestran anillos que permiten observar cómo se talló la madera. Son de factura generalmente tosca: tanto al medio como a un extremo, varios conservan vestigios de nudos (Figura 6f), y se presume que la selección del material era más oportunista que específica, pues una misma pieza presenta diferentes colores y tonalidades.

ARMAS DE CAZA

La caza fue, sin duda, uno de los motores de la subsistencia de los primeros poblamientos del desierto (Santoro *et al.*, 2016). Además de guanacos y vicuñas, en el interior se capturaban tarucas, aves y roedores, al comienzo con lanzas, estólicas y dardos, y luego con arcos y flechas (De Souza, 2011). Por otra parte, en la costa se atrapaban peces y grandes mamíferos marinos con arpones, anzuelos y poteras, entre otros artefactos especializados (Ballester, 2018a, 2020c).



Figura 7: Seis astiles de madera y un fragmento de astil. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografía de Felipe Infante)

La Colección Echeverría y Reyes posee astiles muy probablemente empleados para la caza de animales o aves. Se contabilizan 55 flechas (Figura 7) y tres arcos fragmentados (Figura 8), cuya madera fue trabajada

de manera de lograr una textura lisa y brillante. Pese a su fractura, uno de ellos mide 65 cm de largo y evidencia restos de tendones alargados de 1 cm de ancho que dan vueltas en torno a distintas secciones de su madero hasta alcanzar un ancho de 6 a 7 cm. Estos fueron puestos para decorar el arco y para mejorar su prensión, y pudieron estar pintados en tonalidades de rojo o negro; donde no se preservaron, quedó su impronta y rastros de pintura que, por lo tanto, fue aplicada con posterioridad a los tendones.



Figura 8: Tres fragmentos de arco de madera. Uno posee tendones a modo de amarra. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografía de Felipe Infante)

Los múltiples fragmentos de astiles muestran otros interesantes aspectos raramente indicados en la literatura (Latham, 1938; Mostny, 1952; Oyarzún, 1948, en este libro). Dado que están fracturados y mal preservados, es imposible precisar sus características completas, aunque varios miden hasta 50 cm y su diámetro fluctúa entre 0,7 mm y 1 cm. Entre piezas completas y fragmentos se aprecian tendones dispuestos en los dos extremos de un astil, en tanto que varios muestran rastros de haber sido pintados con color negro o rojo (Sepúlveda, 2021b, en este libro). También se encuentra pigmento en sus secciones medias, y el fragmento distal de uno de ellos presenta una punta lítica de material opaco y blanco tipo sílice sujeta con adhesivo y amarrada por medio de un tendón que gira en torno al madero.

Por último, el conjunto incluye un mango de cuchillo notoriamente similar a otros hallados en la costa (Ballester y Clarot, 2014) y que constituye el único testimonio del litoral en la colección (Figura 9). Posiblemente se utilizaba para destazar animales, y está confeccionado con madera tallada y alisada, una textura suave requerida para su presión. Con una extensión de 12,5 cm y 1,2 cm de diámetro, uno de sus extremos es aguzado y el otro presenta una bifurcación o cavidad en *V*. Luce además una coloración negra oscura como evidencia de una antigua resina muy posiblemente usada para fijar una punta de proyectil lítica cuya inserción debió ser asegurada con tendones amarrados a su alrededor.



Figura 9: Mango de cuchillo con sección en *V* en uno de sus extremos, Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile, Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografía de Felipe Infante)

HILAR PARA LA VIDA Y LA MUERTE

En el Norte Grande el tejido demuestra grandes proezas técnicas y una amplia gama de conocimientos en la fabricación de vestuario o tocados, pero también para la confección de bolsas, fajas, inkuñas, entre muchos accesorios (Arnold, 2016). Se suman también otras técnicas de tejido a telar para la producción de redes, cuerdas y cordeles, que tuvieron un uso relevante

en ciertas actividades como la pesca, la ganadería y el transporte. Las técnicas usadas para el tejido, los diseños, los colores y las formas cambiaron en el tiempo, así como su uso y prestigio (Agüero *et al.*, 1997; Carmona, 2004; Murra, 1993; Oakland, 1992; Ulloa, 1985). La impronta y origen de los tejedores, al igual que la función de los tejidos, ya sea para ser empleados en actividades cotidianas o prácticas ceremoniales, como en el caso de las inkuñas (Horta y Agüero, 2009), fueron también relevantes. La presencia de una gran variedad de textiles entre las ofrendas demuestra que no solo se produjeron para los vivos, sino también para acompañar a los difuntos. Poco se ha investigado sobre los artefactos empleados en la textilera, como el huso y la tortera, herramientas clave, sin embargo, para producir el hilo.

Las torteras pudieron ser fabricadas en cerámica, piedra, hueso o madera, siendo este último el material empleado en las piezas de la colección. Generalmente, este artefacto se suele definir como relativamente simple y homogéneo, sin grandes variaciones; no obstante, algunos detalles son relevantes en lo que respecta a los requerimientos técnicos, por ejemplo, para la producción del hilo. En efecto, el huso y la tortera permiten manipular fibras de origen animal o vegetal, para convertirlas en hebras esenciales para la confección de los tejidos: “El hilado se logra al torcer un conjunto de fibras que se van enrollando sobre el huso o varilla mientras esta gira constantemente, y la función del tortero es generar el peso necesario para conservar el impulso del giro” (Mazzanti y Puente, 2013, p. 136).

Enfocadas en las torteras, Bueno (2004) y Rolandi y Jiménez (1983) sugieren registrar su morfología, observar si se trata de un objeto elaborado a partir del reciclado de otro, y caracterizar el orificio donde se introduce el huso (en caso de que se encuentre solo la tortera). Otros aspectos destacados son el tamaño del huso, tortero y orificio, además del peso, ya que de estos elementos dependen las características del hilado.

En la colección, las torteras de madera (Figura 10a) poseen una forma más o menos constante que se caracteriza por una superficie plana y un orificio en el centro para acoplar el huso. La otra cara varía formando torteras de forma cónica, circular o rectangular con bordes redondeados. El ancho se sitúa entre 3,8 cm y 5,5 cm; mientras que el largo oscila entre 4,7 cm y 6 cm. Su superficie está desgastada, es decir, evidentemente

fueron utilizadas. Destaca su peso, relevante al momento de hilar, ya que contribuye al gesto de giro requerido.

En general, la forma de los husos (Figura 10b) es homogénea y constante. Se trata de un madero alargado, delgado y de sección circular, cuya forma permite acoplarlo con el orificio de la tortera. El largo presenta un rango mucho más amplio, mientras que su espesor varía, pero en un rango muy acotado. Muchas piezas se encuentran incompletas.

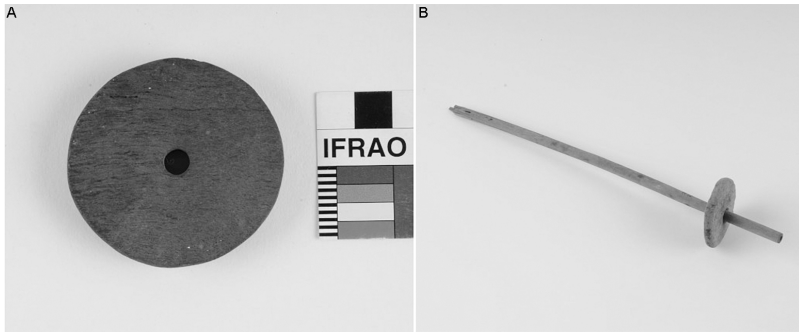


Figura 10: a) Tortera de forma circular. Calama, región de Antofagasta, Chile; b) huso con tortera textil de madera para hilar lana. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografías de Felipe Infante)

CONTENEDORES: CAJITAS, TUBOS Y ESTUCHES DE PLUMA

El acto de contener implica diversas acciones, que van desde el almacenamiento al transporte, la organización y/o el transformar (Robb, 2017). Dentro de la colección de Anibal Echeverría y Reyes se observan al menos dos funciones de estos objetos de manera evidente: el almacenamiento y/o el transporte. Por ejemplo, las cajitas o contenedores de pigmentos suelen llamar la atención por su gran variedad morfológica, atributo en que se basan todas las clasificaciones tipológicas sobre estas piezas (Núñez, 1962; Tarragó, 1989). De todos los tipos definidos, en la colección se encuentran cajitas cilíndricas, de doble compartimiento rectangular y bicónicas, con anillo anular al centro (Figuras 11a, 11b y 11c, respectivamente). Además, algunas presentan una decoración tallada, como una cajita con una

figura antropomorfa tocando una flauta (Sepúlveda *et al.*, 2021a) (Figura 4D). Si bien se ha planteado su uso en relación con el consumo de alucinógenos, análisis realizados recientemente identifican más bien la presencia de minerales pigmentarios cuyo uso aún resulta difícil de precisar (Sepúlveda *et al.*, 2021a).



Figura 11: a) Caja de madera de forma rectangular, sin tapa, con dos compartimentos internos. Sin decoración. Región de Antofagasta, Chile; b) Caja de madera cilíndrica, sin tapa y sin decoración. Región de Antofagasta, Chile; c) Caja de madera cilíndrica levemente evertida, sin tapa y en la parte media una cinta sobrerrelieve. San Pedro de Atacama, región de Antofagasta, Chile; d) Detalle de anillos en base de cajita rectangular. Región de Antofagasta, Chile. Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografías de Felipe Infante)

Además de la morfología, otros atributos son igualmente relevantes de analizar, como el hecho de su gran variedad de colores, hallándose contenedores de madera de color oscuro y superficie brillante, como las bicónicas.

A diferencia de estas, el tratamiento de las cuadrangulares no es tan acabado, sino que su superficie es más opaca. Esto deja suponer que, aunque haya tratamientos diferentes, podría corresponder a distintos tipos de madera. Otro aspecto se refiere justamente a las vetas de la madera, específicamente los anillos, ya que se presenta como un punto en común entre las cajitas, independientemente de su forma. En general, los anillos de crecimiento son bastante notorios en la base de las cajitas cilíndricas y en las rectangulares estos se observan en su base o en uno de los costados. Por lo tanto, se puede plantear al menos que se está escogiendo una sección específica de la madera para fabricar estos artefactos y que existe una manera de hacer compartida entre ambas categorías morfológicas (Figura 11d).



Figura 12: Estuche de madera recubierto de cuero sujetado mediante amarras. San Pedro de Atacama, región de Antofagasta, Chile. Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografía de Felipe Infante)

A estos contenedores se agregan los tubos, que se diferencian porque sus paredes son mucho más delgadas debido a que se fabricaron con otros materiales vegetales, a saber, algún tipo de cactus, inclusive de caña. Ambas aprovechan la morfología misma del soporte, que es ahuecado. Se confeccionan tapones en material orgánico tipo resina o algún fragmento de madera para cerrar al menos una de las extremidades, mientras la otra fue probablemente cerrada con una tapa de cuero, tal como los contenedores de hueso o de madera observados en otras colecciones (Sepúlveda *et al.*, 2021a).

Finalmente, a estos conjuntos se suman los estuches de plumas (Figura 12), que se conocen con ese nombre porque cumplen con el propósito de resguardar plumas. Se han descrito como una “plancha de madera rectangular y llana, con pequeños agujeros alineados a lo largo de sus bordes, los que se empleaban para unir por medio de ligamentos, un trozo de cuero que se plegaba sobre la plancha, para proteger su contenido” (Durán *et al.*, 2000). No existen muchas investigaciones acerca del artefacto en sí, por lo que su función se define por su hallazgo en ajuares fúnebres, algunas de colores. Las plumas se emplearon en tocados y para fabricar flechas, donde se observan por par, cada una pegada en la base del astil en lados completamente opuestos.

ARTEFACTOS PARA COMER Y SERVIR

El servicio generalmente incluye posibles cubiertos y/o utensilios para preparar o consumir. Sin embargo, luego de la revisión de diversas colecciones se han propuesto otras hipótesis. Latcham (1938), por ejemplo, plantea que, por la forma y tamaño de las cucharas, es poco probable que se hayan usado para comer, y más bien plantea que sirvieron para revolver la comida o el maíz para su tueste. En esta misma línea, Lautaro Núñez (1962, 1969) asegura que las cucharas más grandes probablemente no fueron para el consumo individual de alimentos, sino para la preparación de bebidas fermentadas o de las comidas cotidianas.

La colección de Aníbal Echeverría y Reyes incluye registros arqueológicos agrupables en la categoría “acto de servir”, en relación con el consumo de alimentos u otras sustancias. En este grupo las cucharas están compuestas de tres partes: el cuenco, que es la parte cóncava; el mango, que corresponde

al extremo por donde se manipula el objeto; y, por último, la sección de transición o la unión entre el cuenco y el mango. En general, su largo varía entre los 8 y 23 cm, pero tomando en cuenta que los mangos no se pueden contemplar en su totalidad debido a su mala conservación, esta medida se sitúa más bien entre los 10 y 23 cm. El cuenco, presente en la mayoría de las piezas, tiene un amplio rango, que va desde 1 cm hasta los 8,7 cm de largo (Figura 13a).

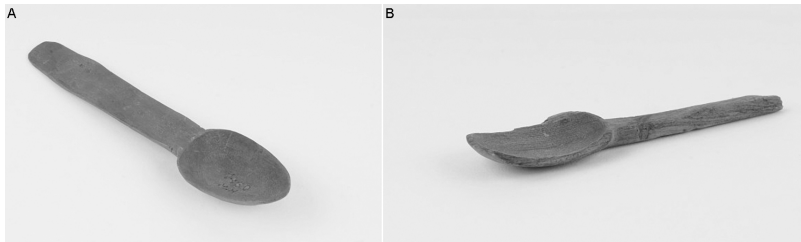


Figura 13: a) Cuchara de forma ovalada cóncava-convexa con mango plano. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile; b) Cuchara de forma oval, con mango rectangular aplanado. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografías de Felipe Infante)

Las vetas de la mayoría de las cucharas van linealmente desde el mango hacia el cuenco. En algunos cuencos, los anillos de crecimiento de la madera se ubican justo al centro, por lo que a primera vista podemos decir que no todas las cucharas se fabricaron con la misma sección de madera (Figura 13b).

Otro conjunto de artefactos incluidos en la categoría de servicio son las cucharillas y espátulas-cucharilla. Todas tienen mango y cuenco; sin embargo, no hay una ruptura o ángulo de inflexión que separe ambas partes. Su superficie es en general bastante plana, pero, aun así, hay un espacio observable en el cuenco que es cóncavo, por leve que sea, mientras que en el reverso la base convexa es muy poco acentuada. Se distinguen dos tipos: cuencos de forma ovalada y otros que terminan en punta y siguen así la línea del mango (Figura 14b).

Por último están las espátulas, que en la colección están representadas por un solo ejemplar. Este objeto es bastante delgado, con un extremo

redondeado y el otro en punta. Es llamativo que no se observan muchas diferencias morfológicas en comparación con las espátulas de hueso de la misma colección.

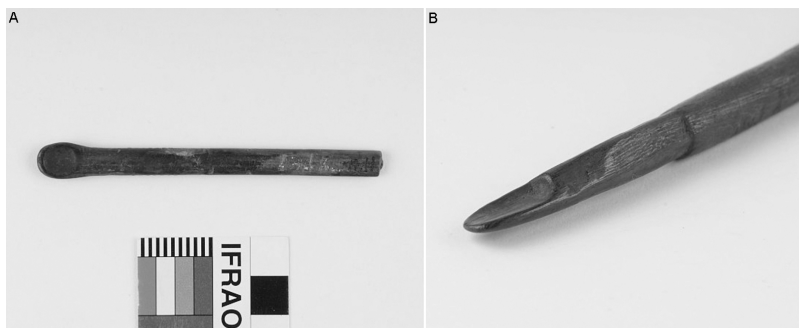


Figura 14: a) Cucharilla de forma circular con mango rectangular aplanado. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile; b) Espátula-cucharilla de forma circular con mango rectangular aplanado. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografías de Felipe Infante)

TABLETAS Y TUBOS PARA EL CONSUMO DE RAPÉ

Las tabletas de rapé son los objetos de madera más estudiados entre los que integran el conjunto de ofrendas funerarias del oasis de San Pedro de Atacama y la cuenca alta del río Loa (Durán *et al.*, 2000; Horta, 2012, 2014; Llagostera *et al.*, 1988; Núñez 1962; Sepúlveda, 2006; Torres, 1986; Uhle, 1913c, 1915; entre otros). Junto a tubos y espátulas, en algunos casos también contenedores, conforman parte del llamado conjunto o kit artefactual vinculado con el consumo de alucinógenos, tema que, por cierto, ha sido ampliamente discutido para plantear inclusive la existencia de chamanes en la sociedad atacameña.

Componen la colección cinco boquillas o narigueras. Estas fueron elaboradas en una madera densa, firme, oscura, que fue tallada y luego muy pulida, para otorgarle con ello un valor evidentemente distinto al de otros objetos. La madera es muy similar para todas, al igual que las técnicas de acabado de los dos tubos para insuflar (Figura 15a) y que las cinco tabletas de rapé (Figura 15b) que también fueron reunidas por Echeverría y Reyes.

Los tubos son piezas destacadas del conjunto de objetos de madera por su textura, fineza y brillo, pero sobre todo por la destreza para tallar los motivos que cubren la sección media de cada pieza. Estos han sido ampliamente descritos en la literatura dado que aluden a figuras antropomorfas ricamente ataviadas llevando objetos en ambas manos, y que se han interpretado como representaciones del “Sacrificador” (Durán *et al.*, 2000; Llagostera *et al.*, 1988; Mostny, 1958; Núñez, 1961, 1962; Oyarzún, 1931a; Uhle, 1915).

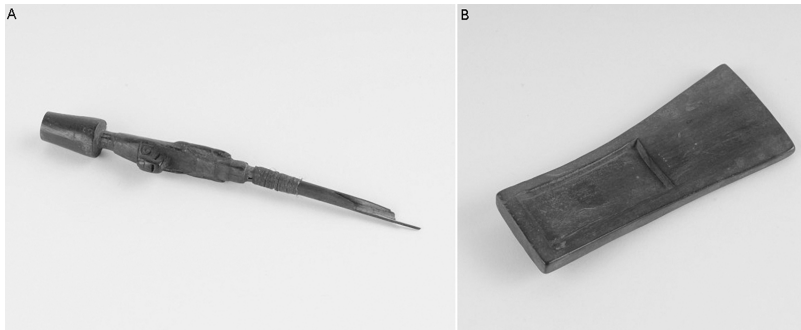


Figura 15: a) Tubo para insuflar. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile; b) Tableta de rapé. Chiu-Chiu y San Pedro de Atacama, región de Antofagasta. Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografías de Felipe Infante)

Entre las tabletas, destacamos una de forma rectangular (Figura 15b) que difiere particularmente de las tabletas comúnmente descritas (Torres, 1986). En efecto, se trata de un objeto cuyo mango no presenta ninguna iconografía particular o motivo tallado, sino que sobresale por su simpleza o sobriedad, y por el particular trabajo sobre la madera, de textura pulida y brillante.

IMPLEMENTOS PARA PRODUCIR FUEGO

Aunque son poco recurrentes en la literatura, estos artefactos aparecen en sitios de diversos periodos (Schiappacasse y Niemeyer, 1989; Standen, 2003; Urbina *et al.*, 2011). De su tipo, la colección contabiliza dos yesqueros de madera plana y espesor relativo, con forma preparada, superficie limpia (no hay corteza, por ejemplo) y una textura áspera. Para que puedan producir

fuego, están perforados mediante el contacto y rotación de otro madero que, si bien está ausente, presumiblemente era más delgado y de eje circular. En efecto, se trata de objetos simples que requieren necesariamente de otros para cumplir su rol; artefactos que se ensamblan y se reconocen porque otras piezas han dejado en ellos su huella (en este caso, perforaciones en la madera con los bordes oscurecidos y eventualmente manchados con ceniza). Se sabe que algunos yesqueros son objetos redestinados para dicha función, mientras que otros fueron especialmente construidos para producir fuego (García, 1985; Horta *et al.*, 2016); es el caso de las piezas estudiadas, que parecen haber ejercido una única función en reiteradas ocasiones debido a la profundidad y cantidad de agujeros (Figura 16).



Figura 16: Pieza de madera levemente curva con dos agujeros profundos. San Pedro de Atacama, región de Antofagasta, Chile. Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografía de Felipe Infante)

OTROS VARIADOS OBJETOS DE MADERA

El conjunto de objetos de madera de la Colección Echeverría y Reyes es aún más amplio. Entre ellos, destacamos el casco, hoy desarmado, pero que fue fabricado con al menos 25 fragmentos de madera plana, todos de las mismas dimensiones y tejidos para formar una especie de protección

para guerreros, época de tensiones asociada al periodo Intermedio Tardío, entre el 1.000 y 1.450 d.C. (Berenguer, 1993a; Oyarzún, 1948, en este libro; Sinclair, 2006). También destacan los peines, fabricados con espinas de cactus y sostenidos con maderos, a su vez envueltos con hilados de lana para darle estructura y más firmeza al objeto.

Estos artefactos indican que la madera también se usaba para fabricar atuendos. Los peines pudieron ser empleados para el cabello, pero se plantea que pudieron servir para sacar piojos (Arriaza *et al.*, 2014).



Figura 17: a) Figura antropomorfa de madera. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile; b) figura antropomorfa de madera. Chiu-Chiu, región de Antofagasta, Chile. Museo Nacional de Historia Natural de Santiago. (Fotografías de Felipe Infante)

Otras dos piezas, que resultan difíciles de clasificar de acuerdo con las categorías aquí escogidas, son dos figuritas talladas en madera (Figuras 17a y 17b). Una de ellas, de aproximadamente 5,5 cm de alto, corresponde a un bulto tallado por todas sus caras, con lo que se logra una representación

tridimensional (Figura 17a). Tiene dos secciones: una distal, más angosta y separada del resto por una especie de anillo más grueso y que contornea casi toda la pieza. Si bien en la parte proximal algunas secciones se encuentran mal definidas, en una de las caras traseras se reconocen dos alas y una cola, indicios que permiten identificar la imagen de un ave.

La segunda figura es igualmente pequeña, con un largo de no más de 4,5 cm. Representa más claramente una figura humana en posición sentada, con las rodillas flectadas hacia el vientre y las dos manos apoyadas sobre las rodillas (Figura 17b). La sección de los hombros se encuentra bien marcada, lo que permite que sobresalga la cabeza, que destaca por la representación de los detalles del rostro: ojos, nariz y boca. Porta además un tocado anular que le cubre toda la cabeza. La pieza, de gran fineza, presenta una grieta profunda que la atraviesa desde el cuello hasta los pies en sentido vertical. Destaca por haber sido pulida en detalle, en una madera más anaranjada. Por los anillos visibles a la altura de los pies, identificamos que muy posiblemente fue tallada aprovechando la forma alargada de una rama.

PALABRAS FINALES

Por su estado de preservación y su heterogeneidad tanto formal como funcional, el conjunto de objetos de madera de la Colección Echeverría y Reyes es de profunda riqueza. Las piezas pueden ser analizadas desde múltiples perspectivas, y este artículo da cuenta solo de algunos tipos de artefactos según los usos que les dieron las antiguas comunidades del desierto de Atacama. En efecto, la literatura menciona otros tipos de artefactos ausentes en esta colección, como martillos u otros implementos para la minería (Figuerola *et al.*, 2013; Ugarte *et al.*, 2010); azuelas utilizadas en la agricultura; postes antropomorfos de gran tamaño, pintados y tallados, ubicados en localidades como Quillagua o Chacance (Gallardo y Odone, 2019; Sepúlveda *et al.*, 2019); y arpones, capachos o anzuelos para la pesca o la caza (Ballester, 2018a, 2020c). Estas ausencias evidentemente se deben a que los objetos coleccionados por Echeverría y Reyes provienen de contextos mortuorios y, muy probablemente, de localidades del interior del desierto. Reflejan también el criterio del coleccionista (Ballester, en este libro). De igual

forma, no integran el conjunto de vigas, postes o puertas empleados en la construcción, ni andamiajes para evitar derrumbes en las galerías de extracción minera, ni ramitas, desechos de talla, virutas y otras preformas, todo lo cual podría complementar la visión y los conocimientos sobre el uso y la talla de la madera aquí expuestos.

No obstante estas carencias, y de acuerdo con lo anteriormente descrito, es posible concluir que en los contextos fúnebres existió también una selección particular de objetos. Si bien no todas las ramitas, artefactos ni implementos de madera fueron depositados junto a los difuntos, lo interesante es que las huellas de uso de todas las piezas identificadas, descritas y asociadas con el cotidiano de los pobladores del desierto confirman que fueron manipuladas antes de convertirse en ofrendas mortuorias. Como se carece de información contextual, es imposible establecer más precisiones respecto de quiénes eran esas personas o qué otros artefactos utilizaban, aunque sí es clara la presencia de estos objetos en el contexto funerario y que fueron empleados. Ello demuestra que no habría existido separación entre la vida y la muerte, y que, por el contrario, se crearon y sostuvieron estrechos y continuos vínculos entre las piezas y las actividades para las cuales fueron producidas: las personas, la madera y su entorno, los difuntos, las comunidades y los lugares en los que habitaron, transitaron y se enterraron. Así —más allá de las interpretaciones que buscan identificar al sujeto enterrado a partir de sus ofrendas—, los objetos en un cementerio (Saxe, 1970) permiten identificar comportamientos simbólicos y concepciones sobre la muerte, entendida como un elemento más de una compleja trama social en la que difuntos, materiales y lugares para los entierros interactúan con vivos, prácticas cotidianas y espacios de hábitat (Acuto *et al.*, 2014).

Los mencionados objetos han estado usualmente en las sombras, y observarlos a la luz de su materialidad proporciona una nueva perspectiva, en el sentido de que exhiben su textura, color, vetas, formas y técnicas de tallas, usos y contexto de hallazgo, todo lo cual permite vislumbrar la biografía de sus usuarios. Evidencian, asimismo, las destrezas —intencionadas— involucradas en su producción, dirigidas no solo a lo funcional sino también a lo estético; es el caso de las tabletas del complejo alucinógeno, relevantes en términos de las relaciones probablemente establecidas durante el Periodo

Formativo entre los sujetos que conformaron las distintas comunidades que habitaron el desierto, pues están fabricados con una madera oscura, pulida y brillante, probablemente de origen foráneo. Si bien en ese mismo lapso la caza, el pastoreo, las caravanas de animales o la agricultura fueron fundamentales para los antiguos habitantes de la región, los artefactos producidos para estas prácticas no integraron necesariamente el conjunto de ofrendas depositadas junto a los difuntos: escasamente aparecen en los contextos mortuorios de este periodo, lo que marca un cambio significativo en las relaciones definidas entre la vida y la muerte a partir del Periodo Intermedio Tardío.

El análisis descriptivo de la Colección Echeverría y Reyes permite pensar en la relación entre los bosques y las poblaciones del desierto de Atacama, en medio de cuya sequedad y aridez existieron y existen oasis con alguna vegetación. Mediante el análisis de estos objetos de madera —considerados a la luz del conocimiento disponible sobre los bosques desde el Holoceno (Bessegá *et al.*, 2021; McRostie *et al.*, 2017) hasta tiempos históricos (Uhle, 1913b)—, este artículo propone la existencia de interacciones significativas entre el desierto y las comunidades humanas que lo habitaron a la sombra de sus árboles.

AGRADECIMIENTOS⁹

Agradecemos profundamente el apoyo, confianza y recibimiento en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago a Cristián Becker y Francisco Garrido, quienes impulsaron este trabajo al permitirnos revisar sus colecciones.

⁹ Los primeros estudios sobre la Colección Aníbal Echeverría y Reyes se realizaron en el marco del proyecto ANID-FONDECYT N°. 1190263.

CATÁLOGO DE SUS COLECCIONES

TEXTILES DEL NORTE DE CHILE EN LA COLECCIÓN ECHEVERRÍA
Y REYES DEL MUSEO ETNOGRÁFICO JUAN B. AMBROSETTI Y
DEL INSTITUTO INTERDISCIPLINARIO DE TILCARA DE LA
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES¹

Isabel Iriarte y Susana Renard

En 1916 ingresa al Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires una colección arqueológica procedente del norte de Chile. Esta incorporación corresponde a una compra que se le hizo al señor Aníbal Echeverría y Reyes², de Antofagasta, documentada mediante correspondencia que va de 1912 a 1915. Estas cartas actualmente se encuentran en el archivo de la institución (ver sección de correspondencias al final de este libro).

Para esta colección el catálogo del museo registra el ingreso —procedente genéricamente de San Pedro de Atacama— de 426 objetos, entre textiles, calabazas, cestería, madera, hueso, cuero, caracoles, cerámica, metal y piedra, sin especificar el lugar de hallazgo de cada una de las piezas. En la versión de 1998 se dio a conocer exclusivamente el material textil mediante breves descripciones de los especímenes de la colección conservados en el Museo Etnográfico. En esta ocasión se incorporan otras 14 piezas textiles de la misma colección, que desde 1968 integran el patrimonio del Instituto Interdisciplinario de Tilcara. Estas últimas piezas, que pertenecieron originariamente al Museo Etnográfico, fueron cedidas al Museo Arqueológico Doctor Eduardo Casanova de Tilcara, en la provincia de Jujuy, con motivo de su creación, con lo que se desmembró una colección que ingresó como una unidad a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Se agrega, además, un unku azul del Museo Etnográfico, identificado presuntamente como parte de la Colección Echeverría y Reyes.

¹ Versión extendida y actualizada de Iriarte y Renard (1998).

² En el N.º. 3, 1966, de la revista *Ancora* se publicó un trabajo del doctor Aníbal Echeverría y Reyes, “La Lengua Atacameña”. En una nota se lo describe como “un prestigioso abogado que vivió por muchos años en Antofagasta a comienzos de este siglo”. Se destacan también sus numerosas contribuciones al estudio de temas regionales.

La heterogeneidad de las piezas y la presencia de dos tejidos etnográficos sugieren que el coleccionista reunió ejemplares de procedencias diversas. La comparación de algunos textiles de esta colección con otros semejantes que han sido ilustrados en publicaciones nos permitió sugerir su cronología y procedencia solo en algunos casos.

DOCUMENTACIÓN

La documentación contenida en el legajo de la colección Echeverría y Reyes (Legajo No. 74) consta de once cartas: una del cónsul argentino, Sr. Bossi, al decano de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; seis de Echeverría y Reyes a Ambrosetti; dos de Echeverría y Reyes al cónsul argentino, Sr. Casal, y dos del cónsul argentino, Sr. Casal, a Ambrosetti. El legajo no incluye ninguna de las respuestas de este último (ver sección de correspondencias).

Los primeros contactos que incluyen las cartas se refieren al obsequio que hace Echeverría y Reyes al Museo Etnográfico de dos momias, en 1912. Se tiene constancia de que la primera llegó a Buenos Aires, ya que fue ilustrada en la Memoria del Museo de 1912, y Echeverría y Reyes comenta que vio la ilustración (Ambrosetti, 1912, p. 30). En cambio, de la otra solo se sabe que fue enviada vía Montevideo, y que Echeverría y Reyes está preocupado por su posible extravío. No hay más referencias que permitan saber su destino final.

La primera mención a la colección que nos ocupa data de 1915. La carta del 2 de diciembre de ese año, escrita por de Echeverría y Reyes al cónsul, acompaña la entrega de los tres cajones con la colección vendida al museo en “mil trescientos ochenta nacionales argentinos” (ver sección de correspondencias, p. 227). Respecto de la procedencia de las piezas vendidas, declara: “Esta colección arqueológica la he recogido en la Quebrada de Chunchuri cerca de Calama; los objetos menudos, en San Pedro de Atacama la alfarería, tejidos y piezas grandes, en los jentilares hoy agotados de esos puntos”. En la misma carta ofrece en venta una segunda colección “de los jentilares de Chunchuri, Chiu-Chiu i ribera del Loa, es decir en los alrededores de Calama”.

En las siguientes cartas se sigue hablando de esta oferta, se adjunta una lista de su contenido y se fija un precio. Se aclara que algunas de las piezas ya han sido ilustradas en varias publicaciones.

En la última carta que figura en el legajo dirigida por Echeverría y Reyes a Ambrosetti, se insiste en la oferta y se advierte sobre la posibilidad de que se cree una ley para prohibir la exportación de antigüedades etnográficas y arqueológicas.

Lamentablemente, en el legajo no hay un listado original de las piezas que integran la colección al momento de la compra. La única referencia son las entradas correspondientes del Catálogo del Museo, que van del N°. 22298 al N°. 22724.

EXTRACTOS DE LA CORRESPONDENCIA

1) 12 de enero de 1912

Carta del Sr. Horacio Bossi Cáceres, cónsul argentino (¿en Antofagasta?), al Sr. decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Bs. As.

Anuncia que ha remitido al decano un cajón con una momia que ha recibido “del Doctor Aníbal Echeverría Reyes, con el especial encargo de enviarla a esa Facultad, destinándola a su Museo Etnográfico”. Transcribe luego una carta dirigida por Echeverría y Reyes al Consulado, en la que habla de la momia:

... momia extraída en el antiqúísimo cementerio indígena que hay a menos de dos leguas al Oriente de San Pedro de Atacama. El cadáver se encontró enterrado verticalmente, envuelto en paja solamente, con el casquete que lleva en la cabeza y seis utensilios en alrededor. Luego me daré el gusto de remitirle otro ejemplar que aún no recibí.

2) 27 de febrero de 1912

Carta de Aníbal Echeverría y Reyes al Dr. Juan B. Ambrosetti, fechada en Antofagasta (ver sección de correspondencias, p. 218). Hace referencia a que a fines del año anterior entregó una momia al cónsul y espera que haya llegado a su poder. El resto de la carta es para pedirle publicaciones.

3) 23 de agosto de 1912

Carta de Aníbal Echeverría y Reyes al Dr. Juan B. Ambrosetti, fechada en Antofagasta (ver sección de correspondencias, p. 220). Hace referencia al viaje al Congreso de Londres que Ambrosetti acababa de realizar. Luego cuenta:

El Dr. Uhle, que servía el cargo de Director del Museo de Lima, lo tenemos ahora de Jefe de la Sección Etnográfica i Arqueológica de la Universidad, en Santiago, i ha venido por estas tierras en exploración, con tan buen resultado, que se ha encontrado una verdadera mina en el lugar denominado Chunchurí, cerca de Calama, de donde ha estraído como 800 objetos de plata, metal, madera etc, de esquisito gusto.

Vuelve a pedirle publicaciones, ya que solo ha recibido la *Memoria del Museo Etnográfico*, “en la que figura la momia que me di el placer de enviarle. Acabo de entregar otro espléndido ejemplar al Sr. Vice-Cónsul, que lo hará llegar a sus manos”.

4) 21 de diciembre de 1912

Carta de Aníbal Echeverría y Reyes a Juan B. Ambrosetti, fechada en Antofagasta (ver sección de correspondencias, p. 221). Acusa recibo de la carta de Ambrosetti, del mes anterior. Se refiere a otra momia que ha entregado para el Museo Etnográfico: “Vi al Sr. Cónsul i ha quedado de hacer llegar a su poder la momia que me di el placer de obsequiar al Museo de su digno cargo. Insistiré en la remisión”.

5) 19 de marzo de 1912

Carta de Aníbal Echeverría y Reyes a Juan B. Ambrosetti, fechada en Antofagasta (ver sección de correspondencias, p. 219). Se lamenta de la falta de respuesta de Ambrosetti, a pesar de las cartas y postales que le ha mandado. Hace referencia al envío de una momia. Parecería ser la segunda, de la que se hablaba en las cartas del 23 de agosto y del 21 de diciembre de 1912. “Con su Cónsul, Dr. Bossi, le envié una momia de San Pedro de Atacama i tengo tres más comprometidas para usted”.

6) 27 de junio de 1913

Carta de Aníbal Echeverría y Reyes a Juan B. Ambrosetti, fechada en Antofagasta. Se refiere a la “segunda momia” que ha sido enviada vía Montevideo y teme que se pierda.

... por una casualidad, acabo de saber que, hace tiempo, el Vice Consulado argentino envió la segunda momia que he tenido el agrado de remitir

a ese Museo, i la remitió destinada a la oficina de los Transportes Unidos, en Montevideo, donde debe estar. Sentiría que se pierda ese ejemplar por ser muy bueno, según lo verá Ud. Ojalá que lo reclame; es lástima que nada le hayan avisado a ud, siendo que al entregarla, hace cerca de un año, di todas sus indicaciones.

7) 2 de diciembre de 1915

Carta de Aníbal Echeverría y Reyes al Sr. cónsul argentino en Antofagasta, Sr. Casal, fechada en Antofagasta (ver sección de correspondencias, p. 219). Esta carta acompaña la entrega de los cajones con la colección que había vendido al museo el 20 de noviembre.

... entrego a Ud tres cajones cerrados i retobados que contienen todo lo que vendí el 20 del pasado, al Museo de la Facultad de Filosofía i Letras de Buenos Aires, en mil trescientos ochenta nacionales argentinos, por intermedio del Dr. Ambrosetti.

Esta colección arqueológica la he recogido en la Quebrada de Chunchuri cerca de Calama; los objetos menudos, en San Pedro de Atacama la alfarería, tejidos y piezas grandes, en los jentilares hoi agotados de esos puntos.

... el interés principal de estos materiales consiste en su comparación con especies similares, de Salta i de Jujui, para establecer el dominio que en este Litoral tuvo la raza Calchaquí, acerca de lo que tengo la mas íntima convicción.

En párrafos posteriores habla de una colección que aparentemente no es la que ya vendió al museo, sino otra que quiere ofrecer en venta:

Voi a formar una lista de muchos ejemplares que poseo en madera, como ídolos, jarros, vasos, campanillas, tabletas, cajitas y tubos para colores, escarificadores, platos, espátulas, estuches, husos, torteras, frenos de llamas, cucharas, amazon de corazas etc. i la remitiré a ese Museo, por digno conducto de Ud, por si le interesase su adquisición. Todo esto lo he sacado de los jentilares de Chunchuri, Chiu-Chiu i ribera del Loa, es decir en los alrededores de Calama.

8) 4 de diciembre de 1915

Carta del cónsul Casal al Dr. Juan B. Ambrosetti, fechada en Antofagasta (ver sección de correspondencias, p. 222). Se la manda a Washington, donde está Ambrosetti en ese momento. Es una nota a la que le adjunta copia de la carta de Echeverría Reyes a Casal del 2 de diciembre y que acompañaba la entrega de la colección.

9) 9 de diciembre de 1915

Carta de Echeverría y Reyes al cónsul argentino, Sr. Casal, fechada en Antofagasta (ver sección de correspondencias, p. 229-231). Le envía una lista de 260 objetos que constituyen la colección que ofrece al museo: “Lo entrego en la suma de £ 250, oro, bien embalado i retobado, puesto en mi casa, Condell 813”. La lista discrimina por tipo de objetos: tabletas, escarificadores, platos, vasos, etc. “... piezas de madera i hueso, recojido por mi en los jentilares de Chunchuri, Chiu-Chiu, i ribera del Loa, lugares todos, cercanos a la ciudad de Calama”. Compara esas piezas con otras análogas aparecidas en publicaciones de Ambrosetti, de Debenedetti, y de Lehman-Nistche, y dice que se ve que pertenecen a una misma civilización: “En el tomo 2º de la obra de Antiquités, de la Rejion Andine de la République Arjentine, et du Desert d Atacama, 1908 del doctor Boman, pueden verse varios de los objetos que forman parte de mi colección”.

Agrega que:

Para poder formarse una idea de esta colección, mui escojida, me refiero a la pajina 454 del tomo 8º de La Revista Chilena de Historia i Jeografia, en la que sale un articulo del Doctor Don Max Uhle, con ilustraciones de algunas de mis tabletas. (...) Aguardo la pronta resolución acerca de mi oferta, pues tengo desde el extranjero, pedido pendientes de estos objetos, pero no quiero deshacerme de ellos, sino en un solo lote.

10) 22 de mayo de 1916

Carta dirigida por el cónsul Casal a Ambrosetti, fechada en Antofagasta (ver sección de correspondencias, p. 223). Le remite copia de la propuesta de venta hecha por el doctor Echeverría y Reyes, ya que le había enviado una copia a Washington, pero Ambrosetti no la había recibido.


11) 12 de junio de 1916

Carta de Echeverría y Reyes a Ambrosetti, fechada en Antofagasta (ver sección de correspondencias, p. 224). Le aclara la procedencia de unos tembetás: “Los saqué yo mismo de un jentilar mui cerca de la laguna de Chiu-Chiu, en el interior de esta provincia”. Vuelve a referirse a la oferta que le ha hecho de venta de una colección: “Espero su pronta resolución, tanto por tener pendiente una propuesta del Dr Pastor de Barcelona, como porque temo se dicte luego una lei prohibiendo la exportación de objetos etnográficos u arqueológicos”.

CATÁLOGO DE PIEZAS DE LA COLECCIÓN

Se incluyen en esta descripción todas las piezas (setenta y cinco) que se han podido localizar en los depósitos del Museo Etnográfico. También se incluyen descripciones de los catorce ítems y una momia de la colección Echeverría y Reyes que actualmente se encuentran en el Instituto Interdisciplinario de Tilcara. Hemos accedido a ellos gracias al extraordinario aporte de la licenciada Clarisa Otero, arqueóloga que se desempeña en el Museo de Tilcara, quien colaboró con las fotografías e información sobre las piezas textiles de ese repositorio, que le solicitáramos.


Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti (ME)

Objeto: gorro rígido acupulado	Código: 22608	Figura 1
Medidas: diámetro de la base: 21,5 cm / altura: 18,5 cm / escotadura en el frente: 12 cm x 2 cm / ancho varillas: la más ancha: 2,4 cm / círculo central de comienzo: 8 mm / ancho de la espiral: 5-7 mm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: fibras vegetales y camélido		
Conservación: buena		
Detalle: gorro cónico con estructura de varillas, rígido y acupulado, comúnmente descrito como “casco” (Figura 1). Su aspecto es de confección poco prolija. El perímetro circular está algo deformado. La estructura consiste en un armazón de doce varillas: dos de recorrido		

completo y el resto más cortas. Sobre esa armazón, un haz de fibras vegetales recubierto por embarrilado de hilos de camélido color ocre va realizando un recorrido en espiral. Cada vez que cruza alguna de las varillas, es sujetado a las mismas por un hilo marrón independiente que en la cara exterior se acusa como líneas de puntadas verticales, y en la interior, horizontales. El gorro presenta en el frente una escotadura rectangular que se ha logrado haciendo volver sobre sí mismo al haz embarrilado. En ambos laterales hay un diseño de dos rectángulos concéntricos, el exterior azul y el interior rosa. El embarrilado azul y el rosa recubren un embarrilado previo color ocre. Posiblemente el embarrilado ocre se preparó antes de dar forma al gorro. Sobre uno de los laterales, dos hilos blancos, uno en el centro de uno de los rectángulos y otro llegando casi a la cúspide, pudieron haber sujetado algún aditamento.

Referencias: gorros semejantes a este se encuentran en el Periodo Medio, Fase Cabuza (Museo Chileno de Arte Precolombino, 1985, p. 67) y en el Periodo Intermedio Tardío, Pica-Tarapacá (Berenguer, 1993b, pp. 45, 47).


Objeto: gorro tronco-cónico de fibra vegetal	Código: 22640
Medidas: diámetro del disco: 12,5 cm / diámetro de la base: 17 cm / altura: 7 cm	
Hilado: Z/S; los cordones de sujeción, Z/S/Z	
Materia prima: haces vegetales, hilos de algodón y de camélido	
Conservación: buena, la tapa está casi suelta	
Detalle: confeccionado en técnica cestera en espiral, de haces vegetales sin recubrir, sujetos con puntadas espaciadas de hilos amarillos de camélido. Al disco superior lo cruzan dos cuartas cañas sujetas en el centro con hilos de algodón. La tapa está sujeta al cuerpo solo en un punto con un hilo amarillo, y es imposible determinar cuál de sus caras iba hacia afuera. Sobre los laterales, cordoncitos de lana marrón para sujeción.	

Objeto: gorro tipo boina con pelo	Código: 22641	Figura 2
Medidas: diámetro de la tapa: 14,5 cm / diámetro de la base / 17,5 cm / altura: 7 cm		
Hilado: S/Z		
Materia prima: camélido		
Conservación: buena		
Detalle: gorro de cuerpo cilíndrico con guarda geométrica y tapa circular plana bicolor, con pelo corto (Figura 2). Está realizado en punto de enlace simple con sujeción de hilos de lana en todas las hileras para formar el pelo. La tapa es de dos colores formando semicírculos, uno marrón y otro azul. La guarda del cuerpo presenta dos motivos distintos, uno de cruces concéntricos escalonados, y el otro con rombo central de bordes aserrados y volutas rectilíneas completando las esquinas. Estos se repiten, alternadamente, cuatro, veces cada uno,		


combinando azul, marrón, rojo, ocre y blanco. El tercio inferior del cuerpo lleva una banda lisa dividida en dos sectores que repiten invertidos los colores de la tapa. El cuerpo disminuye su diámetro en el último medio centímetro anterior al borde, quizás debido al ajuste producido por el bordado en *cross-knit loop stitch* que lo cubre. El máximo diámetro no está en el límite de la tapa, ya que el área bicolor tiene un diámetro de 14,5 cm y el diámetro máximo es de 17,5 cm y se lo alcanza en el tercio superior del cuerpo. En el cuerpo se detecta un ensanchamiento que hace que las unidades de diseño midan 5,5 cm en el borde superior y 6,6 cm en el inferior. La cantidad de puntos en el borde superior es de 26 contra 29 en el inferior.


Es difícil determinar si está hecho de una sola pieza. Hay una línea vertical en el cuerpo que podría corresponder a una costura: un leve desfasaje en el límite inferior de la unidad de diseño, también una diferencia en la altura del pelo y un borde irregular en la cara interna. Sobre esa línea hay tres presillas situadas una sobre la otra, formadas por un único hilo marrón oscuro que se anuda consigo mismo. Tal vez su función fuera sujetar algún aditamento que pasara verticalmente por ellas. A ambos lados de las presillas, a una distancia de 90°, se observan cordones marrones que actualmente están incompletos, que pudieron haber servido para sujeción. Este gorro sobresale por la intensidad de sus colores y la perfección de su realización. Además, resulta extraordinaria la densidad de pelo que se ha logrado, que da lugar a una textura afelpada sumamente suave.


Referencias: en el libro *Tesoros de San Pedro de Atacama*, del Museo Chileno de Arte Precolombino (1988, p. 67), se ilustra un gorro muy similar a este de la Cultura San Pedro, 300-1000 d.C.


Objeto: gorro tipo fez	Código: 22642	Figura 3. N ^{os} . 22642 / 22643 / 22644 / 22646
Medidas: diámetro del disco: 11 cm / diámetro de la base: 17 cm / altura: 10,8 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: camélido		
Conservación: buena, desgastado por el uso		
<p>Detalle: gorro rígido tronco-cónico con parte superior plana y cuerpo con diámetro inferior mayor que el superior (Figura 3). Para su construcción, un haz de gruesos hilos de camélido ha sido recubierto completamente por puntadas anilladas realizadas en hilados finos y de colores que van definiendo un recorrido en espiral desde el centro de la tapa hasta el borde inferior del gorro. Esta técnica se conoce en cestería como “técnica de aduja” (Hoces de la Guardia y Brugnoli, 1993, p. 90). En el cuerpo presenta diez triángulos bicolors escalonados con ganchos en su interior (cinco con la base hacia arriba y cinco con la base hacia abajo). Los colores son azul, ocre, rojo, verde y blanco. Los triángulos están separados por diagonales escalonadas blancas. El disco superior es marrón oscuro. En la</p>		

línea que separa el disco del cuerpo se observa un anillo de flecos dirigidos hacia afuera, sujeto con puntadas. De este anillo quedan actualmente solo dos tercios. Estos flecos recuerdan al círculo de flecos N°. 22645 (ver más abajo).


Objeto: gorro tipo fez	Código: 22643	Figura 3. N ^{os} . 22642 / 22643 / 22644 / 22646
Medidas: diámetro del disco: 11 cm / diámetro de la base: 17 cm / altura: 11,5 cm		
Hilado: todos los hilos son hilado Z, plegado S, salvo el rojo, que es hilado S/Z		
Materia prima: camélido		
Conservación: buena, desgastado por el uso		
Detalle: el diseño, los colores y la estructura son iguales a los del N°. 22642. Conserva un par de cordones para sujeción de color marrón oscuro (Figura 3).		

Objeto: gorro tipo fez	Código: 22644	Figura 3. N ^{os} . 22642 / 22643 / 22644 / 22646
Medidas: diámetro del disco: 11 cm / diámetro de la base: 16 cm / altura: 8 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: camélido		
Conservación: muy buena		
Detalle: El diseño del cuerpo es igual al del N°. 22642 (Figura 3). Los colores son marrón oscuro, marrón rojizo, beige, gris y blanco. El disco superior presenta un centro marrón oscuro (de 7 cm de diámetro) rodeado de un área marrón claro (de 3 cm de ancho). Todos los colores corresponden a tonos naturales de la fibra. Está realizado con la misma técnica que los otros gorros fez de esta colección. Es interesante destacar que este gorro está inconcluso, lo que se deduce de que en el último de los espirales del cuerpo se observa el extremo del haz interno, que es de pelos, sin recubrir aún con los hilos que van uniendo los espirales, y de que para completar el diseño faltarían tres vueltas de espiral. Corroboración esta idea la altura menor (8 cm) de este gorro, contra la de 10 a 11,5 cm de los restantes gorros de esta colección.		

Objeto: gorro tipo fez	Código: 22646	Figura 3. N ^{os} . 22642 / 22643 / 22644 / 22646
Medidas: diámetro del disco: 10,9 cm / diámetro inferior: 17,5 cm / altura: 11 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: camélido		
Conservación: muy buena, plumas deterioradas		
<p>Detalle: el diseño es el mismo que el de N^o. 22642 (Figura 3). En el disco tiene un penacho de plumas rosadas y de plumas grandes grisáceas muy deteriorado. Las plumas se fijaron mediante el embarrilado de los cálamos a cordeles de fibra vegetal rígida mezclada con pelos. Los extremos de los cordeles, luego de ingresar por el agujero central del disco, están trabados en la cara interna con una espina de cardón. A ambos lados, en el borde inferior, sujeto a la última espiral, que es de color verde, se observa un ojal recubierto con embarrilado del mismo tono, que posiblemente servía para atar cordones de sujeción.</p>		
<p>Referencias: si bien los gorros tipo fez ya se dan en el Periodo Intermedio Tardío en el norte de Chile, los que llevan diseño de triángulos y ganchos son característicos del Periodo Inca (Berenguer, 1993a, p. 59).</p>		

Objeto: unku azul con pompones y plumas	Código: 22615	Figura 4
Medidas: largo máximo 90 cm / ancho máximo: 80 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: camélido		
Conservación: buena; roturas en los extremos de la abertura de cabeza; pérdida parcial de plumas		
<p>Detalle: hecho de una sola pieza doblada sobre sí misma y cosida sobre los laterales (Figura 4). Abertura para la cabeza obtenida por tramas discontinuas. El cuerpo es azul realizado en faz de urdimbre y solo lleva decoración sobre ambos orillos de trama en un sector que no excede el 10 % del ancho total. Esta consiste en tres guardas en urdimbres</p>		

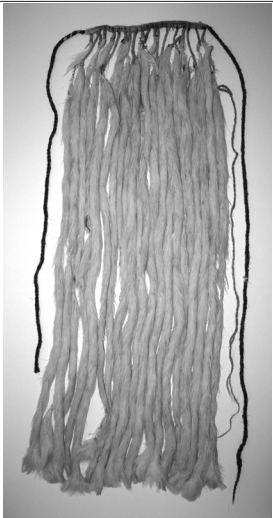
complementarias formando "S" blancas, alternadas con rayas anchas rojas y azules, y grupos de rayas angostas rojas, azules y verdes. Una peculiaridad de esta túnica es que la secuencia de grupos de rayas angostas, guardas y rayas anchas se repite a ambos lados de la pieza en el mismo orden y no en espejo, como cabría suponer. La trama utilizada en toda la pieza es de color marrón algo rojizo. A cada lado de la abertura central, sobre la línea del hombro, se ha fijado un pompón rojo de aproximadamente 8 cm de diámetro, y dos grupos de plumas blancas. Los pompones están, uno a 4 cm de la abertura y el otro a 2,5 cm, y las plumas, de un lado a 10 cm y a 14 cm, y del otro, a 9 cm y a 12,5 cm. Las costuras laterales están realizadas en puntada de ocho, con hilos pareados, uno verde y el otro azul. Hay un refuerzo horizontal en el extremo inferior de las aberturas de brazos, consistente en una línea de puntadas azules. No presenta bordados de terminación ni en las aberturas de cabeza y brazos ni en el ruedo. Tampoco hay refuerzos en los extremos de la abertura de cabeza. Las plumas recuerdan a las de los colgantes de la pieza N°. 22626.

Objeto: unku azul	Código: 23528	Figura 5
Medidas: largo máximo: 90 cm / ancho máximo 80 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: camélido		
Conservación: muy deteriorada, con evidencia de uso intensivo		
<p>Detalle: presenta roturas por desgaste en ambas caras, parte de las cuales han sido reparadas con inserciones de hilos de distintos grosores y en varios tonos de azul, paralelos a las urdimbres. Faltan algunos tramos de las costuras laterales. En la línea de los hombros, a ambos lados de la abertura central, presenta huecos que parecen el resultado de que se hubieran arrancado elementos que estaban fijados allí. Es probable que se tratara de pompones y/o de plumas similares a los del unku N°. 22618. Muy decolorado, especialmente alrededor de la abertura de cabeza. En el catálogo del Museo Etnográfico figura bajo el N°. 22593 y fue ingresado como perteneciente a esta colección un "camisón azul con guarda de color" (Figura 5). En 1981 se hizo constar en el mismo catálogo que se le daba la baja, sin especificar las razones. Con posterioridad a la publicación de este artículo se encontró en el depósito del Museo Etnográfico un unku azul que había perdido su número original. Dada su enorme similitud con el unku N°. 22618, y la coincidencia con la descripción del catálogo suponemos</p>		

que se trata del “camisón azul” N°. 22593, dado por perdido en 1981. El N°. 23528 identifica a esta pieza con la nueva numeración del museo. El tamaño, el armado, las estructuras textiles y la decoración de esta túnica coinciden en todo con lo descrito para el unku N°. 22618. Solo se registran diferencias en la trama, que en este caso es de hilo moliné en dos tonos de marrón, y en las terminaciones de aberturas y ruedo, ausentes en el caso anterior, y que en este consisten en puntada envolvente realizada en hilo de camélido teñido de rojo.

Objeto: bolsa faja	Código: 22619	Figura 6. Bolsas fajas N°. 22619 (ME) y N°. 134 (IIT)
Medidas: largo: 61 cm / ancho: 31 cm / ancho de la boca: 13,5 cm		
Hilado: Z/S. El cordón marrón está formado por tres cabos, cada uno hilado Z y plegado S; el replgado final de los tres es en Z		
Materia prima: camélido		
Conservación: muy buena		
<p>Detalle: faja ancha con abertura superior a modo de bolsa, con la urdimbre horizontal (Figura 6). Formada por una pieza doblada sobre sí misma y cosida sobre los orillos de urdimbre. Los orillos de trama han sido cosidos parcialmente para formar la abertura central. El paño es un cuadrado con dos sectores de urdimbre bien diferenciados correspondientes a la cara anterior y a la posterior. En la cara anterior, tres guardas en urdimbres complementarias presentan motivos geométricos en blanco sobre fondo de rayas en rosa, azul y ocre, intercaladas con bandas anchas rosas y azules. Cada una de las tres guardas con motivos presenta áreas terminales sobre ambos orillos de urdimbre. El sector correspondiente a la cara posterior es beige oscuro atravesado por tres pares de finas rayas de urdimbre en marrón oscuro. Un bordado en <i>cross-knit loop stitch</i> en azul y marrón claro cubre los laterales y el borde superior. En este último toma ambas capas, salvo en el sector de la boca, que solo está bordado en su cara anterior. En los ángulos superiores hay cordones marrones. Sobre un lateral hay dos puntos desgarrados. Pudieron haber correspondido a la fijación de un cordón.</p>		
<p>Referencias: según Liliana Ulloa (1985, p. 22), en el norte de Chile la bolsa faja se usó desde la Fase Cabuza del Periodo Medio hasta el Periodo de Desarrollo Regional y desaparece en el Periodo Inca.</p>		


Objeto: taparrabos trapezoidal	Código: 22621
Medidas: largo: 57 cm / ancho: de 36 cm a 44,5 cm	
Hilado: Z/S	
Materia prima: camélido	
Conservación: buena, algunas roturas	
<p>Detalle: panel trapezoidal beige de faz de urdimbre con rayas sobre los orillos laterales azules y rojas. La variación en el ancho parece haber sido obtenida mediante el agregado de urdimbres, ya que se detectan cinco líneas que nacen sobre el orillo de urdimbre más ancho, a intervalos disparejos en los que se ven urdimbres pareadas. Las líneas se van perdiendo a distintas alturas.</p>	
<p>Referencias: según Liliana Ulloa (1985, p. 20), en el norte de Chile el taparrabos trapezoidal comienza a usarse en el periodo de influencia Tiahuanaco. En la misma publicación (Ulloa 1985, p. 84, No. 004) se ilustra un taparrabos del Periodo de Desarrollo Regional muy similar a este.</p>	


Objeto: cordón con colgantes de plumas	Código: 22626	Figura 7
Medidas: Cordón: largo: 169 cm / sector con colgantes: 20 cm ubicados a 64 cm de un extremo y a 85 del otro / diámetro del cordón: 5 mm; colgantes: largo: 77 cm / diámetro: 1,7 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: cordón: camélido; colgantes: camélido y plumas blancas		
Conservación: buena, no conserva los extremos originales		
<p>Detalle: cordón horizontal que “enhebra” los lazos terminales de los colgantes verticales (Figura 7). Todo el sector de fijación de los colgantes se ha cubierto con <i>cross-knit loop stitch</i> para mantenerlos en su lugar a intervalos que van de 5 a 7 mm. Cada colgante fue armado</p>		


en forma independiente. El núcleo consiste en un cordón, que en algunos casos es de tres cabos y en otros de dos, algunos con plegado final en Z y otros en S. La mayoría de los núcleos presentan hilos en tonos de marrón y en algunos hay hilos azules. Las plumas se sujetan al cordón enrollando el cálamo en vueltas muy apretadas y casi horizontales, de inclinación Z, y en forma densa, quedando en parte aprisionadas las barbas por las vueltas de los cálamos. Se podría pensar que al momento de enrollarlos los cálamos estaban más flexibles, quizá por haber sido humedecidos. Del orden de superposición de las plumas se deduce que el recubrimiento del cordón comenzó desde el extremo inferior. Hay una intención evidente de que todos los colgantes tengan el mismo largo y el mismo grosor, salvo los últimos 5 cm inferiores, donde todos están engrosados con una mayor cantidad de plumas. El mayor grosor también se debe a que al llegar a la punta el cordón que hace de núcleo se dobla sobre sí mismo por un trecho. Se observa un corte horizontal de las plumas del extremo inferior en dos de los colgantes; los restantes están desgastados. En cuanto al extremo superior, el cordón ha sido doblado para formar un lazo y se ha recubierto la base del lazo con embarrilado para sujetar su punta. Conserva 17 colgantes, de los cuales dos nacen de un mismo embarrilado. A su vez, a un embarrilado le falta el colgante de plumas. Además, hay cuatro colgantes sueltos que posiblemente pertenecieron a la misma pieza. Dos son del mismo largo que los que están sujetos, y dos son más cortos, quizá por rotura.

Objeto: cordón con colgantes de plumas con dos áreas de color	Código: 22627
<p>Detalle: dos fragmentos de cordón horizontal, uno con cuatro colgantes sujetos y otro con doce. Además, hay 14 colgantes sueltos del mismo largo que los sujetos, y otros dos más cortos. Las diferencias con el N°. 22626 son las siguientes:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Los colgantes presentan dos áreas de color ocre, de 5 cm, que se ubican regularmente en el extremo inferior, y luego de 21 cm a partir del extremo inferior. Es dudoso si el color es original de las plumas o si responde a alguna forma de teñido, ya que sobre todo en los raquis tiene una apariencia de película superficial. - El largo promedio es menor que el de los anteriores: 72 cm. Las demás características son muy similares en las dos piezas. <p>Es posible que las piezas N°. 22626 y 22627 hayan formado parte de un mismo objeto. Su uso pudo haber sido como tocado o peluca, enrollando el cordón horizontal a la altura de la frente. Las dos piezas irían superpuestas, ubicándose por arriba la más corta, que es la que tiene áreas de color. Otra posibilidad es que hayan sido usadas como faldellín o taparrabos.</p>	

Objeto: Aguayo	Código: 22617
Medidas: largo: 96 cm / ancho: 86 cm	
Hilado: Z/S	
Materia prima: camélido	
Conservación: bueno, muy sucio	
<p>Detalle: formado por dos paños iguales unidos con costura central. Campo rosa y guardas con ganchos y s en urdimbres complementarias combinadas con rayas azules, rosas y verdes. Bandas en verde azulado sobre los orillos de trama. Parecería tratarse de una pieza etno-gráfica.</p>	


Objeto: pompones rojos	Código: 22630 /22631	Figura 8. N ^{os} . 22630 / 22645 / 22582
Medidas: 8 cm x 3,5 c		
Hilado: camélido		
Materia prima: Z/S		
Conservación: buena		
<p>Detalle: manojo grueso de hilos rojos cortados en sus extremos y sujetos fuertemente en un sector de 2 cm, hacia el medio, con una lana marrón oscuro (Figura 8). Por encima, se ha enrollado un hilo blanco en forma más suelta. Podrían ser pompones aún sin abrir, similares a los que lleva el unku N^o. 22615, ya que el ancho es muy parecido y la estructura y el hilado también.</p>		

Objeto: círculo de flecos	Código: 22645	Figura 8. N ^{os} . 22630 / 22645 / 22582
Medidas: diámetro exterior: 11 cm / diámetro interior: 4,5 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: camélido		
Conservación: muy buena		
<p>Detalle: círculo de flecos con sectores de diferentes colores, en la secuencia rojo ancho, amarillo, azul y amarillo angostos; rojo ancho (Figura 8). Los grupos de flecos se fijaron mediante puntadas a un cordón cuyos extremos están unidos formando un anillo.</p> <p>Con este mismo número se incluye en la Colección Echeverría y Reyes un gorro cónico, actualmente en el Museo de Tilcara (ver más abajo), descrito en el catálogo como "sombbrero cónico de lana con plumas (flecos)". Esta descripción y el hecho de haberle dado la misma numeración a dos ítems independientes sugiere que estos flecos habrían pertenecido a dicho gorro. Otro gorro tronco-cónico tipo fez, el N^o. 22642, tiene en el borde, entre el disco y el cuerpo, restos de un anillo de flecos muy similar a este.</p>		


Objeto: cordel con fleco corto rojo	Código: 22582	Figura 8. N ^{os} . 22630 / 22645 / 22582
Medidas: 222 cm / largo flecos: 3 cm		
Hilado: fleco: S/Z / cordel: S/6Z / hilo marrón: S/Z / hilo azul: Z/S		
Materia prima: camélido		
Conservación: buena		

Detalle: cordel con flecos rojos, unidos ambos extremos con un hilo azul (Figura 8). El cordel está recubierto con mechones de lana hilada que se pliegan sobre sí mismos y están sujetos con hilo marrón. Este envuelve cada mechón y lo ajusta al cordel de base.

Referencias: en el Museo de San Pedro de Atacama tuvimos la oportunidad de ver un tocado procedente de Quitor 6 (Nº. 2532) formado por un anillo de fibra vegetal al que se había fijado un cordel con flecos rojos muy similar a este.

Objeto: cinta teñida por amarras	Código: 22584	Figura 9. Nº. 22584 (ME) y Nº. 150 (IIT)
Medidas: largo del ovillo: 16 cm / ancho del ovillo: 6 cm		
Hilado: Z / 2S / 3Z		
Materia prima: camélido		
Conservación: muy buena		
<p>Detalle: cinta plana de 0,6 cm de ancho fabricada a base de tres cordones unidos transversalmente por puntadas cada 2,5 cm (Figura 9). El teñido por amarre fue realizado con posterioridad al armado de la cinta en marrón oscuro sobre fondo natural. Fue originariamente ovillada sobre una cañita.</p>		

Objeto: círculo de fibra vegetal	Código: 22408
Medidas: 25,5 cm x 12,5 cm	
Hilado: 3Z/S	
Materia prima: fibra vegetal	
Conservación: buena	
<p>Detalle: Parece ser el armazón de un tocado sobre el que se sujetarían piel o flecos.</p>	

Objeto: bolsa	Código: 22618	Figura 10
Medidas: 18,5 cm x 24,5 cm / tira: 72 cm x 3 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: camélido		
Conservación: excelente		
<p>Detalle: formada por una pieza doblada sobre sí misma y cosida en los laterales (Figura 10). Sobre la costura lateral tiene un bordado de terminación en <i>cross-knit loop stitch</i> de bloques rojos, azules y verdes con grupos de rayas en amarillo, rojo, verde y azul. Sobre la boca, puntadas envolventes en rojo. El cuerpo de la bolsa tiene tres guardas en urdimbres complementarias formando motivos de hexágonos y ojos en amarillo y verde, y en amarillo y rojo, separadas por bandas lisas rojas y azules. La faja de suspensión, en tela doble con trama continua, lleva motivos de rombos y triángulos en azul, ocre, rojo y verde.</p>		
<p>Referencias: una bolsa casi idéntica, pero con una tira de suspensión diferente, es ilustrada por Cahlander y Baizerman (1985, lám. 10), y se la ubica en el Horizonte Tardío. El bordado de terminación sobre laterales es igual al que llevan los unkus inka.</p>		

Objeto: bolsa alargada con rayas y peinecilla	Código: 22579
Medidas: 28 cm x 19 cm	
Hilado: Z/S	
Materia prima: camélido	
Conservación: buena, algunas roturas	
<p>Detalle: formada por un paño doblado sobre sí mismo y cosido en los laterales. Rayas de urdimbre y peinecilla en ocre verdoso, blanco, negro, rojo, amarillo y morado. Dos sectores de bordado en la boca en <i>cross-knit loop stitch</i>, en rojo y azul, con los colores invertidos de un labio al otro. Puntada envolvente sobre las costuras laterales, la mitad inferior en azul y la superior en rojo.</p>	

Objeto: dos bolsas unidas por tiras de cuero	Código: 22576
Medidas: (c/u) largo 25 cm / ancho 29 cm / tiras de cuero: 35 cm	
Hilado: Z/S	
Materia prima: camélido y cuero	
Conservación: muy buena	
Detalle: las dos bolsas son iguales entre sí. Están formadas por un paño doblado sobre sí mismo y cosido sobre los laterales. Tres guardas de urdimbres complementarias separadas por rayas anchas en rojo y verde. En las guardas, motivos de águilas bicéfalas y equis en blanco sobre fondo de rayas azules y rojas. Terminación tubular verde con ojitos rojos en laterales y boca. Para unir las tiras de cuero a las bolsas, los extremos se recubrieron con un pedazo de género de algodón liso beige, el cual es envuelto y atravesado por las puntadas que los fijan a la bolsa. Posiblemente se trate de una pieza etnográfica.	

Objeto: bolsa pequeña	Código: 22442
Medidas: 8 cm x 6,5 cm	
Materia prima: ¿vegetal?	
Conservación: buena	
Detalle: bolsa de malla realizada en enlazado sobre elemento horizontal. Triángulos opuestos por la base en beige y marrón. Restos de contenido: podrían ser hojas.	

Objeto: bolsa pequeña	Código: 22526
Medidas: 11 cm / ancho: 4 cm	
Materia prima: cuero con pelo	
Conservación: buena	
Detalle: pieza de cuero con el pelo hacia afuera y cordón blanco enrollado alrededor de la boca.	

Objeto: bolsa	Código: 22578
Medidas: 44 cm x 25 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: buena, deterioro en una cara	
Detalle: rayas de urdimbre y peinecilla. Bordados laterales en azul, rojo y ocre en puntada envolvente.	

Objeto: bolsa	Código: 22580
Medidas: 29 cm x 19 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: buena, sucia y remendada	
Detalle: rayas de urdimbre y peinecilla en natural y rojo. Bordado de distinto color en las costuras laterales.	

Objeto: bolsa	Código: 22585
Medidas: 15 cm x 12 cm	
Hilado: camélido	
Conservación: buena	
Detalle: faz de urdimbre en blanco. Boca cosida con puntadas. Rellena.	

Objeto: bolsa	Código: 22586
Medidas: 18 cm x 10 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: mala	
Detalle: faz de urdimbre; fondo marfil con rayas en amarillo, blanco, rojo y azul. Contiene granos de maíz. Boca cosida.	

Objeto: bolsa	Código: 22587
Medidas: 14 cm x 19 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: buena	
Detalle: faz de urdimbre; fondo beige y rayas amarillas. Boca cosida con puntadas. Rellena.	


Objeto: Bolsa pequeña	Código: 22588
Medidas: 7 cm x 7 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: regular	
Detalle: rayas de urdimbre de igual ancho en rojo y azul.	

Objeto: bolsa	Código: 22589
Medidas: 19 cm x 20 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: mala	
Detalle: rayas de urdimbre y peinecilla en blanco, marrón oscuro, marrón rojizo.	

Objeto: bolsa	Código: 22590
Medidas: 31 cm x 25 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: malo, remiendos antiguos	
Detalle: rayas de urdimbre y peinecilla en marfil, ocre, marrón claro, marrón oscuro y rosa. Hecha a partir de otra pieza. Doblez hacia adentro en la boca. Los zurcidos parecen originales.	

Objeto: bolsa	Código: 22591
Medidas: 26 cm x 20 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: mala	
Detalle: rayas de urdimbre y peinecilla en blanco, marrón, beige, azul y rojo. Restos de contenido apolillado.	

Objeto: bolsa pequeña	Código: 22592
Medidas: 8 cm x 7,5 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: regular	
Detalle: rayas de urdimbre en azul, rojo y beige. Está rellena de granos de maíz. La boca ha sido cosida.	

Objeto: bolsa con ovillos	Código: 22601	Figura 11
Medidas: diámetro: 24 cm / altura: 14,5 cm		
Materia prima: fibra vegetal		
Conservación: regular		

Detalle: bolsa de malla realizada en enlazado de fibra vegetal, con diseño de dos rayas horizontales (Figura 11). Un hilo blanco de camélido toma el encabezamiento en la boca, que es circular. El borde superior, doblado hacia afuera 3 cm. Contiene 12 ovillos: cinco beige, uno color vicuña, uno verde, uno azul, uno rojo, uno blanco, uno jaspeado marrón grisáceo y blanco, y uno marrón oscuro. Además, un conjunto de hilos de colores.

Objeto: bolsa de red	Código: 22624
Medidas: largo bolsa: 112 cm / largo tira: 42 cm	
Conservación: buena, completa	
Detalle: bolsa alargada con ajustes corredizos en ambos extremos. Sectores naturales y marrones.	

Objeto: bolsa	Código: 22628
Medidas: 16 cm x 15 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: buena	
Detalle: rayas de urdimbre azules y rosas sobre fondo marrón claro. Le quedan restos de contenido.	

Objeto: bolsa pequeña	Código: 22629
Medidas: 8 cm x 7,5 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: buena	
Detalle: rayas de urdimbre en azul, rojo y beige. Está rellena de granos de maíz. La boca ha sido cosida.	

Objeto: bolsa	Código: 22647
Medidas: 17 cm x 17 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: buena	
Detalle: rayas de urdimbre azules y rojas. Bordado en boca. Contiene mucho polvo amarillento. Podría ser ocre.	

Objeto: bolsa	Código: 22648
Medidas: 15 cm x 18 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: buena	
Detalle: rayas de urdimbre espaciadas en rojo y amarillo sobre fondo blanco. Una cuerda enrollada cierra la boca. Llena de contenido blanco de naturaleza mineral.	

Objeto: Bolsa pequeña	Código: 22649
Medidas: 9 cm x 6 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: regular	
Detalle: rayas de urdimbre en rojo, azul y verde. Contiene "hierro oligistus especular", según descripción del catálogo.	

Objeto: trenza	Código: 22632
Medidas: 62 cm x 8 cm	
Materia prima: fibra vegetal	
Conservación: regular	
Detalle: trenza plana de cinco cabos. A 4 cm de un extremo, presenta un ojal de 2 cm. El otro extremo, roto.	

Objeto: fragmento de red	Código: 22625
Medidas: 38 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: regular	

Objeto: Porta hilos de madera de cardón y aguja	Código: 22374
Medidas: largo: 33,5 cm / diámetro: 3 cm	
Hilado: Z/S todos, salvo el azul, que es hilado Z simple, sin plegar	
Materia prima: madera de cardón y camélido	
Conservación: muy buena	
Detalle: cilindro de madera de cardón sobre el que se han enrollado cinco sectores de hilos de colores: blanco, ocre oscuro, azul, verde y rojo. Lleva prendida una aguja de espina rota de 13 cm de largo.	

Objeto: porta hilos de madera de cardón y punzón	Código: 22375
Medidas: largo: 25 cm / diámetro: 2,8 cm	
Hilado: Z/S todos salvo el blanco, que es hilado Z simple, sin plegar	
Materia prima: madera de cardón y camélido	
Conservación: muy buena	
Detalle: cilindro de madera de cardón transformado en carretel debido al rebaje de la madera a partir de 0,5 cm de cada extremo. Se le han enrollado siete sectores de hilos de colores: rojo, azul, blanco, ocre, azul, verde amarillento y rojo. Lleva también prendido un punzón de espina de 13 cm de largo.	

Objeto: porta hilos de madera de cardón y punzón	Código: 22376
Medidas: largo: 21 cm / diámetro: 3 cm	
Hilado: Z/S	
Materia prima: madera de cardón y camélido	
Conservación: muy buena	
Detalle: cilindro de madera de cardón sobre el que se han enrollado cinco sectores de hilos de colores: borraño, marrón claro, verde, azul y rojo ladrillo. Tiene prendido un punzón de espina de 8,5 cm de largo.	

Objeto: Porta hilos de madera de cardón y aguja	Código: 22377
Medidas: largo: 35 cm / diámetro: 2,8 cm	
Hilado: Z/S	
Materia prima: madera de cardón y camélido	
Conservación: muy buena	
Detalle: cilindro de madera de cardón sobre el que se han enrollado ocho sectores de hilos de colores: ladrillo rosado, ocre, rojo, blanco, verde botella, azul, verde y rojo. Tiene prendida una aguja de espina con la punta rota, de 15,5 cm de largo, enhebrada con hilo ocre. Resulta sugestiva la coincidencia en estos cuatro objetos entre el tipo de hilado, el grosor y los colores de los hilos, y los de los usados en los gorros tronco-cónicos de esta colección.	
Referencias: un ejemplar idéntico a los descritos está ilustrado en el libro <i>Chile Indígena</i> del Museo Arqueológico de Santiago (1991, p. 57). Se lo atribuye al Periodo de Desarrollos Regionales de Arica.	

Objeto: oville negro	Código: 22599
Medidas: diámetro: 6 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: buena	

Objeto: oville negro	Código: 22600
Medidas: diámetro: 5,5 cm	
Materia prima: camélido	
Conservación: buena	

Objeto: madejas rojas	Código: 22634
Medidas: largo: 64 cm	
Hilado: S/Z	
Materia prima: camélido	
Conservación: buena	
Detalle: parece tratarse de cinco madejas grandes. En algunos sectores pequeños el tinte no ha penetrado y se ve el hilo blanco.	

Objeto: oville alargado	Código: 22717
Medidas: 23 cm x 2 cm	
Hilado: S/Z	
Materia prima: fibra vegetal	
Conservación: buena	

Objeto: huso con tortero cónico	Código: 22348
Medidas: diámetro: 4,5 cm / alto: 1,5 cm	
Materia prima: madera	
Conservación: huso roto, tortero completo	

Objeto: huso con tortero circular plano	Código: 2350
Medidas: diámetro tortero: 4,5 cm / alto tortero: 6 cm / largo huso: 29 cm	
Materia prima: madera	
Conservación: buena	

Objeto: Huso con tortero cónico	Código: 22354
Medidas: Diámetro tortero: 3,8 cm / alto tortero: 1,8 cm / largo huso: 20 cm	
Materia prima: madera	
Conservación: huso roto, tortero completo	

Objeto: tortero	Código: 22343
Medidas: largo: 8 / ancho: 2 cm	
Materia prima: madera	
Conservación: muy buena	
Detalle: rectángulo plano con extremos redondeados y muesca angular en laterales. Agujero central.	

Objeto: tortero	Código: 22344
Medidas: 7 cm x 2 cm	
Materia prima: madera	
Conservación: buena	
Detalle: rectángulo con sector central circular y el resto con bordes dentados. Orificio central.	

Objeto: tortero	Código: 22345
Medidas: diámetro: 4,3 cm / alto: 1,5 cm	
Materia prima: madera	
Conservación: buena	
Detalle: tortero cónico con perforación central.	

Objeto: tortero	Código: 22346
Medidas: diámetro: 3 cm / alto: 1,6 cm	
Materia prima: cerámica	
Conservación: buena	
Detalle: forma tronco-cónica.	

Objeto: tortero	Código: 22355
Medidas: diámetro: 4,5 cm / alto: 1 cm	
Materia prima: madera	
Conservación: buena	
Detalle: forma cónica.	

Objeto: tortero	Código: 22383
Medidas: diámetro: 4,3 cm / alto: 1, 1, 5 cm	
Materia prima: madera	
Conservación: buena	
Detalle: forma cónica.	

Objeto: tortero	Código: 22458
Medidas: largo: 8,5 cm / ancho: 2 cm	
Materia prima: hueso	
Conservación: buena	
Detalle: óvalo chato con diseño de círculos con punto central en una sola cara que es levemente cóncava. Orificio central.	

Objeto: tortero	Código: 22460
Medidas: largo: 5 cm / ancho: 1 cm / espesor: 0,3 cm	
Materia prima: hueso	
Conservación: buena	
Detalle: plaqueta rectangular con diseño de círculos con punto interior. Tiene en cada extremo sendas perforaciones que lo traspasan en su ancho de lado a lado. La perforación en la parte central, hecha en forma oblicua, sale en la cara anterior a 2 mm del borde.	

Objeto: tortero	Código: 22461
Medidas: 4 cm x 2,5 cm	
Materia prima: madera	
Conservación: buena	
Detalle: en forma de ocho, con agujero central. Círculos concéntricos incisos en ambas caras.	

Objeto: tortera	Código: 22462
Medidas: largo: 3 cm / ancho: 1,5 cm	
Materia prima: falange, hueso	
Conservación: buena	


Objeto: tortera	Código: 22463
Medidas: largo: 3,5 cm / ancho: 1 cm	
Materia prima: falange, hueso	
Conservación: buena	
Detalle: tortero de falange alargado con escotaduras en los extremos y diseño de círculos con punto central en la cara cóncava. Orificio central.	


Objeto: instrumento óseo aguzado en un extremo	Código: 22368
Medidas: largo: 20 cm	
Materia prima: hueso	
Conservación: buena	

Objeto: instrumento óseo aguzado en un extremo	Código: 22370
Medidas: largo: 16 cm	
Materia prima: hueso	
Conservación: buena	
Detalle: muy pulido por el uso.	

Objeto: agujas de espina de cactus	Código: 22507/ 22508/ 22509/ 22510/22594/ 22595/ 22596/ 22597
Medidas: van de 11,7 cm a 20,5 cm de largo	
Materia prima: vegetal, espina de cactus	
Conservación: buena	
Detalle: ocho unidades con ojal.	


Instituto Interdisciplinario de Tilcara (IIT)

Objeto: gorro tipo fez	Código: 69/22645	Figura 12
Medidas: diámetro de base: 15,8 cm / diámetro superior: 10,4 cm / altura: 10,5 cm / largo del cordón: 30,5 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: camélido		
Conservación: buena. El tercio inferior tanto de la cara externa como de la interna presenta suciedad superficial adherida. Faltan puntadas en el espiral inferior		
<p>Detalle: este gorro tronco-cónico (Figura 12) repite las características de diseño, colores y estructura de los gorros N°22642, 22643 y 22646 del Museo Etnográfico (ver más arriba). La última espiral sobre el borde inferior se realizó íntegramente con puntadas de hilo verde. Actualmente solo se conservan de ellas algunos sectores. El círculo de flecos N°. 22645, del Museo Etnográfico, debió haber pertenecido a este gorro, ya que al momento de su ingreso, en 1916, se les asignó la misma numeración (ver más arriba).</p>		

Objeto: gorro rígido acupulado	Código: 87/22607	Figura 13
Medidas: diámetro de base: 20,5 cm / diámetro superior: 7,5 cm / altura: 18,5 cm / ancho de la escotadura frontal: 14 cm / cuerdas: largo de 57 a 43 cm		
Materia prima: madera, fibra de camélido, cuero, plumas		
Conservación: buena		
<p>Detalle: la descripción básica de este gorro es similar a la del gorro N°. 22608 (Figura 1). Su confección es más prolija y presenta algunas diferencias que señalamos a continuación (Figura 13). La estructura es un armazón de dos varillas planas de madera más anchas que el resto, que van de borde a borde del gorro, pasando por la cúspide, donde se cruzan en ángulo recto, y de veintisiete varillas de diversos anchos a las que se les han rebajado los laterales del extremo superior formando cuñas curvas que convergen en un punto central en la cúspide. Presentan pequeñas escotaduras laterales para facilitar su sujeción. Estas</p>		

varillas están sostenidas entre sí mediante hilos marrones Z/S, formando la estructura interior cupuliforme del gorro. Esta ha sido recubierta exteriormente en forma espiralada por una segunda estructura formada por haces de vegetales embarrilados de 7 mm de alto: siete de color marrón en la parte superior, donde comienza el espiral, y veintitrés de color ocre hasta llegar a la base del gorro. En la parte exterior, puntadas verticales color ocre, en punto yerba, sujetan entre sí ambas estructuras, formando doce líneas verticales que van desde la cúspide a la base. La superficie curvada del gorro ha sido decorada con cuatro motivos: una cruz, ubicada al frente, sobre la escotadura, de color marrón con centro blanco, y tres rombos escalerados concéntricos ubicados en los laterales y en la parte posterior. Estos últimos, de mayor tamaño, también en marrón y blanco, tienen el centro en color azul, único color con hilado S/Z. La parte frontal del gorro presenta una escotadura con bordes verticales rectos, cuya altura corresponde a seis de los espirales laterales. Un cuero de escaso espesor y ancho cubre la base del gorro y la escotadura frontal, sostenido por puntadas envolventes muy espaciadas, en hilo ocre, que lo fijan tanto a la cara interna como a la externa.

Se le han adosado varios aditamentos superestructurales. En la parte posterior se ha ubicado un haz de 11 cm de alto, de plumas blancas, beige y una plumita roja, ahora deterioradas. Los cálamos están levemente embarrilados y algunas plumas aún tienen sus extremos inferiores tomados juntos por hilos blancos. El haz está sostenido al gorro mediante un fragmento de vegetal rígido que cubre al haz en su tercio inferior y en cuyos extremos tiene atado un hilo blanco S/Z. Este pasa hacia el interior y lo mantiene adherido a la pared externa. Del extremo inferior del haz parte una cuerda marrón rojiza y blanca cuyo plegado final es en Z. Otras cuerdas, algunas también con plegado Z e hilos moliné, salen de la parte interior del gorro, y posiblemente se usaron como elemento de sujeción a la cabeza.

Objeto: unku azul con banda transversal de tapiz	Código: 135/22617	Figuras 14 y 15
Medidas: largo: 91 cm / ancho: 82 cm / ancho de la banda: 6,2 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: camélido		
<p>Conservación: la túnica parece estar entera y en condiciones bastante buenas (debido a que la pieza está fijada a un soporte todas las observaciones se han realizado sobre la cara visible). Se observan manchas y una pequeña rotura en el campo azul. A ambos lados de la abertura de la cabeza hay dos faltantes que parecerían el resultado de que se hubieran arrancado elementos cosidos en esos sitios</p>		

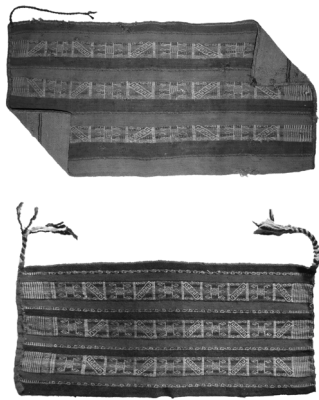
Detalle: la túnica está formada por tres paños azules de faz de urdimbre, dos inferiores y un tercero para la zona de los hombros, que contiene la abertura para la cabeza (Figuras 14 y 15). Este queda unido a los dos primeros mediante una franja transversal realizada en tapiz que se ubica a 15 cm del extremo inferior de la abertura para la cabeza. Los tres paños azules llevan la misma decoración de rayas y guardas realizadas en urdimbres complementarias sobre ambos orillos de trama. Esta decoración es idéntica a la de los unkus N°. 22615 y 23528 del Museo Etnográfico. La unión de los paños azules con las bandas de tapiz parece haber sido realizada por un hilo que va tomando en forma alternada lazos de los dos orillos mediante puntadas de entrabe (Hoces de la Guardia y Brugnoli, 2006, p. 18).


Banda de tapiz: presenta tres sectores de diseño, uno central que abarca todo el ancho del campo azul liso, y dos en los extremos que coinciden con la zona de rayas y guardas sobre los orillos laterales de la túnica. El sector central lleva motivos de ganchos escalonados ocre, verdes y blancos sobre fondo rojo. El diseño en los extremos de la banda se plantea como una continuidad visual del grupo de rayas y guardas del resto de la túnica con algunas variaciones: las guardas de "S" han sido reemplazadas por un zigzag blanco, y las bandas roja y azul han invertido sus colores.

La trama utilizada en los paños azules es marrón oscuro y las urdimbres de la banda de tapiz son marrón mediano. Las costuras laterales están realizadas en puntada reforzada en zigzag (Hoces de la Guardia y Brugnoli, 2006, p. 22) en hilo ocre. La terminación de las aberturas para los brazos consiste en bloques de color ocre, rojo y azul realizados en *cross-knit loop stitch*. El orillo de la abertura para la cabeza está cubierto en su mayor parte por puntada anillada en hilo rojo, y los extremos por *cross-knit loop stitch* en hilo marrón. Se observa también sobre los extremos de la abertura un tramo horizontal corto de varias pasadas de hilo marrón. Sobre los orillos de urdimbre correspondientes al borde inferior de la túnica se han insertado hilos rojos para formar los flecos.

Es notable la marcada similitud entre los tres unkus de cuerpo azul que integraron originalmente la Colección Echeverría y Reyes. Los tres coinciden en tamaño, color, ornamentación sobre los orillos laterales y elementos fijados a ambos lados de la abertura de cabeza. El unku N°. 22615 es el único que mantiene pompones rojos en esa ubicación, mientras que en los otros dos quedan los agujeros producidos por el desgarramiento de esos u otros elementos.


Objeto: poncho monocromo pequeño	Código: 125/22623
Medidas: largo: 26 cm / ancho: 25,4 cm / largo de la abertura para el cuello: 9,2 cm	
Hilado: Z/S	
Materia prima: camélido	
Conservación: regular, muy desgastado	
Detalle: prenda de un solo paño en faz de urdimbre, con abertura para la cabeza lograda mediante tramas discontinuas. Urdimbre color grisáceo, de textura muy suave y trama única, blanquecina. El encabezamiento de urdimbre y las dos pasadas de tramas siguientes son S/Z y más gruesas que el resto. Posiblemente perteneció a un bebé. No se observan costuras laterales ni puntadas de terminación en los orillos.	

Objeto: bolsa faja	Código: 134/22576	Figura 6. Bolsas fajas N°. 22619 (ME) y N°. 134 (IIT)
Medidas: largo: 57 cm / ancho: 24 cm / trenzas: 18 cm y 20 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: camélido		
Conservación: muy buena. Una pequeña mancha en el frente. De las trenzas de sujeción solo se conservan los sectores correspondientes al arranque.		
<p>Detalle: al igual que la bolsa faja N°. 22619 del Museo Etnográfico, esta pieza consiste en un paño en faz de urdimbre doblado por la mitad, con dos sectores del mismo ancho, pero de distinto diseño, los cuales corresponden a las caras anterior y posterior de la bolsa faja (Figura 6). El ejemplar de Tilcara es muy similar al de Buenos Aires en cuanto a armado, diseños y estructuras textiles. Entre las diferencias cabe mencionar el menor tamaño de este ejemplar, la utilización de otros colores en las angostas guardas que separan los pares de bandas rojas y azules en la cara de la bolsa, la mayor cantidad de rayas —ocho— en el revés, y la utilización para las mismas de hilos azules en lugar de marrones. Una diferencia notoria entre ambos ejemplares es la ausencia en el de Tilcara del bordado a dos colores sobre los laterales y el borde superior, los cuales han sido unidos con una costura invisible. De cada una de las esquinas superiores de la bolsa faja nace una trenza de cuatro elementos en hilados marrón y blanco. Un grueso amarre de hilos marrón claro en las esquinas superiores sujeta a los elementos de la trenza en su punto medio, donde se doblan sobre sí mismos para luego ser trenzados.</p>		

Objeto: pieza trapezoidal	Código: 131/22616	Figura 16
Medidas: largo 54/94 cm / ancho 42/49 cm / cordones 16 cm y 39 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: camélido		
Conservación: muy buena. Las únicas roturas de la pieza se localizan en el sector central marrón		

Detalle: tejido trapezoidal en faz de urdimbre de una sola pieza con un orillo de urdimbre curvo (Figura 16). El tercio central de la pieza corresponde a un campo liso marrón oscuro. Los dos tercios exteriores están ocupados por dos bandas de diseño realizadas en urdimbres complementarias, una en azul y rojo, y la otra en celeste y azul. En ambas se repite un diseño idéntico compuesto por diamantes separados por diagonales escalonadas, con motivos de “S” y rombos en su interior. Las dos bandas están enmarcadas a ambos lados por un par de rayas en azul y rojo. El área terminal se ubica en el sector cercano al orillo de urdimbre más angosto y queda separado de él por un área de diseño que incluye la mitad de un rombo. Los dos tercios con decoración no mantienen entre sí una simetría en espejo, sino que repiten la misma secuencia de izquierda a derecha. La pieza lleva bordados de terminación en sus cuatro orillos. En los de trama, puntada envolvente en verde, en uno, y en rojo en el otro. Los de urdimbre se han cubierto con *cross-knit loop stitch*, utilizando para cada sector del diseño el par de colores correspondientes de cada banda, y marrón para el sector central. Un segundo bordado, adyacente al *cross-knit loop stitch*, consiste en líneas continuas blancas que van formando ondas sobre un fondo de líneas rojas y azules. Todo este bordado parece estar realizado en puntada doble corrida. En varios puntos de esta pieza, sobre todo en el campo marrón, se observan “cuñas” producidas por tramas que vuelven sobre sí mismas en varios tramos de distinta extensión antes de alcanzar el orillo opuesto. A ambos orillos de urdimbre se han fijado ocho cordones en tonos naturales de marrón, de dos largos y grosores diferentes, de modo que los más largos y gruesos son el par que corresponde al campo marrón. Los seis restantes se ubican en los orillos de las bandas con diseño. La diferencia de largo y grosor parecería indicar una funcionalidad diferenciada para los cordones centrales.

Referencias: una pieza de características similares se publicó en Sinclair (2006, p. 93), donde se la describe como “taparrabo o portabebé, cultura Arica”.

Objeto: cinta teñida por amarras	Código: 150/22598	Figura 9. N°. 22584 (ME) y N°. 150 (IIT)
Medidas: largo: 13 cm / ancho: 5,5 cm		
Hilado: Z/2S/3Z		
Materia prima: camélido		
Conservación: muy buena		


Detalle: cinta plana de lana de 8 mm de ancho, armada a base de tres cordones unidos entre sí por puntadas transversales inclinadas formando zigzag (Figura 9). Presenta sectores blanco natural y marrón, logrados mediante teñido por amarras, el que se realizó después de su confección. Esta cinta es igual a la pieza N°. 22584 y está ovillada de la misma manera.

Referencias: Carolina Agüero (1995, Lám. 2, Fig. 1) presenta un gráfico indicando la forma de realizar una cinta semejante a estas.

Objeto: bolsa	Código: 95/22577	Figura 17
Medidas: 17 cm x 18,3 cm / tira: 80 cm x 2 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: camélido		
Conservación: excelente		
<p>Detalle: bolsa formada por un paño en faz de urdimbre doblado sobre sí mismo y cosido en los orillos de trama (Figura 17). Cinco bandas en urdimbres complementarias cubren el ancho de la pieza. El diseño de la banda central, en rojo y ocre, es el mismo de las guardas de la bolsa N°. 22618 del Museo Etnográfico, aunque con una variación en las proporciones (ver más arriba). En las bandas exteriores se alterna un motivo derivado del de “llave inca”, con “ojos” y pares de rombos en blanco, rojo, azul y ocre. Las guardas intermedias, más angostas, presentan motivos de “equis” y “llaves incas” cruzadas. La tira de suspensión está realizada en urdimbres complementarias a cuatro colores y presenta una alternancia de rayas horizontales y recuadros con pares de rombos, zigzags y “llaves incas” cruzadas. Sobre las costuras laterales se observa el característico bordado inca en <i>cross-knit loop stitch</i>, alternando bloques lisos con bloques de rayas en rojo, ocre, azul y verde. Los orillos correspondientes a la boca están cubiertos con puntada anillada en rojo.</p>		

Objeto: bolsa	Código: 132/22620
Medidas: largo: 51 cm / ancho: 30,5 cm	
Hilado: Z/S	
Materia prima: camélido	
Conservación: buena	
<p>Detalle: bolsa de un solo paño faz de urdimbre, doblado al medio de su largo. Diseño de rayas; el campo central y los laterales color beige. A continuación, dos rayas blancas enmarcan una guarda de rayas roja y marrón más anchas y amarillas finitas, con lista de peinecilla en el centro. El campo central también presenta una lista angosta de peinecilla. Las costuras laterales están realizadas en puntada envolvente color marrón oscuro, con tres bloques blancos distribuidos simétricamente a lo largo de cada lateral. La abertura de la boca está cubierta con puntadas <i>cross knit loop stitch</i> marrón claro.</p>	

Objeto: porta hilos de madera	Código: 77/22373
Medidas: 26,3 cm x 3 cm	
Hilado: todos los colores Z/S menos el ocre, que es S/Z	
Materia prima: madera de cardón y camélido	
Conservación: regular	
<p>Detalle: cilindro de madera de cardón con cinco sectores de hilos enrollados de distintos colores: blanco, azul, ocre, rojo y verde. Los hilos azul y verde son bastante más delgados y tienen más brillo que los otros. Lleva fijada una aguja de 21,5 cm de largo realizada con una espina de cardó.</p>	

Objeto: bolsa pequeña	Código: 133	Figura 18
Medidas: largo: 17,4 cm / ancho: 16,5 cm / largo del cordón: 15,5 cm		
Hilado: Z/S		
Materia prima: camélido		
Conservación: buena		

Detalle: bolsita de un solo paño doblado por la mitad, en faz de urdimbre, con uso de urdimbres complementarias: cuatro guardas de "S" blancas distribuidas simétricamente en el campo, dentro de rayas de diferentes anchos y color (Figura 18). Otras tres guardas, de rombos y líneas inclinadas, se ubican sobre las rayas entre las bandas en "S". Las costuras laterales se realizaron en *cross knit loop stitch* en color rosa, al igual que la boca, en la que también se observan puntadas amarillas. En un extremo de la abertura presenta dos cordeles de dos cabos cada uno, torsionados flojos en Z y anudados juntos en el extremo.

Objeto: huso con tortero de madera	Código: 86/22353
Medidas: huso: largo: 22 cm / diámetro: 4 mm; tortero: diámetro: 3,6 cm / alto: 1,5 cm	
Materia prima: madera	
Conservación: buena	
Detalle: huso con tortero cónico; el extremo del palito opuesto al tortero está fracturado.	

Objeto: instrumento de hueso	Código: 152/22369
Medidas: largo: 21 cm / diámetro máximo: 3 cm	
Materia prima: hueso	
Conservación: muy buena	
Detalle: instrumento realizado sobre fragmento de hueso, aguzado en un extremo, utilizado habitualmente para apretar los hilos de trama.	

Objeto: flotadores recubiertos con lana	Código: 94/22604
Medidas: largo: 13 cm y 14,5 cm / diámetro: 5,2 cm y 6,5 cm	
Materia prima: vegetales y fibra de camélido	
Conservación: buena	
Detalle: dos objetos cilíndricos y de extremos redondeados están formados por un conjunto de vegetales ordenados paralelamente. Están recubiertos con un tejido de fibra de camélido blanca, de 4 mm de grosor, que forma una malla irregular, muy abierta, y anudada en algunas intersecciones. Se han unido entre sí anudando los extremos de los cordeles de cada uno, que presentan el mismo hilado Z/S del resto de la pieza. En el Catálogo del Museo Etnográfico se los registró como "flotadores".	

Cuerpo: cuerpo humano	Código: 67/12156
<p>Detalle: una de las dos momias que Echeverría y Reyes regaló al Museo Etnográfico en 1912 (ver más arriba). El estado actual de conservación de la momia es bastante bueno y no parece diferir del que se aprecia en la foto de 1912 publicada en la Memoria del Museo Etnográfico (Ambrosetti, 1912, p. 31). El cuerpo está sentado con las piernas y los brazos flexionados contra el pecho y está amarrado con varias sogas para que conserve su postura. En cuanto a las prendas, lleva un gorro de cuero con pelo beige que recubre una corona circular de fibras vegetales. Sobre el cuerpo se alcanzan a distinguir por lo menos dos tejidos distintos, uno de tela llana balanceada más bien rústica, de color beige, colocada alrededor del cuello, y, por encima, cubriendo gran parte del cuerpo, una túnica de camélido de campo liso también de color beige, con bandas marrones sobre los orillos laterales. Se aprecia en varios sectores de la costura lateral una decoración bordada en puntada de relleno (Hoces de la Guardia y Brugnoli, 2006, p. 75) con motivos de cruces en ocre y azul. Da la impresión de que esta túnica envuelve el cuerpo sin haber sido pasada por la cabeza. No se ha podido medir, pero a simple vista se aprecia que se trata de una pieza muy larga.</p>	

COMENTARIO FINAL

El importante desarrollo de los estudios textiles en los últimos años y la divulgación del material chileno a través de excelentes publicaciones nos alentaron a dar a conocer textiles arqueológicos de ese origen, que durante más de 80 años habían permanecido en los depósitos de estos dos museos de Argentina, ignorados por la mayoría de los estudiosos. Al publicar noticias de estos materiales, confiamos en que su difusión dé lugar a que otros investigadores puedan aportar nuevos datos y relaciones que completen la información obtenida hasta el presente.

AGRADECIMIENTOS

A nuestra querida colega chilena Carole Sinclair, por su generoso apoyo y sugerencias ante las consultas realizadas. A Indira Montt, a quien recurrimos repetidas veces para averiguar sobre la funcionalidad de algunas de las piezas. Muy especialmente a la licenciada Clarisa Otero en Tilcara, por su valioso tiempo y colaboración incondicional ante nuestros requerimientos de fotografías e información. Lo mismo a la paciente licenciada Alejandra Reynoso, del Museo Etnográfico, quien con sus conocimientos y nuevas tecnologías logró mejorar las imágenes que presentáramos en la primera oportunidad.

ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES ESCRIBE
SOBRE EL MUNDO PRECOLOMBINO
DE ATACAMA

LOS ABORÍGENES ATACAMEÑOS¹

Aníbal Echeverría y Reyes

LOS ABORÍGENES ATACAMEÑOS

Hace 25 años, aún quedaban restos de una antiquísima raza que vivió en la hoya hidrográfica del Salar de Atacama, entre la cordillera real de los Andes, y la antecordillera de la misma.

Hablaban un idioma especial, muy distinto del aymarú, quechua y diaguita, usados por los indígenas colindantes.

Estaban dispersos en San Pedro de Atacama, Toconao, Soncor, Cámar, Socaire y Peine.

Alcancé a tratar a varios, y tomé apuntes sobre su lengua, que denominaban Cunza, datos que reuní a los recogidos por el Pbro. Dn. Emilio F. Vaïsse, el conocido crítico Omer Emeth, y por el respetable vecino don Félix Hoyos, todo lo que se publicó en los *Anales de la Universidad de Chile*.

Vivían del pastoreo de ganados y del cultivo de sus reducidos oasis.

Eran arrieros, cazadores y recolectores; sobrios, muy bien constituidos; de nariz ancha, carrillos prominentes, de frente aplastada y de color bastante oscuro.

Según la opinión más acertada, descendían de los diaguitas que aún residen en las provincias de Salta, Jujuy y Catamarca, de la República Argentina.

Esto he podido confirmarlo, al comprar muchos objetos de piedra, hueso, madera, tejidos, etc., que extraje de sus jentilares o cementerios indígenas, con piezas iguales, que vi en los museos de Buenos Aires y La Plata, sacados del territorio del noroeste argentino.

Lo mejor que obtuve —más de mil piezas— me di el agrado de obsequiarlo al museo de Etnografía de Santiago, cuyos materiales se están ahora ordenando, en los sótanos de la Biblioteca Nacional.

¹ Publicado primero en Echeverría y Reyes (1929b). Se ha conservado la ortografía del original.

Hay entre estas antigüedades algunas de origen evidentemente incaico, pero casi la totalidad son diaguitas, mal llamadas calchaquíes, por los entendidos argentinos.

Todavía existen cementerios no explorados en Chunchuri, cerca de Calama, de propiedad de don Ismael Núñez; en las vecindades de la laguna de Chiuchiu, en solares de los señores Krepich Hermanos, y en San Pedro de Atacama, en potreros de los señores Abaroa.

Si el gobierno dejara de preocuparse tanto de la renovación de valores, por decirlo así, aún sería tiempo que ordenara expediciones arqueológicas a cargo de profesionales como don Ricardo Latcham, el Dr. Dn. Aureliano Oyarzún, el Padre Gusinde, el profesor señor Matus, u otros que honran al país con sus divulgaciones científicas sobre etnografía chilena.

Mucho se ha sacado para Buenos Aires, Madrid, París, y Berlín, pero queda otro tanto, o más que aprovechar en esos lugares.

Los atacameños eran agricultores, ya que han aparecido palas y cuchillos de piedra y de madera, para remover la tierra; cazaban con flechas de puntas de obsidiana y con redes hechas de raíces filamentosas; arriaban sus ganados de llamas, valiéndose de lazos y sogas de ese material, de escudras o ganchos de ramas, para asegurar sus cargas y hasta empleaban campanas de madera, con badajos, para conducir sus tropillas; tejían mantas burdas y gorros que parecen terciopelo; con buenos dibujos, muy semejantes a las alfombras de Smirna; hacían canastos para transportar sus objetos y aún para acarrear el agua.

Estaban poco adelantados en la alfarería, pues, salvo vasos, ollas y platos de greda y color negro, no se ha hallado nada especial.

Contaban con armas de guerra, ofensivas, como arcos y flechas, y defensivas, a saber cascos y petos de madera.

Conocían el laboreo de metales, pues se han descubierto pequeños adornos, con cenizas y escorias, pero son escasísimos los cinceles, cuchillos y anillos, únicas curiosidades que han aparecido.

De seguro, los dominaba el vicio de los narcóticos, porque de otra manera no se explica los muchos tubos, cajas, tabletas, excarificadores, que conservan polvos con nicotina, de una sola pieza, de madera, admirablemente esculpidos con figuras de monstruos y animales tallados

con perfección, a tal punto, que uno no se da cuenta como han podido concluir trabajos de tanta precisión, sin herramientas ni modelos.

El desierto, en esta región, es uno de los más áridos del mundo; no hay lluvias, son raras las vertientes naturales y es casi mala la vegetación; solamente San Pedro de Atacama, Toconao, Caspana, Aiquina, Chiuchiu y Calama, son verdaderos oasis, y puntos de recursos, y se producen en ellos alfalfa, quinua, maíz, peras, duraznos, uvas y hay restos de Algarrobos y pimientos.

Los animales se alimentaban de tola y de ramas tiernas de chilca.

Hasta ahora se distinguen ruinas de poblaciones prehispanicas, esto es, anteriores a la conquista, en las inmediaciones de Atacama la Grande (San Pedro de Atacama), Atacama la Chica (Calama), Chiuchiu y Caspana, las que he recorrido y saqué fotografías que están en el Museo. Consistían en pircas de piedra sin mezcla, techados de totora, recintos cerrados, concéntricos, pucarás que les servían de refugio; en andenes o terraplenes sobre las laderas de las barrancas, y en canchones para aprovechar siembras en pequeños retazos.

Por las cercanías de San Pedro de Atacama, pasa el camino del Inca, que desde Cuzco, va en línea casi recta, hasta Copiapó, y a un metro y medio de hondura, en los trabajos de un canal, recogí estribos de cobre, con la corona de España, los que también se guardan en el museo.

Existen grandes dibujos, tallados en rocas o petroglifos, a primera vista parecen ser inaccesibles, y que se conocen con el nombre de pintados. Tomé fotografías de unos en la quebrada de Chiuchiu y de otro en el camino de Calama a San Pedro de Atacama.

En las sepulturas, cavadas a cincuenta centímetros de la superficie, los cadáveres están con los brazos y piernas atadas al tronco del cuerpo, la cabeza inclinada sobre el pecho, rodeados de puntas de flechas, bolsitas con maíz, quinua o charqui de llama, vasos, ollas y platos de greda cocida, agujas de quisco, tabletas, tubos, cajitas, y escarificadores para los polvos de narcóticos, instrumentos de labranza, tejidos, cuchillos y espátulas, campanillas, raspadores de piedra, etc., todo envuelto en paños burdos.

Su civilización es de menor antigüedad que de los Incas y no cabe duda que en los tiempos primitivos dominaron los diaguitas o atacameños, desde el Sur del lago Titicaca en el Perú, hasta Catamarca, en la Argentina, pero

nuevas invasiones fueron reduciéndolos en su radio de acción: basta imponerse de los nombres geográficos que hasta hoy se conservan para afirmar aquella teoría.

El conocimiento de esta raza, es sumamente interesante, y muy digno de ser profundizado por los aficionados a esta clase de estudios.

Como obras fundamentales recomiendo consultar las siguientes, que tendría un placer proporcionar a los que deseen leerlas:

Philippi.- *Viaje al Desierto de Atacama*, Halle, 1860.

Medina.- *Los aborígenes de Chile*, Santiago, 1882.

Boman.- *Antigüedades del desierto de Atacama*, París, 1908.

Ambrosetti.- *Arqueología de la puna de Atacama*, Buenos Aires, 1904.

Latcham.- *La prehistoria chilena*, Santiago, 1928.

No he mencionado el oasis de Quillagua, en la quebrada del curso inferior del río Loa, aldea situada en la misma intersección de los departamentos de Antofagasta, el Loa y Tocopilla, pues en sus sepulturas solo hallé muchos restos de objetos de civilización incaica, y otros de los changos de la costa, pero ninguno semejante a los de los indios diaguitas; todo lo que recogí, fue también al Museo de Santiago.

Ojalá que estas breves noticias lograsen despertar el entusiasmo de los entendidos, para mover la opinión local, y conseguir de nuestras autoridades, que envíen al interior un personal bien preparado que, en el terreno, haga excavaciones y estudie sobre tan importantes materias.

EPISTOLARIO DE ANÍBAL ECHEVERRÍA
Y REYES

JOSÉ MANUEL BALMACEDA (1889-1891)¹

Aníbal Echeverría y Reyes
ABOGADO
Santiago - Lira, 31

Temuco, 11 de Noviembre de 1889

Sr Dn
José Manuel Balmaceda.
Santiago.

Mi distinguido señor:

Por los diarios he visto que ya se ha pasado la lista de abogados para nombrar el reemplazante del Dr. Covarrubias en la Corte Suprema.

Como estoi tan lejos, me tomo la confianza de molestar su atención a fin de que no me olvide si hai algun movimiento general y queda vacante cualquier juzgado de departamento que esté situado sobre la línea del ferrocarril.

Creo que no es demasiada exigencia de mi parte, ya que ud., a quien debo todos mis destinos, sabe que ya soi empleado mas de siete años, que en Santiago tengo mayor renta que en la [ilegible] i que solo deseo ingresar a ella por ser mi única vocación decidida.

Dispenseme, señor esta franqueza. Por acá no hai absolutamente novedad. Todos han recibido mui bien a don Zen [está cortado] i ya no hai alarma alguna; lo mismo sucede en Nueva Imperial, de donde sólo he llegado ayer.

Los procesados estan bien custodiados y no hai temor de evasión. El nuevo gobernador suplente, Mayor V. Clau José Ríos es mui competente

¹ Fuente de la correspondencia: Biblioteca Nacional, Chile. Digitalización: Nicolás Valenzuela. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

y gracias a su firmeza ha logrado dar garantías hasta los mismos contrarios a la administración.

Ordene como guste a su agradecido servidor.

Aníbal Echeverría y Reyes

Anibal Echeverría y Reyes
ABOGADO
Santiago - Lira, 31

Talcahuano, 18 de Abril de 1891

Señor Don
José Manuel Balmaceda.
Santiago.

Distinguido Señor:

Por los diarios argentinos que recibo de tiempo atrás me he impuesto de los insolentes artículos que insertan espatriados políticos contra la administración chilena.

Con el objeto de contrarrestar la mala atmosfera producida por esos artículos, que son reproducidos en Europa i otras naciones americanas, con el amigo Veley que tambien le escribe; hemos frustrado el proyecto de ofrecerle nuestro servicio a fin de que Ud comisione para trasladarnos por dos o tres meses a Buenos Aires i Montevideo, con el objeto de escribir continuamente sobre Chile en dos o tres diarios a la vez, para desvirtuar las falsas noticias que se dan sobre la actual revolucion hombres públicos i actos del gobierno.

Bastaría que se nos concediera licencia para ausentarnos del pais por cuatro meses sin sueldo, i con que se nos diera pasaje i una subvencion mensual para sostenernos allá, conociendo la legación con las cuentas de publicaciones.

Ud. sabe que en los debates, en la Tribuna y en otros diarios, he escrito contundemente de suerte, que esta tarea me es mui conocida, ademas debo presumirle que mantengo estrecha relacion con muchos literatos platenses i especialmente con el General Mitre.

Espero, Señor, que en este pensamiento solo sea una prueba mas de mi adhesion por ud, proponiendo dejar aquí a mi mujer e hijo por servirlo con mas decision todavía.

Allí dedicaría todo el tiempo a escribir en los diarios y a fomentar relaciones con las personas del partido que pronto subirá al poder con el general Mitre.

Estoy listo esperando su contestación; créame siempre su agradecido servidor,

Aníbal Echeverría y Reyes

PEDRO MONTT (1891-1892)²

Santiago, 1° de Diciembre de 1891

Señor Don
Pedro Montt
Washington

Distinguido Señor:

Estoi formando con todo cuidado una coleccion de los folletos que han salido sobre la Revolucion Chilena.

Tengo intencion de obsequiarla a nuestra Biblioteca Nacional en cuanto esté completa.

Le ruego, Señor, me haga el favor de ayudarme en mi tarea, proporcionandome los folletos —de uno u otro bando— que se hayan impreso en Estados Unidos, i de las cuales tenga Ud ejemplares sobrantes.

Puede remitirlos a mi nombre, calle de Arturo Prat 43.

Por correo le envío la última publicacion que he hecho.

Sírvase Señor, excusar esta impertinencia, a su afecto. S.

Aníbal Echeverría y Reyes,

² Fuente de la correspondencia: Biblioteca Nacional, Chile. Digitalización: Nicolás Valenzuela. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

Sr. Dn. Anibal Echeverría i Reyes

Washington, Enero 18 de 1892

Mi señor mio:

Con su estimado de 1° de Diciembre he recibido un folleto, que agradezco a Ud.

Los folletos publicados aquí sobre la colección, de que yo tengo noticia, son tres: dos de ellas tradicional de publicaciones hechas en Chile, i el orijinal.

Las traducciones son [ilegible] del Sr. Bañado Espinoza, permaneciendo en Abril, según me parece, i un folleto de Don Eulogio Allende titulado "The Revolution of 1891 in Chile". Este último se imprimió, pero no alcanzó a circular, por haber llegado la noticia de haber cometido la revolución. Primero ofrecer un ejemplar de cada uno de estos dos folletos para enviar a Ud.

El otro folleto fué publicado por mí, i envió a U. [ilegible]

Soi de Ud S S S

Pedro Montt

Quilpué, 19 de Febrero de 1892

S. D.

Pedro Montt

Washington

Mui distinguido Señor:

Ayer tuve el gusto de recibir su mui atenta del 18 del mes pasado, i dos ejemplares de su interesante esposicion.-

Mucho he agradecido su envío, y crea que me será inútil manifestarle cuanto le estimaría que me proporcionara un ejemplar de las traducciones de los folletos de Bañados i Allendes, de que me habla en su carta que contesto.

La coleccion de impresos que he llegado a formar, es realmente interesante, i con el tiempo adquirirá verdadera importancia.

Espero completarla antes de obsequiarla bien encuadernada, a nuestra Biblioteca Nacional.

Queda a sus órdenes, su i ss.

Anibal Echeverría y Reyes

NICANOR MOLINARE (1910)³

2da Clase
10 centavos

Santiago 31 Agosto 1910.-

Anibal Echeverría Reyes.-
Antofagasta.-

Esposicion Historica desea esponga su bella coleccion de antiguedades,
cuadros, armaduras prehistoricas, etc.

- Resérvasele vitrinas especiales. - Mueva autoridades vecindario. -
Gastos pagados.-

Nicanor Molinare.-
Secretario Jeneral.-

³ Fuente de la correspondencia: Museo Histórico Nacional, Chile. Digitalización: Marcela Covarrubias. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

Santiago 31 Agosto 1910.-

Intendente

Antofagasta.-

Curiosidades historicas esa provincia aun no llegan. - Reuna directorio.-
Echeverria Reyes solo puede dejar bien puesto Antofagasta en Esposicion
Historica.-

Gastos envio pagados.-

Nicanor Molinare.-
Secretario Jeneral.---

S. D. Nicanor Molinare,
Santiago

Estimado amigo, en el acto de recibir su telegrama del 31 del pasado, se lo contesté por la misma vía, pero lo han dado sobranste en Santiago por no saber su casa...

Salgo en el Victoria en 10, i llevaré un centenar de objetos pequeños, restos de la antigua civilización calchaquí, encontrados por mí, en los cementerios indígenas de Chiuchiu, sumamente interesantes.

Necesitaré una vitrina de unos dos metros, por uno cincuenta, i de quince centímetros de alto, para colocar sobre caballetes.

He interesado al Dr. Galvarino Ponce, que espongá una colección de antigüedades de Quillagúa, de la civilización quíchua, i he logrado que también la lleve consigo allá.

Me es grato saludarlo, como su adicto amigo,

Aníbal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, 6 de Setiembre de 1910.

ROBERT LEHMANN-NITSCHE Y JULIANA DILLENIIUS (1911-1927)⁴

Señorita Juliane Dillenius,
Viamonte, 430;
Buenos Aires.

Respetada profesora, he demorado en contestar su carta del 5 del pasado, hasta no recibir de Santiago la colección de estampillas chilenas del Centenario, que me doi el agrado de remitirle.

Mui reconocido he quedado por el envío de sus dos interesantes trabajos, i le ruego me favorezca siempre con sus memorias.

Segun los apuntes de mi cartera, con el mensajero del Hotel, envié los borradores de mis comunicaciones al Congreso de Americanistas, a la Srta. Aline H. Kempen, Av. de Mayo. 1057. a fin de que se dignase sacarlos en limpio a máquina, como lo había hecho con los doctores Oyarzun i Guevara, i me fuí a Montevideo.

Por desgracia, tuve que regresar a Chile precipitadamente, por una grave enfermedad de mi madre, i no alcancé a preocuparme de nada a mi paso por Buenos Aires, que fué sólo de horas.

Yo no tengo ni apuntes, de modo que si fuese absolutamente indispensable presentar siempre esas comunicaciones, le ruego me lo indique a fin de rehacerlas, aun cuando me alegraría evitarme la tarea, pues las atenciones profesionales me absorben todo mi tiempo.

Sírvase saludar a los doctores Ambrosetti i Lehman - Nitsche, i créame Ud., su adicto servidor.

Aníbal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, 4 de Mayo de 1911.

⁴ Fuente de la correspondencia: Ibero Amerikanisches Institut zu Berlin, Alemania. Digitalización: Benjamín Ballester. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

Aníbal Echeverría y Reyes

Srta Juliana A. Dillenius,
München.

Estimada profesora, mil gracias por su amable atención de darme su domicilio para tener oportunidad de conocer a su respetable familia.

Son tantos los intereses ajenos que tengo atender, que me es imposible moverme en este año, como lo deseaba, pero asistiré al Congreso próximo de Londres, i me daré el placer de saludarla.

Mi hijo mayor, que tiene mi nombre, saldrá en el mes entrante a Europa por un año i lleva su decisión i la verá por encargo mío.

Acá quedo a sus órdenes, para lo que le pueda ofrecer.

Asi, siempre, su adicto servidor,

Aníbal Echeverría y Reyes,

Antofagasta, 19 de Marzo de 1912.

Srta. Julliane A. Dillenius,
München.

Estimada señorita, aunque con bastante demora, por mis continuas ausencias, por fin, puedo darme el gusto de enviarle la colección completa de las actuales estampillas chilenas, limpias.

No se preocupe de su insignificante valor.

Eso sí, en el caso que publique ud algo, o que conserve duplicados que no necesite, de los trabajos que, sobre etnografía o arqueología americanas, se hayan repartido en el Congreso de Londres, sírvase favorecerme con ellos.

Mi hijo aun no me avisa si ha pasado por München a saludarla.

El Dr. Uhle, que dirijía el Museo de Lima, está ahora en Santiago, como jefe de la Sección Etnográfica i Arqueológica de la Universidad de Chile.

Ha venido por aquí en comisión oficial de exploración, i en el lugar denominado Chunchurí, a una legua de Calama, es decir a 228 kilómetros de este puesto ha encontrado valiosísimos objetos de plata, madera i piedra de los calchaquies.

He tenido el placer de prestarle cuantas atenciones me han sido posibles, aquí i en el interior, para facilitarle sus tareas que servirán para enriquecer nuestro Museo.

Sin otro particular, la saludo con agrado i me digo, de Ud. adicto servidor,

Aníbal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, 26 de Agosto de 1912.

Aníbal Echeverría y Reyes
Casilla 160
Condell 813
Teléfono 44
Antofagasta

Srta. Julliane A. Dillenius,
Reitmorstrásse, 53;
Münschen.

Estimada señorita, acaba de salir un nuevo tipo de estampilla de 4 C, i se la envió para su colección.

Le ruego no olvidarse del encargo que me permití hacerle de los folletos que tenga sobrantes sobre arqueología de Sud América, de los que se hayan repartido en el Congreso de Londres.

Aprovecho esta oportunidad, para saludarla, como su adicto servidor i amigo,

Aníbal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, 23 de Octubre de 1912.

Srta Julliana A. Dillenius,
München.

Estimada señorita, he venido, con toda mi familia, a pasar las vacaciones judiciales a este puesto, pero luego regresaré a Antofagasta, en donde espero recibir sus buenas noticias.

Le incluyo las últimas estampillas chilenas lanzadas a la circulación para que complete su colección de los sellos que están en uso.

Me es grato saludarla como su atento i seguro servidor.

Aníbal Echeverría
y Reyes.

Valparaíso, 11 de Febrero de 1913

Anibal Echeverría y Reyes
Casilla 160 - Teléfono 44
Condell 813
Antofagasta

Dirección Cabl.: ALAER

Sña Juliana de Lehmann - Nitsche,
La Plata.

Respetada profesora, le agradezco la atención que ha tenido al enviarme su trabajo sobre la craneometría comparada de los antiguos habitantes de la Isla i del Pucará de Tilcara, en Jujui.

Hace días había esanito [ilegible] preguntando por la residencia de ud, pues ignoraba que hubiera regresado a Buenos Aires.

Por aquí he ayudado al Dr. Uhle, en diversas exploraciones que ha hecho en el interior de esta provincia, para determinar la influencia de los changos.

Los resultados han sido espléndidos i se ha logrado reunir buen material que los clasifica i estudia en la clase que él rejenta de Arqueología i Etnografía americanas, en la Universidad de Chile.

Por desgracia para mí, las tareas profesionales que tengo a mi cargo, como abogado consultor de empresas salitreras i mineras, no me dejan tiempo ni tranquilidad para hacer nada de provecho, i me contento con ayudar modestamente, en la parte material de estas labores.

No han salido nuevas estampillas chilenas; cuente con recibir las que puedan remitirse.

Tenga la bondad de presentar mis respetos a su marido, i, ambos créanme, de ud, como adicto servidor i aficionado a discípulo,

Aníbal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, 9 de Novbre de 1913

Anibal Echeverría y Reyes
Casilla 160 - Teléfono 44
Condell 813
Antofagasta

Dirección Cabl.: ALAER

Sr. Dr. Don Roberto Lehmann Nistche,
La Plata.

Respetado profesor: amigo, perdóne mis atrevimiento de hacerle mi encargo personal.

Desearía tener unos cuadros publicados por el Dr. Austr [ilegible] sobre los aboríjenes argentinos, i las Conferencias de Extensiones universitaria, de esa Universidad Nacional de La Plata, que se hayan publicado desde 1909 inclusive, en adelante.

El volumen de 1907-08, lo traje cuando fuí al Centenario.

Como no deseo hacerle incurrir en gastos, le envío veinticinco nacionales en la letra que le remito; si falta, no tiene mas que avisármelo.

Con mis respetos para la Dñ Juliana, soi, de cual adicto servidor i ami-;

Anibal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, 24 de Novbre de 1913

Anibal Echeverría y Reyes
Casilla 160
Condell 813
Teléfono 44
Antofagasta

Cable: ALAER

Sr. Dr. Dn. Roberto Lehmann Nitsche,
La Plata

Mi distinguido doctor i amigo, recibí su carta del 15, con los diez nacionales incluidos.

Mil gracias por sus buenas gestiones para adquirirme la colección de Cuadros de los Aboríjenes de Autr que espero recibir de su amigo cuando venga por acá.

Como de costumbre me iré al sur el 15 de enero durante el feriado judicial, i, si le es posible, avisarle a ese caballero que si no me encontrase en ésta, su casa, Condell 813, no deje el paquete con el Director del Instituto Comercial.

Con mis mejores notas por la felicidad de Ud., i de su digna señora, quedo de Uds, como su adicto y agradecido servidor

Aníbal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, 29 de Diciembre de 1913

Anibal Echeverría y Reyes
Casilla 160
Condell 813
Teléfono 44
Antofagasta

Cable: ALAER

Sña Juliana Lehmann - Nitsche,
La Plata

Mi estimada señora, hoi he tenido el agrado de recibir la coleccion de cuadros a que lo refiere su postal del 20 del pasado.

El Dr. Rivioso [ilegible] se quedó en el sur i la mandó con otro pasajero.

Mil gracias por las buenas atenciones de ud., i del Dr. Dn Roberto, al que tendrá la bondad de saludar.

Disponga Ud de su agradecido servidor i amigo,

Anibal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, 15 de Enero de 1914

Sña Juliana A. Dillenius de Lehmann Nitsche,
La Plata.

Mi respetada señora, he venido por unos diez días por asuntos profesionales i regresaré a Antofagasta, en donde, como ya lo sabe me tiene ud, incondicionalmente a sus órdenes.

Aquí creo que el Gobierno, a pesar de la crisis espantosa que hai, i de la situación política mui vidriosa en que se ve envuelto se preocupa, de modo serio, en los preparativos necesarios para que el XIX Congreso de Americanistas se celebre, dignamente, aquí, a fines de este año.

Chile designó ya su comisión compuesta de los Al. Mechoria [ilegible] Guevara, Lenz i de mi, los que estuvimos también en Buenos Aires, el año de 1910, junto con el Sr. Oyarzun que ahora se encuentra enfermo.

Ojalá que vinieran ud con mi respetado Doctor Lehmann Nitsche, pues, en union del Sr. Ambrosetti, lograrían prestijiar la asamblea que no será mui numerosa, pues habrá novedades en restricción los gastos.

Sin embargo, podrá visitarme Juliana en el Cuzco, i tal vez reunirnos cerca de Lima, si se llega a un acuerdo que lo jestionan con el Perú.

Los S. Manuel V. Ballivian, i Arturo P. Posnansky son incansables en estas tareas.

Le ruego saludar al Dr. Lehmann - Nitsche, i disponer ambos, de su atento servidor que desea nuestro por acá.

quedo, de Ud como su adicto

Aníbal Echeverría

y Reyes,

La Paz, 5 de Agosto de 1914

Aníbal Echeverría y Reyes

Sña Juliana de Lehmann Nitsche,
La Plata.

Mi apreciada señora, celebro las noticias que me dá en su carta del 22, i me apresuro a felicitar a Ud i a D. Roberto por su hijita, que será el encanto del apreciable hogar de uds.

Como lo precisa mui bien, es una locura de los bolivianos insistir en que se celebre el Congreso XIX de los Americanistas en la próxima pascua, pero los doctores del Altiplano son tenaces i testarudos...

Si se realiza, lo que dudo mucho, iré de todos modos por vía de distracciones i fases. Tengo lista una memoria acerca de los Precursores de Colon, relatando los viajes anteriores al Almirante, hacia América del Norte, si se publica me permitirá ofrecerle unos ejemplar.

Así mui partidario de los alemanes, a los que debemos los chilenos, el desarrollo del comercio, la educación superior, i el progreso de nuestro ejército, pero me encuentro solo en esta rejion donde dormir la colonia inglesa.

Sin embargo, hago activa campaña por la promesa saliendome de mi conocimiento personal del territorio en que se desarrolla la contienda.

Con mis respetos por el Doctor i para Ud, créame, siempre, su adicto servidor,

Aníbal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, 12 de Octb de 1914

Anibal Echeverría y Reyes
Casilla 160 - Teléfono 44
Condell 813
Antofagasta

Dirección Cabl.: ALAER

Sr. Dr. Don Roberto Lahmann Nitsche
La Plata

Mi recordado profesor, mucho le agradezco que me haya favorecido con su estudio sobre Santos Vega, que suscribo definitivo.

Espero que su señora se haya conservado siempre bien, aunque temo que la atención de la familia la hayan distraído de sus aficiones científicas; sírvase manifestarle mis respetuosos saludos.

¿Sería posible obtener un ejemplar del libro del Dr Torres sobre los primitivos habitantes del Delta del Paraná?

Así su adicto servidor y discípulo,

Aníbal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, 9 de Setbre de 1917

Quito, el 2 de noviembre de 1927

Señor Don Aníbal Echeverría y Reyes
Antofagasta

Muy estimado señor y amigo:

Recibí su atenta carta de 3 de octubre. Tengo la suerte de vivir todavía en esta ciudad, no que la suerte consiste en vivir en esta, sino que consiste en vivir todavía en el servicio de la ciencia; hay que ser contento en este caso, si uno vive aun solo en Quito.

Al tener noticia de su deseo de tener mi estudio sobre las civilizaciones de Arica y Tacna, me dirigí al bibliotecario del señor Jijón pidiéndole uno de los ejemplares a los cuales tengo derecho, y, como una rara excepción, también lo he recibido, el mismo que me hago la satisfacción de mandarle ahora.

A quién hemos perdido en la colaboración en los estudios sobre la arqueología atacameña, fue el señor Eric Boman. Siento, que ya no nos acompaña en estas labores. Tengo mucho que hacer todavía, para cumplir con la solución del problema que como tarea me he propuesto para la vida: la determinación del origen de las civilizaciones suramericanas. Uno de los eslabones en los trabajos de esta clase —ante todo será necesario todavía escribir un trabajo comprensivo— es el pequeño sobre las civilizaciones esmeraldenas, hasta cierto punto descriptivo, pero por la importancia de las civilizaciones para el problema, también importante en este respecto, y tengo el placer de acompañárselo igualmente.

Con muy atentos saludos, siempre
afectísimo S. y amigo

JUAN B. AMBROSETTI (1912-1916)⁵

Anibal Echeverría y Reyes

Sr. Dr. Don Juan B. Ambrosetti;
Buenos Aires

Mi respetado amigo i maestro a fines del año pasado entregué al Cónsul argentino dr. Bossi, una memoria de San Pedro de Atacama, para el Museo que está a su digno cargo. Espero haya llegado bien a su poder.

En 1910, no he tenido el agrado de recibir ninguna publicación etnográfica ni arqueológica de esa Facultad: ojalá me favorezca con todo lo que haya salido.

Perdone mi confianza.

Aprovecho esta oportunidad para saludarle como su adicto servidor,

Aníbal Echeverría
y Reyes

Antofagasta, 27 de Febrero de 1912

⁵ Fuente de la correspondencia: Archivo Fotográfico y Documental, Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina. Digitalización: Archivo Fotográfico y Documental, Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

Aníbal Echeverría y Reyes

Sr. Dr. Don J. B. Ambrosetti,
Buenos Aires

Mi recordado profesor, hace mucho tiempo a que no merezco el honor de tener ninguna noticia suya, a pesar de las cartas i postales que me ha permitido dirigirle, i no sé a qué atribuir su silencio.

Con mi Cónsul, Dr. Bomi, le envié una memoria de S. Pedro de Atacama, i tengo tres mas comprometidas para usted.

Durante todo el año 1911 no he recibido ninguna publicación de la Facultad.

Perdone mis pedidos, i créame su agradecido i adicto discípulo,

Aníbal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, 19 de Marzo de 1912

Esperando momia [en lápiz grafito]

Sr. Dr. Don Juan B. Ambrosetti,
Buenos Aires.

Mi querido señor, espero que haya regresado contento del Congreso de Londres, i que traiga novedades de por allá.

El Dr. Uhle, que servía el cargo de Director del Museo de Lima, lo tenemos ahora de jefe de la Sección Etnográfica i Arqueológica de la Universidad, en Santiago, i ha venido por estas tierras en exploración, con tal buen resultado, que se ha encontrado una verdadera mina en el lugar denominado Chunchurí, cerca de Calama, de donde ha traído como 800 objetos de plata, metal, madera, etc, de esquivo gusto.

Le ruego me favorezca con las publicaciones de la Facultad; la única que me ha llegado desde hace un año, nada menos, es su Memoria del Museo Etnográfico, en la que figura la momia que me dió el placer de enviarle. Acabo de entregar otro espléndido ejemplar al Sr Vice-Cónsul, que lo hará llegar a sus manos.

Perdone que insista una vez mas en un encargo anterior; supongo que no se habrá publicado un trabajillo que le envié hará un año, sobre mi viaje al Cuzco. Le suplico me recoja ese orijinal i me lo remita, si le es posible.

Lo saludo como su adicto amigo i discípulo,

Aníbal Echeverría
y Reyes

Antofagasta, 23 de Agosto de 1912

Aníbal Echeverría y Reyes
Casilla 160
Condell 813
Teléfono 44
Antofagasta

Sr. Dr. Don Juan B. Ambrosetti,
Buenos Aires.

Mi recordado profesor i amigo, sinceramente agradezco a Ud su atenta carta del 26 del pasado, i espero haya regresado Ud sin novedad de su interesante viaje a Europa.

El Dr. Lehmann Nitsche me anuncia que sale en estos días, para Alemania. Felices Uds...

Ví al Sr. Sr. Cónsul i ha quedado de hacer llegar a su poder la memoria que me dí el placer de obsequiar al Museo de su digno cargo. Insistiré en la remisión.

Gracias por sus tres folletos que leído con interés i provecho.

Si se acuerda, recomiende al Sr. Gerente del Boletín del Instituto Geográfico, que me favorezca con unos 6 números del ejemplar en que se haya publicado mi "Viaje al Cuzco".

Acepte mi cordial apretón de manos de su agradecido discípulo i amigo,

Aníbal Echeverría
y Reyes

Antofagasta, 21 de Dicbre de 1912

Antofagasta Diciembre 4 de 1915

Señor Doctor Juan. B. Ambrosetti
Washington

Distinguido Doctor:

Tengo el agrado de acompañar una copia de la carta, que el Doctor Don Aníbal Echeverría y Reyes me ha dirigido al hacerme entrega de los tres cajones cerrados, conteniendo la colección arqueológica, que tuvo Ud a bien encargarme remitir a Buenos Aires.

Atendiendo a las indicaciones del Doctor Echeverría, y comprendiendo que no hay urgencia en hacer la remisión, he creído conveniente demorarla, hasta tanto Ud regrese, ó bien reciba en orden de hacerlo;

A la espera de sus ordenes, me es grato ofrecer a Ud mi consideración distinguida.

[hace una firma]

Cónsul

Antofagasta, Mayo 22 1916.

Señor Doctor Juan B. Ambrosetti
Buenos Aires

Mi respetable Doctor:

Acabo de leer una tarjeta de Ud dirigida al Doctor Echeverría, en la cual se digna enviarme su saludo, el que retribuyo, agradecido a su recuerdo; – La propuesta de venta hecha por el Doctor Echeverría de objetos arqueológicos que ahora adjunto, la remití a Washington oportunamente, por cuya razón la creía en su poder; por la referida tarjeta, veo que no es así, y como el Doctor Echeverría me envió la lista de los objetos en cuestión en tres ejemplares, me encuentro, felizmente en condiciones de enviarle uno de los ejemplares que conservaba.

Aprovecho la oportunidad para ofrecer mis respetos a su digna esposa, al Doctor Hollenberg y a Ud, mi mas distinguida consideración y respeto.

[hace una firma]

– Espero sus ordenes –

S. Dr. Don Juan B. Ambrosetti
Buenos Aires

Mi querido amigo i maestro, las tres notas a que se refiere su tarjeta del 1° las saqué, yo mismo, de un jentilar mui cerca de la laguna de Chiuchiu, en el interior de esta provincia.

El Cónsul Dr. Casal me dijo que mi propuesta la había remitido a Ud a Washington i a Buenos Aires, i acaba de enviarle uno triplicado.

Espero su pronta resolucion, tanto por tener pendiente una propuesta del Dr. Santos de Barcelona, como porque temo se dicte luego una lei prohibiendo una exportación de objetos etnograficos u arqueológicos.

Me dicen que acaba de publicarse allá una memoria de Boman; si es de su Facultad acuérdesese de mí.

Con mis respetuosos saludos para su señora i Ud, soi de ud su adicto discípulo i amigo,

Aníbal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, 12 de Junio de 1916

DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR (1914)⁶

Anibal Echeverría y Reyes
Abogado
Casilla 160 - Teléfono 44 1148578
Condell 813
Antofagasta
12649

Dirección Cabl: Alaer

S.D. Domingo Amunategui Solar, Santiago

Distinguido Dr. i amigo, mucho le agradezco la buena voluntad que me manifiesta en su aviso del 30, de que me recomendará para la Delegación que irá a La Paz, el Congreso de Americanistas, al que también concurrí como secretario el año 1910, en Buenos Aires.

No dude que no lo dejaré mal en esto, pues llevará trabajo, adecuados, i me ligan buenas relaciones con los S.S. Medina i Guevara.

Asi su adicto y seguro servidor.

Anibal Echeverría
y Reyes

Antofagasta, 6 de Julio de 1914

⁶ Fuente de la correspondencia: Biblioteca Nacional, Chile. Digitalización: Nicolás Valenzuela. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

RAMÓN LAVAL (1914)⁷

S. D. Ramon O. Laval
Santiago

Mi estimado amigo, supongo que había regresado ya el dr. Montt de su veraneo, i por eso le recuerdo la oferta de enviarme los “Apuntes de Código Civil”. Tercer año - clase de D. Leopoldo Urrutia, i yo, en cambio, recojería cuanta publicación se ha hecho en las 6 Imprentas de Antofagasta, i lo que se continúa imprimiendo.

Si no les agrada, indíqueme el libro que deseen en canje, i su valor, i yo se lo remitiré sin demora.

No he podido conseguir ese libro, i por eso deseo tenerle; solo no he juntado con el simplemente.

Aguardando en favorable respuesta lo saludo como su adicto compañero i amigo,

Aníbal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, 15 de Mayo de 1914

⁷ Fuente de la correspondencia: Biblioteca Nacional, Chile. Digitalización: www.bibliotecanacional-digital.gob.cl. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

RÓMULO CASAL (1915)⁸

Anibal Echeverria y Reyes
Casilla 160 - Teléfono 44
Condell 813
Antofagasta

Direccion Cabl.: ALAER

Copia Señor Don Romulo L. Casal.

Consul de la Rep. Argentina.
Ciudad.-

Distinguido Señor, entrego a Ud tres cajones cerrados i retobados que contienen todo lo que vendí el 20 del pasado al Museo de la Facultad de Filosofía i Letras de Buenos Aires, en mil trescientos ochenta nacionales argentinos, por intermedio del Dr. Ambrosetti.-

Esta coleccion arqueolojica la he recojido en la Quebrada de Chunchuri cerca de Calama; los objetos menudos, de San Pedro de Atacama es la alfarería, tejidos i piezas grandes, en los jentilares hoi agotados de esos puntos.-

Antes de distribuir en el Museo los objetos, que van bien embalados, por separado, tal vez convendria aguardar el regreso de dicho profesor pues, el interes principal de esos materiales consiste en su comparacion con especie similares, de Salta i de Jujui, para establecer el dominio que en este Litoral tuvo la raza Calchaqui, acerca de lo que tengo la más intima conviccion.-

Voi a formar una lista de muchos ejemplares que poseo en madera, como idolos, jarros, vasos, campanillas, tabletas, cajitas i tubos para colore, escarificadores, platos, espátulas, estuches, husos, tortera, frenos de llama,

⁸ Fuente de la correspondencia: Archivo Fotográfico y Documental, Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina. Digitalización: Archivo Fotográfico y Documental, Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

cucharas, armazon de corazas, etc. i la remitiré a ese Museo, por digno conducto de Ud, por si le interesase su adquisición.-

Todo esto lo he sacado de los jentilares de Chunchurí, Chiu-Chiu i ribera del río Loa, es decir en los alrededores de Calama.-

Agradeceré a Ud se digne acusarme recibo de los cajones para tener constancia de haber cumplido mi convenio.-

Soi de Ud su servidor mui adicto.-

Anibal Echeverría i Reyes.

Antofagasta 2 de Diciembre de 1915

Anibal Echeverría y Reyes
Casilla 160 - Teléfono 44
Condell 813
Antofagasta

Dirección Cabl; ALAER

Señor don Romulo L. Casal.
Ciudad.-

Distinguido Señor, le confirmo mi carta del 2 del actual, i ofrezco ceder al Museo de la Facultad de Filosofía i Letras de la Universidad de Buenos Aires, las siguientes piezas de madera i hueso, recojido por mi en los jentilares de Chunchuri, Chiu-Chiu, i ribera del Loa, lugares todos, cercanos a la ciudad de Calama.-

Tabletas lisas	5
“ con figura de hombre	10
“ “ animales i pajaros	18
“ sin figura	5
“ caladas	1
Escarificadores tallados i lisos	21
Alfileteros	2
Cajillas con divisiones	12
Campanillas diversos tamaños	12
Vasos	8
Platos	3
Flauta grande	1
“ chica	1
Idolos, varios portes	7
Cucharillas para pintura	17
Cucharas	16
Arpones	5
Espátulas talladas i sencillas	14
Estuches para polvos	27
Frenos de llamas	15

Amarras para cargas lisas	4
Amarras para cargar ovaladas	2
Plancha de madera lisa	2
“ “ “ forradas de cuero	2
Husos	11
Torteras sueltas	7
Rascador	1
Cuchillos para tejer	6
Piezas de madera de corazas	3
Piezas para producir el fuego	4
Punzones de madera	15
Arcos	2
Palas	1
Total	---
	260

Comparando estas piezas con las analogas que se detallan en la Notas de Arqueología, Calchaquí (1899) i Exploraciones en la Ciudad de la Playa, (1907) del Doctor Ambrosetti; en Las ruinas de Kipon (1908) del Doctor Debenedetti, i en el Catalogo de Antigüedades de Jujui (1902) del Doctor Lehman- Nistche, se vé que pertenecen a una misma civilización.-

En el tomo 2º de la obra de Antiquités de la Région Andine de la République Argentine, et du Desert d Atacama, 1908 del doctor Boman, pueden verse varios de los objetos que forman parte de mi colección.-

Todo lo que indico lo entrego en la suma de \$250, oro, bien embalado i retobado, puesto en mi casa, Condell 813.-

Para poder formarse una idea de esta colección mui escogida, me refiero la página 454 del tomo 8º de La Revista Chilena de Historia y Geografía, en la que sale un artículo del Doctor Don Max Uhle, con ilustraciones de algunas de mis tabletas.-

Agradeceré a Ud se sirva enviar las copias de esta carta que le incluyo, al Sr. Decano de la Facultad, i al Sr. Ambrosetti.-

Aguardo la pronta resolución acerca de mi oferta, pues tengo desde el extranjero, pedidos pendientes de estos objetos, pero no quiero deshacerme de ellos, sino en un solo lote.-

Aproveche esta ocasión para reiterar a Ud mi mas especial consideración, como su afino servidor.-

Aníbal Echeverría
y Reyes

Antofagasta, Diciembre 9 de 1915

JOAQUÍN FIGUEROA (1918)⁹

Anibal Echeverría y Reyes
Abogado
Casilla 160 - Teléfono 44
Condell 813
Antofagasta

Sr. Director del Museo Militar:
Ciudad

Señor, tengo el agrado de entregar al establecimiento de su digna cargo, el estandarte que, en 1879 obsequiaron las señoras de Santiago, al Batallón Bulnes, cuerpo que, al mando de mi señor padre, Teniente Coronel de José Echeverría, se encontró en casi todas las batallas de la Guerra contra el Perú i Bolivia i que mereció especiales felicitaciones de los Srs. Jenerales en Jefes, D. Erasmo Escala y don Manuel Baquedano.

Soi, de Ud, atento Servidor.-

Fdo.....Aníbal Echeverría
y Reyes.

Casilla 1814

Santiago, 4 de Abril de 1918

⁹ Fuente de la correspondencia: Museo Histórico Nacional, Chile. Digitalización: Marcela Covarrubias. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

Santiago 5 de Abril 1918

Senor

Anibal Echeverría

Con todo agrado, acuso a Ud, recibo de su atenta de 4 del presente en que Ud, tiene abien obsequiar, al Museo Histórico Nacional, el estandarte del Batallón Bulnes que tan gloriosa actuacion tuvo en la Guerra del Pacifico al mando de su Senor Padre el Benémerito Coronel Don Jose Echeverria

Reciba pues, mi estimado amigo, mis mas cordiales agradecimientos por su valiosa donacion

De Ud. S S

Jqn. Figueroa

DIRECTOR DEL MUSEO MILITAR (1918)¹⁰

Aníbal Echeverría y Reyes
Abogado
Casilla 160 - Teléfono 44
Condell 813
Antofagasta

Dirección Cabl.: ALAER

Catalogado
con el
N° 4759

Sr. Director del Museo Militar:
ciudad

Señor, tengo el agrado de entregar al establecimiento de su digno cargo, el estandarte que, en 1879, obsequearon las señoras de Santiago al Batallón Bolívar, cuerpo que, el mando de mi señor padre, Teniente Coronel D. José Echeverría, se encontró en casi todas las batallas de la Guerra contra el Perú i Bolivia i que mereció especiales felicitaciones de los Al. Generales en jefe, D. Erasmo Escala i don Manuel Baquedano.

Así, de ud. atento Servidor

Aníbal Echeverría
y Reyes,

Cerrillos 1814

Santiago, 4 de Abril de 1918

¹⁰ Fuente de la correspondencia: Museo Histórico Nacional, Chile. Digitalización: Marcela Covarrubias. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

AUGUSTO CAPDEVILLE ROJAS (1919-1925)¹¹

Antofagasta, 26 de Enero de 1919.

S.D. Augusto Capdeville.

Taltal.

Distinguido señor, he tenido el agrado de recibir su carta del 23 y los dos números de la Historia de Santiago, que ya conocía, pues fui suscriptor.

Comenzaré por manifestarle que sus informaciones respecto de mí, son erradas: apenas me considero un simple aficionado en el tema de la arqueología del norte de Chile.

He realizado numerosas expediciones en los cementerios indígenas de Chiu-chiu, Chunchurí, cerca de Calama y en San Pedro de Atacama, y todos los objetos que extraje yo mismo, los he repartido en los museos de Santiago, Buenos Aires, Lima y La Paz. Fueron más de tres mil entre todos.

He dejado para mí unos 500 objetos de madera, como vasos, platos, campanillas, ídolos, escarificadores, tabletas, cajitas, tubos, etc.

No tengo fotografías, pero si alguna vez pasa por acá, quedan a sus órdenes para que los estudie, lo mismo que una buena colección de libros en francés, inglés, alemán y castellano que he logrado reunir con toda paciencia, exclusivamente sobre estas materias del norte de Chile.

Tengo que significarle que la lucha por la vida, no me deja tiempo para dedicarme a estudios, indagaciones o memorias: apuntes no me faltan, pero la oportunidad es la que no diviso.

Soy abogado y esclavo de mi clientela no escasa; podría descansar, pero lo hago por hábito y por gusto.

No guardo un solo ejemplar de los folletos que publiqué sobre el atacameño, pero trataré de buscarle algunos, son filológicos.

¹¹ Fuente de la correspondencia: Biblioteca Nacional, Chile. Digitalización: Nicolás Valenzuela. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

A usted lo conocía y lo respetaba mucho, por referencias de mi querido profesor el Dr. Uhle, por el Dr. Oyarzún y por el Sr. Eberhardt; alabo y admiro su entusiasmo, pero lamento no poder seguir su ejemplo.

Considéreme pues, como su servidor muy adicto, Anibal Echeverría y Reyes

Antofagasta, 21 de Febrero de 1925.

Sr. Don Augusto Capdeville
San Antonio.

Distinguido señor, en este momento me llega su carta del 12, y su interesante trabajo acerca del Cementerio de Punta Grande, publicado, seguramente a instancia de nuestro recordado y malogrado profesor Max Uhle.

Lo estudiaré esta noche, y no dudo que con mucho provecho.

Mil gracias por su fina atención.

Soy su adicto servidor, Anibal Echeverría y Reyes.

GUILLERMO FELIÚ CRUZ (1926)¹²

Aníbal Echeverría y Reyes
Abogado
Plaza Colón (Sucre, 251)
Casilla 160 - Teléfono 44
Antofagasta

S.D. Guillermo Felíu Cruz.
Museo Histórico Nacional.

Santiago,

Distinguido señor, quedo muy agradecido a Ud con el ejemplar con que me ha favorecido de la interesante obra que ha publicado junto con el señor Collier acerca de la Misión Poinsett.

La estoy leyendo con mucho interés y provecho, y, por lo que conozco sobre el particular, Uds han esclarecido hechos mal tratados por otros historiadores.

Han tenido Uds. mucha suerte al disponer de abundantes documentos inéditos.

Quedo de Ud, muy atento servidor,

Aníbal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, Octubre, 1º de 1926

¹² Fuente de la correspondencia: Biblioteca Nacional, Chile. Digitalización: Nicolás Valenzuela. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

RICARDO LATCHAM (1928)¹³

Anibal Echeverría y Reyes
Abogado
Plaza Colón (Sucre, 251)
Casilla 160 - Teléfono 44
Antofagasta

Señor

Director del Museo Nacional.,
Santiago.

Respetado señor, el 25 de Agosto último, ofreci en venta al establecimiento que esta a su digno cargo, una coleccion de libros sobre arqueolojia, antropolojia y etnografía.

Como no he recibido ninguna noticia suya al respecto, le agradeceré devolverme la lista que le remiti, pues de Buenos Aires, insisten en adquirirlos i me desprendere de ellos, ya que aqui parece que no hai interes en conservarla en el pais.

Soi su atento y seguro servidor.

Anibal Echeverría
y Reyes,

Antofagasta, Diciembre 13 de 1928

¹³ Fuente de la correspondencia: Museo Nacional de Historia Natural, Chile. Digitalización: Francisco Garrido. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

MERCEDES IBÁÑEZ DE MEDINA (1931)¹⁴

Santiago, 11 de Marzo / 31 _

Dr. Dn. Anibal Echeverría y Reyes.
Antofagasta

Distinguido señor y amigo

Hoy se cumplen tres meses de la muerte de José Toribio, me parece que fue ayer.

le quedo muy reconocida por su hermosa carta de condolencia.

Mi marido tenia por V. gran afecto y estimación, de modo que es V. para mi persona grata. Recuerdo perfectamente nuestro viaje a Buenos Aires el año diez y que V. fué su secretario.

Espero que cuando venga á ésta pare por esta su casa para recordar al ausente.

Queda de V. S.S.S.

Mercedes Ibáñez de Medina

¹⁴ Fuente de la correspondencia: Biblioteca Nacional, Chile. Digitalización: Nicolás Valenzuela. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

CARLOS OLIVER SCHNEIDER (1935)¹⁵

Aníbal Echeverría y Reyes
Abogado
Plaza Colón (Sucre 251)
Casilla 160 - Teléfono 44
Antofagasta

Señor Dr.
C. Oliver Schneider
CONCEPCION.

Distinguido señor y amigo, acabo de recibir su carta del 15 y espero poder retirar pronto del correo los impresos que me anuncia, y que, de veras, agradezco.

Respecto de cráneos de atacameños, para conseguirlos, sería indispensable preparar una expedición a los jentilares del interior, especialmente, en serranías de la laguna de Chiu Chiu, en los que quedan muchas tumbas sin abrir, y se encontrarán numerosos objetos de interés, además de cadáveres.

Actualmente hay una comisión de la Universidad de Columbia, pero en otras localidades.

Soy su atento servidor,

Aníbal Echeverría
y Reyes

Antofagasta, 20 de Mayo de 1935

¹⁵ Fuente de la correspondencia: Museo de Historia Natural de Concepción, Chile. Digitalización: Benjamín Ballester. Transcripción: Ignacio Elizalde e Irma Parra.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acevedo, Nieves (2017). *Museo Nacional de Historia Natural. Colección Aníbal Echeverría y Reyes*. Manuscrito en posesión del autor.
- Acuto, Félix, Marisa Kergaravat y Claudia Amuedo (2014). Death, personhood, and relatedness in the South Andes a thousand years ago. *Journal of Material Culture*, 19(3), 303-326.
- Adán, Leonor, Simón Urbina, Constanza Pellegrino y Carolina Agüero (2013). Aldeas en los bosques de *Prosopis*. Arquitectura residencial y congregacional en el Período Formativo Tarapaqueño (900 a. C.-900 d. C.). *Estudios Atacameños*, 45, 75-94.
- Agüero, Carolina (2015). *Vestuario y sociedad andina. Desarrollo del complejo Pica-Tarapacá (800-1400 d. C.)*. San Pedro de Atacama: Qilqa.
- (1998). Tradiciones textiles de Atacama y Tarapacá presentes en Quillagua durante el Período Intermedio Tardío. *Boletín del Comité Nacional de Conservación Textil*, 3, 103-128.
- (1995). El cementerio “Protonazca” de Piragua (D), Colección Max Uhle. (II) Estudio de la Textilería. *Hombre y Desierto*, 9, 7-16.
- Agüero, Carolina, Mauricio Uribe, Patricia Ayala y Bárbara Cases (1999). Una aproximación arqueológica a la etnicidad, y el rol de los textiles en la construcción de la identidad cultural en los cementerios de Quillagua (norte de Chile). *Gaceta Arqueológica Andina*, 25, 167-197.
- Agüero, Carolina, Mauricio Uribe, Patricia Ayala y Bárbara Cases (1997). Variabilidad textil durante el período Intermedio Tardío en el valle de Quillagua: una aproximación a la etnicidad. *Estudios Atacameños*, 14, 263-290.
- Akin, Marjorie (1996). Passionate possessions. The formation of private collections. En David Kingery (ed.). *Learning from things. Method and theory of material culture studies* (pp. 102-128). Washington: Smithsonian Institution Press.
- Alberti, Samuel (2005). Objects and the Museum. *Isis*, 96(4), 559-571.
- Alegría, Luis (2007). Colecciones del Museo Histórico Nacional de Chile: ¿“invención” o “construcción” patrimonial? *Anales del Museo de América*, 15, 237-248.

- (2004). Museos y campo cultura: patrimonio indígena en el Museo de Etnología y Antropología de Chile. *Conserva*, 8, 57-70.
- Alegría, Luis, y Núñez, Gloria (2007). Patrimonio y modernización en Chile (1910): la Exposición Histórica del Centenario. *Atenea*, 495, 69-81.
- Alliende, Pilar, Victoria Castro y N. Gajardo (1993). Paniri: un ejemplo de tecnología hidráulica. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (tomo 2, pp. 123-127). Temuco: DIBAM-Museo Regional de La Araucanía y SCHA.
- Ambrosetti, Juan (1912). Memoria del Museo Etnográfico 1906-1912. *Publicaciones de la Sección Antropológica*, 10, 1-48.
- Anónimo (1979). Sección Prehistoria de Chile. *Boletín del Museo Histórico Nacional de Chile*, 3, 6.
- Anónimo (1938). Don Aníbal Echeverría y Reyes. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 86(93), 252-253.
- Anónimo (1910). El congreso de los americanistas en Buenos Aires, mayo de 1910. Datos recopilados por la delegación chilena. *Anales de la Universidad de Chile*, 127, 633-735; 879-904.
- Antúnez de Mayolo, Kay (1989). Peruvian natural dye plants. *Economical Botany*, 43(2), 181-91.
- Appadurai, Arjun (1991). Las mercancías y la política del valor. En Arjun Appadurai (ed.). *La vida social de las cosas* (pp. 17-88). México D. F.: Grijalbo.
- Arago, Buenaventura (1873). *Tratado Completo Del Cultivo de la Huerta*. Madrid: Marniano Escribano.
- Arce, Isaac (1997[1930]). *Narraciones históricas de Antofagasta*. Antofagasta: Lama Industriales.
- Ardiles, Héctor (2014). Comentario personal de Aníbal Echeverría y Reyes. En Corporación Pro Antofagasta (ed.). *Forjadores de Antofagasta, 148 años de historia* (p. 127). Antofagasta: Emelnor Impresores.
- (2010). Etapa inicial de la historia regional: historiografía de puertos y ciudades costeras. *Taltalia*, 3, 97-111.
- Arnold, Denise (2016). Una reconsideración metodológica de los estudios iconográficos de los Andes. *Estudios sociales del NOA*, 17, 7-18.
- Arriaza, Bernardo, Vivien Standen, Jorg Heukelbach, Vicki Cassman y Félix Olivares (2014). Peines para el despiojamiento en las antiguas poblaciones de Arica: rascando la evidencia. *Chungará*, 46(4), 693-706.

- Arriaza, Bernardo, Vivien Standen, Vicki Cassman y Calogero Santoro (2008). Chinchorro culture: pioneers of the coast of the Atacama Desert. En H. Silverman y W. Isbell (eds.). *Handbook of South American Archaeology* (pp. 45-58). Nueva York: Springer.
- Ávila, Florencia (2011). Arqueología policroma. El uso y la elección del color en expresiones plásticas. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 16(2), 89-99.
- Ayala, Patricia (2017). *Políticas del pasado. Indígenas, arqueólogos y Estado en Atacama*. San Pedro de Atacama: Qillqa.
- Ayala, Patricia, Omar Reyes y Mauricio Uribe (1999). El cementerio de los abuelos de Caspana: El espacio mortuorio local durante el dominio del Tawantinsuyu. *Estudios Atacameños*, 18, 35-54.
- Badenhorst, Shaw (2009). An ethnographic and historical overview of hide processing in southern Africa. *Annals of the Transvaal Museum*, 46, 37-43.
- Ball, Philip (2005). *Histoire vivante des couleurs*. París: Hazan.
- Ballester, Benjamín (2021a). Ópera heroica de dos momias de Chiuchiu, por Aquinas Ried/Reid. *Sophia Austral*, 27(3), 1-23.
- (2021b). *Biografía de una colección y su coleccionista: Los vestigios de Aníbal Echeverría y Reyes en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago*. Bajo la Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.
- (2020a). Apuntes sobre los apuntes de Simón Urbina. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 50, 91-92.
- (2020b). En busca de la balsa perdida. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 25(2), 141-163.
- (2020c). *Arpones precolombinos de Antofagasta. Acople de partes, collage de materiales, ensamblaje de seres y mosaico de paisajes*. Bajo la Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.
- (2019). La Colección Paul Thommen del American Museum of Natural History de Nueva York. *Taltalia*, 12, 109-116.
- (2018a). Tecnología de arponaje en la costa del desierto de Atacama, norte de Chile. *Estudios Atacameños*, 57, 65-95.
- (2018b). El Médano rock art style: Izcuña paintings and the marine hunter-gatherers of the Atacama Desert. *Antiquity*, 92(361), 132-148.
- Ballester, Benjamín, y Gloria Cabello (2022). Mitologías navieras de Atacama: el caballito de totora de Jean-Christian Spahni. *Estudios Atacameños*, 68, e4690.

- Ballester, Benjamín, Daniel Hernández y Christine Chávez (2019). Arqueología de archivos y archivos para la arqueología. Colección Schwenn del Museum am Rothenbaum (MARKK) de Alemania. *Revista de Arqueología Americana*, 37, 43-74.
- Ballester, Benjamín, y Alexander San Francisco (2018). Capdeville, Augusto. En Claire Smith (ed.). *Encyclopedia of Global Archaeology*. Cham: Springer.
- Ballester, Benjamín, y Daniela Grimberg (2018). Historia de la vegetación y ocupación humana en la costa del desierto de Atacama (Antofagasta, Chile). *Hombre y Desierto*, 22, 143-172.
- Ballester, Benjamín, y Macarena Crisóstomo (2017). Percutores líticos de la pampa del desierto de Atacama (norte de Chile): Tecnología, huellas de uso, decoración y talladores. *Chungará*, 49(2), 175-192.
- Ballester, Benjamín, y Francisco Gallardo (2017). Reflexiones sobre valor e intercambio de objetos en la costa de Atacama. *Taltalia*, 10, 53-64.
- Ballester, Benjamín, y Alexander San Francisco (2017). *Cuerpo del convite*. Santiago: Ojo en Tinta.
- Ballester, Benjamín, Francisco Gallardo y Patricio Aguilera (2015). Representaciones que navegan más allá de sus aguas: una pintura estilo El Médano a más de 250 km de su sitio homónimo. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 45, 81-93.
- Ballester, Benjamín, y Alejandro Clarot (2014). *La gente de los túmulos de tierra. Estudio, conservación y difusión de colecciones arqueológicas de la comuna de Mejillones*. Santiago: Ilustre Municipalidad de Mejillones.
- Ballester, Benjamín, Alejandro Clarot y Agustín Llagostera (2014). El Cementerio de Auto Club de Antofagasta y la sociedad litoral entre los 1000 y 1450 d. C. *Hombre y Desierto*, 18, 187-212.
- Barber, Elizabeth (1999). Colour in early cloth and clothing. *Cambridge Archaeological Journal*, 9(1), 117-120.
- Barham, Lawrence (1998). Possible early pigment use in South-Central Africa. *Current Anthropology*, 39(5), 703-710.
- Benjamin, Walter (2022). *El coleccionismo*. Buenos Aires: Gedisa.
- (2015). *Desembalo mi biblioteca. El arte de coleccionar*. Palmas de Mallorca: José J. de Olañeta.
- (2004). *El autor como productor*. México, D. F.: Ítaca.
- Berenguer, José (2009). Las pinturas de El Médano, norte de Chile: 25 años después de Mostny y Niemeyer. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 14(2), 57-95.

- (2004). *Caravanas. Interacción y cambio en el desierto de Atacama*. Santiago: Sirawi.
- (1993a). Gorros, identidad e interacción en el desierto chileno antes y después del colapso de Tiawanaku. En José Berenguer (ed.). *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas* (pp. 41-64). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- (ed.) (1993b). *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Berenguer, José, y Nieves Acevedo (2015). Tubos de hueso de ave como implementos chamánicos en el desierto de Atacama, Siglos XI-XV. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 20(1), 51-72.
- Berlin, Brent, y Paul Kay (1999). *Basic color terms. Their universality and evolution*. Berkeley: CSLI.
- Betancourt, Julio, Carlos Latorre, Jason Rech, Jay Quade y Kate Rylander (2000). A 22,000-year record of monsoonal precipitation from Northern Chile's Atacama Desert. *Science*, 289(5484), 1542-1546.
- Bessega, Cecilia, Carolina Pometti, René Fortunato, Francisca Greene, Calogero Santoro y Virginia McRostie (2021). Genetic studies of various *Prosopis* species (Leguminosae, Section Algarobia) co-occurring in oases of the Atacama Desert (northern Chile). *Ecology and Evolution*, 11, 2375-2390.
- Blom-Boer, Ingrid (2019). The composition of the colour palette and socio-economic role of pigments used in Egyptian painting. En Shiyanthi Thavapalan y David A. Warburton (eds.). *The Value of colour. Material and economic aspects in the Ancient World* (pp. 231-254). Berlín: Topoi.
- Boivin, Nicole (2004). From veneration to exploitation. Human engagement with mineral world. En Nicole Boivin y Mary Ann Owoc (eds.). *Soils, stones and symbols. Cultural perceptions of the mineral world* (pp. 1-29). Nueva York: Routledge.
- Boman, Eric (1908). *Antiquités de la Région Andine de la Rep. Argemine el du Désert d'Atacama*. París: Imprimerie Nationale.
- Bonavia, Duccio (1996). *Los camélidos sudamericanos*. Lima: IFEA.
- (1985). *Mural painting in ancient Peru*. Bloomington: Indiana University Press.
- Bourdieu, Pierre (2000). *Esquisse d'une théorie de la pratique*. París: Éditions du Seuil.
- Brickmann, Vinzenz, Oliver Primavesi y Max Hollein (2010). *Circumlitio. The polychromy of antique and medieval sculpture*. Frankfurt: Schriftenreihe der Liebieghaus Skulpturensammlung.

- Brinckman, Vinzenz, Renée Dreyfus y Ulrike Koch-Brinckmann (2008). *Gods in color. Polychromy in the Ancient World*. Nueva York: Fine Arts of San Francisco, Legion of Honor Del Monico, Books Prestel.
- Brons, Cecilie (2019). Ancient colours: perspectives and methodological challenges. En Shiyanthi Thavapalan y David A. Warburton (eds.). *The Value of colour. Material and economic aspects in the Ancient World* (pp. 311-336). Berlín: Topoi.
- Brown, Kendall (2001). Workers' health and colonial Mercury mining at Huancavelica, Peru. *The Americas*, 57(4), 467-496.
- Browman, David (2004). Tierras comestibles de la cuenca del Titicaca: geofagia en la prehistoria boliviana. *Estudios Atacameños*, 28, 133-141.
- Bueno, Mercedes (2004). De lo duradero a lo perecedero, II: Técnicas textiles, producción y uso del tejido prehispánico en Esmeraldas, Ecuador. *Revista Española de Antropología Americana*, 34, 63-84.
- Byrne, Sarah, Anne Clarke, Rodney Harrison y Robin Torrence (2011). *Unpacking the Collection. Networks of Material and Social Agency in the Museum*. Londres: Springer.
- Cabello, Gloria (2007). *Du chili au musée d'ethnographie de Genève, L'histoire de vie de la collection précolombienne de Jean-Christian Spahni*. Diplôme d'Etudes Supérieures Spécialisées en Muséologie et conservation du Patrimoine. Université de Genève, Ginebra.
- Cabello, Gloria, Marcela Sepúlveda y Bernardita Brancoli (2022). Embodiment and fashionable colours in the rock art paintings from the Atacama Desert (northern Chile). *Rock Art Research*, 39(1), 52-68.
- Cabello, Gloria, y Daniela Estévez (2017). No solo de peces vive el hombre: vegetales en la costa durante el Período Formativo. En Francisco Gallardo, Benjamín Ballester y Nicole Fuenzalida (eds.). *Monumentos funerarios de la costa del desierto de Atacama. Los cazadores-recolectores marinos y sus intercambios (500 a.C.-700 d.C.)* (pp. 117- 130). Santiago: CIIR y SCHA.
- Calvino, Italo (2012). *Colección de arena*. Madrid: Siruela.
- Cahlander, Adele, y Suzanne Baizerman (1985). *Double-Woven Treasures from Old Peru*. St. Paul: Dos Tejedoras.
- Capparelli, Aylén (2021). Las tarabitas como facilitadoras de la carga y descarga en el caravanero surandino. En Benjamín Ballester y Nicolás Richard (eds.). *Cargar y descargar en el desierto de Atacama* (pp. 191-208). Santiago: Ediciones de la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional de Patrimonio Cultural.

- Carmona, Gabriela (2004). Los textiles en el contexto multiétnico del período Tardío en Arica. *Chungará*, 36, 249-260.
- Carter, Fernando (2013). El gran maestro Enrique Mac-Iver Rodríguez. *Archivo Masónico*, 30, 14-48.
- Casanueva, Galvarino (2015). Breve historia de la respetable Logia “Unión y Cultura” N° 14 del valle de Antofagasta. *Archivo Masónico*, 37, 16-29.
- Castro, Victoria, José Berenguer, Agustín Llagostera, Francisco Gallardo y Diego Salazar (2016). Vertiente occidental circumpuneña. Desde las sociedades postarcaicas hasta las preincas. En Fernanda Falabella, Mauricio Uribe, Lorena Sanhueza, Carlos Aldunate y Jorge Hidalgo. *Prehistoria de Chile: desde sus primeros habitantes hasta los incas* (pp. 239-283). Santiago: Universitaria y Sociedad Chilena de Arqueología.
- Cereceda, Verónica (1990). A partir de los colores de un pájaro... *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 4, 57-104.
- Cole, Douglas (1995). *Captured Heritage: The Scramble for Northwest Coast Artifacts*. Vancouver: UBC Press.
- (1982). Tricks of the Trade: Northwest Coast Artifact Collecting, 1875-1925. *The Canadian Historical Review*, 63(4), 439-460.
- Coquet, Michèle (1999). Des objets et leurs musées: en guise d'introduction. *Journal des Africanistes*, 69(1), 7-28.
- Cornejo, Luis (1997). Buscadores del pasado: Una breve historia de la arqueología chilena. En José Berenguer (ed.). *Chile antes de Chile* (pp. 9-15). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Costa-Junqueira, Maria Antonietta (2001). Modalidades de enterramientos humanos arcaicos en el norte de Chile. *Chungará*, 33(1), 55-62.
- Créqui-Montfort, George (1906). Fouilles dans la nécropole préhispanique de Calama: Les anciens Atacamas. En Z. Hälfte (ed.). *Internationaler Amerikanisten-Kongress. Vierzehnte Tagung* (pp. 531-550). Stuttgart: Verlag von W. Kohlhammer.
- Dauelsberg, Percy (1995). Dr. Max Uhle: su permanencia en Chile, de 1912 a 1919. *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 15, 371-394.
- D'Errico, Francesco, Renata García Moreno y Riaan Rifkin (2012). Technological, elemental and colorimetric analysis of an engraved ochre fragment from the Middle Stone Age levels of Klasies River Cave 1, South Africa. *Journal of Archaeological Science*, 39, 942-952.

- De Acosta, Joseph (1894). *Historia natural y moral de las Indias*. Madrid: R. Angles Impr.
- De Candolle, Alphonse (1883). *Origine des plantes cultivées*. París: Librairie Germer Bailliere et co.
- De Porras, María Eugenia, Antonio Maldonado, Ricardo De Pol-Holz, Claudio Latorre y Julio Betancourt (2017). Late Quaternary environmental dynamics in the Atacama Desert reconstructed from rodent midden pollen records. *Journal of Quaternary Science*, 32(6), 665-684.
- De Souza, Patricio (2011). Sistemas de proyectiles y cambio social durante el tránsito Arcaico Tardío - Formativo Temprano de la puna de Atacama. En André Hubert, José Antonio González y Mario Pereira (eds.). *Temporalidad, interacción y dinamismo cultural: la búsqueda del hombre. Homenaje al profesor Dr. Lautaro Núñez Atencio* (pp. 201-246). Antofagasta: Universidad Católica del Norte.
- Dietler, Michael (2010). Consumption. En Dan Hicks y Mary Beaudry (eds.). *The Oxford Handbook of Material Culture Studies* (pp. 209-228). Oxford: Oxford University Press.
- Dransart, Penelope (2016). The sounds and tastes of colours: hue and saturation in Isluga textiles. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*.
- Durán, Eliana, María Fernanda Kangoser y Nieves Acevedo (2000). Colección Max Uhle: expedición a Calama 1912. *Publicación Ocasional del Museo Nacional de Historia Natural*, 56, 1-49.
- Eberhardt, Enrique (1916). *Historia de Santiago de Chile*. Santiago: Zig-Zag.
- Echeverría y Reyes, Aníbal (1934a). *Jerga usada por los delincuentes nortinos*. Concepción: Imprenta El Águila.
- (1934b). *Vocablos salitreros*. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.
- (1929a). *Voces usadas en la industria salitrera*. Antofagasta: Imprenta y Litografía Skarnic.
- (1929b). Los aborígenes Atacameños. *Acronal*, 2, 2-3.
- (1914). La agricultura en Antofagasta. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 14, 96-101.
- (1912a). Datos sobre los jeroglíficos de la Isla de Pascua. En Robert Lehmann-Nitsche (ed.). *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas* (p. 444). Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.

- (1912b). Noticias sobre la extinguida lengua cunza. En Robert Lehmann-Nitsche (ed.). *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas* (p. 222). Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.
- (1910). La influencia incaica en el norte de Chile. *Anales de la Universidad de Chile*, 127, 885-886.
- (1900). *Voces usadas en Chile*. Santiago: Imprenta Elzeviriana.
- (1890). *Noticias sobre la lengua Atacameña*. Santiago: Imprenta Nacional.
- (1889). La lengua araucana. En *Disquisiciones* (pp. 5-28). Santiago: Imprenta Nacional.
- Elsner, John, y Roger Cardinale (1994). *The cultures of collecting*. Cambridge: Harvard University Press.
- Espouey, Óscar (1974). Tipificación de keros de madera de Arica. *Chungará*, 4, 39-54.
- (1972/1973). Tipificación de cucharas de madera de Arica. *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena* (pp. 63-109). Santiago: Universidad de Chile.
- Feeser, Andrea, Maureen D. Goggin y Beth F. Tobin (2016). Introduction: The value of color. En Andrea Feeser, Maureen D. Goggin y Beth F. Tobin (eds.). *The materiality of color: the production, circulation and application of dyes and pigments 1400-1800* (pp. 1-10). Oxon: Ashgate.
- Feliú, Guillermo (1969). *Aníbal Echeverría y Reyes (1864-1938)*. Santiago: Bibliógrafos Chilenos.
- Fester, Gustavo, y José Cruellas (1934). Colorantes de Paracas. *Revista del Museo Nacional de Lima*, 3, 154-156.
- Figueroa, María José (2014). *La industria de madera en la costa arica de la II Región desde el Período Arcaico hasta el Tardío: propuestas sobre su manejo y ocupación del espacio* (memoria para optar al título de arqueóloga). Universidad de Chile.
- Figueroa, Virgilio (1928). *Diccionario histórico biográfico y bibliográfico de Chile*. Santiago: Establecimientos Gráficos Barcells & Co.
- Figueroa, Valentina, Diego Salazar, Hernán Salinas, Paz Núñez-Regueiro y Germán Manríquez (2013). Pre-Hispanic mining ergology of northern Chile: an archaeological perspective. *Chungará*, 45(1), 61-81.
- Fiore, Danae (2016). Shek'nam body paintings: ancient and recent uses of an ephemeral art form in Tierra del Fuego (southern end of South America). *Artic & Antartic*, 10, 9-59.

- (2006). La manipulación de pinturas corporales como factor de división social en los pueblos selk'nam y yámana. *Estudios Atacameños*, 31, 129-142.
- Focacci, Guillermo (1960). Querros de madera en las culturas indígenas de Arica. *Boletín del Museo Regional de Arica*, 5, 93-94.
- Foucault, Michel (1992). Nietzsche, la genealogía, la historia. En Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría (eds.). *Microfísica del poder* (pp. 7-30). Madrid: Las Ediciones de la Piqueta.
- (1970). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freire, Eleonora, Verónica Acevedo, Emilia Halac, Griselda Polla, Mariel López y María Elba Reinoso (2016). X-ray diffraction and Raman spectroscopy study of White decorations on tricolored ceramics from Northwestern Argentina. *Spectrochimica Acta Part A: Molecular and Biomolecular Spectroscopy*, 157(3), 182-185.
- Gage, John (1999). *Color and meaning. Art, science, and symbolism*. Berkeley: University of California Press.
- (1993). *Color and Culture*. Berkeley: University of California Press.
- Gallardo, Francisco (1999). Recolección, colección y cultura. Artefactos precolombinos y sus transmutaciones. En Francisco Gallardo (ed.). *Arte precolombino. Donación colección Santa Cruz-Yaconi* (pp. 8-15). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- (1993). La sustancia privilegiada: turbantes, poder y simbolismo en el Formativo del norte de Chile. En José Berenguer (ed.). *Identidad y prestigio en los Andes* (pp. 11-26). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Gallardo, Francisco, y Pedro Mege (2012). Cuando los frutos no dejan ver el bosque. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 41/42, 43-52.
- Gallardo, Francisco, y Carolina Odone (2019). El oasis de Quillagua: una nota sobre fronteras entre picas y atacamas (río Loa inferior, períodos Intermedio Tardío y Colonial Tardío, norte de Chile). *Antropologías del Sur*, 6(12), 175-187.
- Gallardo, Francisco, Estefanía Vidal, Benjamín Ballester, José Blanco y Gonzalo Pimentel (2022). Desert Travels: Making place through movement in the Atacama Desert (ca. 1000 BC-500 AD). *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 28(1), 152-177.
- Gänger, Stefanie (2014). *Relics of the Past: The Collecting and Study of Pre-Columbian Antiquities in Perú and Chile, 1837-1911*. Oxford: Oxford University Press.

- García, Lidia (1985). Evidencias arqueológicas de la producción del fuego. *RUNA*, 15, 133-152.
- García, Magdalena, Alejandra Vidal, Valentina Mandakovic, Antonio Maldonado, María Paz Peña y Eliana Belmonte (2014). Alimentos, tecnologías vegetales y paleoambiente en las aldeas formativas de la Pampa del Tamarugal, Tarapacá (ca. 900 a. C.-800 d. C.). *Estudios Atacameños*, 47, 33-58.
- García, Magdalena, Alejandra Vidal, Rosario Cordero y Eliana Belmonte (2012). Industrias madereras vinculadas a sitios habitacionales de Tarapacá, norte de Chile (ca. 300-1450 d. C.). *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 121-130). Santiago: Sociedad Chilena de Arqueología y Lom.
- Garrido, Francisco, y Carolina Valenzuela (2022). Antigüedades prehispánicas peruanas en la creación de una “prehistoria” chilena: el caso de la colección Sáenz. *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, 29(3), 769-788.
- Gay, Claudio (1846). *Historia física y política de Chile-Botánica*. Tomo 1. París: Imprenta de Fain y Thunot.
- Gaytán, Sergio (2017). *Respetable Logia Pokret N°54, valle de Antofagasta*. Antofagasta: Páginas para una historia.
- Gayó, Eugenia, Carlos Latorre, Calogero Santoro, Antonio Maldonado y Richard De Pol-Holz (2012). Hydroclimate variability on centennial timescales in the low-elevation Atacama Desert over the last 2500 years. *Climate of the Past*, 8, 287-306.
- Gell, Alfred (1998). *Art and Agency. An Anthropological Theory*. Oxford: Clarendon Press.
- Gili, Francisca, Javier Echeverría, Emily Stovel, Michael Deibel y Hermann Niemeyer (2016). Las pipas del salar de Atacama: reevaluando su origen y uso. *Estudios Atacameños*, 54, 37-64.
- Goethe, Johann (2000). *Traité des couleurs*. París: Triades.
- González, José (2017). Atacama Culture Accumulation Cycle: the Tradition of Excavating and Exhibiting in the 19th and 20th Centuries. *Journal of Historical Archaeology & Anthropological Sciences*, 2(3), 1-8.
- (2010). Patrimonio, museos y arqueología: de la visibilidad de los pueblos indígenas a la institucionalización de los estudios arqueológicos en el norte de Chile. *Diálogo Andino*, 36, 15-32.
- Gosden, Chris, e Yvonne Marshall (1999). The Cultural Biography of Objects. *World Archaeology*, 31(2), 169-178.

- Grimberg, Daniela (2019). *Bosques en el desierto de Atacama: una aproximación a la economía de los recursos leñosos en la producción de artefactos en sociedades costeras durante el Periodo Formativo Medio y Tardío (500 a. C.-500 d. C.) en la costa norte de la Región de Antofagasta* (memoria para optar al grado de licenciada en Arqueología y al título profesional de arqueóloga). Universidad SEK, Chile.
- Grimberg, Daniela, María José Figueroa, Benjamín Ballester y Valentina Varas (2022). Árboles para la caza marina. Aprovechamiento forestal y tecnología de la madera en los arpones del litoral de Antofagasta, norte de Chile. *Chungará*, 54(2), 249-271.
- Gusinde, Martin (1916). El Museo de Etnología y Antropología de Chile. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 19(23), 30-47.
- Henshilwood, Christopher, Francesco d'Errico, Karen van Nierkerk, Yvan Coquinot, Zenobia Jacobs, Stein-Erik Lauritzen, Michel Menu y Renata García-Moreno (2011). A 100,000 years old ochre processing workshop at Blombos Cave, South Africa. *Science*, 334 (6053), 219-222.
- Hermosilla, Nuriluz (2001). The people of the Tumi, the Condor, and the Jaguar Psychoactive plant use in the Loa river basin, Atacama Desert. *Eleusis*, 5, 123-136.
- Hoces de la Guardia, Soledad, y Paulina Brugnoli (2006). *Manual de técnicas textiles andinas. Terminaciones*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Hoces de la Guardia, Soledad, y Paulina Brugnoli (1993). Análisis técnico de gorros tipo fez. En José Berenguer (ed.). *Identidad y prestigio en los Andes. Gorros, turbantes y diademas* (pp. 90-91). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Hodgskiss, Tammy (2020). Ochre use in the Middle Stone Age. En *Oxford Research Encyclopedia of Anthropology*. Oxford: Oxford University Press.
- Horta, Helena (2014). Lo propio y lo ajeno. Definición del estilo San Pedro en la parafernalia alucinógena de los oasis del salar de Atacama. *Chungará*, 46(4), 559-583.
- (2013). Queros de madera del Collasuyo: nuevos datos arqueológicos para definir tradiciones (ss. XIV-XVI). *Estudios Atacameños*, 45, 95-116.
- (2012). El estilo circumpuneño en el arte de la parafernalia alucinógena prehispánica (Atacama y noroeste Argentino). *Estudios Atacameños*, 43, 5-34.
- (2011). El gorro troncocónico o chucu y la presencia de población altioplánica en el norte de Chile durante el Periodo Tardío (ca. 1.470-1.536 d. C.). *Chungará*, 43(NE1), 551-580.

- Horta, Helena, Muriel Paulinyi, Boris Santander y Javier Echeverría (2020). Una nueva faceta para “El Sacrificador”: Iconografía Tiwanaku en tubos de hueso de San Pedro de Atacama, Chile (400-1.000 d.C.). *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 25(2), 97-126.
- Horta, Helena, Jorge Hidalgo y Valentina Figueroa (2016). Transformación y resignificación de la parafernalia alucinógena prehispánica en Atacama a la luz de un documento del siglo xvii. *Estudios Atacameños*, 53, 93-116.
- Horta, Helena, y Carolina Agüero (2009). Estilo, iconografía y función de las inkuñas prehispánicas del norte de Chile durante el período Intermedio Tardío (1.000-1.470 dC). *Chungará*, 41(2), 183-227.
- Hoskins, Janet (2006). Agency, biography and objects. En Christopher Tilley, Webb Keane, Susanne Kuechler, Mike Rowlands y Patricia Spyer (eds). *Handbook of Material Culture* (pp. 74-84). Londres: Sage.
- Hovers, Erella, Shimon Ilani, Ofer Bar-Yosef y Bernard Vandermeersch (2003). An early case of color symbolism. Ochre use by modern humans in Qafzeh Cave. *Current Anthropology*, 44(4), 491-522.
- Howe, Ellen, Emily Kaplan, Richard Newman, James Frantz, Ellen Pearlstien, Judith Levinson y Odile Madden (2018). The occurrence of a titanium dioxide/silica white pigment on wooden Andean queros: a cultural and chronological marker. *Heritage Science*, 6, 41.
- Iriarte, Isabel, y Susana Renard (1998). Textiles del norte de Chile en la Colección Echeverría y Reyes del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires. *Boletín del Comité Nacional de Conservación Textil*, 3, 81-101.
- Jockey, Philippe (2013). *Le mythe de la Grèce Blanche. Histoire d'un rêve occidental*. París: Belin.
- Jones, Andy, y Gavin MacGregor (2002). Introduction. En Andy Jones y Gavin MacGregor (eds.). *Colouring the Past* (pp. 11-21). Oxford: Berg.
- Jones, Andy, y R. Bradley (1999). The significance of colour in European archaeology. What meaning had colour in early societies? *Cambridge Archaeological Journal*, 9(1), 112-114.
- Kriss, Dawn, Ellen Howe, Judith Levinson, Adriana Rizzo, Federico Caro y Lisa DeLeonardis (2018). A material and technical study of Paracas painted ceramics. *Antiquity*, 92(366), 1492-1510.
- Latham, Ricardo (1939). La edad de piedra en Taltal. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 18, 3-50.

- (1938). *Arqueología de la Región Atacameña*. Santiago: Pressas Universidad de Chile.
- (1933). Notas preliminares de un viaje arqueológico a Quillagua. *Revista Chilena de Historia Natural*, 34, 130-138.
- (1910). *Los changos de las costas de Chile*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- Latorre, Carlos, Julio Betancourt, Rech, J. A., Quade, J., Holmgren, C., Placzek, C et al. (2005). Late Quaternary history of the Atacama Desert. En Mike Smith y Paul Hesse (eds.). *23° S Archaeology and Environmental History of the Southern Deserts* (pp. 73-89). Canberra: National Museum of Australia Press.
- Lechtman, Heather (1977). Style in technology - some early thoughts. En Heather Lechtman y Robert Merrill (eds.). *Material culture: styles, organization, and dynamics of technology* (pp. 3-20). St. Paul: West Pub. Co.
- Lecoq, Patrice, y Sergio Fidel (1997). Prendas simbólicas de camélidos y ritos agropastorales en el sur de Bolivia. *Textos Antropológicos*, 14(1), 7-54.
- Lehmann-Nitsche, Robert (1912). *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas*. Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.
- Leunis, Johannes (1885). *Synopsis der Pflanzenkunde*. Hannover: Hahn'she Buchhandlung.
- Llagostera, Agustín, Manuel C. Torres y María Antonietta Costa (1988). El complejo psicotrópico en Solcor-3 (San Pedro de Atacama). *Estudios Atacameños*, 9, 61-98.
- Lombard, Marlize (2007). The gripping nature of ochre: the association of ochre with Howiesons Poort adhesives and later stone age mastics from South Africa. *Journal of Human Evolution*, 53, 406-419.
- Looser, Gualterio (1960). Las balsas de cueros inflados de la costa de Chile. *Revista Universitaria*, 44/45(23), 247-273.
- (1930). Notas de arqueología chilena. *Boletín del Museo Nacional*, 13, 50-62.
- Mai, Huijuan, Yimin Yang, Idelisi Abuduresule, Wenying Li, Xingjun Hu y Changsui Wang (2016). Characterization of cosmetic sticks at Xiaoche cemetery in early Bronze age Xianjiang, China. *Scientific Reports*, 6, 18939.
- Maldonado, Antonio, María Eugenia de Porras, Andrés Zamora, Marcelo Rivadeneira y Ana María Abarzúa (2016). El escenario geográfico y paleoambiental de Chile. En Fernanda Falabella, Mauricio Uribe, Lorena Sanhueza, Carlos Aldunate y Jorge Hidalgo. *Prehistoria en Chile: desde sus primeros habitantes hasta los incas* (pp. 223-270). Santiago: Universitaria.
- Martínez, José Luis (1998). *Pueblo del chañar y del algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

- (1992). Luces y colores del tiempo aymara. En Francisco Gallardo y Luis Cornejo (eds.). *Colores de América* (pp. 29-34). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Martinic, Mateo (1993/1994). Jorge C. Schythe, coleccionista etnográfico. *Anales del Instituto de Patagonia, Serie Ciencias Humanas*, 22, 5-31.
- Marx, Karl (1972). *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Anteo.
- Mazzanti, Diana, y Verónica Puente (2015). La producción textil como actividad doméstica de los cazadores-recolectores prehispánicos en la región pampeana, Argentina. *Intersecciones en Antropología*, 16(1), 131-144.
- McRostie, Virginia (2014). Arboricultura y silvopastoralismo en el Período Formativo (1400 a. C.-500 d. C.) de la cuenca del salar de Atacama. *Chungará*, 46(4), 543-557.
- McRostie, Virginia, Eugenia Gayó, Calogero Santoro, Ricardo de Pol-Holz y Claudio Latorre (2017). The pre-Columbian introduction and dispersal of algarrobo (*Prosopis*, Section Algarobia) in the Atacama Desert of northern Chile. *PLoS ONE*, 12(7), e0181759.
- Miller, Daniel (2006). Consumption. En Chirstopher Tilley, Webb Keane, Susanne Kuechler, Mike Rowlands y Patricia Spyer (eds.). *Handbook of Material Culture* (pp. 341-354) Londres: Sage.
- Ministerio de Fomento (1885). *Relaciones Geográficas de Indias*. Tomo 2. Madrid: Impresor de la Real Casa.
- Molina, Juan Ignacio (1788). *Compendio de la Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile*. Tomo 1. Madrid: Antonio de Sancha.
- Montell, Gösta (1926). *An Archaeological Collection from the Rio Loa Valley, Atacama*. Oslo: Skrifter Bind 5, Hefte, Oslo Etnografiska Museum.
- Mostny, Grete (1964). *Arqueología de Taltal: epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros*. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- (1958). Máscaras, tubos y tabletas para rapé y cabezas trofeos entre atacameños. *Actas del Congreso Internacional de Americanistas XXXI* (vol. 2, pp. 379-382). México D. F.: UNAM.
- (1952). Una tumba de Chiuchiu. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 26(1), 1-55.
- Motta, Paula, y Guadalupe Romero (2020). South American Art. En Claire Smith (ed.). *Encyclopedia of Global Archaeology* (pp. 2914-2940). Londres: Springer Nature.
- Murra, John (1993). Las funciones del tejido andino en diversos contextos sociales y políticos. En *Arte mayor de los Andes* (pp. 9-19). Santiago: Engrama.

- Museo Arqueológico de Santiago (1991). *Chile Indígena*. Santiago: Museo Arqueológico de Santiago.
- Museo Chileno de Arte Precolombino (1988). *Tesoros de San Pedro de Atacama* (2ª ed.). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- (1985). *Arica, diez mil años*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Nielsen, Axel (2001). Ethnoarchaeological perspectives on caravan trade in the South-Central Andes. En Lawrence Kuznar (ed.). *Ethnoarchaeology of Andean South America: contributions to archaeological method and theory* (pp. 163-201). Ann Arbor: University of Michigan.
- (1997). El tráfico caravanero visto desde La Jara. *Estudios Atacameños*, 14, 339-371.
- Nielsen, Axel, José Berenguer y Gonzalo Pimentel (2019). Inter-nodal archaeology, mobility, and circulation in the Andes of Capricorn during the Late Intermediate Period (AD 1000-1450). *Quaternary International*, 533, 48-65.
- Niemeyer, Hermann (2013). On the provenience of wood used in the manufacture of snuff trays from San Pedro de Atacama (Northern Chile). *Journal of Archaeological Science*, 40(1), 398-404.
- Niemeyer, Hermann, Víctor Zapata, Paulina Cantillana, Alejandra Missene, José Aguilera y Arturo Torres (2013). Computed tomography study of snuff trays from San Pedro de Atacama (Northern Chile). *Journal of Archaeological Science*, 40(4), 2036-2044.
- Nordenskiöld, Erland (1924). *Forschungen und Abenteuer in Südamerika*. Stuttgart: Strecker und Schröder Verlag.
- Novoa, Ximena, Nieves Acevedo, Miriam Mardónez y Nelson Lobos (1997). Puesta en valor de la Colección Aníbal Echeverría y Reyes. *Noticiero Mensual del Museo Nacional de Historia Natural*, 329, 3-12.
- Núñez, Lautaro (1974). *La agricultura prehistórica en los Andes meridionales*. Santiago: Orbe.
- (1973). *Sobre el comienzo de la agricultura prehistórica en el norte de Chile*. La Paz: Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku.
- (1969). Las cucharas prehispánicas del norte de Chile. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 30, 119-129.
- (1963). Los queros del norte de Chile. *Antropología*, 1, 71-88.
- (1962). *Tallas prehispánicas en madera: contribución a la arqueología del norte de Chile* (memoria para optar al título de profesor de Estado en las asignaturas de Historia, Geografía y Educación Cívica). Universidad de Chile.

- (1961). La escultura antropomorfa prehispánica en el norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile*, 26, 56-60.
- Núñez, Lautaro, Isabel Cartajena, Carlos Carrasco, Patricio López, Patricio de Souza, Francisco Rivera y Boris Santander (2017). Presencia de un centro ceremonial Formativo en la circumpuna de Atacama. *Chungará*, 49(1), 3-33.
- Núñez, Patricio (2006). Presentación de un glosario cunza realizado por tres jóvenes o un encuentro afortunado. En Patricio Núñez (ed.). *Glosario de la lengua atacameña* (pp. VII-XXV). Antofagasta: Universidad de Antofagasta.
- Oakland, Amy (1992). Textiles and ethnicity: Tiwanaku in San Pedro de Atacama, North Chile. *Latin American Antiquity*, 3(4), 316-340.
- Ogalde, Juan Pablo, Cristián Salas, Nelson Lara, Patricio Leyton, Carolina Paipa, Marcelo Campos-Vallette y Bernardo Arriaza (2014). Multi-instrumental identification of orpiment in archaeological mortuary contexts. *Journal of the Chilean Chemical Society*, 59(3), 2571-2573.
- Orellana, Mario (1996). *Historia de la arqueología en Chile*. Santiago: Bravo y Allende.
- (1993). 30 años de docencia universitaria en la disciplina arqueológica. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 17, 26-29.
- (1991). Reflexiones sobre el desarrollo de la arqueología en Chile. *Revista Chilena de Antropología*, 10, 11-23.
- (1982). *Investigaciones y teorías en la arqueología de Chile*. Santiago: Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile.
- Oyarzún, Aureliano (1981). Talegas atacameñas. En Mario Orellana (ed.). *Estudios antropológicos y arqueológicos* (pp. 169-170). Santiago: Universitaria.
- (1948). Instrumentos de caza y guerra en los antiguos atacameños. *Trabajos Científicos del XXVI Congreso Internacional de Americanistas* (pp. 217-229). Madrid: S. Aguirre.
- (1947). Último informe del Profesor Dr. Don Aureliano Oyarzún. Sobre aplicación del método histórico cultural en el estudio de nuestros aborígenes. *Revista del Museo Histórico Nacional de Chile*, 2(1), 15-51.
- (1931a). Las tabletas y los tubos para preparar y aspirar la paricá en Atacama. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 72, 68-76.
- (1931b). Tejidos de Calama. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 73, 216-222.
- (1929). Las calabazas pirograbadas de Calama. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 66, 82-104.

- (1922). El Cai-Cai y el Ten-Ten, o sea el mito del Diluvio Universal entre los araucanos. *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología*, 2, 119-127.
- Panades, Juan, y José González (1998). *Antofagasta, historia de mi ciudad*. Antofagasta: Corporación PRO Antofagasta.
- Parcero-Oubiña, César, Pastor Fábrega-Álvarez, Andrés Troncoso, Diego Salazar, Frances Hayashida *et al.* (2016). Sistemas agrohídricos en el Loa Superior: el caso de Topain. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 46, 23-42.
- Parezo, Nancy (1987). The formation of ethnographic collections: the Smithsonian Institution in the South American Southwest. *Advances in Method and Theory*, 10, 1-47.
- Pavez, Jorge (2015). *Laboratorios etnográficos. Los archivos de la antropología en Chile (1880-1980)*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Pearce, Susan (1994). *Interpreting objects and collections*. Londres: Routledge.
- Philippi, Rodolfo (1889). *Ueber die Cucúrbita siceraria und Cucúrbita mammeata des Molina*. Santiago: Verhandlungen des deutschen wissenschaftlichen Vereines.
- Phipps, Elena (2012). Colors Between Two Worlds. En Gerhard Wolf, Joseph Connors y L. Waldman (eds.). *The Florentine Codex of Bernardino de Sahagún* (pp. 257-280). Florencia: Villa I Tatti.
- Pitarch, Africa, João Zilhao, Francesco d'Errico, Pedro Cantalejo-Duarte, Salvador Domínguez-Bella, Josep Fullola, Gerd Weniger y José Ramos-Muñoz. (2021). The symbolic role of the underground world among Middle Paleolithic Neanderthals. *PNAS*, 118(33), e2021495118.
- Polanco, Gabriela, y Felipe Martínez (2021). Una colección en disputa. Las controversias entre el Museo de Etnología y Antropología y el Museo Nacional de Historia Natural, 1912-1929. *Cuadernos de Historia*, 54, 69-93.
- Pomian, Krzysztof (1990). *Collectors and curiosities. Paris and Venice, 1500-1800*. Cambridge: Polity Press.
- Ponce, Lautaro, y Galvarino Ponce (1911). *Los obreros del salitre*. Antofagasta: Imprenta Skarnic.
- Quiroz, Daniel, y Juan Olivares (2008). El texto roto: fragilidad, itinerarios & la transformación de los objetos de alteridad (antropología poética de las colecciones etnográficas). En Francisco Gallardo y Daniel Quiroz (eds.). *Un almuerzo desnudo. Ensayos en cultura material, representación y experiencia poética* (pp. 145-156). Santiago: Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

- Quiroz, Daniel, y Juan Olivares (1990). Itinerario de una colección etnográfica. Halakwulup: la historia de un despojo. *Museos*, 7, 10-13.
- Raviña, María Gabriela, Ana María Fernández y Aylén Capparelli (2007). La relación de las tarabitas, horquetas y ganchos de atalaje con el tráfico de bienes en momentos tardíos prehispánicos. *Estudios Atacameños*, 33, 87-104.
- Richardin, Pascale, Catherine Lavier, Helena Horta, Valentina Figueroa y Nicolás Lira (2015). Radiocarbon dating of Atacama (Chile) snuff trays: An update on stylistic and chronological correlations. *Radiocarbon*, 57(5), 775-784.
- Rifkin, Riaan (2012). Processing ochre in the Middle Stone Age: testing the inference of prehistoric behaviours from actualistically derived experimental data. *Journal of Anthropological Archaeology*, 31, 174-195.
- (2011). Assessing the efficacy of red ochre as a prehistoric hide tanning ingredient. *Journal of African Archaeology*, 9(2), 131-158.
- Rifkin, Riaan, Laure Dayet, Alain Queffelec, Beverley Summers, Marlize Lategan y Francesco d'Errico (2015). Evaluating the Photoprotective Effects of Ochre on Human Skin by in Vivo SPF Assessment: Implications for Human Evolution, Adaptation and Dispersal. *PLoS ONE*, 10, e0136090.
- Rivera, Mario (2018). Bosques de tamarugos, un acercamiento etnohistórico para el estudio del paleoclima en el desierto de Atacama. *Diálogo Andino*, 56, 119-139.
- Rivera, Mario, y Justin Dodd (2013). Domesticando el desierto. Medio ambiente y ocupaciones humanas en Ramaditas, desierto de Atacama. *Diálogo Andino*, 41, 45-60.
- Rivera, Mario, Jorge Moya y Daniel Shea (2010). Dendrocronología en la pampa del Tamarugal, desierto de Atacama, norte de Chile. *Diálogo Andino*, 36, 33-50.
- Robb, John (2017). Contained within history. *History and Anthropology*, 29(1), 32-36.
- Roebroeks, Wil, Mark Sier, Trine Kelberg Nielsen, Dimitri De Loecker, Josep Maria Parés, Charles Arps y Herman Múcher (2012). Use of red ochre by early Neanderthals. *PNAS*, 109(6), 1889-1894.
- Romo, Manuel (2016). La Gran Logia Simbólica Regional Catalana-Balear en Chile. *Archivo Masónico*, 39, 17-25.
- Rolandi, Diana, y Dora Jiménez (1983). La tejeduría tradicional en la puna argentino-boliviana. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, 10, 205-289.
- Roquero, Ana (2008). Identification of red dyes in textiles from the Andean region. *Textile Society of America 11th Biennial Symposium: Textiles as Cultural Expressions*. Honolulu: Textile Society of America Symposium.

- Rousaki, Anastasia, Cristina Bellelli, Mariana Carbadillo, Verónica Aldazabal, Graciela Custo, Luc Moens *et al.* (2014). Micro-raman analysis of pigments from hunter-gatherer archaeological sites of North Patagonia (Argentina). *Journal of Raman Spectroscopy*, 46, 1016-1024.
- Rydén, Stig (1944). *Contributions to the Archaeology of the Rio Loa Region*. Gotemburgo: Elanders Boktryckeri Aktiebola.
- Salazar, Diego, Valentina Figueroa, Pedro Andrade, Hernán Salinas, Laura Olguín, Ximena Power *et al.* (2015). Cronología y organización económica de las poblaciones arcaicas de la costa de Taltal. *Estudios Atacameños*, 50, 7-46.
- San Francisco, Alexander, Benjamín Ballester y Rodolfo Contreras (2020). *Archivo Augusto Capdeville. Obras visuales*. Antofagasta: Pampa Negra Ediciones.
- Sandor, Jonathan, Gary Huckleberry, Frances Hayashida, César Parcero-Oubiña, Diego Salazar, Andrés Troncoso y Cruz Ferro-Vásquez (2021). Soils in ancient irrigated agricultural terraces in the Atacama Desert, Chile. *Geoarchaeology*, 37(1), 96-119.
- Santoro, Calogero, Daniela Osorio, Paula Ugalde, Marcela Sepúlveda, Isabel Cartajena, I., Vivien Standen *et al.* (2016). Cazadores, recolectores y pescadores arcaicos del desierto de Atacama, entre el Pacífico y los Andes, norte de Chile (ca. 10000-3700 años AP). En Fernanda Falabella, Mauricio Uribe, Lorena Sanhueza, Carlos Aldunate y Jorge Hidalgo. *Prehistoria en Chile: desde sus primeros habitantes hasta los incas* (pp. 117-180). Santiago: Universitaria.
- Sarmiento, Almendra, y Claudia Castillo (2017). Artefactos malacológicos en los cementerios de la costa de Antofagasta y el Loa Medio (500 cal A.C.-700 D.C.). En Francisco Gallardo, Benjamín Ballester y Nicole Fuenzalida (eds.). *Monumentos funerarios de la costa del desierto de Atacama. Los cazadores recolectores marinos y sus intercambios (400 a.C.-700 d.C.)* (pp. 107-116). Santiago: CIIR y SCHA.
- Saunders, Nicholas (2004). The cosmic earth. Materiality and mineralogy in the Americas. En Nicole Boivin y Mary Ann Owoc (eds.). *Soils, stones and symbols. Cultural perceptions of the mineral world* (pp. 123-141). Nueva York: Routledge.
- (2003). "Catching the light": Technologies of power and enchantment in Pre-Columbian goldworking. En Jeffrey Quilter y John Hoopes (eds.). *Gold and power in the Ancient Costa Rica, Panama and Colombia* (pp. 15-47). Washington, D. C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

- Saunders, Barbara (1998). What is colour? *British Journal of Psychology*, 89, 697-704.
- Saxe, Arthur (1970). *Social dimensions of mortuary practices* (tesis para optar al grado de doctor en Antropología). Ann Arbor: University of Michigan.
- Schiappacasse, Virgilio, y Hans Niemeyer (1989). Avances y sugerencias para el conocimiento de la prehistoria tardía en la desembocadura del valle de Camarones (Región de Tarapacá). *Chungará*, 22, 63-84.
- Schotsmans, Eline, Gesualdo Busacca, Lucy Bennison-Chapmann, Ashley Lingle, Marco Milella, Belinda Tibbetts *et al.* (2020). Pigment use at Neolithic Catalhoyuk. *Near Eastern Archaeology*, 83(3), 156-167.
- Schuller, Rodolfo (1894). *Estudio de la lengua de los indios atacameños*. Santiago: F. Becerra.
- Sepúlveda, Marcela (2021a). Making visible the invisible. A microarchaeology approach and an Archaeology of Color perspective for rock art paintings from the southern cone of South America. *Quaternary International*, 572, 5-23.
- (2021b). *Colores del desierto de Atacama a través de la colección Aníbal Echeverría y Reyes del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago*. Bajo La Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.
- (2006). Nuevas formas de ver, nuevas formas de hacer: análisis formal y de composición de las tabletas de rapé de la localidad del río Salado (II región, norte de Chile). En Juan Manuel Martínez (ed.). *Arte americano: contextos y formas de ver. Terceras Jornadas de Historia del Arte* (pp. 49-61). Santiago: Universidad Adolfo Ibáñez y Ril.
- Sepúlveda, Marcela, y Emily Godoy (2022). *A la sombra de los árboles. Tallas y usos de la madera en Atacama a partir de la colección Echeverría y Reyes*. Bajo la Lupa, Subdirección de Investigación, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.
- Sepúlveda, Marcela, Emily Godoy y María del Mar Torres (2021a). Microcargas de pigmentos. Contenedores precolombinos de maderas y huesos del desierto de Atacama. En Benjamín Ballester y Nicolás Richard (eds.). *Cargar y descargar en el desierto de Atacama* (pp. 163-180). Santiago: Ediciones de la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional de Patrimonio Cultural.
- Sepúlveda, Marcela, Cecilia Lemp, Jose Cárcamo-Vega, Edgar Casanova-González, Sebastián Gutiérrez, Benjamín Ballester *et al.* (2021b). Colors and dyes of archaeological textiles from Tarapacá in the Atacama Desert (South Central Andes). *Heritage Science*, 9, 59.

- Sepúlveda, Marcela, Francisco Gallardo, Benjamín Ballester, Gloria Cabello y Estefanía Vidal (2019). El Condor mine: prehispanic production and consumption of hematite pigments in the Atacama Desert, northern Chile. *Journal of Anthropological Archaeology*, 53, 325-341.
- Sepúlveda, Marcela, Bernardo Arriaza, Vivien Standen, Helene Rousseliere, Elsa Van Elslande, Calogero Santoro y Phillippe Walter (2015a). Análisis microestratigráficos de recubrimientos corporales de una momia Chinchorro, extremo norte de Chile. *Chungará*, 47(2), 239-247.
- Sepúlveda, Marcela, Sebastián Gutiérrez, Marcelo Campos-Vallette, Vivien Standen, Bernardo Arriaza y José Cárcamo-Vega (2015b). Micro-Raman spectral identification of manganese oxides black pigments in archaeological context in Northern Chile. *Heritage Science*, 3, 32.
- Sepúlveda, Marcela, Helene Rousseliere, Elsa Val Elslande, Bernardo Arriaza, Vivien Standen, Calogero Santoro y Phillippe Walter (2014a). Study of color pigments associated to Archaic chinchorro mummies and grave goods in Northern Chile (7.000-3.500 B.P.). *Heritage Science*, 2, 7.
- Sepúlveda, Marcela, Valentina Figueroa y José Cárcamo-Vega (2014b). Pigmentos y pinturas de minerales de cobre en la región de Tarapacá, norte de Chile: nuevos datos para una tecnología pigmentaria prehispánica. *Estudios Atacameños*, 48, 23-37.
- Sepúlveda, Marcela, Sebastián Gutiérrez, Marcelo Campos-Vallette, E. Clavijo, Phillippe Walter y José Cárcamo-Vega (2013a). Raman spectroscopy and X-ray fluorescence in molecular analysis of yellow blocks from the archeological site Playa Miller 7 (northern Chile). *Journal of the Chilean Chemical Society*, 58(3), 1651-1654.
- Sepúlveda, Marcela, Valentina Figueroa y Sandrine Pagés-Camagna (2013b). Copper pigment making in the Atacama Desert (northern Chile). *Latin American Antiquity*, 24(4), 467-482.
- Sinclair, Carole (2006). Tejidos precolombinos en el norte de Chile. En Carole Sinclair (ed.). *Awakhuni. Tejiendo la historia andina* (pp. 86-95). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Soto, Catalina (2006). Tipología de cuentas de collar en la quebrada de Tulan (salar de Atacama): nueva línea de evidencia para la transición arcaico-formativo. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (tomo II, pp. 1123-1134). Valdivia: SCHA y Kultrun.

- Spahni, Jean-Christian (1967). Recherches archéologiques à l'embouchure du Rio Loa (Côte du Pacifique - Chili). *Journal de la Société des Américanistes*, 56(1), 181-239.
- Splitstoser, Jeffrey, Tom Dillehay, Jan Wouters y Ana Claro (2016). Early pre-Hispanic use of indigo blue in Peru. *Science Advances*, 2, e1501623.
- Standen, Vivien (2003). Bienes funerarios del cementerio Chinchorro Morro 1: Descripción, análisis e interpretación. *Chungará*, 35(2), 175-207.
- Stovel, Emily, y Ester Echeñique (2015). La cerámica pulida delgada desde un contexto doméstico de San Pedro de Atacama, Chile: reflexiones a partir de su forma y color. *Chungará*, 47(3), 469-488.
- Taçon, Paul (1999). All things bright and beautiful: the role and meaning of color in human development. *Cambridge Archaeological Journal*, 9(1), 120-123.
- Tarragó, Myriam (1989). *Contribuciones al conocimiento arqueológico de los oasis de San Pedro de Atacama en relación con los otros pueblos puneños, en especial, el sector septentrional del Valle Calchaquí* (tesis de Doctorado). Universidad Nacional de Rosario, Argentina.
- Thomas, Carlos, Antonia Benavente, Isabel Cartagena y George Serracino (1995). Topater, un cementerio temprano: Una aproximación simbólica. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (pp. 159-170). Antofagasta: Universidad de Antofagasta.
- Torres, Manuel (1984). Tabletas para alucinógenos de San Pedro de Atacama: estilo e iconografía. En José Berenguer (ed.). *Tesoros de San Pedro de Atacama* (pp. 23-46). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- (1986). Iconografía de las tabletas para inhalar sustancias psicoactivas de la zona de San Pedro de Atacama, norte de Chile. *Estudios Atacameños*, 7, 135-147.
- Trever, Lisa (2017). *The archaeology of mural painting at Pañamarca, Peru*. Washington D. C.: *Dumbarton Oaks Research Library and Collection*.
- Troncoso, Andrés, Felipe Armstrong y Francisca Moya (2022). Ontología, modos de existencia y tecnologías: propuestas para un acercamiento relacional en arqueología. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 52, 81-104.
- Troncoso, Andrés, Felipe Armstrong y Mara Basile (2017). Rock art in Central and South America: social settings and regional diversity. En Bruno David y Ian McNiven (eds.). *The Oxford Handbook of the Archaeology and Anthropology of Rock art* (pp. 1-45). Oxford: Oxford Handbooks Online.

- Turner, Victor (1967). La clasificación de colores en el ritual Ndembu: un problema de clasificación primitiva. *La selva de los símbolos* (pp. 65-102). México D. F.: Siglo XXI.
- Ugalde, Paula, Virginia McRostie, Eugenia Gayó, Magdalena García, Claudio Latorre y Calogero Santoro (2020). 13,000 years of sociocultural plant use in the Atacama Desert of northern Chile. *Vegetation History and Archaeobotany*, 30, 213-230.
- Ugarte, Milagros de (2004). Identificación de especies de madera en postes de vivienda en sitios del valle de Lluta. *Chungará*, 36, 1015-1022.
- Ugarte, Milagros de, Catherine Westfall y Carlos González (2010). Análisis morfofuncional de los restos de madera en la mina Las Turquesas, región de Atacama. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (tomo 2, pp. 1213-1224). Valdivia: SCHA y Kultrún.
- Uhle, Max (1922). *Fundamentos étnicos y arqueología de Arica y Tacna*. Quito: Imprenta de la Universidad Central.
- (1915). Los tubos y tabletas de rapé de Chile. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 20, 114-138.
- (1913a). Informe de la expedición a Calama. *Anales de la Universidad de Chile*, 132, 96-100.
- (1913b). Los indios Atacameños. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 9, 105-111.
- (1913c). Tabletillas de madera de Chiuchiu. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 12, 454-458.
- (1912a). Arqueología sudamericana. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 8, 411-425.
- (1912b). Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina. En Robert Lehmann-Nitsche (ed.). *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas* (pp. 509-540). Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.
- (1912c). Informe de los resultados de la expedición arqueológica realizada en los meses de junio y agosto de 1912 en la región de Calama. *Anales de la Universidad de Chile*, 131, 322-323.
- Ulloa, Liliana (1985). Vestimentas y adornos prehispánicos en Arica. En *Arica, diez mil años* (pp. 15-23). Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- Urbina, Simón (2020). Apuntes sobre historia de la arqueología en Chile, 1880-2020. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, 50, 75-90.

- Urbina, Simón, Leonor Adán, Cora Moragas, Sebastián Olmos y Rolando Ajata (2011). Arquitectura de asentamientos de la costa de Tarapacá, norte de Chile. *Estudios Atacameños*, 41, 21-348.
- Uribe, Mauricio (2002). Sobre alfarería, cementerios, fases y procesos durante la prehistoria tardía del desierto de Atacama (800-1600 DC). *Estudios Atacameños*, 22, 7-31.
- Vásse, Emilio, Félix Hoyos y Aníbal Echeverría y Reyes (1896). *Glosario de la lengua Atacameña*. Santiago: Imprenta Cervantes.
- Valenzuela, Carolina, y Daniela Silva (2021). Una momia souvenir. Reflexiones sobre el coleccionismo privado en Chile a partir del caso de la colección egipcia de Pedro del Río Zañartu (S. XIX inicios S. XX). *Sophia Austral*, 27(2), 1-14.
- Vásquez de Agredo, María, Linda Manzanilla y Cristina Vidal (2012). Antiguas esencias aromáticas y cosméticos funerarios del barrio multiétnico de Teopancazco. En Linda Manzanilla (ed.). *Estudios arqueométricos del centro de barrio de Teopancazco en Teotihuacan* (pp. 195-216). México D.F.: UNAM.
- Vignati, Milciades (1931). Investigaciones arqueológicas en el litoral sudatlántico bonaerense. *Notas preliminares del Museo de La Plata*, 1, 19-31.
- Waburton, David (2019). Value of Colour: Introduction. En Shiyanthi Thavapalan y David A. Warburton (eds.). *The Value of colour. Material and economic aspects in the Ancient World* (pp. 9-34). Berlín: Topoi.
- Wadley, Lyn (2010). Compound-Adhesive Manufacture as a Behavioral Proxy for Complex Cognition in the Middle Stone Age. *Current Anthropology*, 51, S111-S119.
- Wadley, Lyn, Bonny Williamson y Marlize Lombard (2004). Ochre in hafting in Middle Stone Age southern Africa: a practical role. *Antiquity*, 78, 661-674.
- Watts, Ian (2002). Ochre in the Middle Stone Age of Southern Africa: Ritualised Display or Hide Preservative? *South African Archaeological Bulletin*, 57, 1-14.
- Watts, Ian, Michael Chazan y Jayne Wilkins (2016). Early evidence for brilliant ritualised display: specularite use in the Northern Cape (South Africa) between ~500 and ~300Ka. *Current Anthropology*, 57(3), 287-310.
- Wright, Véronique, Ignacio Meneses Alva y Eric Laval (2015). The origins of mural painting in Ancient Peru: archaeometric preliminary study of the Ventarrón mural paintings, Valle de Lambayeque. *Heritage Science*, 3, 31.

Young, D. (2006). The color of the things. En Christopher Tilley, Webb Keane, Susanne Küchler, Mike Rowlands y Patricia Spyer (eds.). *Handbook of Material Culture* (pp. 173-185). Londres: Sage.

Periódicos

La Prensa Ilustrada, Antofagasta, 17 de noviembre de 1912.

Cinema Social, Antofagasta, 28 de junio de 1919.

El Fénix Gráfico, Antofagasta, 17 de febrero de 1918.

El Industrial, Antofagasta, 31 de julio de 1907.

El Mercurio de Antofagasta, Antofagasta, agosto de 1907.

El Mercurio de Calama, Calama, 15 de febrero de 1980.

La Llamarada, Antofagasta, segunda quincena de 1924.

Archivos

Archivo del Museo Histórico Nacional, Santiago, Chile.

Archivo del Museo Nacional de Historia Natural, Santiago, Chile.

Archivo de la Biblioteca Nacional de Chile, Santiago, Chile.

Archivo del Museo de Historia Natural de Concepción, Concepción, Chile.

Archivo personal de Patricio Espejo, Antofagasta, Chile.

Archivo personal de Claudio Galeno, Antofagasta, Chile.

Archivo Fotográfico y Documental, Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.

Archivo Max Uhle del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín, Alemania.

Se terminó de imprimir esta primera edición,
de trescientos ejemplares, en el mes de junio de 2023
en Gráfica Marmor.
Santiago de Chile.

